

**BIBLIOTECA DIGITAL
DEL
SOCIALISMO CHILENO**

**LA FUERZA
DEMOCRATICA
DE LA IDEA
SOCIALISTA**

JORGE ARRATE

**EDICIONES DOCUMENTAS
BARCELONA
LAS EDICIONES DEL ORNITORRINCO
SANTIAGO DE CHILE**

Primera edición digital 2005

ARCHIVOS INTERNET
SALVADOR ALLENDE

Las Ediciones del Ornitorrinco y Ediciones Documentas no comparten necesariamente las opiniones de los autores de los libros que publican.

El Instituto para el Nuevo Chile no tiene opinión institucional sobre temas políticos o ideológicos. Es una organización pluralista cuyos investigadores, docentes y cooperadores se identifican con diversas tendencias del pensamiento democrático.

Instituto para el Nuevo Chile,
Wijnhaven 25 1e. verdieping,
3011 WH Rotterdam,
Holanda.

Primera edición : octubre de 1985, Barcelona, España
Segunda edición: noviembre de 1985, Santiago, Chile

Inscripción N° 63.564

Impreos por Temarcos Ltda.

En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen. Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchen con más empeño por sobrevivir en ella.

A Aileen y Juan
A Ana María
A Alejandro e Isabel

JORGE ARRATE nació en Santiago de Chile en 1941. Se licenció en Ciencias jurídicas en la Universidad de Chile en 1964. Realizó estudios de post-grado en economía en ESCOLATINA (Universidad de Chile) y en Harvard. Fue profesor universitario de economía en las Escuelas de Derecho y Economía de la Universidad de Chile, de Sociología en la Universidad Católica de Chile y en ESCOLATINA. En 1969 fue designado Director del Instituto de Economía y Planificación de la Universidad de Chile.

Durante el gobierno del Presidente Allende se desempeñó como Asesor Económico del Presidente; Presidente Ejecutivo de la Corporación del Cobre (CODELCO) y, en uno de los gabinetes, Ministro de Minería. Desde tales funciones tuvo destacada participación en el proceso de nacionalización del cobre.

Ingresó al Partido Socialista de Chile en 1962, siendo dirigente estudiantil universitario. Durante veinte años de militancia ha desempeñado diversas funciones de dirección tanto en su partido como en organizaciones unitarias de la izquierda chilena.

Exiliado indefinidamente desde 1973 reside en Rotterdam, Holanda, donde dirige el Instituto para el Nuevo Chile.

INTRODUCCION

«Hay palabras que, sofocadas, hablan más, precisamente por el sofoco y el exilio».

GABRIELA MISTRAL

A los ensayos, a diferencia de las novelas, los poemas, las obras de teatro o los relatos, los precede habitualmente una introducción. Aunque no indispensable es quizá útil y, como apreciará el lector, no he escapado, en definitiva, a la tentación de escribir una.

Las introducciones permiten, entre otros propósitos, dejar constancia de los agradecimientos y, en este caso, son muchos los que debo, en primer lugar a la institución que hizo posible la preparación y publicación de este libro(1). En un comienzo, intenté coleccionar en un sólo volumen algunos ensayos escritos en los últimos años. Aunque terminé haciendo algo diverso, debo agradecer a las revistas y a los compiladores que publicaron dichos artículos por primera vez, ya que he hecho uso intensivo de algunos de ellos y he utilizado extensas partes de otros con modificaciones muchas veces marginales(2). Personas muy próximas me ayudaron en el intento de eliminar algunas de las imperfecciones de mi español. Una holandesa de envidiable paciencia dactilografio el manuscrito y un chileno que después de muchos años en Holanda ha adquirido similar virtud, fotocopió documentos, textos y borradores, facilitándome enormemente el trabajo. Algunos colegas me hicieron útiles sugerencias sobre varios capítulos y un amigo, con quien nos hemos acompañado recíprocamente durante la totalidad de los años holandeses -por mencionar sólo los últimos-, leyó el texto de principio a fin y me formuló comentarios valiosísimos. Otro amigo me hizo llegar desde Chile, después de rebuscar en los anaqueles maravillosos de las añoradas librerías de la calle San Diego, cuanto libro le pedí.

Seria imposible identificar a todos los que con sus ideas, escritas en artículos, folletos y libros o expresadas en seminarios, debates, cursos, discursos e interminables conversaciones de madrugada, contribuyeron sin saberlo a las páginas que siguen. Tengo hacia ellos deudas grandes y muy grandes. Aunque a los acreedores de estas últimas, por lo menos, debiera mencionarlos, creo que no es aún el momento más apropiado para hacerlo. Cada capítulo lleva un conjunto de referencias que la mayoría de las veces no corresponden a citas textuales, sino al intento de recordar con precisión donde una idea me pareció surgir con más fuerza o, en otros casos, donde los lectores curiosos pudieran internarse mejor en ella. Hubiera querido hacer más extensas aún esas notas para significar todo lo que los conceptos aquí expresados deben a trabajos anteriores de otros. Me siento, sinceramente, más cómodo acompañado que solo. El ser humano es gregario también en sus ideas y, en este caso, las que expreso corresponden -creo- a una sensibilidad que entiendo común a muchos. Con todo, no se debe atribuir a mis anónimos acreedores intelectuales otra responsabilidad que no sea la inevitable que deriva de compartir una misma inquietud frente a los diversos temas.

Debo también mi reconocimiento a los editores. Es ésta una de las primeras obras que publica, casi simultáneamente en España y en Chile, una editorial naciente a la que auguro el porvenir más exitoso. Habla bien de sus iniciadores el que asuman esta tarea en una atmósfera y circunstancias que son poco favorables para empeños de este tipo. Admito que pueda haber en mis palabras un exceso de aprensión. Una amiga catalana que entrega su esfuerzo diario a gerenciar una pequeña pero activa editorial me contó en días pasados que unos asaltantes habían abierto la maleta de su automóvil llena de libros y, en otra ocasión, penetrado hasta el interior de las oficinas de su empresa editora. En un caso dieron cuenta de las herramientas del automóvil y en el otro de algún dinero. Los libros quedaron intocados. Hay dos extremos que impiden una sana versión sobre lo que el libro significa. El primero, atribuible las más de las veces a los propios autores, a los editores apasionados o a los lectores que buscan respuestas en páginas impresas a todas las cuestiones de la vida, consiste en sobrevalorar su trascendencia atribuyéndole poderes que no tiene. El segundo, ejemplificado por los utilitaristas asaltantes y por otras especies similares, es considerar que carece de importancia. Esta idea errada es, generalmente, propia de los que, pudiendo, nunca han leído ninguno o, si lo han hecho, no han logrado beneficio que se les note.

En Chile -me doy cuenta- a pesar de esfuerzos magníficos, se publican menos libros que los necesarios, se venden caro y circulan muy moderadamente. Miradas las cosas desde este ángulo, un libro es, antes que nada, un asunto del autor consigo mismo. Sin embargo, las ideas parecen poseer propiedades singulares. Cruzan oscurantismos y escalan prohibiciones, viven en las condiciones más inhóspitas y sobreviven todo tipo de desinfecciones. Y, por tanto, incluso aunque el autor de un libro no lo quisiera, escribirlo y publicarlo no es algo puramente personal. Por eso quiero además agradecer a quienes persistan en leer éste.

Las introducciones se prestan también para referirse a las circunstancias en que el libro fue confeccionado y que, mucho o poco, de una u otra manera, lo condicionan.

Este fue íntegramente escrito -incluidos los artículos de revista que he citado como antepasados- en Rotterdam, ciudad de Holanda a la que llegué hace ya más de ocho años.

Rotterdam fue una de las ciudades más martirizadas por la Segunda Guerra Mundial: un bombardeo nazi la redujo a cenizas. Una escultura intensamente expresiva, conocida como «El corazón de Rotterdam» simboliza el dolor de ese episodio. Es una figura humana, de pie, erguida, con unos brazos demasiado largos, un poco monstruosos, que lanzan hacia el cielo dos manos muy grandes en gesto de impotencia implorante. Un hueco enorme a la altura del tórax es su corazón. Es imposible vivir en Rotterdam sin pensar en la guerra. A algunas decenas de kilómetros, Amsterdam atesora las tradiciones arquitectónicas y culturales de la vieja Holanda. Allí, además, se conserva la casa

de Ana Frank, la joven judía que legó a la humanidad su estremecedor testimonio antirracista. Pero Rotterdam, que guarda sólo pequeños espacios excepcionales como recuerdo del ayer y que se yergue hoy renovada, puede cultivar como muy pocas ciudades europeas la conciencia de la guerra para luchar contra la guerra.

En los últimos ocho años muchos viajeros han traído hasta Rotterdam los colores, acentos, gustos, noticias, sombras e ilusiones de Chile. Cada uno de ellos, con sus variadas impresiones, ha contribuido a mi propia imagen o idea de lo que es Chile actualmente, de lo que podría ser y, especialmente, de lo que deseamos que sea. Los que vinieron hace ya tiempo constatarían lo mucho que ha cambiado la ciudad y no reconocerían los nuevos rincones surgidos entre los múltiples muelles, puentes y brazos de río. Cuarenta y cinco años después de su destrucción, recién ahora, parecen llenarse todos los espacios vacíos y la arquitectura se despliega más plena, no sólo para satisfacer una necesidad, sino para intentar, con formas extrañas y ultramodernas, constituir belleza.

Holanda, serena, pausada y tolerante, es en tantos aspectos tan distinta a nuestra tierra... Su verano es como el otoño santiaguino, su otoño como los inviernos de Valparaíso, sus inviernos tanto o más desafiantes que los de Coyaique o Punta Arenas. La primavera concentra muchas fuerzas para desatar un verde que, aunque en verdad un poco homogéneo para el ojo chileno, es difícil de igualar. Porque es tan diversa tiene la rara virtud de hacer más sólido, por contraste, el recuerdo de las cosas propias. Por eso, aunque escrito en Rotterdam, este libro está anclado en las tierras de Chile.

No todo se agota, sin embargo, con la explicación del lugar donde los asuntos se pensaron, se discutieron y se presentaron en su forma final como palabra escrita. En verdad, ni siquiera la posición geográfica, en este caso, queda bien definida con las explicaciones anteriores. Aunque es obvio, es preciso mencionar que está determinada más que por un problema de pertenencia, por uno de exclusión de donde se pertenece. Es decir, por el exilio. Pero sobre este tema los propios exiliados y los que están sensibilizados a su causa hemos ya hablado en otros momentos. Hay, en cambio, otro ángulo posible o necesario para ser abordado en una introducción. No se refiere al punto en que uno se ubica en el espacio, sino en el tiempo.

Caracterizar la juventud es una aventura a la que no me atrevería. Quiero ahora tan sólo apuntar uno de sus elementos: es una etapa en que no obstante la evidencia, a veces muy dura, de las cargas y responsabilidades de la vida, ellas no aparecen al espíritu como tan decisivas porque, después de todo, el horizonte se ve todavía interminable. Nuestra generación ha pasado ya esa etapa. Estamos en la fase en que el futuro se percibe claramente limitado y obliga a una reflexión sobre él.

Una generación no puede nunca renunciar a sus objetivos en el curso de su propia vida. Eso significa que cuando la conciencia aguja la intuición y obliga al espíritu a decisiones personales y colectivas trascendentes, las opciones no son infinitas. Hay básicamente dos: adaptar el quehacer a lo estrictamente posible en el tramo de existencia que resta, o mirar más allá, con perspectiva irrenunciablemente propia, pero afirmándose en los hombros de los que vienen. Sólo así es posible ver más lejos, hacia un horizonte expandido. Definir la acción en ese horizonte es una condición moral de un ejercicio de la política que no sea meramente una técnica para el logro del poder, sino un empeño constante por transformar el mundo y la vida. Al mismo tiempo es una condición de eficacia, porque no cancela las posibilidades del presente y del futuro próximo y permite, en cambio, cumplir la función de construir un legado colectivo útil. Para una política socialista que es, mucho más que otras, futuro, constituye ésta una actitud indispensable. He tratado, en las páginas que siguen, de atenerme a ella. Dudo del éxito pleno de mi intento, en razón de mis propias limitaciones. Y, muy francamente, dudo también de la forma como otros lo aprecien porque no he logrado disipar mis interrogantes íntimas sobre cómo uno puede y debe transmitir lo que ha acumulado y, muy especialmente, sobre la eficacia de dicha trasmisión. Sin embargo, no hay más alternativa que cumplir con este imperativo generacional, por mucho escepticismo que tengamos sobre su resultado. Después de todo, sería inexcusable expresión de ingratitud no reconocer que bastante hemos aprendido de lo que compartieron con nosotros quienes nos han precedido en el tiempo o han vivido, con más intensidad que la nuestra, experiencias similares. Si allí reconocemos una herencia de valor, no es un optimismo exagerado pensar que, para las generaciones que nos siguen, algo puede servir lo que aprendió la nuestra.

Hace veintitrés años, aproximadamente, ingresé al Partido Socialista de Chile. Por aquel entonces el derecho a sufragio se tenía a partir de los veintiuno y sólo posteriormente se concedió a los dieciocho. Nadie pensaba en aquella época que hoy día no podría ejercerse ni por los más venerables ancianos, ni por los personajes más adinerados -que siempre disfrutaban de singulares y exóticos privilegios- o ni siquiera por los más grandes contribuyentes, como en un pasado ya lejano... Votar constituía un hecho emocionante o, al menos, lo fue para mí, especialmente la primera vez. Desde que tuve este derecho, siempre voté por un socialista.

Esta introducción que ya ha cumplido varias funciones debe servir también para dejar constancia de lo mucho que debo y lo mucho que he aprendido en el Partido Socialista. Nada de lo ocurrido en él en los últimos veintitrés años me resulta extraño, ajeno o externo. De ninguno de sus actos me siento disociado, aunque mi influencia sobre muchos fuera, por un largo tiempo, la de un simple militante, o mi acuerdo con otros expresión de pura disciplina. Ni lo deseo, ni podría, aunque quisiera. La historia que no viví por razones de edad, aún resultándome abstracta en muchos episodios, la he hecho mía con pasión y cariño. Entre los socialistas -aunque no exclusivamente- hallé a mis amigos más cercanos y encontré en los años del exilio algunos de los soportes más firmes a mis esperanzas.

El Partido Socialista, con su vida polémica, apasionada y tormentosa, me hizo desconfiado de los que leen en un sólo libro o se conmueven por una sola idea. Descubrí en él una diversidad mucho más cercana a lo real que la monotonía artificial de lo uniforme y un debate a veces un poco exagerado, pero creador. Por eso quizá las páginas que siguen serán mejor comprendidas, en un sentido global, por los propios socialistas. Estoy seguro, además, que serán ellos sus críticos más eficaces. De naturaleza más bien rebelde e iconoclasta, los socialistas somos los paganos de la política. Aceptamos difícilmente lo establecido y con renuencia los argumentos de autoridad. Somos como los buscadores de tesoros que, con mapas no siempre exactos, emprenden riesgosas exploraciones. Aunque todo ello dificulta que se nos organice de manera rígida y promueve, a veces, disputas internas no siempre inocentes y de tonos en exceso guerreros, no deja de tener su contrapartida: la libertad de crítica, tan importante para la existencia de una democracia socialista, constituye un patrimonio no renunciable.

Las introducciones son una trampa inocente, porque se escriben después que el cuerpo principal de un libro ha sido terminado y, sin embargo, ocupan sus primeras páginas. La trampa es obvia y su inocencia deriva del conocimiento que tiene el lector de la «manipulación» de la que es víctima. Como las introducciones son en realidad epílogos, sirven también para, una vez releído todo el texto del libro, defenderse por anticipado de las críticas eventuales y confesar algunos de los pecados que el autor piensa haber cometido. A pesar de algunos deslices en estas primeras

páginas, que he sido incapaz de evitar, creo haber resistido más o menos bien a esta tentación. Queda así mejor protegido el libre juicio del lector.

Tengo la impresión que no es sencillo transitar por el tiempo e ir comprobando que los grandes ideales que se abrazaron de joven se realizan con mucha más lentitud que lo esperado, en medio de ambigüedades e incertezas, y que, incluso, a veces retroceden, transitoriamente.

En definitiva, la política por sí sola es absolutamente insuficiente, con sus aspiraciones totales y sus horizontes a veces centenarios, para resolver el problema de cómo expresarse como ser humano. Es, creo, mucho más insuficiente que otras áreas o actividades menos comprensivas y de pretensión menos global, pero más concretas y con resultados más inmediatos que recompensan de manera visible o relativamente rápida el esfuerzo humano. Por eso su ejercicio, tan noble en su contenido -aunque a veces tan injustamente desprestigiado- es más difícil de lo que comúnmente se sospecha.

La ejecución de un libro -aún sobre política, como es éste -es una actividad con un fin preciso y un resultado que - bueno o malo, pobre o creativo- se revela concreto. Por eso, en parte, he escrito estas páginas.

Y, además, para no olvidar. A ello quieren obligarnos y debemos resistir. Ni siquiera el perdón -que es un acto límite puede ser olvidado. La memoria no es rencor, sino preservación de nuestro ser, tal como la justicia no es vengaza, sino el ejercicio de un derecho.

Las he escrito también como forma de estar donde no puedo estar. Repitiendo el nombre de las cosas recordaré que aún son mías y podré aspirar a que las cosas no olviden que también les pertenezco.

Rotterdam, setiembre de 1985

JORGE ARRATE MAC NIVEN

1. El Instituto para el Nuevo Chile, surgido de una iniciativa que contó con la participación principal de Orlando Letelier, existe en Rotterdam, Holanda, desde 1977. Su característico pluralismo, el espíritu fraternal de sus integrantes y su atmósfera de discusión franca y elevada han sido el marco institucional de este trabajo.

2. En el capítulo 2 «La vía allendista al socialismo», Análisis 64, Santiago, setiembre de 1983, Separata. En el capítulo 3, «La dittatura cilena: un governo per le multinazionali», en Giorgina Levi editora, *Il Fascismo Dipendente in America Latina*, De Donato, Bari, 1976. En el capítulo 5, «El socialismo sudamericano: convergencias y divergencias con Europa», Nueva Sociedad 72, Caracas, 1984. En el capítulo 6, «Los pasos perdidos del socialismo chileno», en Raúl Iriarte editor, *Los Desafíos del Socialismo Autónomo*, Ed. Socialismo, Santiago, 1985. En el capítulo 7, «Chile 1973-1983: economía, sociedad y política», Informe a la Conferencia del Movimiento Sindical Libre Internacional por los Derechos Humanos y Sindicales en Chile, Madrid, mimeo., marzo de 1983. En el capítulo 8, «La izquierda chilena y las Fuerzas Armadas: apuntes para una autocrítica», *ChileAmérica* 33-34, Roma, agosto-setiembre de 1977, y «Seguridad nacional y política democrática», Cuadernos de Marcha 7, México 1980. En el capítulo 9, «Iglesia, mundo cristiano y acción política: una visión desde la izquierda no cristiana», ponencia presentada al Seminario sobre Perspectivas Democráticas en América Latina, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, España, 1982, Documento F-5, Rotterdam, Instituto para el Nuevo Chile. En el capítulo 10, «Unidad y renovación de la izquierda», en *La Lucha por la Democracia en América Latina*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, España, 1981; «Convergencias y divergencias en la izquierda chilena», *Chile-América* 78-79, Roma, 1982; y «Los desafíos del socialismo chileno a diez años de la muerte de Allende». *Pensamiento Socialista* 30, Madrid, 1983. En el capítulo 12, el citado «Los pasos perdidos del socialismo chileno». El lector sabrá disculpar -espero- las repeticiones no eliminadas y el estilo no siempre homogéneo.

1. ALLENDE

«En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Estos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana.»

José MARTÍ

Recuerdo

El epílogo de la resistencia de Allende en La Moneda el 11 de Setiembre de 1973, hizo inequívoca la derrota de aquellos chilenos que compartían sus ideas. Turbulento final de un período áspero y sorprendente que conjugó esperanzas y decepciones, ideales y temores, éxitos y fracasos, el 11 de Setiembre dividió finalmente a Chile - como no ocurría desde 1891- entre vencedores y vencidos.

Las derrotas no son nunca completas salvo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No ha sido este el caso, afortunadamente. Razones para la fortaleza de una memoria que no sólo no disminuye, sino que crece, hay varias: Salvador Allende es una de ellas. Para los vencedores esta constatación diaria es frustrante evidencia de lo incompleto de una victoria que quisieran total y no es imposible que por algún tiempo todavía, obsesionados con lograrla, intenten continua imponiendo sus normas de olvido. No es un optimismo ciego -es más bien puro realismo- suponer que, una vez más, fracasarán.

Allende, el socialismo, la izquierda, son parte histórica de Chile. Aquel que pretenda suprimirlos como recuerdo, referente idea, partido, movimiento o fuerza, tendrá que suprimir parte de Chile. Nadie pues deberá sorprenderse que este libro se inicie con un recuerdo de Allende.

Está lejos aún el momento en que los hechos de esta época puedan ser juzgados por los historiadores con menos apasionamiento y emocionalidad que la nuestra. Sería tarea imposible hacer referencia a Allende aspirando a una objetividad inexistente. Y, sin embargo, se trata de eludir la tentación de la apología.

Allende fue un héroe consciente. Su decisión de morir no constituyó un arranque del instante, una súbita llamarada interior de aquellas que impulsan a un hombre a sacrificar su vida en nombre de objetivos superiores. Allende enfrentaba la eventualidad trágica de su destino sin fatalismo, pero con una racional serenidad. Quien escuche hoy la grabación de sus últimos discursos radiales desde La Moneda bombardeada no podrá evitar la sensación de hallarse ante la voz firme de un hombre que habla con coherencia y con sentido de la historia, para quien la muerte próxima, en el fragor de la lucha, no habrá de transcurrir como sorpresa sino como un encuentro que siempre se consideró como posible y, a veces, como muy probable.

Sus enemigos, creyendo así disminuirlo, pretenden atribuir la muerte de Salvador Allende a su propia decisión en vez de a sí mismos. Para la historia será ésta una cuestión banal, aunque se comprende que no lo sea para los verdaderos responsables. Las circunstancias y forma en que fue atacada La Moneda el 11 de Setiembre de 1973 no admiten interpretaciones en cuanto a la decisión de los atacantes de aniquilar a aquellos que allí se defendían. Por otra parte, la tenaz voluntad de Allende y sus compañeros de permanecer en su sitio hasta el fin y de no aceptar la rendición, no dejan lugar a dudas sobre su vocación de ofrendar la vida si ello era necesario.

Han transcurrido quince años desde aquella noche del 4 de Setiembre de 1970 en que, ante una Alameda plétórica de seres humanos que cantaban y bailaban, Salvador Allende pronunció el discurso de la victoria desde el estrecho balcón del desaparecido edificio de la Federación de Estudiantes ubicado entre las calles Santa Rosa y San Isidro, en pleno corazón de Santiago. Cada vez que se reinicia la ronda inagotable de los recuerdos de aquella época, es vivificante observar cómo todos atesoran los suyos con inmenso cariño y los repiten una y otra vez como para no olvidarlos. Es que cualquiera que haya sido el grado de conocimiento personal que cada uno tuvo de Salvador Allende, su nombre y su figura representan para varias generaciones de chilenos algo excepcionalmente importante y absolutamente propio. Allende se fue convirtiendo en un símbolo y su nombre, repetido incansablemente en infinitas reuniones y en incontables mítines durante decenios, se transformó en una especie de propiedad común a la que todos accedían sin necesidad de invitación especial. Era un personaje en la vida de cada uno. Por eso se le criticaba con normalidad y se le aclamaba con pasión. Fue un «hombre público» no sólo en el sentido de su dedicación a la vida política, sino en cuanto cada uno de sus actos, de sus gestos, de sus movimientos, de sus aciertos y de sus errores, eran sometidos al tamiz severamente crítico de sus seguidores casi tanto como al de sus adversarios.

Allende poseía una capacidad notable de percibir los problemas de lo cotidiano y de incorporarlos siempre a su discurso infatigable. Ajeno como era a esquemas grandilocuentes, mucho más político que ideólogo, ni teorizador ni pragmático sino realizador de grandes ideas, comprendió en profundidad el ser chileno y percibió como nadie las fuentes del dolor y sufrimiento del pueblo, al igual que las de su alegría y liberación. Su lenguaje estuvo siempre marcado por este rasgo fundamental.

La idea del socialismo era en sus manos una idea bien custodiada: consistía en un mundo más justo, donde el ser humano fuera más libre y más pleno, más igual a sus iguales. Ese era, esencialmente, su proyecto.

Las dimensiones de un liderazgo

La capacidad de liderazgo político es por definición multidimensional. Si bien siempre incompleta, por ser humana e imperfecta, la condición de líder implica un conjunto de capacidades que, en una particular mixtura, configuran una superior aptitud de orientación y dirección sobre los demás. Que Allende poseía esta competencia está fuera de duda. Cuáles fueron los principales elementos que la configuraban -fortalezas y debilidades- es un tema que será, en el futuro, examinado por historiadores, politólogos y psicólogos sociales. Del mismo modo, algunos tópicos precisos tendrán indispensablemente que ser considerados en el análisis del liderazgo allendista: la forma como relacionó medios y fines, la conexión entre el mundo teórico y el quehacer político y el equilibrio específico, en la acción, entre lo ilusorio y lo posible. Las páginas siguientes no aspiran a examinar estos temas que requerirían una investigación prolongada, sino a referirse a aquellas constantes de la actuación de Allende que podrían señalarse más claramente como ejes invariables.

Una de ellas es la dimensión latinoamericana de su pensamiento. Allende fue un latinoamericanista convencido y, por lo tanto, declarado enemigo del imperialismo. Entendió América Latina como una realidad diferenciada, en la que siempre postuló para Chile una especificidad propia. Muchísimos serían los ejemplos concretos en que estos planteamientos surgen con claridad. Entre ellos, la relación de Allende con la Revolución Cubana resulta ejemplar.

En el libro-entrevista que publicara Debray cuando Allende ya era Presidente(1), se relata su primer contacto con la Revolución recién triunfante. Surgiría de una iniciativa personal que lo llevó a La Habana poco tiempo después del triunfo de Fidel Castro y su movimiento revolucionario, iniciando una relación intensa marcada por el apoyo de Allende -que tuvo siempre adecuada reciprocidad- a un proceso que constituía una gesta liberadora de impresionante trascendencia para todo el continente. Señalando siempre las diferencias que estimaba existían entre la realidad cubana y de otros países latinoamericanos y la realidad chilena -la Conferencia en que surgió la OLAS en La Habana fue uno de esos momentos- Allende fue capaz de sintetizar su visión nacional con su espíritu internacionalista amplio. En el curso de los años trazaría una amistad profunda con los principales líderes cubanos. Cuando la guerrilla guevarista fue derrotada en Bolivia y los restos de la falange guerrillera arribaron a Chile, Allende no vaciló un instante en prestarles su apoyo y solidaridad, aún a riesgo de ser violentamente atacado por sus adversarios. Acompañó a los refugiados hasta Tahiti, desde donde fueron repatriados a Cuba, para garantizar su seguridad. De regreso a Santiago enfrentó a sus críticos en un memorable programa de televisión en que sorteó con maestría de polemista las acusaciones que se le formularon y resultó fortalecido en su imagen política.

Como Presidente de la República visitó seis países latinoamericanos: Argentina, Perú, Colombia, Ecuador, México y Cuba. Fue objeto de masivas y calurosas recepciones y transmitió un mensaje de liberación y democracia. Su viaje a la Argentina de Cápura fue el segundo de su mandato. Previamente se había reunido en Salta con el Presidente General Alejandro Agustín Lanusse, quien al poco tiempo devolvió el gesto visitando Antofagasta. El encuentro con Lanusse se produjo en el primer viaje al exterior de Allende como Presidente y tuvo como resultado el rechazo por ambos gobiernos de la tesis sobre «fronteras ideológicas» entre los países del continente. La relación de Chile con Argentina era fundamental para evitar una suerte de cerco geográfico-político que amenazaba potencialmente al proceso chileno. El viaje logró su propósito y permitió establecer mecanismos arbitrales para resolver antiguas controversias limítrofes entre ambos países. Un tiempo después la fina arquitectura cuidadosamente diseñada se vio en grave peligro cuando dirigentes de grupos de la izquierda argentina escaparon de la cárcel de Trellew en el extremo sur de su país y llegaron en avión a Santiago. Allende no tuvo vacilaciones: su respuesta cortés pero firme a la demanda argentina fue que no devolvería a los fugitivos, quienes, en definitiva, partieron a Cuba. Los principios prevalecieron, sin requerir mayores ejercicios reflexivos, sobre las graves consecuencias circunstanciales que la decisión podía significar.

En la nacionalización del cobre, proceso al que Allende atribuyó la máxima importancia -recuérdese la frase: «el cobre es el sueldo de Chile»- intentó no perder nunca de vista la dimensión internacional. La nacionalización tenía un significado patriótico para el país, hasta el punto que su aprobación parlamentaria mediante reforma constitucional fue el único aspecto del programa de la Unidad Popular acogido por unanimidad en el Congreso Pleno. Pero, al mismo tiempo, tenía un contenido antiimperialista claro que se expresaba, especialmente, en la decisión presidencial sobre cual era la tasa de beneficio «legítima» que podían haber obtenido las empresas norteamericanas durante su explotación. El mecanismo de las «rentabilidades excesivas», incorporado a la Constitución, permitía descontar del valor a pagar a los expropiados todo beneficio obtenido, durante un cierto período anterior, por sobre este límite. Allende, luego de prolongados estudios, fijó en un 10% esa tasa de rentabilidad en el decreto que dictó sobre la materia en setiembre de 1972.

Uno de los elementos más presentes en su decisión -del que dejan constancia los considerados del decreto- fue la trascendencia internacional del criterio, en cuanto constituía, de uno u otro modo, un precedente para otros procesos de nacionalización que pudieran emprender países del Tercer Mundo en vías de recuperar la plena soberanía sobre sus riquezas básicas.

Un segundo aspecto clave de la acción política de Allende es el contenido de unidad que imprimió siempre a su quehacer. Examinarlo a fondo significaría introducirse en el análisis de cuatro décadas de historia política chilena y, especialmente, de la historia del movimiento popular. La fundación del Partido Socialista en 1933, en la que Allende participó creando el Partido en Valparaíso, fue en sí misma un hecho unitario, de acumulación de fuerzas no idénticas pero con suficiente base común de entendimiento, al agrupar a diversos sectores de inspiración socialista en un sólo partido. En su primera década de vida el Partido Socialista participó en la creación del Block de Izquierdas, alianza con otros partidos de raigambre popular y, muy luego, del Frente Popular, primera ocasión de entendimiento entre socialistas y comunistas que, junto a radicales y democráticos, constituyeron la coalición triunfadora en las elecciones presidenciales de 1938. Allende fue uno de los tres ministros socialistas en el gobierno del Frente Popular, asumiendo la cartera de Salud. La década siguiente fue un difícil período para el socialismo chileno. Allende, Secretario General en 1943, debió encabezar una disputa lacerante con Marmaduke Grove, figura carismática de la primera década, y con un sector disidente proclive a un entendimiento con González Videla. En 1951 se marginó de las filas partidarias junto a un grupo de militantes, como protesta por el apoyo acordado por el Partido a la candidatura de Carlos Ibáñez. Realizó su primera campaña presidencial apoyado por el Frente del Pueblo, coalición de socialistas y otros sectores de izquierda con el proscrito Partido Comunista. Contribuyó a impulsar la unidad sindical que culminó en 1953 con la fundación de la Central Única de Trabajadores y la constitución del Frente de Acción Popular (FRAP) en 1956, en el que participaban los dos partidos socialistas, los comunistas y otros partidos de avanzada, y, finalmente, en activar la reunificación socialista lograda en el Congreso de Unidad de 1957. De allí en adelante se constituyó en el principal líder de la clase trabajadora, posición desde la cual aportó decisivamente a la coalición que se denominó Unidad Popular, creada en 1969, y que, además de los partidos Socialista y Comunista, incorporó a sectores cristianos de izquierda y al Partido Radical. La Unidad Popular fue la más amplia alianza que la estrategia política impulsada por sus principales integrantes fue capaz de constituir, habida consideración del cuadro general de fuerzas existentes en Chile.

El tema de la unidad -sus bases políticas, más o menos amplias; su alcance, mayor o menor- constituyó uno de los puntos de tensión más serios y permanentes entre Allende y su partido. Su carácter de unidad diferenciada que expresara fuerzas plurales, fue, sin embargo, un tópico en que no hubo apreciables diferencias. Allende entendió siempre la unidad como una aspiración ni puramente táctica, ni objeto de maniobras políticas de corto alcance, sino como un fenómeno social que se traducía en agrupar tras objetivos comunes a clases y capas sociales diversas que se expresaban políticamente en forma distinta. En 1943, cuando fue elegido Secretario General, el Congreso Socialista aplaudió la disolución de la Tercera Internacional como un paso positivo que permitiría un mejor entendimiento entre socialistas y comunistas. El ataque nazi a la Unión Soviética y la consiguiente ruptura del Pacto Molotov-von Ribbentrop que había separado gravemente a ambos partidos, colocaron a todas las fuerzas progresistas en la misma barricada. El gesto de Stalin al declarar disuelta la Comintern constituyó una concesión a sus aliados norteamericanos y un paso destinado a otorgar mayor flexibilidad a los Partidos Comunistas para impulsar sus

propias políticas nacionales. Fue a propósito de este episodio que el Partido Comunista chileno formuló una proposición para constituir un solo partido que fundiera a ambas fuerzas, socialistas y comunistas. Los socialistas en su IX Congreso Ordinario, celebrado en Rancagua en enero de 1943, en el que Allende asumió la jefatura máxima, expresaron sobre la disolución de la Comintern que se complacían «en constatar la justeza de la posición del Partido Socialista al sostener que los partidos populares deben actuar conforme a sus propias directivas nacionales y a los intereses de sus respectivos países sin perjuicio de la solidaridad que debe existir entre los pueblos y los trabajadores del mundo» (2). A los pocos meses el IV Congreso Extraordinario, celebrado en Valparaíso en junio de 1943, se pronunció formalmente sobre la oferta fusionista, acordando una fórmula cautelosa cuyo primer acápite expresaba: «El Partido Socialista declara que acepta la concepción teórica de unificación de los sectores populares, sobre la base del socialismo científico y con un programa nacional»(3). En diciembre del mismo año Allende se dirigió por escrito al Partido Comunista, entendiéndolo que era necesario pronunciarse sobre el tema del Partido Único, «con precisión y claridad»(4). En un Pleno realizado en enero de 1944 informó in extenso sobre el sentido de la comunicación mencionada, expresando: «Somos partidarios de la unidad, somos partidarios de crear un instrumento nuevo, pero esto a su debido tiempo. La unidad no la entendemos con el sacrificio del Partido, con la traición al Partido Socialista, con el entreguismo del Partido Socialista; la creación de un Partido nuevo la entendemos como una etapa de superación, ella vendrá cuando tengamos la evidencia de que este instrumento es mejor que el actual que tenemos, ella vendrá cuando la acción conjunta que puedan desarrollar socialistas y comunistas, pruebe que es posible un amplio entendimiento»(5). Con el tiempo, este planteo socialista se hizo común a las fuerzas de izquierda(6). Las alianzas, más allá de la constituida por socialistas y comunistas, fueron, en cambio, puntos de arduo debate en el seno del socialismo chileno y entre los dos partidos mencionados. En páginas posteriores se examinarán algunas circunstancias de esta disputa. Por ahora baste con anotar las tendencias: Allende fue siempre más allá que su Partido en cuanto a la flexibilidad con que definía las bases de la coalición popular para, de esa manera, alcanzar un mayor espacio. La victoria de la tesis de la Unidad Popular en 1969 -que Allende había previsto como un «Frente de la Patria»- permitió elaborar un Programa de bases muy amplias y extender la coalición de izquierda, no obstante que el arco de fuerzas que en definitiva se jugó tras el Programa resultó claramente insuficiente. Allende fue consciente de este hecho durante su mandato presidencial y realizó esfuerzos infructuosos por repararlo. La figura política de Allende está marcada por su gran identidad socialista y su poderosa voluntad unitaria. Jamás nadie pudo poner en duda lo primero. La historia política de Chile testimonia lo segundo. Esta doble capacidad le permitió contribuir significativamente a la elaboración de las grandes líneas de un proyecto nacional y a su encarnación en una impresionante fuerza de masas, activas y movilizadas, que durante un cuarto de siglo lo reconocieron como su líder indiscutido.

El socialista que pertenece a Chile

Ese proyecto fue la «vía chilena al socialismo». Pocas ideas o hechos surgidos o acaecidos en el Chile lejano y austral, han tenido mayor impacto universal que el proyecto de Allende. Casi con seguridad, ninguno. Es que la relación entre democracia y socialismo es hoy día un tema principal para la humanidad progresista y preocupación diaria de los teóricos y de las fuerzas políticas de todas las latitudes. El socialismo ha tenido una vida azarosa y su encarnación estatal en el Este de Europa, si bien ha permitido realizar avances sociales de dimensión innegable, abrió un capítulo polémico en cuanto a su capacidad emancipadora y a su aptitud para hacer al hombre más libre y más participante en las decisiones que le interesan a él y a su grupo. Las imperfecciones del socialismo realizado han inducido a diversos teóricos socialistas a negarle el carácter de tal, suscitando una polémica intensa y prolongada que aún continúa. Mientras los más «realistas» sostienen que aquél es el único socialismo posible en las condiciones actuales, los más «utópicos» le niegan tal carácter. Y los más encarnizados adversarios atribuyen al socialismo una tendencia estructural, de su esencia, a convertirse en totalitarismo. Allende creyó exactamente lo opuesto y ha sido uno de los líderes políticos que más aportó con su acción a sostener la indisolubilidad de la idea de democracia con la idea de socialismo.

Allí estaba lo esencial de la experiencia transformadora que encabezó Allende. La victoria -entendiendo por tal la consolidación de la continuidad de un proceso y no el logro de propósitos de contenido finalista- hubiera significado que por primera vez sobre la faz de la tierra, en un mismo acontecimiento social, se materializaran avances paralelos y decisivos en profundizar las libertades del hombre concreto y su ejercicio y en modificar la estructura económica en un sentido socialista. Sus consecuencias eran enormes.

La tentativa allendista, y su derrota en 1973, han dejado una huella imborrable en el pensamiento y la práctica política de las fuerzas progresistas del mundo. El debate teórico continúa aún y no está ni llegará a estar cerrado por un largo período. Importantes corrientes políticas europeas siguieron de cerca el proceso chileno. Francois Mitterand, hoy Presidente de Francia, viajó a Chile durante el mandato de Allende, a conocer por sí mismo la experiencia en curso. Enrico Berlinguer, el extinto Secretario General del Partido Comunista Italiano, escribió pocas semanas después del 11 de Setiembre de 1973 su famoso ensayo «Consideraciones sobre los acontecimientos de Chile», en el que formuló una estrategia nueva para el Partido Comunista Italiano -el más importante de Occidente- que lo inspiraría durante un decenio y que, más allá de coyunturas tácticas, pareciera seguir siendo el eje central de su visión de largo plazo. Diversas fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana resolvieron emprender con más decisión aún que antes de 1973, vías opuestas a la que Allende sostuvo para Chile. En algunos, la experiencia chilena pareció inducir tendencias a la cautela y a la prudencia política. En otros, el fracaso del llamado «pacifismo» de la vía, incitó a una radicalización de las perspectivas. Empero, la mayoría reivindica lo esencial del mensaje y busca nuevos caminos que puedan hacerlo realidad.

Pero, más allá de las diversidades, Allende es inspiración para todos los que postulan una sociedad más democrática y más justa. Allende es el socialista que se hizo patrimonio común, que pertenece a Chile.

Es esta una categoría que va asociada a una real proyección histórica. En la vida del país ninguna de las figuras políticas que trascienden hasta hoy por su pensamiento o su obra fue unánimemente reconocida en su tiempo. Más bien fueron duramente combatidos por sus adversarios. Los «grandes chilenos» del siglo XIX fueron hombres cuya vida estuvo marcada por la lucha, la polémica y el dramatismo: O'Higgins y Carrera en la época de la Independencia, Portales en la primera mitad del siglo y Balmaceda en la segunda. La perspectiva que da el tiempo permite juzgarlos hoy con un cristal diverso y la historia los incorpora como un patrimonio común que asume la nación entera. No hay, ni podría haber una interpretación unánime sobre la dirección de su obra, su intencionalidad y consecuencias. Pero son indiscutiblemente «nacionales».

Cuando se haga el balance del siglo XX Allende será el socialista que es «nacional», que pertenece a todos los hombres libres de su tierra.

1. Regis Debray, *La Vía Chilena*, Feltrinelli, Milano, 1971.
2. Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971, p. 175.
3. *Ibid.*, p. 179.
4. *Ibid.*, p. 181.
5. *Ibid.*, p. 182.
6. Ver las afirmaciones de Volodia Teitelboim ante el replanteo de la perspectiva de constituir un partido único que fusione a socialistas y comunistas, en 1956, en Raúl Ampuero, *La Izquierda en Punto Muerto*, Ed. Orbe, Santiago, 1969, p. 63.

2. LA VIA CHILENA AL SOCIALISMO

«Ninguna realidad existe hoy sin haber sido primero una ilusión de soñadores.»

Luis EMILIO RECABARREN

La vía «allendista»(1)

«Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de medios y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta tendencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista».

En la constatación de «una abismal contradicción entre lo que el hombre contemporáneo es y lo que potencialmente está a su alcance», se asentaba la utopía personal de Salvador Allende. Su tarea vital fue «aquí y ahora, en Chile y en América Latina... desencadenar las energías creadoras, particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa en el pasado». La denominada «vía chilena al socialismo» constituyó la forma particular que Allende propuso para Chile como paso decisivo en el largo proceso de materialización de su proyecto histórico.

Durante la etapa culminante de su acción Allende tuvo clara conciencia de las dificultades gigantescas de la tarea planteada y de su significado internacional. «No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo, tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista». Romper con el subdesarrollo implica «deshacer esta estructura restrictiva, que sólo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad». Es decir, no hay un modelo preestablecido que haga, quizá, más fácil recorrer la «vía chilena». Ese modelo inexistente debe ser sustituido por la invención y, al hacerlo, es preciso no sólo desmontar una estructura económica capitalista injusta e ineficaz, sino, al mismo tiempo, construir una nueva que, superando a la anterior, no produzca un quiebre en el funcionamiento de la economía y la sociedad. Para Allende las principales tareas están cruzadas por tensiones inevitables: «institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo» y «romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva» que, sin embargo, no será evidente de inmediato, ya que «las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción». Resulta obvio que, más allá de las dificultades coyunturales y de los cambios de la correlación de fuerzas, elementos a los que permaneció siempre atentísimo, Allende individualizó muy claramente los obstáculos que surgían, no sólo del cuadro político y de fuerzas sociales, sino de la naturaleza misma de su proyecto. Este era, por definición, más difícil que otros intentos que renunciaban a compatibilizar y a desarrollar simultáneamente valores que, en la mayor parte de los casos, la experiencia histórica presentaba como contrapuestos. La magnitud y significado internacional de la tarea eran evidentes para Allende: «Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista»(2) que Allende diferenciaba del basado en la «dictadura del proletariado». El día que asume la Presidencia de la República, Allende exclama: «Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro». Y, con palabras muy similares, reitera ante el Congreso Nacional, pocos meses después: «Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro...». El «nuevo giro» correspondía a la ocasión singular en que la sustitución del capitalismo por el socialismo se realizaba en un proceso caracterizado por acciones no violentas como medio principal. Significaba la transición de un sistema a otro desarrollando aún más, durante y después de esa transición, las principales conquistas civiles, esto es, las libertades democráticas y los derechos del hombre.

Al cambio específico propuesto por Allende se le denomina aquí «vía hacendista al socialismo». En la literatura, y en las expresiones del propio Allende, se le ha llamado de maneras muy diversas con el fin de, en cada caso, acentuar lo que se estimaba una característica sustantiva principal. Así, «vía chilena» acentúa el carácter nacional del camino elegido, en su sentido de singularidad, y corresponde a una preocupación por la problemática de las «vías nacionales» discutida en los últimos decenios en el movimiento obrero internacional. Las denominaciones «vía pacífica» o «vía no armada» colocan en el centro la forma de lucha dominante como factor de identidad. Con el fin de superar este unilateralismo en el ángulo de definición, algunos utilizan la denominación «vía político-institucional». Los términos «vía legal», «vía constitucional» o «vía parlamentaria» han tenido, en general, un sentido peyorativo en la literatura de izquierda. Su empleo acentúa, las más de las veces, algún aspecto considerado criticable, ya sea el exagerado constitucionalismo o juridicismo que caracterizó algunos de los planteamientos de la Unidad Popular, ya sea el rol que en ciertas instancias -especialmente por parte de Allende antes de las elecciones de marzo de 1973 se atribuyó a la mayoría parlamentaria. Aparte del valor que puedan tener en la polémica, ninguna de las tres denominaciones puede estimarse satisfactoria. Allende utilizó en diversas oportunidades la expresión «vía democrática» que apunta a un aspecto más sustantivo y que puede considerarse como haciendo referencia tanto a la forma de lucha principal como a la forma de ejercicio del poder del Estado. La expresión «vía allendista al socialismo» rescata

lo particular del intento y acentúa la existencia de una versión específicamente «de Allende», no necesariamente compartida en su totalidad por las fuerzas políticas que integraron la coalición popular entre 1970 y 1973 y, aún más, en diversas partes o momentos objetada en virtud de una concepción que era, en cuestiones esenciales, contrapuesta. Estas diferencias dieron lugar al surgimiento de una tensión en torno al proyecto que sustentaba la Unidad Popular, no referida a aquellos aspectos programáticos específicos que adquirieron en ciertos momentos del proceso un perfil polémico, sino al marco general, a la matriz teórica y al ámbito estratégico que definían la esencia de la propuesta de Allende. Esta tensión debe ser elemento central del análisis de la experiencia allendista, en la medida que desentrañar su contenido parece ser requisito para el éxito de cualquier intento de rescatar, renovar y reconstituir las bases políticas y orgánicas de la idea socialista en Chile.

El contenido básico de la «vía allendista al socialismo», puede hallarse en fuentes precisas⁽³⁾. Ellas son, con todo, insuficientes y no exhaustivas. Deben ser consideradas en el contexto de la práctica del conjunto del movimiento social y político de los trabajadores chilenos, especialmente de los avances registrados en los tres lustros que transcurren entre 1955 y 1970. Dicho proceso fue a veces conflictivo y siempre complejo. De su estudio -que sobrepasa con mucho la ambición de estas páginas- se decantan, en último término, no sólo lo esencial de una concepción sino, al mismo tiempo, sus elementos internos de contradicción. Entre ellos, es básico el desfase entre la teoría de la izquierda y su práctica política. Es en el primer plano -el de la teoría- donde no fructifica suficientemente una presentación coherente de la «vía allendista» que sea asumida por la generalidad del movimiento y es, en cambio, el plano donde germinan las principales refutaciones.

El proceso a través del cual se hace praxis, es decir dialéctica ligazón de teoría y práctica, es bien accidentado y es en dichos accidentes donde es posible identificar los orígenes de su dramático fracaso.

Un camino singular

La disputa en torno a la vía fue un tema recurrente en la historia política de la izquierda chilena. Los debates que adquirieron fuerza y generaron consecuencias durante el período 1970-1973 tenían como precedentes polémicas muy anteriores. En ellas Allende fue siempre uno de los protagonistas principales y su postura básica tuvo una notable invariabilidad. La «vía allendista» se construyó en un largo batallar que abarcó, por mencionar un índice de lo que eran siempre momentos decisivos en la política chilena, cuatro campañas presidenciales en las que Allende hizo llegar su mensaje a todos los rincones de Chile. Las polémicas sobre estrategia desarrolladas entre los Partidos Socialista y Comunista, con su apreciación divergente sobre la extensión de las alianzas, la interpretación de la realidad social y económica de Chile y el rol de sus diversas clases, constituyeron el telón de fondo del proceso político de la izquierda. En la década de los sesenta Chile no fue una excepción al difundido impacto de las corrientes que preconizaban la lucha armada como el único medio eficaz para superar la dominación capitalista imperial, alentadas por el significativo éxito de la experiencia

revolucionaria cubana, de gestación autónoma y original. En rápido proceso adquirió fuerza la frustración, especialmente de sectores de la juventud, frente a las desviaciones «electoralistas» y «parlamentaristas» de los partidos históricos de la izquierda. Dos derrotas -en 1958 a manos de Alessandri y la derecha y en 1964 frente al entendimiento de democristianos, liberales y conservadores- parecían demostrar sin apelación la impotencia del esquema de avance planteado por Allende. No obstante, la «vía allendista» siguió vigente, en parte por su líder, en parte por su arraigo en la práctica de la masa socialista y de la izquierda, en parte porque la estrategia global definida por el Partido Comunista se avenía más a ella que a la alternativa opuesta, y en parte porque la propuesta de Allende no constituía un capricho de su tenaz voluntad política ni una inspiración genial de carácter personal. Había, como el propio Allende lo expresara más de una vez como Presidente, características propias de la sociedad chilena y sus actores que hacían de la vía allendista al socialismo quizás el único camino por el que podía transitar la izquierda con perspectivas relativamente próximas de éxito. En el pensamiento de Allende existían también elementos axiológicos que confirmaban la elección de la vía.

La vía allendista obedecía, en primer lugar, a las especificidades de Chile. Allende, explícitamente, desechó toda aspiración a universalizar su experiencia en cuanto receta política o a proclamarla como ejemplo para la lucha en otros países de América Latina. Por el contrario, antes y después de ser elegido Presidente, en actos concretos, siempre expresó su espíritu internacionalista y su solidaridad con otras experiencias de transformación social, diversas a la chilena y apoyadas en medios diversos, sin por ello abandonarse a la imitación o renunciar a la opción que, para Chile, le parecía más adecuada. La singularidad de Chile era su aptitud y vocación democráticas, históricamente comprobadas al menos relativamente a los demás países del continente. En tales condiciones concebía la vía no violenta como la «más acorde con nuestra idiosincrasia, con nuestras tradiciones». Ya Presidente expresaba: «Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación». Y agregaba dos años después: «Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, dentro del orden legal, y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas».

La vía elegida poseía para Allende una característica esencial derivada de su enraizamiento con las tradiciones e idiosincrasia nacionales: proponía una cierta continuidad, no una ruptura absoluta con el pasado. Allende postulaba, en consecuencia, una determinada forma de enfocar la dialéctica destrucción-reconstrucción en virtud de la cual reconocía al pasado los derechos de la supervivencia. Quizá la más dramática expresión política de esta idea se encuentre en los párrafos iniciales de su Primer Mensaje al Congreso Nacional: «Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas, para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece». Un año más tarde reiteraba su pensamiento ante el Congreso de manera más dura: «Mi gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional». En el marco de la vía allendista no era ésta una concesión graciosa a los adversarios o al pasado, ni una nostálgica venia a la tradición. En la formulación de Allende era explícito y reiterado el concepto sobre la paternidad del progreso democrático y del desarrollo de la libertades públicas: «... el combate ininterrumpido de las clases populares organizadas, ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles

y sociales, públicas e individuales». Más claramente aún, «las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por tanto, deben permanecer». Este, entre otros que surgirán más adelante, constituye uno de los factores en que la definición de la vía allendista es claramente estratégica, es decir, constituye en sí misma un propósito sin cuyo cumplimiento el entero proyecto social que la vía promueve pierde contenido. La vía allendista no es una maniobra circunstancial sino un elemento que al mismo tiempo agrega definición y sustancia al tipo de sociedad socialista que propone.

Para Allende, en consecuencia, la vía propuesta constituía el sendero obvio y necesario. Obvio en su sentido de correspondencia entre pasado y futuro, entre tradición y revolución, entre realidad y utopía. Pero también necesario en la medida que desde el ángulo político los fines perseguidos no eran impermeables a los medios que se utilizara para conseguirlos. En una larga referencia al sistema de partido único y a su carácter no indispensable para la sociedad socialista, Allende expresaba: «La guerra civil cuando es impuesta al pueblo como la única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política». No se trataba de rechazar en general tal posibilidad para todos los pueblos y todas las circunstancias. Pero en Chile era factible otro camino que tenía además la virtud de posibilitar que su resultado fuese algo nuevo, superior, nunca antes conocido. Ese camino sería «construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el Programa de la Unidad Popular: el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad... La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural».

No hay una sino varias posibles definiciones de esta vía «más apropiada» que Allende proponía a sus propias fuerzas y al país en general, dependiendo de los aspectos del complejo fenómeno que cada caracterización enfatiza. A veces se encuentra en los discursos de Allende la tendencia a definirla mediante el contrapunto entre opciones o el planteamiento de incompatibilidades aparentes. Así la expresión «nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno» contiene un contrapunto implícito: la vía allendista es democrática, no requiere o no desea recurrir a prácticas autoritarias. La vía allendista realiza su «contribución mayor al desarrollo del régimen democrático en esta etapa de nuestra historia» con su combate «para abrir el camino de la democracia económica» y «conquistar las libertades sociales». «Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, y el desarrollo del principio de legalidad, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando». En otras ocasiones Allende agregó elementos de definición a los ya surgidos, poniendo el acento no tanto en la forma de llevar a cabo la tarea sino en el fondo de la misma. Cuando asumió la Presidencia precisó que lo hacía para «orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases». Yen su primer mensaje al Congreso definió directamente «la vía chilena al socialismo» como «un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones».

Mayoría, violencia y no-violencia

De los elementos que van surgiendo en la definición de la vía chilena hay al menos tres que requieren un examen particular.

Uno es el problema de la mayoría. Allende asume la Presidencia de la República con sólo un 36% de los votos, aunque en abril de 1971 los partidos de la Unidad Popular totalizan el 50% de la votación nacional. Desde el inicio Allende enfatizó siempre la necesidad de desarrollar en torno a su proyecto un consenso democrático mayoritario. Había detrás de esta convicción una actitud de principio: «La revolución es un cambio profundo. es la transformación del sistema, es abrir paso a las grandes mayorías...» y también la constatación de un requisito para el éxito: «El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están ahora resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral». «Cuando yo hablo de ampliar el poder político, pienso que más allá de los límites de la Unidad Popular hay miles de ciudadanos que pueden estar junto a nosotros, hay cientos y miles sin domicilio político, y hay otros que teniéndolo, no pueden olvidar ni los principios, ni las ideas, y por eso yo los llamé fraternalmente, limpiamente, a trabajar por el Chile nuevo y por la patria mejor que queremos para todos los chilenos». «Es la tarea imperiosa de las fuerzas populares convencer, mediante la acción revolucionaria, el ejemplo y la eficacia, a las grandes mayorías del pueblo, del sentido y razón de ser de la revolución».

Un segundo aspecto que surge en las caracterizaciones de la vía allendista al socialismo es el referido a la violencia. Reiteradamente -y queda claro en muchas de las citas anteriores- Allende define su proyecto como democrático, no violento, no autoritario y no represivo. Se ha señalado que existe en el pensamiento de Allende una preferencia no puramente táctica respecto a la vía. Así, precisamente, el carácter no violento de la vía es clara y reiteradamente destacado como un valor en sí mismo. En muchas ocasiones durante los tres años de gobierno Allende recurre a la idea del «menor costo social»: «Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora». «Quiero reiterar que, por primera vez en la historia, un pueblo conscientemente ha buscado el camino de la revolución, con el menor costo social». «Y conste que hemos hecho nuestra revolución sin costo social. Puedo decir que no hay en el mundo un país que haya emprendido el camino revolucionario con el costo social que lo han hecho ustedes, el Gobierno del pueblo, que lo hemos hecho juntos, y eso, tiene un gran valor en vidas humanas y en la propia economía del país». Tiempo más tarde Allende advierte frente a las posibilidades de desviarse de la vía elegida: «Eso sería un salto en el vacío... Pero también someter al país, y principalmente al pueblo, a la pérdida de vidas, así como de fuentes de trabajo y bienestar que necesita».

En tercer lugar, es necesario precisar que Allende no tuvo ni preconizó nunca una actitud «pacifista» absoluta. Valorizando el carácter no-violento de la vía propuesta, el ahorro de dolor y sufrimiento que ofrecía para la obra de construcción socialista, entendía claramente también que el proceso intentado, cuyas dificultades y singulares obstáculos siempre destacó, podía seguir un curso diverso. Dicha conciencia tendió a hacerse cada vez más patente -y lo prueba la lectura comparada de sus tres Mensajes al Congreso- a medida que el conflicto social y político se agudizaba y la amenaza de la violencia reaccionaria se hacía más inminente. La prevención frente a esta eventualidad fue un elemento permanente en sus discursos e intervenciones públicas. «No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de la ruptura violenta. El Gobierno y los trabajadores

organizados están conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde», expresaba a mediados de 1972. La idea fue reiterada en innumerables ocasiones.

Sobre estos aspectos, en consecuencia, parece válido sostener que para la vía allendista su carácter incruento tiene una significación esencial porque la violencia, si bien no se descarta como posibilidad a veces más que evidente, se concibe como una necesidad desafortunada, no como una eventualidad deseable o como un elemento positivo.

Teoría y experiencias socialistas

Allende entregó importantes elementos de definición de su propuesta estratégica al confrontarla con la teoría revolucionaria y con las experiencias anteriores de construcción socialista. El único tratamiento principalmente teórico de determinados problemas es la polémica intervención de Allende en el Pleno Nacional del Partido Socialista de Chile en marzo de 1972, en el que enfoca el tema del carácter del Estado y discute la tesis de su necesaria destrucción previa para reemplazarlo por uno socialista. En sus otras intervenciones se encuentran, sin embargo, numerosas referencias a cuestiones de significación teórica. No se abundará aquí en el rol de primera importancia, como determinante de los comportamientos políticos, que tuvo la teoría marxista -una determinada forma de asumirla: el «marxismo-leninismo»- en el proceso chileno. La izquierda chilena y sus partidos se caracterizaron por un grado elevado de ideologización. A diferencia de otros países de América Latina donde grandes movimientos o partidos se construyeron sobre la base de consignas de contenido nacionalista, populista o antiimperialista, a veces de un exagerado simplismo, la izquierda en Chile alcanzó, en algunos casos, un nivel bastante superior de elaboración política o, en otros, al menos la asunción de determinados esquemas teóricos globales. Los conceptos básicos que formaban parte esencial de la «vía allendista» no guardaban muchas veces una clara correspondencia con el «sentido común teórico» de la dirigencia izquierdista y de parte significativa de las bases. La formulación de la vía allendista constituyó una lucha ideológica que Allende prosiguió necesariamente una vez Presidente. En su discurso de asunción expresó: «Desde el punto de vista teórico doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presentes cuales son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que: 'Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo a la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación'. Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels». Allende tenía conciencia, es claro, que la condición establecida por Engels (tener «tras de sí a la mayoría de la nación») debía ser garantizada día a día. Es en este marco donde asumen mayor relevancia teórica y política sus permanentes referencias, ya citadas, a la necesidad de obtener el apoyo de las mayorías. El desarrollo del proceso recién iniciado requería según Allende de una prevención permanente frente al reformismo y al maximalismo: «Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que excede nuestras posibilidades, también fracasaríamos».

Un tema teórico que suscitó la reiterada preocupación de Allende es el de la destrucción del Estado. Por cierto el desarrollo de la vía allendista -y para este efecto el término «político-institucional» resulta adecuado- requiere de una óptica diversa en relación con la confrontación entre el viejo y el nuevo Estado. Continuidad y ruptura se relacionan de una manera más compleja. «Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro, se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas». Con más precisión y claridad: «No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para reempezar el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecue a la nueva realidad social de Chile. Se trata sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato de Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase, y también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas». Y agregaba: «la cuestión teórica que ello plantea reposa en un supuesto que aparece evocado en el Informe Político: el de si la institucionalidad actual puede o no negarse a sí misma, destruirse a sí misma, abriendo paso a un nuevo régimen institucional. Para responder a esta cuestión se requiere, previamente, tener en cuenta dos factores. En primer lugar, si el régimen institucional es o no abierto al cambio. En segundo lugar, qué fuerzas sociales están detrás del régimen institucional, dándole su fortaleza. Ambos factores se corresponden el uno al otro, ya que sólo si el aparato del Estado no es infranqueable a las fuerzas sociales populares puede concebirse que la institucionalidad sea suficientemente flexible para tolerar las transformaciones estructurales sin que ella estalle automáticamente». Y, siempre en polémica con su Partido: «Los militantes del Partido Socialista deben ser conscientes de que contrariamente a lo que el Informe Político sostiene, el camino más corto hacia las transformaciones cualitativas del sistema político actual no pasa forzosamente por la quiebra y la destrucción de la constitucionalidad vigente. Este es un profundo error». La vía allendista, de esta manera, reconocía como una de sus bases la existencia de un cierto grado de autonomía del Estado en relación con sus determinantes de clase. «Es cierto que un régimen institucional es el producto de un orden social determinado, pero lo institucional no sólo encuentra su sentido de clase en su génesis histórica, sino sobre todo, en la fuerza social que en un momento concreto y específico informa su funcionamiento, lo está utilizando y orientando». No puede confundirse el «contenido de clase de la institucionalidad» con su «origen histórico». Esta «es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema».

Para Allende la revolución chilena era un hecho único y singular. Por eso reclamaba para ella una gran autonomía y postulaba realizar «nuestra revolución sin mentores ni tutores...». «Ahí está Martí, un latinoamericano, allá está Lenin, el padre de la revolución, y aquí estamos nosotros transitando el camino de Chile, de acuerdo con su historia...». La autonomía no era sólo una actitud proclive a una postura internacional no alineada y de solidaridad activa, sino también una autonomía teórica. Tampoco hay tutores en la teoría: «... tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la «creación socialista». Esas formas de organización nuevas(4) habrían de ser diversas de las conocidas hasta entonces en otras experiencias socialistas. Sin mencionar específicamente a la Unión Soviética, Allende se refería evidentemente a la Revolución de Octubre y a las experiencias de Europa del Este cuando expresaba: «Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo. Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales

las que pueden conducir a esta situación. La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del Poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares. En la medida que en Chile no se dan estos factores, nuestro país a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad». En su primer Mensaje la referencia al denominado «socialismo real» es explícita: «Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea... Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado. Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos. Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista. Sin embargo, una vez más, la Historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista... Por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario». Allende creía firmemente en sus propias palabras, sentía una identidad plena con sus propios proyectos. Esa era la razón principal de su fuerza.

Allende hoy

La mayor parte de las páginas anteriores son una reproducción apenas modificada del texto que la revista Análisis publicó en Santiago en setiembre de 1983, al cumplirse diez años de la muerte del Presidente Allende. Recayeron sobre él numerosos comentarios, más o menos elogiosos, más o menos críticos. La intención al escribirlo fue ofrecer una imagen veraz del pensamiento del propio Allende sobre un aspecto muy importante aunque específico de su quehacer político: su proyecto de transición al socialismo. La necesidad de abundar en citas textuales resta al texto la agilidad de aquello que se escribe según un esquema autónomo. Tenía más valor, en esos momentos, destacar las palabras de Allende que intentar hacer una «traducción», en lenguaje propio, de lo que parece central en su pensamiento sobre el tema.

Detrás de algunas de las críticas formuladas se esconde un fenómeno preciso: el temor de diferir hoy del pensamiento de Allende y, al mismo tiempo, la impotencia de interpretarlo de ciertas maneras. El pensamiento y la obra de Allende no son una suerte de nuevo «Talmud». Ya ha habido suficientes en la izquierda chilena como para adquirir uno nuevo. Allende jamás elaboró una receta, nunca pensó estar dando solución de una vez y para un buen tiempo a los complejos problemas del cambio social en Chile, América Latina o el mundo. Aquello que parece legítimo invocar son sus motivos de inspiración y los elementos centrales de una idea de la democracia y de una idea del socialismo. Por otra parte, es legítimo y respetable diferir de su pensamiento o tener ópticas diversas sobre estas cuestiones básicas.

No pueden descartarse interpretaciones distintas sobre Allende. Son posibles matices importantes sobre qué pensó en un momento u otro, cuál fue el significado de una u otra acción, qué habría hecho en tal o cual situación hipotética o actual. Nadie podría legítimamente aspirar a responder sin ambigüedades cuestiones de este tipo. Hacerlo, por lo demás, constituiría un abuso y, efectivamente, una forma de manipulación. Lo que no parece posible negar es lo esencial de sus ideas, que están escritas, y que fueron «actuadas», puestas en práctica.

Para aquellos que así lo reconocen, pero que no se sienten identificados con el mensaje central o con aspectos importantes de él, quedan dos caminos posibles: uno es el homenaje a Allende como héroe, como luchador social que entregó su vida y que, en consecuencia, merece el respeto de sus continuadores y tiene justos títulos para ser símbolo de lucha por la justicia, la igualdad y la libertad. Esta aproximación tiende a enaltecer la imagen de Allende según descrita, pero coloca en un segundo plano el valor de sus ideas y de su acción.

El otro camino es reconocer el gran valor de Allende como figura social y política, admitir muchos de sus aciertos, pero ser capaz de expresar con veracidad las discrepancias en cuestiones esenciales. Con el estilo directo y honesto que caracteriza sus intervenciones, Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista adoptó esta línea en el Informe al Pleno de 1977 del Comité Central de su partido. Vale la pena transcribir íntegra una parte significativa de los párrafos dedicados a Allende porque reflejan claramente una posición respetable por su ejemplar franqueza:

«En relación a la orientación del Gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del Partido Comunista con la política de Salvador Allende. Nuestro Partido consideró, desde el comienzo hasta el fin, un asunto esencial de su política la necesidad de afirmar el Gobierno del compañero Allende. Con él tuvimos siempre buenas relaciones, basadas en la amistad, la franqueza y el respeto mutuo. Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado. Se lo dijimos. De su lado, él nos expresó sus opiniones discrepantes cada vez que lo consideró necesario. Sin embargo, lo cierto es que, al margen de estas y otras diferencias, hubo una gran coincidencia en la línea gruesa, en cuanto al carácter de la revolución, a sus etapas, a la política de alianzas, a la combinación de la presión de masas desde abajo con la actividad del Gobierno desde arriba para llevar adelante los cambios revolucionarios, a la aplicación irrestricta del programa.

«La ultraizquierda acusó muchas veces a Allende de reformista. Nosotros dijimos alguna vez, que en el Gobierno había rasgos reformistas. Pero esto no era lo que caracterizaba al Gobierno. Era un Gobierno revolucionario y lo era también gracias a su personal contribución.

«Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran

llevar una vida digna, guió su actividad política. Todo esto y, por qué no decirlo, su sentido de la historia y de su papel en ella, eran sentimientos tan fuertes que le daban capacidad para pasar por encima de cualquier concepción idealista a la que hubiese adherido, y lo decidían a llevar la revolución hasta el fin»(6).

La vida política de Allende estuvo cruzada por las grandes tensiones inherentes a los grandes proyectos. Teoría y práctica tuvieron un complejo encuentro en largos años de duro batallar, el pragmatismo obligado del gobernante se enfrentó al utopismo del revolucionario que quiere cambiar la sociedad y dio lugar a cruciales momentos para la vida política y social chilena; medios y fines se relacionaron en permanente tensión cuando los esquemas ideales se confrontaban con la compleja realidad. La grandeza de Allende estriba, en último término, en haber podido, como muy pocos, sintetizar las contradicciones inherentes a la acción política en un resultado noble y humano que ha dejado una huella imborrable y fecunda.

Allende estuvo muy próximo a lograr la culminación global de sus ideas: hacer socialismo en Chile. El trienio 1970-1973 fue el agitado período de la historia chilena en que «la vía allendista», la vía de Allende, fue sometida a la dura prueba de la práctica.

1. A fin de hacer más fácil la lectura se han suprimido del texto las referencias de cada una de las citas de Allende, las que de todas maneras figuran entre comillas. Quien desee disponer de ellas puede consultar el fascículo 1 de «Allende diez años después», publicado por la revista Análisis en Santiago, septiembre de 1983. Casi simultáneamente Plural publicó, en Barcelona y Rotterdam, el mismo trabajo en su número 2. El texto de este capítulo es una versión modificada de la publicación anterior.

2. La utilización del término «modelo» en la frase anterior no debe ser interpretada como un aval a la aceptación de prescripciones para la construcción del socialismo. Concordado con otras expresiones de Allende el término es utilizado para referirse a la existencia de más de una forma de acceso al socialismo, tema discutido por los clásicos del marxismo.

3. Entre las más importantes destacan los siguientes documentos:

Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970. Discurso en el Día Internacional del Trabajo, 1 de mayo de 1971. Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971.

Discurso en el Congreso de Colombia, 30 de agosto de 1971.

Discurso en el Estadio Nacional en la celebración del Primer Aniversario del Gobierno, 4 de noviembre de 1971.

Informe al Pleno Nacional del Partido Socialista, 18 de marzo de 1971. Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, 13 de abril de 1972.

Segundo Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1972.

Otros aparecen en la antología Salvador Allende, Discursos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, en la preparada por Alejandro Witker, Salvador Allende (1908-1973), Prócer de la Liberación Nacional, Universidad Autónoma de México, México, 1980, o en la selección que hiciera Edgardo Condeza, publicada por la Fundación de Amigos del Centro Gaitán bajo el título Las Grandes Alamedas, en Bogotá en 1983.

4. En uno de sus textos Allende denominó «República del pueblo trabajador» a la forma político-institucional que habría de concretar la vía allendista. Es imposible evitar la asociación con la fórmula «República democrática de trabajadores» postulada por el Partido Socialista de Chile en su Programa de 1947, aún no modificado. Es notorio en los textos de Allende su preferencia sistemática por el término «trabajadores» que por el de «obreros» o «clase obrera». Hay -parece obviouna intención de mayor amplitud y alcance. Igual motivación tuvo, al decir de Raúl Ampuero, según mis notas del Seminario sobre Convergencia Socialista, realizado en Ariccia, Italia, en marzo de 1979, Eugenio González y sus colaboradores en la redacción del Programa de 1947, cuando sustituyeron el término «proletariado» por «trabajadores» y eliminaron el término «dictadura» prefiriendo el de «república democrática».

5. Uno de los comentarios críticos apareció en la sección cartas de Análisis 72, enero de 1984, p. 52.

6. Corvalán continuó: «Salvador Allende no tenía una formación marxistaleninista acabada. Pero era un hombre dispuesto a la lucha sin concesiones para que la clase obrera y el pueblo alcanzaran posiciones de poder. En él pesaba fuertemente una espina del pueblo de Chile: las traiciones de que había sido objeto aquél por demagogos burgueses, las frustraciones que había experimentado tantas veces. No vacilaba para enfrentar con coraje a los enemigos. Lo que hizo y lo que no hizo estuvo ante todo determinado por el afán de dirigir los acontecimientos con miras al acceso del pueblo al Poder. En las últimas semanas, cuando la subversión reaccionaria ponía en jaque al Gobierno y la insolencia de «El Mercurio» llegaba a extremos inauditos, él sentía, por una parte, el deseo de aplastarla y, de otro lado, la impotencia en que ya se encontraba su Gobierno por el deterioro de la correlación de fuerzas. Pero en esos momentos lo escuchamos exigir consecuencia a aquellos críticos de su Gobierno, a los que lo habían calificado más de alguna vez de reformista, diciéndoles: «Yo no puedo, no estoy en condiciones de hacer nada contra «El Mercurio», pero háganlo ustedes». Esto demuestra que en él primaban sus propósitos revolucionarios, su gran propósito de hacer la revolución, por encima de las concepciones de tolerancia, a las que nunca se atiene la burguesía, pero que habían formado parte de su ideario.

«Salvador Allende fue un consecuente luchador por la paz mundial, amigo del campo socialista, principalmente de la Unión Soviética, de Cuba, de Viet-Nam y de la República Democrática Alemana. Fue un campeón de la unidad socialistascomunista, de la unidad de la clase obrera y de la unidad del pueblo y fue un gran educador de las masas populares en las ideas de la transformación social. Durante un cuarto de siglo, por lo menos, con lenguaje sencillo, sembró las semillas de los grandes cambios que necesitaba el país, como la nacionalización del cobre y la reforma agraria. No fue el único. Y los Partidos, ante todo el nuestro, hicimos en este sentido lo que era de nuestro deber. Pero, considerado como personaje histórico, nadie, después de Recabarren, ha sido un tan grande educador social. «Su último servicio a la revolución fue su holocausto. Le ofrecieron salvar su vida, pero no aceptó tratos con los fascistas, ni siquiera para eso. Su sangre estigmatizó para siempre a los traidores.

«Tenemos en alta estima, sentimos un gran orgullo de haber marchado por largos años en un acuerdo tan estrecho con él, en aras de asegurar el éxito del proceso revolucionario, del esfuerzo por conseguir su culminación victoriosa y lo estimamos como un gran símbolo de la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular».

«La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia», Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por su Secretario General, Luis Corvalán. En Partido Comunista de Chile, Boletín del Exterior 26, noviembre-diciembre 1977, pp. 44, 45 y 46.

3. LA UNIDAD POPULAR: TENSIONES INTERNAS Y FACTORES EXTERNOS

«Y así llegué con Allende a la arena: al enigma de un orden insurgente, a la legal revolución chilena que es una roja rosa pluralista.»
PABLO NERUDA

Trascendencia de un intento

Por su carácter a la vez revolucionario, democrático y tercermundista, el proceso que protagonizó la Unidad Popular tuvo un significado universal. El proyecto allendista constituyó una síntesis de aspiraciones vigorosamente emergentes no sólo en el pueblo chileno y en los pueblos latinoamericanos, sino también en las masas populares de otras naciones pobres y en las clases trabajadoras de todos los países del mundo. No en vano la atención internacional se canalizó hacia Chile entre 1970 y 1973, como nunca antes. La muerte de Allende, la dramática derrota de la izquierda y los hechos posteriores, generaron un movimiento de solidaridad que testimonia cuán profunda es la huella dejada por este episodio de historia chilena en grandes masas humanas de todas las latitudes y cuán dolorosa la herida abierta por su fracaso.

A nivel internacional el triunfo de Allende vitalizó la esperanza de asistir a un proceso sin precedentes históricos, que significara, al mismo tiempo, un avance hacia la superación de miserias materiales y desigualdades sociales y una consolidación y extensión de los valores de la libertad y dignidad humanas. El contraste entre la nobleza de estos propósitos y la brutalidad con que se les acalló ha dejado una marca indeleble en la conciencia universal y en la historia de este siglo.

Para Chile, la derrota de la Unidad Popular es la frontera entre dos épocas, marca el fin de una larga etapa histórica y el crítico inicio de una nueva. El 11 de Setiembre de 1973 y sus consecuencias significaron la ruptura definitiva de un modo de procesar el conflicto social, su reconstitución en un escenario diverso y nuevas formas de expresión de dicho conflicto y de acción política para enfrentarlo. Aunque la herencia histórica de décadas mantendrá sobrevivientes ideas, memorias, comportamientos y organizaciones políticas similares al pasado, lentamente surgirán nuevos perfiles de acción imposibles de diseñar por completo o de describir por anticipado. En todo caso, los hechos del 11 de Setiembre, sus prolegómenos y sus secuelas, habrán de influir en los rasgos del futuro como muy pocos en la historia moderna del país.

Buena parte de los esfuerzos analíticos en los años inmediatamente posteriores al derrumbe de la Unidad Popular se centraron en la búsqueda de una explicación para la derrota descuidando la interpretación de la victoria en setiembre de 1970, no obstante que ambos hechos deben necesariamente ser considerados en conjunto. Esta suerte de sesgo ha conducido a la difusión y, a veces, a la aceptación más o menos pasiva de afirmaciones que tras una apariencia de sentido común conllevan consecuencias más profundas. Tal es el caso, por ejemplo, de la visión explícita o implícita que considera el camino recorrido hasta la victoria de 1970 como «correcto», y el que precedió inmediatamente a la derrota de 1973 como «incorrecto». Este punto de vista tiende a distinguir el período antes de setiembre de 1970 del período posterior como dos etapas perfectamente diferenciadas, la primera de conducción política exitosa y la segunda errada y procede, en seguida, a concentrarse en el examen de tópicos específicos. De matriz similar, aunque no idéntica, es la línea analítica que tiende a colocar en el centro la cuestión de las singularidades del caso chileno y de su sobrevaloración por parte de la conducción política. En general no queda claro en este tipo de análisis, cómo las singularidades cuya justa valoración hizo posible el triunfo de 1970 fueron dimensionadas equivocadamente en el tiempo posterior hasta desembocar en la derrota.

Estas ópticas, en definitiva, tienden a una forma de interpretación post factum que se empeña en adaptar los acontecimientos a un esquema teórico predeterminado y totalizante, de modo que todo éxito es atribuido a un correcto conocimiento y aplicación de la teoría y todo fracaso a la violación de sus proposiciones, preceptos o guías normativas. De esta misma factura es el cuadro de análisis que se basa en la categoría de «desviaciones», tanto «de izquierda» como «de derecha», que la generalidad de las veces carecen o pierden como referente la situación histórica concreta para convertirse en desviaciones de un sendero ideal, de un modelo teórico, de algún óptimo político de impronta casi metafísica. El concepto puede ser útil para el análisis cuando está referido a una instancia o situación específica de un proceso social, pero su utilidad se limita tan sólo a la adjetivación en casos como el indicado.

De otro orden, pero también restringidas en sus alcances, son las tesis que pretenden atribuir a diversos factores la responsabilidad principal de la derrota de la Unidad Popular, como ser la conducción económica, la política frente al imperialismo, el tratamiento a las capas medias, el problema de la fuerza armada, el carácter centralizado y único o no de la conducción política. En el hecho y en medida mayor o menor, cada uno de estos elementos estuvo condicionado en su manejo por la forma en que la izquierda lo enfocó o analizó durante su evolución histórica particular. Plantear el carácter «consumista» de cierta etapa de la política económica no aclara gran cosa sin adentrarse en la tradición reivindicatoria de la izquierda; sostener que hubo errores en el tratamiento de las capas medias es insuficiente sin intentar la explicación del porqué, y ello es imposible sin analizar la matriz ideológica de los partidos, las concepciones teóricas en ellos predominantes y el fenómeno del alternativismo histórico demócrata cristiano, entre otros factores. Expresar, como se ha hecho en exceso, que el fracaso se debió a la carencia de capacidad militar, deja de la sombra interrogantes de tanta magnitud como, por ejemplo, si habría sido posible el acceso a la Presidencia de la República contando la izquierda con fuerza armada propia, luego, si, no teniéndola, el proceso político desatado en 1970 le daba espacio y tiempo para crearla y, en fin, de qué formas era posible generarla. El énfasis en la insuficiente conducción única y carencia de centralización en las decisiones no aclara cómo tales características, presentes desde mucho antes en la izquierda, contribuyeron a hacer más amplio y menos sectario el movimiento que se expresó tras las banderas de Allende desde 1958 en adelante, ni cómo era posible lograr una conducción de tal tipo en pleno desarrollo de un proceso social revolucionario y con las características de la coalición política fundida en la Unidad Popular.

Sin embargo, es indiscutible que cada uno de los factores mencionados jugó un rol en el resultado final. En el hecho, todos los puntos de vista en torno a los cuales se ha tendido a organizar la autocrítica, más allá de los errores o limitaciones que se les quiera atribuir, han constituido el aporte de un ángulo, el intento de clarificación de uno o varios aspectos.

De entre ellos, por la significación que adquirieron, los factores externos merecen una atención especial.

El marco y la acción externos

Una mirada retrospectiva no puede pasar por alto los elementos de esquematismo con que sus partidarios juzgaban la posición de la Unidad Popular frente al exterior. En algunos momentos existió una comprensión insuficiente por parte de la izquierda de la importancia internacional de su intento. En otros, en cambio, hubo atisbos de un cierto sobredimensionamiento del impacto mundial de los fenómenos sociales que ocurrían aceleradamente en el país. Había en la visión de la izquierda elementos de maniqueísmo, expresados en una tendencia a interpretar el mundo en blanco y negro. En ese marco, tan sólo existían amigos y enemigos, y todo aquel que era considerado un factor en cierto modo «intermedio» arriesgaba ser sumado a la falange de estos últimos. Implícitamente, e inconscientemente para muchos, se trataba de una visión subordinada a la lógica de bloques: los países del «campo socialista» eran amigos a toda prueba, los Estados Unidos y sus aliados constituían la fuerza enemiga. Nadie, naturalmente, habría expresado en términos tan simples, casi caricaturescos, su visión internacional, pero en los hechos se tendió a actuar en muchos instantes, a veces bien decisivos, como si esa fuera la visión real.

El mundo de las relaciones internacionales, en las que un país pequeño y lejano como Chile juega un rol limitado, era y es muchísimo más complejo. En el escenario en que actúan las grandes potencias el concepto de amistad es relativo a la situación global. Cada cual tiene sus propios límites y quien aspire a ir más allá de ellos puede, en el intento, perder los espacios posibles en aras de los imposibles. Los enemigos no son generalmente monolíticos sino que están también surcados por contradicciones y diferencias internas que tienen, a veces, importancia cardinal. Hay, sin embargo, un hecho innegable en que, más allá de las limitaciones de su tipo de análisis, no se equivocó la Unidad Popular: la política de los Estados Unidos frente al Chile de Allende fue un diseño enemigo. La práctica lo comprobó sin lugar a dudas.

El esquematismo propio puede a veces acertar cuando se topa con el del adversario. Tal fue el caso, ya que para los Estados Unidos el proyecto allendista se inscribió, desde el momento mismo en que tuvo fuerza como alternativa social y política, en el cuadro de las relaciones entre los bloques.

Por mil veces repetido, el término «imperialismo» ha tendido a ser considerado por algunos como una consigna propagandística de poca sustancia. Este hecho no exime de la obligación de utilizarlo cuando se debe: la acción norteamericana frente al gobierno de la Unidad Popular fue clara y típicamente imperialista. Nadie -ni los mismos norteamericanos- niegan hoy que el objetivo de su política fue impedir el éxito de la experiencia socialista chilena y, segundo, que su intervención pesó decisivamente en la derrota de la izquierda(1).

Ya entre setiembre y noviembre de 1970, en la víspera de la asunción al poder del Presidente Salvador Allende, la empresa «International Telephone and Telegraph» (ITT) sentó las bases, en connivencia con autoridades gubernamentales norteamericanas, de lo que sería el plan de desestabilización de la economía chilena, pilar fundamental del programa posterior para derrocar el régimen de la Unidad Popular. Diferentes personeros chilenos denunciaron en múltiples oportunidades la acción norteamericana, entre ellos el propio Presidente Allende en su discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas en 1972. Poco tiempo después de su derrocamiento, se comenzaron a acumular nuevos antecedentes sobre la participación estadounidense en los sucesos de Chile, comprometiendo directamente a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y a personeros y organismos del gobierno norteamericano. No es necesario enumerar los múltiples hechos que avalan las afirmaciones anteriores y que son suficientemente conocidos. Ellos configuraron una política global y coherente que inspiró la acción norteamericana. Entre 1970 y 1973 hubo la tendencia a una interpretación simplista del enfrentamiento entre el gobierno de los Estados Unidos y Chile. Muchas veces, en la prensa y en el debate político, se tendió a identificar el deterioro de dichas relaciones con el conflicto surgido a raíz de la nacionalización del cobre. No era ésta una visión absolutamente inocente. Por el contrario, tendía a enmascarar la globalidad de una contraposición que, sin embargo, los norteamericanos habían definido claramente en sus debates internos(2). Desde el punto de vista estadounidense el gobierno de la Unidad Popular ponía en jaque, en todas las áreas, el esquema de dominación imperialista en Chile. En el plano político, Chile estableció relaciones diplomáticas con todos los países del mundo, entre ellos la República Popular China (antes del viaje de Nixon a Pekín), la República Popular y Democrática de Corea, la República Democrática Alemana (antes de su reconocimiento masivo) y la República Democrática del Vietnam. Chile participó en las votaciones internacionales junto a las naciones del Tercer Mundo, definiéndose como país «no alineado». Las relaciones diplomáticas fueron acompañadas de un embrionario pero creciente desarrollo de las relaciones comerciales y de asistencia técnica con el campo socialista(3). La política económica del gobierno de la Unidad Popular se propuso destruir el latifundio mediante una reforma agraria profunda y radical. Estatizó el sistema financiero, bastión tradicional de la oligarquía monopólica. Desarrolló el área de propiedad social, integrando centenares de empresas a una dirección industrial centralizada, intentando destruir el viejo capital monopolista. En el seno del Acuerdo de Cartagena (Pacto Andino) impulsó con fuerza las normas sobre tratamiento común al capital extranjero, tratando de evitar que esa experiencia de integración se transformara en un instrumento en exclusivo beneficio de las empresas transnacionales. En este proceso de transformaciones muy profundas, tuvo lugar destacado la recuperación de las riquezas básicas (cobre, salitre, hierro, carbón) para el dominio nacional. Todos los bancos extranjeros fueron nacionalizados y junto con ellos empresas industriales de propiedad de distintas corporaciones foráneas. La mayor parte de estos capitales y, por supuesto, los invertidos en el cobre eran de origen norteamericano. De esta forma intereses económicos concretos de empresas estadounidenses fueron heridos implacablemente. Todos estos pasos constituían, cada uno de ellos, áreas de conflicto con el imperialismo, pero ninguno de ellos aisladamente puede considerarse como la justificación de la política seguida frente a Chile. Dicho de otro modo, ninguno de ellos es suficiente para explicar por sí solo el conflicto esencial entre el gobierno norteamericano y el proyecto de Allende. La cuestión central era que aquél no podía aceptar la experiencia chilena por ser programática y prácticamente socialista. En este sentido, cada una de las áreas de conflicto era importante -unas más que otras, naturalmente- en cuanto tenían su propio impacto en las relaciones con Estados Unidos y en cuanto ese impacto afectaba el ritmo de la acción desestabilizadora. Pero concentrarse exclusivamente en una de ellas implicaría apreciar en forma errada la naturaleza del enfrentamiento y desestimar el carácter más global de su origen.

Los medios considerados en el plan norteamericano para derrocar a Allende fueron tanto políticos como económicos. Entre los políticos valdría la pena anotar tres principales. Primero, las acciones de tipo tradicional, desarrolladas en áreas específicas de la vida chilena. El área de los medios de comunicación de masas, tan importante para la lucha de ideas y en la disputa por los sectores medios indecisos, fue un ejemplo destacado. Segundo, la utilización de presiones en sectores de oposición, para arrastrar al centro político a posturas irreductiblemente antigubernistas y evitar un posible acuerdo de centroizquierda que diera viabilidad al gobierno. Tercero, el desarrollo de la influencia política dentro de las fuerzas armadas chilenas. El Pacto de Ayuda Militar celebrado en la post guerra continuó en

funcionamiento, las maniobras conjuntas entre efectivos norteamericanos y chilenos se realizaron regularmente, la asistencia técnica militar siguió su curso y los únicos créditos norteamericanos a Chile que no se suspendieron fueron los destinados a adquirir armamento. El setenta por ciento de los aviones y los helicópteros de la Fuerza Aérea de Chile eran de procedencia estadounidense. Durante los veinte años anteriores más de cuatro mil oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas había recibido entrenamiento en los Estados Unidos. Esta poderosa influencia continuó vigente y fue preservada y desarrollada. Mientras la política de asistencia económica al gobierno de Allende adquiriría el máximo de dureza hasta disminuir casi a cero el aporte financiero, se concedía una «ayuda» militar para el período 1970-1974 de 45 millones de dólares, casi el doble de la otorgada para el cuatrienio anterior. En el terreno económico el diseño tenía por objeto crear la imagen de caos e imposibilitar el éxito de las medidas que adoptaban las autoridades. Se trataba de «desestabilizar» al gobierno para crear condiciones sociales que permitieran su derrocamiento. Agencias gubernamentales norteamericanas contribuyeron a financiar los movimientos de los gremios patronales destinados a paralizar la producción y distribución de bienes y, en general, a promover el sabotaje económico. Por otra parte, la acción externa dificultó en medida importante el acceso de Chile a determinados procesos tecnológicos, el normal abastecimiento de maquinaria de reposición y partes y piezas para industrias vitales. Donde asestó su golpe más duro fue en el manejo de las relaciones económicas internacionales, punto reconocidamente crítico en una economía tan dependiente del exterior como la chilena. En este terreno, desarrolló a través de Kennecott y Anaconda una ofensiva de vastas proyecciones destinada a impedir la normal comercialización del cobre, principal producto de exportación del país. Por otra parte, afectó seriamente la disponibilidad normal de divisas de la economía chilena reduciendo en cerca de un noventa por ciento las líneas de crédito habituales de que disponía el Banco Central en la banca norteamericana. Se opuso sistemáticamente a la concesión de créditos a Chile por parte de organismos internacionales controlados por Estados Unidos. Retardó y dificultó la renegociación de la deuda externa en el Club de París, condicionándola a un compromiso sobre la indemnización de las compañías cupríferas. De este modo, bloqueó, durante un largo tiempo, toda posibilidad de normalización de las relaciones comerciales y financieras de Chile con las principales fuentes crediticias europeas. En síntesis, la acción imperialista logro generar una situación económica prácticamente inmanejable, movilizandando todos los resortes de que disponía y utilizando al máximo las debilidades estructurales de la economía chilena.

Mirando al futuro desde la Unidad Popular

El éxito de la acción externa contra el gobierno de Allende no era un hecho fatal, una suerte de inescapable destino histórico. El énfasis en la importancia de la acción imperialista no libera del descarnado análisis de las propias responsabilidades. La derrota de la experiencia encabezada por Salvador Allende fue posible porque las fuerzas que la apoyaban no lograron constituirse en una clara mayoría en el país y porque algunas deficiencias cualitativas, de origen histórico, las incapacitaron para alcanzar esa posición dominante, para bloquear las acciones enemigas y para cerrar los espacios que utilizaban y que requerían para fructificar.

La autocrítica, sin embargo, tiene un propósito que trasciende la pura satisfacción de un deber. Se trata de examinar con la mayor objetividad posible los hechos, para descubrir vetas que contribuyan a una reconstrucción teórica y orgánica indispensable. Para lograrlo, es imprescindible hacer el análisis del proceso que culminó en el gobierno del Presidente Allende considerándolo como un conjunto histórico del que son parte tanto el período mismo transcurrido entre 1970 y 1973, como su antecesor, es decir, aquel en que la victoria de 1970 se gestó. Dicho proceso, visualizado como un todo, está surcado más que por líneas temporales o cronológicas, por tensiones o por influencias contradictorias, tanto en su dialéctica interior como en su relación con otros procesos ideológicos, sociales o políticos nacionales e internacionales. Estas tensiones básicas, contradicciones o yuxtaposiciones factoriales, definieron la fuerza y la debilidad de la izquierda, dieron fortaleza a una determinada variable en un cierto momento para convertirla en influencia debilitante en el siguiente, contribuyeron a generar enorme vigor consensual en ciertas instancias y a restar dramáticamente voluntades al proyecto transformador en otras, hicieron posible la utilización de la coerción estatal en algunos momentos mientras en otros imposibilitaron neutralizar la fuerza adversaria, impidieron el uso de la propia o crearon las condiciones para la operación exitosa de la violencia antisocialista y antidemocrática. Los resultados no eran fatales, aunque estaban seriamente condicionados. El intento que se inició el 4 de setiembre de 1970 contaba como activo y como pasivo con un pretérito de varias décadas y planteaba un camino de muy finos equilibrios como condición del éxito. El mapa de la revolución socialista era como un laberinto multidimensional en que la errónea elección de sendero no permitía, las más de las veces, retroceder y en que la elección del preciso constituía un acierto objetivamente difícil de alcanzar. Allende definió su empeño como la primera vez en que se intentaba poner en práctica un «segundo modelo» de transición al socialismo. La tentativa era ambiciosa y, por definición, extremadamente compleja.

Sólo un marco global, que considere como elemento central las tensiones y contradicciones del proceso social chileno del que la izquierda fue protagonista político, puede aspirar al desbroce de lo principal separando lo accesorio y considerando los hechos capitales en vez de puramente sus consecuencias. El período 1970-73 puede ser considerado como la culminación de una tentativa transformadora incubada largos años y, por ello -por suponérsele un carácter final o de ultimación- estimársele, como efectivamente es, de importancia extrema. Separar dicho período de su contexto y antecedentes históricos inmediatos implicaría sin embargo incurrir en el error de atribuir significado a los hechos anteriores a la transferencia del poder sólo en cuanto preparación a tal transferencia e, inversamente, presumir que los hechos a ella sucesivos no tenían real conexión con los eventos precedentes.

En el proceso chileno al socialismo el «antes» y el «después» no son categorías analíticas suficientes sino básicamente descriptivas. Desde el punto de vista del análisis se confunden el uno con el otro en los elementos centrales que es preciso considerar: los filamentos de tensión, contradicción y yuxtaposición de hechos, acciones, ideas, procesos sociales, programas e instrumentos políticos, que recorren por igual el «antes» y el «después» aunque con resultados diversos.

Victoria y derrota forman parte de un mismo proceso y factores que destacan positivamente en una de las dos instancias se expresan con signo negativo en la otra, y viceversa. Mientras la práctica democrática de la izquierda y el acatamiento de los marcos jurídicos que caracterizaba a la sociedad chilena en general, permitieron invocar exitosamente disposiciones legales y tradiciones políticas para consagrar constitucionalmente un triunfo electoral con poco más de un tercio del sufragio popular, los mismos factores incidieron, por ejemplo, en la debilidad manifestada en algunas ocasiones para ejercer con mayor energía las facultades de coerción estatal o en la audiencia que lograron las voces que proclamaban que el gobierno incurría en ilegalidades o utilizaba contra su espíritu la legislación

vigente. Mientras la práctica reivindicatoria de largos años, impulsada a través del movimiento sindical orientado por la izquierda, se tradujo en fuerza de masas y se reflejó en los resultados electorales, esa misma práctica se expresó en la orientación consumista de algunas etapas de la política económica de gobierno y fue aprovechada por la oposición para perforar la fuerza de la Unidad Popular, incluso en segmentos de la clase obrera organizada. Mientras una cierta apatía de la izquierda en relación con los problemas de la seguridad nacional y las Fuerzas Armadas impidió la creación de áreas de conflicto inminente o de abierta contraposición, dicha apatía y desconocimiento se expresó durante el gobierno en las dificultades para conducir una política militar exitosa.

El análisis del proceso chileno al socialismo puede descomponerse en dos tensiones primarias: 1) la tensión entre el proyecto social y la forma o vía en que se desarrolla, con su actor o impulsor, es decir, la contradicción entre la «vía chilena al socialismo» y la izquierda, el protagonista que debía recorrerla y conducirla en cada una y todas sus fases y 2) la tensión entre la naturaleza de dicho protagonista con las tareas que el ejercicio del poder político del gobierno imponía como condiciones necesarias, aunque quizá no suficientes, para lograr el éxito.

Es la forma inadecuada como se expresaron y tendieron a resolverse estas tensiones primarias lo que explica el doble fracaso que significó la derrota política y militar del 11 de Setiembre de 1973: el fracaso de la vía intentada y, superpuesto a él, el fracaso en soldar positivamente los núcleos de tensión surgidos durante el gobierno. El primero constituye el telón de fondo, en el que destacan las carencias del actor protagónico -la izquierda- y sus asincronías. El segundo es un capítulo específico en que, no estando fatalmente determinado su final, los errores cometidos -asentados en las insuficiencias señaladas- adquieren, proyectados en el telón de fondo, una relevancia indiscutible(4).

Un análisis global como el propuesto puede superar los riesgos de la parcialidad o de los prejuicios en la búsqueda de lecciones para el futuro. La dramática asincronía descrita anteriormente no tiene solución en una izquierda «corregida» que emprenda nuevamente los mismos caminos. Dicha «corrección» significaría, para algunos, renunciar a lo central de la tentativa allendista de hacer del par democracia-socialismo elemento de la esencia del proyecto, y restituir la acción política a moldes revolucionarios clásicos. Para otros, se trataría de «moderar» los contenidos del proyecto de modo de hacerlos más adaptables a las condiciones institucionales. Existe, sin embargo, una vía de auténtica renovación, capaz de retomar lo fundamental de la herencia de Allende, y de reconstruir una fuerza popular que se reproponga a Chile como alternativa revolucionaria moderna por la democracia y el socialismo. Es un desafío abierto, aún más complejo que los que ha sido preciso enfrentar hasta ahora.

1. Especialmente ilustrativos son los siguientes documentos oficiales norteamericanos: United States and Chile during the Allende Years, 1970-1973, Hearings before the Subcommittee on Inter-American Affairs, House of Representatives, U.S. Government Printing Office, Washington, 1975, Intelligence Activities, Senate Resolution 21, Hearings before the Select Committee to study governmental operations with respect to intelligence activities of the United States Senate, Ninety fourth Congress, First session, volume 7, Covert Action, U.S. Government Printing Office, Washington, 1975.

2. Ver el capítulo sobre Chile en Henry Kissinger, The White House Years, George Weidenfeld and Nicolson Ltd. and Michael Joseph Ltd., London, 1979.

3. Una visión norteamericana de este desarrollo puede hallarse en el trabajo de James Theberghe, Embajador de Estados Unidos en Chile durante el gobierno de Pinochet, «Soviet, East European, and Chinese Communist Trade and Aid with Latin America: Scope and Trends», Latin America's New Internationalism, Praeger Publishers, New York, 1976.

4. El período 1970-1973 ha sido discutido en abundancia en la literatura del último decenio. Entre muchas otras obras, destacan las de Carlos Altamirano, Dialéctica de una Derrota, Siglo XXI, México, 1977; Federico Gil, Henry Landsberger y Ricardo Lagos, editores, Chile 1970-1973: Lecciones de una Experiencia, Tecnos, Madrid, 1977; y Sergio Bitar, Transición, Socialismo y Democracia: la Experiencia Chilena, Siglo XXI, México, 1979.

4. UNA REVISION DE LAS AUTOCRITICAS

«No os presento la narración de los hechos, sino que me apodero de ellos para trazar la historia de su influencia en la sociedad».

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

Socialismo y revolución

Aquello que surge con más transparencia de la asincronía entre la propuesta de lucha por el socialismo que se ha denominado «vía allendista» y su actor principal, la coalición de partidos de la Unidad Popular, es la diferente perspectiva sobre cuál era real y efectivamente el proceso planteado al pueblo en 1970. La discrepancia está enraizada en el tenaz debate histórico entre socialistas y comunistas en torno a dos estrategias diversas y alternativas, una, la basada en la tesis conocida como «Frente de Trabajadores», la otra en la propuesta comunista que en la época se denominó «Frente de Liberación Nacional». Ambas permitían extraer conclusiones inmediatas -no siempre resultado de interpretaciones rigurosas- para la definición de las alianzas. Tras los debates sobre este tópico, que por la amplitud del quehacer político se planteaban en los más diversos frentes y momentos, permanecía menos visible el complejo universo de reflexiones y apreciaciones teóricas que constituían el real meollo de la discusión. De esta manera un reduccionismo injustificado, producto más que nada del sectarismo, tendió con los años a deformar el verdadero ámbito de la tesis del «Frente de Trabajadores», esencialmente una caracterización de la sociedad chilena y del rol de sus clases que, desde el punto de vista analítico, constituyó un aporte efectivo a la capacidad de diagnóstico y elaboración de la izquierda(1).

Durante largos años el debate se nutrió de apreciaciones contrapuestas sobre si el proceso revolucionario en Chile debía tener un carácter socialista -que el Partido Socialista concebía como un decurso «único e ininterrumpido»- o si la revolución chilena era «democrático-burguesa» o «democrático-nacional», avanzando en una segunda fase hacia el socialismo, como sostenía el Partido Comunista, adherente a la tesis de la «revolución por etapas». Allende, inclinado a poner énfasis en elementos que pudieran ser fácilmente comprendidos por la gran masa popular, definía sus propósitos en términos de objetivos más precisos -reforma agraria, nacionalización de las riquezas básicas, etc.- en vez de pronunciarse por esquemas teóricos. Un análisis de su lenguaje como candidato presidencial en 1958, 1964 y 1970 y una comparación de los programas electorales de cada -una de esas campañas, demuestran que al calor de la evolución de las circunstancias políticas y de las grandes transformaciones sociales del decenio Allende

fue, cada vez más, perfilando el elemento «socialismo» en su propuesta política. El Programa de 1970, conocido como «Programa Básico de Gobierno» de la Unidad Popular, no pudo evitar el punto, trabándose los representantes socialistas y comunistas en larga y difícil polémica que se intentó zanjar con la común aceptación del párrafo siguiente: «La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile»(2). La fórmula no resolvió -y nadie en realidad esperaba que lo hiciera- el largo debate anterior que, en diversos momentos, se proyectó durante el período 1970-1973. Sin embargo, ya en el gobierno pocos dudaban que el proceso merecía ser calificado como «socialista», si bien el término era empleado en su sentido más amplio y popular, y no con pretensiones de rigor científico o académico. En cambio, en algunos sectores, existía una sombra de duda sobre si lo que se vivía era o no una «revolución». El término, desde ya, no se empleó en el «Programa de la Unidad Popular», utilizándose sólo las expresiones cercanas «transformaciones revolucionarias» y «fuerzas populares y revolucionarias», incluidas en el capítulo sobre «El Poder Popular»(3). Allende fue en este aspecto mucho más definitivo. En el Primer Mensaje al Congreso, el 21 de mayo de 1971, utilizó el término y sus declinaciones en varias oportunidades y en forma que evidencia la intención de ser enfático. El «Programa de la Unidad Popular», sin embargo, efectuó numerosas alusiones al «reformismo», en referencia a los esfuerzos del gobierno Frei y, en general, a la política de «reformas de estructura». No cabe duda que la intención inmediata de los redactores del Programa fue afirmar el carácter revolucionario del Gobierno que se proponía, definido como tal por contraposición a su alternativa, el «reformismo».

Este último término fue -antes y después de 1970, antes y después de 1973- utilizado, en otro marco, para dirigirlo contra el proyecto mismo planteado por Allende. No se trataba de una discusión nueva en la izquierda chilena. Desde largo tiempo, como en las izquierdas de todo el mundo, el dilema «reforma o revolución» se había hecho presente.

El Congreso del Partido Socialista celebrado en Chillán en 1967, había recogido la frustración de dos derrotas en la lucha presidencial y los aires, ampliamente difundidos en toda América Latina, del «foquismo» y el «guerrillerismo». Como consecuencia, el socialismo había asumido una posición aparentemente definitiva, declarando caducada la «vía electoral» y pronunciándose abiertamente por la alternativa «armada». La exclusión de Allende del Comité Central elegido en el Congreso, no obstante su deseo expreso de formar parte, reveló la magnitud de su derrota y su circunstancial aislamiento dentro del Partido Socialista. Allende había llegado a ser el símbolo del «parlamentarismo», lo era, pues, del «reformismo». ¿Podría, entonces, efectuarse una revolución con un líder reformista y por la vía electoral?(4).

La izquierda triunfó en las elecciones y, desde el día siguiente, pareció vivir con esta dramática duda sobre su propio proyecto. Para el Partido Comunista casi toda incertidumbre tendía a disolverse en la coherencia de su organización sólida y en los límites que su propia elaboración teórica del pasado suponía a los acontecimientos en curso. Para el Partido Socialista el problema era mayor: la experiencia allendista contradecía hasta ese momento las estimaciones políticas de sus congresos y las profecías de la mayoría de sus dirigentes. Se trataba de culminar una revolución que tenía un carácter claramente socialista y no había escapatoria, como para los comunistas, hacia las «etapas intermedias». Similar era la situación de los sectores de origen cristiano, agrupados en ese entonces en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), en pleno proceso de radicalización política y en actitud de crítica al conjunto de la izquierda «histórica» y específicamente a su principal líder electoral, Salvador Allende.

Pero, ¿qué era hacer la revolución? ¿Qué era una revolución? Todos o casi todos los participantes en la empresa no poseían sino un conocimiento teórico y abstracto o a lo más histórico de una revolución. Algunos conocían mejor el período de consolidación e institucionalización de una revolución (la cubana) que es también parte de ella, pero sólo una parte. Y los conocimientos teóricos e históricos entroncaban fundamentalmente con lo que un destacado estudioso marxista llamaba la «tradición revolucionaria popular», esa concepción de la estrategia revolucionaria basada en la conquista violenta del poder para sucesivamente construir desde lo alto el socialismo», doctrina que «más que expresión del auténtico pensamiento revolucionario de Marx y Lenin ... me parece la summa de una tradición ... formada fuera de la obra de los grandes teóricos del movimiento obrero ... (y que) ... tiene sus orígenes en el siglo XVIII...» «Marx fue a menudo leído ... a través de la óptica de esta tradición simplista y despojado con ello de su aporte fundamental, es decir la concepción dialéctica del devenir histórico que ve el proceso revolucionario como... un largo proceso que no comienza con la toma del poder sino que culmina con ella luego de haber colocado las bases de la nueva sociedad al interior de la vieja...»5. Para el sentido común «izquierdista» la revolución estaba, como concepto, indisolublemente asociada a la idea de insurrección y de lucha armada conducidas por una vanguardia orgánica y su objetivo era provocar el derrumbe de las formas estatales existentes; la revolución era, en pocas palabras, un momento traumático desde el punto de vista social que se traducía en la «conquista del poder», entendida como la derrota irreversible del enemigo de clase y como un cambio definitivo de dominación social al pasar el ejercicio del poder del Estado a los vencedores y su vanguardia. Este Estado era nuevo y radicalmente diverso del anterior. Un triunfo electoral como el obtenido el 4 de setiembre de 1970 no parecía ser, para la óptica descrita, una revolución en ninguno de los sentidos anteriores. Y, efectivamente, no lo era. Los hechos demostraron que la victoria de 1970 no significó la transferencia o conquista total del poder sino que marcó el inicio de un período de gran agudización de la lucha político-social, una etapa de gran avance de un proceso revolucionario. Se trataba de un despliegue de fuerza que, sin embargo, no contabilizaba como ineludible necesidad un momento traumático de revolución en el sentido ya descrito, no obstante que la probabilidad de violencia adversaria y la necesidad de la propia respuesta estuvieron, al menos teóricamente, consideradas siempre. La «vía allendista» entraba así en abierto conflicto con los dos elementos que habían llegado a ser de gran importancia en la cultura política de la izquierda: primero, la teoría revolucionaria que, extensivamente, se reconocía en la fórmula del «marxismo-leninismo» y, segundo, los paradigmas revolucionarios entre los cuales los dos principales y de mayor influencia eran la Revolución de Octubre y la Revolución Cubana. Surge de aquí la explicación al reiterado interés de Allende por establecer bases de sustentación teórica a la vía chilena en el pensamiento marxista clásico y, al mismo tiempo, destacar las diferencias entre el caso de Chile y el de Rusia en 1917 o Cuba en 1959. En un marco similar deben considerarse las afirmaciones de Allende en relación con el tema continuidadruptura entre el pasado y su proyecto. En la vía allendista la profundización democrática era el eje de continuidad con el pasado histórico, mientras la superación del capitalismo dependiente constituía el centro de la estrategia de ruptura(7).

Cambio e institucionalidad

En la vía allendista «la transición al socialismo, precisamente porque exige una transformación radical del orden jurídico, político y social, como de los valores éticos de la conciencia misma de los hombres, no puede ser realizada solamente con acciones desde lo alto, sino que debe saber utilizar al máximo el patrimonio cultural existente, evitando en los límites de lo posible, las rupturas demasiado bruscas del proceso histórico»(8). Es decir, en el caso de Chile era preciso hacer un esfuerzo de redefinición de la idea revolucionaria de acuerdo a la realidad concreta. El concepto de la vía allendista, la organización de la Unidad Popular y el esfuerzo invertido por importantes sectores políticos de la izquierda, fueron el soporte del intento. La redefinición de la idea revolucionaria como un proceso, más precisamente como un continuum, en que se sostenía la vía allendista, tropezó, sin embargo, con las dificultades señaladas. Ante la incapacidad de la izquierda para asumir en plenitud la naturaleza del proyecto surgieron sus principales insuficiencias o incapacidades concretas frente a cuestiones cruciales(9).

Así, en 1970 se asumió la responsabilidad del gobierno con el lastre de las disfuncionalidades provenientes del pasado, que Allende intentaría superar sobre la marcha. Era ésta la única alternativa posible. Este fenómeno constriñó severamente los márgenes de libertad en la acción política y condicionó en grado muy alto las opciones disponibles. Fue en la elección de ellas donde es posible también identificar elementos coadyuvantes de la derrota. Tal como la idea de revolución existía como estereotipo alejado del proceso que se vivía, el concepto de Estado y su relación con la clase dominante era también esquemático. La idea del «Estado-aparato» o del «Estado-instrumento» debió someterse a la prueba durísima de la vía chilena, cuyas esperanzas en la posibilidad de utilizar el Estado burgués en función de una revolución socialista eran explícitas. La especificidad de la vía era la «lucha por la conquista del poder en condiciones de ejercicio del Gobierno (ganado electoralmente) y en el contexto de una superestructura jurídico-política de carácter burgués»(10). Eran los espacios internos y los límites exteriores de esa superestructura los que, en la vía allendista, debían ser tensados al máximo. La política tenía su pleno desarrollo como tal. En la época, un asesor presidencial escribió: «Las fuerzas populares y anticapitalistas chilenas no se plantean ya cómo iniciar la conquista del poder político. En un sistema presidencialista alcanzaron el control del Ejecutivo. El objetivo ahora es algo distinto: a) Utilizar los recursos que Institucionalmente están en manos del Gobierno para consolidar el predominio político de los sectores populares y proletarios y b) alterar los fundamentos del sistema capitalista para poder construir un sistema económico orientado hacia el socialismo. Objetivos que se interpenetran y dependen uno de otro»(11). El mismo autor expresaba: «... en Chile el proceso revolucionario se viene desarrollando asociando las dos legitimaciones que siempre han aparecido contrapuestas: la revolucionaria y la constitucional» (12).

Tal como la revolucionaria, la institucional tuvo una suerte azarosa. La oposición de derecha comenzó lentamente a erosionarla y a ponerla francamente en duda. Pero, más grave aún, la propia izquierda no tuvo una concepción clara sobre su valor y límites y sobre las posibilidades de la institucionalidad existente en un proceso como el que protagonizaba. Para que la tuviera habría sido preciso que se dissociara de la concepción mecánica y simplista que concebía al Estado necesaria y absolutamente como un instrumento de la burguesía, como una odiosa máquina creada exclusivamente en función del esquema de dominación de las clases explotadoras. Ello implicaba reconocer un cierto grado de autonomía del Estado -una autonomía relativa- con respecto a las clases dominantes. Este concepto no era aceptado en importantes sectores de la izquierda. Algunos visualizaban el proceso en curso como el preámbulo de un climax revolucionario que no tardaría en llegar y que constituiría el momento culminante esperado, el instante del cambio definitivo del signo del poder, el día de su conquista efectiva. Tal actitud conllevaba una permanente desconfianza de principio frente a todo aquello que hubiera sido posible utilizando la autonomía relativa del Estado cuyo gobierno se controlaba. Dicha desconfianza alimentaba la impresión que todo era insuficiente. ¿Cómo podía no serlo algo que se había ejecutado mediante los mecanismos del Estado burgués que por definición existía para proteger los intereses de las clases dominantes?(13).

La autonomía relativa del Estado no era, por supuesto, una garantía para que el proceso revolucionario se recorriese dentro de los límites institucionales existentes. Jamás Allende sostuvo semejante planteamiento. Por el contrario, fue siempre preciso en afirmar la necesidad de construir un «nuevo Estado» estimando que existía un conjunto de circunstancias políticas y sociales y un cuadro jurídico institucional que, concurrentes, podían permitir el surgimiento del nuevo Estado sin discontinuidad legal con su antecesor. La siguiente opinión de un observador atento, expresada en 1971, no era, por cierto, claramente compartida por el conjunto de la izquierda: «Las cosas asumen un aspecto completamente nuevo en el momento en que la dirección política del país pasa a las manos de las fuerzas populares»(14).

Las tensiones del proyecto

De esta manera algunos de los supuestos esenciales de la vía, específicamente aquellos relativos a la revolución y el proceso revolucionario y al Estado y su autonomía relativa, no eran compartidos por un amplio sector de la izquierda. Aquel sector que parecía tener una mayor identificación con la línea trazada por Allende -el Partido Comunista- coincidía con él en importantes aspectos porque asumía como elementos tácticos algunos que el Presidente había formulado como estratégicos. Es esta indiscutible realidad lo que constituía la referida «tensión entre la vía y sus actores».

Este marco básico ha estado generalmente ausente de los análisis autocríticos de los partidos de izquierda. En los ensayos que poseen algún grado de «oficialidad» se encuentran sólo atisbos de una autocrítica más profunda, como si los partidos temieran o al menos tuvieran reticencia a enfrentarse a sí mismos, a examinar su pasado, a colocar en el centro de la crítica algunas de sus caracterizaciones esenciales. La autocrítica confirmatoria, consistente en responsabilizarse de no haber persistido con mayor fuerza aún en lo que se pensaba, fue común en los primeros años después de 1973. En el último período ha tendido a ser, afortunadamente, abandonada. Pero, para emprender cualquier proyecto reconstructor con perspectiva futura, es preciso comenzar por reconocer que nuestra experiencia estuvo marcada a fuego por la disfuncionalidad entre el proyecto y su actor político. Esta afirmación, quizá de apariencia demasiado absoluta o radical, debe ser considerada en su contexto. Pocos episodios de la vida de Chile y de Latinoamérica han constituido una epopeya liberadora como la emprendida por la Unidad Popular, por la izquierda chilena y por cada uno de sus componentes. Un movimiento popular capaz de logros de ese calibre no es una creación fácil ni un cuerpo débil e inepto. Pero la tarea era gigantesca y el objetivo fijado imponía la más formidable de las exigencias: no sacrificar la libertad en aras del bienestar material, no sacrificar el progreso económico y la equitativa distribución de sus frutos en aras de la libertad. Es en relación a los objetivos explícitos

planteados por Allende y su proyecto que la izquierda -la misma que él tanto contribuyó a crear- aparece como insuficientemente sólida y no plenamente funcional.

En este marco, y sólo en este, es posible extraer conclusiones útiles del análisis del período entre 1970 y 1973 y de los aciertos y de los errores cometidos. Poner énfasis únicamente en éstos y limitar la discusión sólo a ese período y a sus múltiples y dramáticas alternativas, deja en la sombra las cuestiones principales. Son ellas -mencionadas más arriba- las que condicionaron los pasos concretos que dio la izquierda en los mil días de Allende. El problema de la fuerza militar y las Fuerzas Armadas no puede comprenderse ni reconsiderarse desde una perspectiva renovada sin examinar la manera cómo lo pensó la izquierda durante su historia. El diseño, aplicación y desventuras de la política económica, distorsionada siempre en sus efectos por la acción opositora de derecha y por la interferencia norteamericana, no es explicable sin reconocer primero la tensión principal. Efectivamente -sobre ellos la literatura es abundante- se cometieron muchísimos errores desde el gobierno y hacia el gobierno entre 1970 y 1973 pero, en general, es preciso desentrañar su raíz más profunda para comprenderlos.

Por ejemplo, la insistencia en plantear la falta de conducción única como cuestión central tiene un contenido implícito ambiguo, pues pareciera derivarse de la afirmación que de aquello que se trataba era de sortear las diferencias, ya sea mediante un acuerdo interno ya sea mediante una imposición presiden

cial. Es difícil en un proceso revolucionario generar una conducción única que sea una suerte de máquina perfecta que entregue innumerables orientaciones para cada sector, problema o posibilidad. Más difícil aún era en el caso chileno, cuando de lo que se trataba era de cementar diferencias tácticas y estratégicas importantes. y cuando, aparte del prestigio de Allende, no había una fuerza con capacidad para hegemonizar al resto. Así, las debilidades de conducción que registró el proceso fueron reflejo de la carencia de identidad entre el actor político y el proyecto y expresiones de la permanente tensión entre ambos. El actor no era suficientemente funcional al proyecto que aparecía enarbolando y, por otra parte, carecía de la ductilidad para cumplir las tareas que el proceso demandaba de él. Este fenómeno se dio también al interior de los partidos, particularmente del Partido Socialista.

No puede, como se señaló previamente, sostenerse en estos elementos la explicación íntegra de la derrota de la Unidad Popular. Si se enfatizan en extremo es porque la principal intención de estas reflexiones no es escribir sobre la Unidad Popular del pasado sino contribuir a la renovación del movimiento popular del futuro. Un cuadro completo precisaría considerar con gran extensión los obstáculos externos que enfrentó la experiencia allendista, entre ellos al menos dos: la acción calculada del capitalismo transnacional y de sus aliados internos(16) y la crisis que ya arrastraba el sistema político chileno y su Constitución de 1925. La unidad Popular debió actuar en un contexto institucional deteriorado(17) y su propuesta y su gobierno, de índole claramente conflictiva, plantearon desafíos que evidenciaron lo definitivo del desgaste.

Identidad y unidad de la izquierda

Al analizar la izquierda chilena, dos elementos surgen como factores de consolidación de su identidad y unidad en el curso de su existencia: uno es el elemento liderazgo, en que el rol asumido por Allende adquirió contornos singularísimos y definitorios. Otro, es el rol de la teoría revolucionaria como factor plasmante de un pensamiento básico común relativamente compartido. La teoría pasó a cumplir también el papel de principal instrumento de construcción de la hegemonía interna.

Si se examina, desde el punto de vista de sus definiciones teóricas, la relación entre los Partidos Socialista y Comunista en el momento de la fundación del primero en 1933, durante el gobierno de Frente Popular entre 1939 y 1942, al pasar el Partido Comunista a la ilegalidad bajo el gobierno de González Videla en 1948, en el momento de la constitución del FRAP en 1956 y al proclamarse la candidatura Allende en 1970, se observa que a partir de 1956-58 comienza un período en que la unidad entre ambas fuerzas se hace estable y sólida y se logra superar en la acción práctica las profundas diferencias del pasado.

Pero también, es posible detectar que, a medida que avanzó el tiempo y por la conjunción de diversos factores nacionales e internacionales, se produjo una homogeneidad teórica mucho mayor, sobre la base del predominio de la tradición doctrinaria comunista, concretamente de la versión ortodoxa del denominado «marxismo-leninismo». El desarrollo de la unidad fue acompañado de una pérdida de perfil del Partido Socialista que se comienza a advertir al final de la década de los sesenta.

¿Cómo es posible que ocurriera tal cosa siendo el Partido Socialista el que generó desde sus filas a Salvador Allende y reconoció un importante espacio al proyecto que éste levantó? Puede sostenerse que los dos factores identificados como consolidadores de la izquierda se expresaron de diversa forma en los distintos planos. La teoría cobró fuerza y validez, otorgó y generó legitimidad en el marco partidista orgánico. La teoría fue un gran elemento organizador y plasmante para los partidos que, no obstante su importancia, constituían en efectivos humanos tan sólo una fracción pequeña de la población adulta y solamente una parte del conjunto de los adherentes de izquierda. El elemento liderazgo, encarnado durante veinte años en la figura de Allende, tuvo una importancia mucho menor en el interior del cuadro político partidista -donde incluso llegó a ser conflictivo- que en el cumplimiento de dos roles paralelos: la expresión del partido y de sus banderas hacia la masa popular y la mediación unitaria entre los diversos partidos, incluido el propio.

Es cierto que el fenómeno descrito no es necesariamente asombroso y que, posiblemente, así ocurra siempre: la teoría es una cosa de pocos, de iniciados, de aquellos que tienen una especial vocación, mientras el resto la conoce en sus líneas generales o la ignora casi por completo, validando su acción a través del sentimiento o la experiencia social. El liderazgo es por definición un fenómeno de masas, de movilización, de atracción de multitudes, y no principalmente un cemento orgánico. En el caso chileno, sin embargo, el fenómeno ocurrió con particular agudeza y generó la tensión tantas veces mencionada entre proyecto social y actor político.

Teoría, como plasmante y uniformador, y líder, como difusor y vértice, adquirieron contornos antagónicos.

¿Cómo es posible que un proceso de este tipo ocurriera, primero, y no tuviera un resultado interno explosivo, segundo? La explicación básica debe hallarse en la legitimidad alcanzada por el proyecto de Allende dentro del Partido Socialista. Muchos de sus elementos principales se encuentran en la tradición teórica socialista, desde los fundadores hasta Eugenio González(18). La pérdida de identidad socialista fue un proceso de resultados relativos que, aparte de sus claras manifestaciones durante la década de los 60, llegó a adquirir caracteres verdaderamente alarmantes, que amenazaron con erradicar el pensamiento socialista auténtico, tan sólo en el exilio en los años previos a la división de 1979. Otro factor de importancia fue el valor que para la estrategia del Partido Comunista tenían las principales proposiciones de Allende. Es quizá éste el punto de coincidencia que hizo posible la Unidad

Popular. Injusto sería, sin embargo, tanto omitir la apreciación anterior como también sobrevalorarla. Los procesos sociales son dinámicos, son en esencia movimiento, cambio. También lo son las instituciones que se asocian a ellos que no constituyen entes estáticos autocentrados, capaces de situarse por sobre la dinámica de la lucha social, sino que son, en realidad, partes de ella misma. La caracterización de la postura del Partido Comunista debe, pues, ser situada en este marco. La propia lucha social, y fundamentalmente ella, es capaz de ir modificando visiones, antes abstractas, no confrontadas aún a la prueba de la vida. Es innegable que, no obstante el sentido táctico con que el Partido Comunista asumió importantes elementos del proyecto allendista, su adhesión a toda prueba al proceso social que encabezó la Unidad Popular y el Presidente Allende, y su destacada participación en su secuencia, fueron generando una dialéctica, a la que ninguna organización podía escapar, en que no sólo el partido político intentaba imprimir un sello al conjunto del movimiento, sino que éste, por su parte, impactaba al partido político en sus concepciones y actuaciones.

La historia del Partido Comunista de Chile es un proceso de creciente enraizamiento en el pueblo y la cultura chilenos. Nacido, a diferencia de los europeos, de un hecho fundacional -el surgimiento del Partido Obrero Socialista (POS) en 1912 y no de una escisión de un partido socialista ya existente, llegó a constituirse en el correr de las décadas en fuerza legítimamente asentada en amplios sectores del pueblo. Participó destacadamente en hechos políticos tan importantes como el Frente Popular a fines de la década de los 30, soportó un decenio de ilegalidad decretada por González Videla, a quien había contribuido decisivamente a elegir, y con la fundación de la CUT en 1953 y la formación del FRAP en 1956 participó -y en forma estelar- en la construcción de un movimiento de trabajadores amplio y poderoso. En su práctica política, su estilo y percepción, el Partido Comunista es profundamente chileno, elemento sin el cual sería incomprendible su estable y masiva presencia nacional. A la vez, es de reconocida vocación ortodoxa, entendiéndose por tal la adhesión y reconocimiento al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como partido orientador del conjunto del movimiento comunista internacional. Este rol, explícitamente establecido durante la época de la Tercera Internacional, continúa durante el período de la Cominform, organización con dirección en Moscú, creada bajo el mando de Stalin pocos años después de la disolución de la anterior. Con posterioridad a la muerte de Stalin, a su denuncia en el vigésimo Congreso del PCUS y al desarrollo de las tendencias autonomistas iniciadas por Tito a partir de 1948, el concepto de «partido guía» pierde mucha de su fuerza y es francamente rechazado o discutido por el movimiento comunista internacional, con la aquiescencia soviética. Mientras el lazo orgánico de subordinación efectivamente desaparece para los partidos comunistas del mundo, se mantiene, sin embargo, el lazo doctrinario, pues los comunistas soviéticos conservan para sí el rol de intérpretes y guardianes oficiales del «marxismo-leninismo» según fuera codificado en las décadas anteriores.

El movimiento comunista internacional reconoce, sin gran dificultad, la autonomía política de los partidos, la existencia de vías y formas diversas -nacionales- de construir el socialismo. Mantiene incólume, no obstante, el control sobre la ideología, elemento unificador que reafirma la primacía soviética y que ofrece una base segura desde la cual calificar, enjuiciar o anatematizar a aquellos que se desvíen. Posiblemente este fenómeno de adscripción del PC chileno a un esquema teórico oficial y externo de legitimación explique, en su caso, la tensión señalada entre el proyecto allendista y sus actores políticos, como también la conceptualización «táctica» o «estratégica» de ciertos elementos del proyecto. No es ocioso señalar que la adhesión a un centro ideológico -aunque no político- provee al adherente de un importante instrumento uniformador y disciplinante en su interior. Tal cual la ideología uniformadora y disciplina a nivel internacional, cumple un rol semejante en el interior del partido. En el caso chileno sirvió también de instrumento hacia el conjunto de la alianza política. Fue a través de la ideología, en este caso la formulación teórica «marxista-leninista», que el PC logró ganar importante terreno y adquirir una privilegiada posición en la vida teórica de la izquierda chilena. En 1973 había en Chile cinco partidos autodefinidos como «marxistas-leninistas» (PC, PS, MAPU, MAPU OC y MIR), sin contar grupos pequeños de poca significación. Los que no se declaraban tales tenían importantes puntos de coincidencia con ese esquema teórico (por ejemplo, el fenómeno de la juventud Radical Revolucionaria y la concepción de partido con que inició su existencia la Izquierda Cristiana). Por supuesto, los grados en que cada organización se aproximaba al que podría definirse como modelo leninista clásico, eran muy diversos. En todos ellos, sin embargo, la definición connotaba fundamentalmente la idea de concebirse a sí mismos como fuerza revolucionaria, y en tal sentido lo central era una identificación del «leninismo» con el «espíritu revolucionario».

La asimilación entre «leninismo» y «revolucionarismo», heredada de la adopción progresiva de una definición marxistaleninista por parte de la Revolución Cubana, tuvo especial peso en el interior del Partido Socialista. Es a través de esta identificación que el Partido Comunista logró establecer las bases más importantes de su predominio. No obstante que la adhesión a la fórmula «marxista-leninista» está en abierta contradicción con las bases fundacionales e históricas del socialismo chileno(19), la generalidad del Partido tendió a aceptar esta «mutación» ideológica fundamentalmente como un elemento de protección o de contrabalance frente a eventuales desviaciones «reformistas» o «socialdemócratas». Para las visiones más ortodoxas, no era una de las menos importantes «la vía allendista» que su autor ya preconizaba desde la década de los 50. De esta manera, la ideología cumplió un rol de uniformador de la presencia dominante del PC en el conjunto de la izquierda y de «seguro» o contrabalance al interior del Partido Socialista.

Es así como la Unidad Popular llegó a reflejar una izquierda ortodoxa en lo teórico y original y herética en su práctica. Cada fenómeno se correspondía con el elemento que lo inspiraba. La ideología era sostenida por la teoría marxista-leninista, la práctica política era sostenida por Allende. La teoría y Allende eran los dos elementos soldadores de la izquierda chilena, como idea y como realidad. Pero mientras Allende se constituyó en el elemento aglutinador con capacidad de soldar proyecto, actor y tareas en el proceso social chileno, la teoría revolucionaria, asumida de una determinada forma, fue el gran desarticulador de ese proyecto con su actor político-orgánico y de éste con sus tareas.

Estas tensiones definieron, en última instancia, el curso y destino del proceso. Habida consideración de ellas, el núcleo de la estrategia seguida por Allende en los tres años de gobierno parece extremadamente válido: se trataba de suplir el esquematismo político de sus bases de apoyo y sortear la disfuncionalidad de su forma de pensar y de hacer política, a fin de neutralizar la enorme fuerza potencial del adversario e impedirle que la reuniera y la utilizara en plenitud. La forma específica cómo implementar esta estrategia estaba llena de posibilidades y de dificultades. Teniendo en cuenta ambas es osado querer atribuir determinados errores a la acción de Allende. Aquel que quizá ha sido sostenido con mayor fuerza es el que se refiere a un insuficiente espíritu de ofensiva en momentos decisivos del gobierno. Efectivamente, el proceso de mil días presentó ocasiones, momentos y coyunturas, que pudieron haber significado avances democráticos para las fuerzas de izquierda si se hubieran enfrentado de modo más incisivo. El

proceso no podía detenerse porque, dadas las condiciones, su «tempo» tenía una regulación interna propia que no era posible modificar. Y las ocasiones de acumulación de fuerza se producían una vez y luego no reaparecían. Sin embargo, si hubiera que emitir un juicio histórico sobre la acción de Allende, el énfasis crítico debiera recaer en el rol que le cupo en los decenios previos, en los que se fue consagrando la disociación entre el proyecto histórico de la izquierda y la naturaleza de sus actores principales. En este sentido, quizá si Allende aceptó una suerte de relativa marginalidad en ciertos aspectos de la vida interna de su partido a cambio de la flexibilidad necesaria para transmitir su mensaje hacia el conjunto del pueblo. Quizá, también, si una sobrevaloración de la resultante de una composición de fuerzas -la unidad de la izquierdaque, en definitiva, fue favorable a su proyecto, hizo descuidar a Allende la forma cómo se llegaba a ella y el peso y carácter de cada fuerza específica. Posiblemente el proceso hubiera seguido otro curso si uno de los componentes -su propio Partido Socialista- hubiera sido un vector de acción no muy diverso de la resultante final. En el hecho no fue así y la Unidad Popular como tal fue más una sumatoria de fuerzas que el resultado de un proceso de constitución dialéctica de una hegemonía. Ningún partido miembro asumió en plenitud el proyecto de Allende. Este hecho no puede dejar de remarcar porque fue decisivo para el dramático resultado final y constituye inevitable motivo de reflexión para el futuro.

1. Dos exámenes recientes sobre esta concepción sostenida por el Partido Socialista se encuentran en Marcelo Schilling, «Hacia un crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile», en Eduardo Ortiz editor, Temas Socialistas, Ediciones de VECTOR, Santiago, 1984, y en Carmelo Furci, *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, Zed Books Ltd., London, 1984, especialmente en los capítulos 4, 5, 6 y 7.

2. La polémica sobre el punto siguió teniendo vida activa después de 1973, especialmente en los debates entre comunistas y socialistas a propósito del papel jugado por el «ultra-izquierdismo» durante el gobierno del Presidente Allende.

3. «Programa de Gobierno de la Unidad Popular», publicado como anexo a Joan Garcés, Chile: el Camino Político hacia el Socialismo, Ed. Ariel, Barcelona, 1972.

4. Joan Garcés anotaba algunos años más tarde sus impresiones de activo observador en la época de la campaña presidencial de 1970: «La comprensión insuficiente de su propia realidad nacional y la utilización abstracta de esquemas teóricos son las razones principales de la dura resistencia que sectores influyentes de la izquierda chilena opusieron a una candidatura marxista para dirigir la Unidad Popular y que, una vez acordada, los mantuvieron en una actitud de expectante pasividad cuando no de escepticismo desmoralizador». Op. cit., p. 8.

5. Lelio Basso, «La utilización de la legalidad en la fase de transición al socialismo», en Transición al Socialismo y Experiencia Chilena, CESO-CEREN, Santiago, 1972. Los textos aquí citados son traducciones de la versión italiana titulada *L'Esperienza Cilena*, 11 Saggiatore, Milano, 1974, pp. 25-27.

6. Ver capítulo 2.

7. Manuel Antonio Garretón, «1970-1973: sentido y derrota de un proyecto popular. Notas para una discusión», Mensaje 266, enero-febrero de 1978, p. 70. Este trabajo, así como varios de Tomás Moulián, algunos recogidos en *Democracia y Socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago, 1984, han sido referentes indispensables del análisis que aquí se desarrolla.

8. Lelio Basso, Op. cit. La cita aquí incluida ha sido traducida de la edición italiana de *II Saggiatore*, Milano, 1974, p. 53.

Mi primera lectura del ensayo de Lelio Basso se produjo en 1971, durante los días en que se desarrollaba en Santiago el Seminario organizado por CESO y CEREN que dio origen al libro citado. Acompañaba al Presidente Allende en un avión destino a Calama desde donde nos dirigiríamos al mineral de Chuquicamata. Allende me facilitó una fotocopia del manuscrito para que lo leyera durante el viaje, haciendo notar el interés que para él tenía el contenido de la presentación de Basso. La discusión, por otros participantes del seminario, de las concepciones de Basso aparece en la misma obra citada.

9. Para una consideración de varias insuficiencias concretas desde el ángulo de uno de los protagonismos más destacados de la experiencia allendista, ver Carlos Altamirano, *Dialéctica de una Derrota*.

10. Pío García, «Lucha por el poder y transición al socialismo. Notas preliminares sobre la experiencia de la Unidad Popular en Chile», Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974, mimeo., p. 13.

11. Joan Garcés, op. cit., pp. 152-153.

12. *Ibid.*, p. 179.

13. Podrían mencionarse muchos e importantes ejemplos de esta actitud de ir siempre más allá de lo posible dentro de los mecanismos jurídico-institucionales existentes. En la medida en que los objetivos se ampliaban más, se procedía a dar por comprobado y a reforzar el criterio de la estrechez e inutilidad de los instrumentos disponibles.

14. Lelio Basso, op. cit., p. 55.

15. Ver el planteamiento de Corvalán citado en el capítulo 2.

16. Un somero examen de este punto se hizo en el capítulo 3.

17. Ver Genaro Arriagada, «La doble crisis de Setiembre de 1973», Mensaje 266, enero-febrero de 1978, pp. 62-68, y Luis Maira, Chile: Autoritarismo, Democracia y Movimiento Popular, CIDE, México, 1984, pp. 78-85.

18. Ver capítulos 6 y 14.

19. Ver capítulo 6.

5. EL SOCIALISMO AUTONOMO SUDAMERICANO

«Aunque amigos de todas las grandes naciones que aún puedan cooperar a nuestro desenvolvimiento, somos abiertamente contrarios a todo imperialismo que aspire a convertirnos en colonias políticas, económicas o espirituales con mengua de nuestra soberanía y de nuestra dignidad nacional».

JOSÉ INGENIEROS

¿Era apropiada la vía allendista?

La objeción más crítica que se ha planteado sobre el proyecto transformador que dirigió Allende no es, con todo, la referida a los errores en su ejecución desde el gobierno ni a sus tensiones internas generadoras de asincronías con resultado catastrófico. Es, en cambio, la cuestión sobre lo apropiado del intento que Allende propuso en un país

sudamericano, dominado y económicamente atrasado y, por tanto, escenario de demandas sociales legítimas formuladas por grandes masas, imposibles de satisfacer sin previas transformaciones de fondo en la estructura económica. Quienes responden negativamente fundan su opinión en considerar no viable en un país como el nuestro, además dependiente directo de la primera potencia capitalista del mundo, una tentativa de fundir en un mismo proceso de cambios profundos y rápidos, democracia y socialismo. Esta admisión de imposibilidad reduce las opciones de cambio a dos: una moderada que postula en América Latina soluciones capitalistas con elementos de «estatismo», «populismo» o «socialización» y que constituiría una suerte de reflejo modificado del modelo socialdemócrata europeo. Otra, radical, que defiende una solución socialista de tipo ortodoxo realizada a través de la captura del poder político estatal y de la utilización de sus instrumentos, uno de cuyos usos sería imponer, eventualmente, serias limitaciones a ciertos derechos ciudadanos que, a lo menos formalmente, reconoce una democracia de corte liberal. Esta opción sería un equivalente rectificado del socialismo existente en los países de Europa Oriental.

El punto es central porque, en último término, lo que está en juego es la acogida o rechazo de una opción «socialista autónoma» y la evaluación del esfuerzo político destinado a sostenerla. El proyecto allendista se inscribía en esta corriente de pensamiento y fue una de las expresiones más importantes que ha tenido el socialismo autónomo en el mundo. La tarea de Allende fue colectiva y sus resultados surgieron como fruto de la lucha del movimiento popular chileno en general y, específicamente, de las concepciones y experiencias del Partido Socialista de Chile. Es este hecho el que obliga al Partido Socialista y al movimiento socialista chileno a una descarnada revisión de su pasado y a la asunción de responsabilidades indudables en el fracaso del proyecto. Pero, es indiscutible que más allá de sus debilidades y fallas, el socialismo chileno fue capaz de crear condiciones para hacerse parte sine qua non de una tentativa de proyección histórica universal. Es este el hecho más significativo de su historia. Pocas organizaciones políticas contemporáneas pueden exhibir un esfuerzo tan noble y audaz.

Una relación compleja

Por razones fáciles de comprender no ha sido simple ni lineal la relación entre América Latina y Europa.

El extenso continente americano, que era parte del inmenso imperio colonial europeo, se liberó, fundamentalmente a través de la guerra, del yugo colonial. Las dos Américas -la sajona del norte y la ibera del sur- tuvieron dispar desarrollo. La agresividad militar, política y económica de la primera generó a poco andar cambios fundamentales en el contenido de la «idea americana» y, como consecuencia, en la perspectiva latinoamericana sobre Europa. Durante el siglo XIX el capital europeo fue progresivamente desplazado de América Latina por el norteamericano. Las intervenciones militares decretadas desde el norte se multiplicaron y continuaron aún hasta nuestros días, como testimonian Granada y Centroamérica. Las ideas de imperialismo, desidentificación cultural y dependencia se fueron, naturalmente, haciendo cada vez más relativas a los Estados Unidos que a las viejas naciones europeas.

No obstante esta tendencia, en el mundo de la izquierda latinoamericana la relación con «lo europeo» ha tenido hasta hoy, aunque por razones diversas, una vida más bien azarosa. Europa, mal que mal, fue escenario del moderno desarrollo de la idea socialista; allí nacieron, vivieron, escribieron y lucharon Marx, Engels y sus continuadores y ha sido allí donde, en los períodos más negativos para América Latina en su conjunto, han encontrado refugio muchísimos latinoamericanos. Pero en la Europa de cultura milenaria se ha desarrollado, buscado alero y encontrado protección el capital transnacional, y ha sido allí donde la clase trabajadora de las naciones industrialmente más avanzadas no han logrado hasta ahora ofrendar la prueba favorable de la historia a las tesis sobre la sustitución del capitalismo por el socialismo que elaboraron Marx y Engels. Esta circunstancia ha sido verdaderamente traumática para los socialistas de todo el mundo, aunque -como un consuelo no desdeñable fue en la propia Europa, aunque en su «Oriente» y no en su «Occidente» -para usar la diferenciación que debemos a Gramsci- donde la historia probó por primera vez la posibilidad y viabilidad de una revolución obrera, la de octubre de 1917. Trabada en los antagonismos de estas percepciones, la izquierda latinoamericana ha vivido largos períodos entre una tentación imitativa hacia los fenómenos e ideas europeas y un rechazo a visiones o elaboraciones provenientes de naciones donde los trabajadores no han podido -con la forma y contenidos que Marx previó y deseó- hacerse del poder del Estado.

Ejemplos de esta ambigüedad no resuelta habría muchos y algunos que tuvieron una traducción política se mencionarán más adelante. En el plano puramente teórico ha habido algunas recientes reflexiones, ya sea en el marco del debate actual en torno al marxismo, ya sea con motivo del centenario de la muerte de Marx o de investigaciones sobre historia de las ideas socialistas en América Latina. Algunas de ellas colocan en el centro la contraposición entre una América Latina anti colonial y una Europa colonialista, en que la izquierda de esta última se superpone a la latinoamericana en una relación que reproduce la de las respectivas entidades geográfico-políticas. Para esta línea de análisis «el ocultamiento de la lucha contra el imperialismo, el ocultamiento de la lucha de clases entre los países imperialistas y los socialistas, y la reducción de los objetivos a una mera lucha por la democracia son características principales de un cierto marxismo de `blancos`, `metropolitanos`, `socialdemócratas`, `eurocomunistas` y demás epígonos sutilmente colonizados». «Sin la descolonización es incomprendible la dialéctica actual del capitalismo y el socialismo. Y esa descolonización se ve mejor desde dentro del pensamiento marxista y liberador de Asia, África y América Latina». Y se anota que «al marxismo siempre le costó trabajo captar el problema colonial». «El marxismo nació en Europa, una región donde la conciencia anticolonial siempre fue intermitente, a veces nula, en ocasiones dirigida contra el colonialismo de los demás, otras contra el colonialismo en abstracto desligado de la lucha de clases, o contra el colonialismo como un «hecho del pasado»(1).

Este «pecado original» del marxismo se convierte, por autores como el citado, en poderoso argumento contra un determinado marxismo, el «europeo», mientras otro, el marxismo asociado a las experiencias del llamado «socialismo real» -aunque principalmente europeo- es, de manera sutil, dejado a salvo en los textos referidos. El problema pareciera ser otro diverso del lugar de nacimiento del marxismo. Es absolutamente legítimo sostener uno u otro marxismo y atribuir a uno u otro una mayor o menor capacidad de comprensión del problema colonial o de la realidad tercermundista. Pero las razones parecen ser más complejas que su «nacionalidad» que, por común a todas sus variantes, no explica sus diferencias. Muchísimas actitudes de los herederos europeos de Marx frente a América Latina -tanto los del Este como los del Oeste- requieren explicaciones más complejas. Por mencionar sólo dos ejemplos, la tardía comprensión de sectores socialistas europeo-occidentales con respecto a la experiencia de Allende en Chile, y las intensas relaciones comerciales y el ostensible silencio en materia de derechos humanos con que hace algunos años la Unión Soviética caracterizó sus relaciones con la dictadura de Videla en Argentina.

Las dificultades atribuidas al marxismo para dar cuenta de la realidad latinoamericana han sido observadas desde otro ángulo y perspectiva por varios autores que, en torno al reciente centenario de la muerte de Marx, han recordado sus desafortunadas opiniones sobre Bolívar vertidas en su artículo de *The New American Cyclopaedia* escrito en 1858. Esta línea, más compleja que la anterior, ya que apunta no al carácter «europeo» del marxismo - su gentilicio- sino a su carácter «eurocéntrico» -un determinado punto de vista- propone «cuestionar el enfoque según el cual es posible pensar América Latina desde Marx» y utilizar otro por el cual es posible «pensar a Marx desde América Latina», para desarrollar un «marxismo latinoamericano»(2).

Hay en este argumento una sobrevaloración de un texto de Marx, evidentemente un error y -se podría sugerir- seguramente no el único cometido en el conjunto de su extensa obra... Pareciera más lógico, especialmente si se trata de análisis e investigaciones realizadas por quienes postulan un saludable antidogmatismo e irreverencia ante los textos en cuanto tales, examinar la relación entre el complejo conjunto de la obra de Marx y la realidad de América Latina para de allí extraer conclusiones(3).

El tema inagotable -por importante- de la relación entre las ideas europeas y latinoamericanas no es por cierto tan reciente como las polémicas opiniones arriba citadas. De ello, Mariátegui, hoy recuperado por amplios sectores, especialmente de la izquierda sudamericana, y reconocido como el más creativo marxista del continente, deja apasionada constancia en la «advertencia» que encabeza sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*: «No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país.

Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales»(4). Calificado de intelectual europeizante por el Partido Aprista Peruano, «Mariátegui se quedó con el futuro, pero Haya se hizo de las protestas y de las masas de entonces»(5).

Sería por un largo tiempo que, salvo la excepción chilena, socialismo y marxismo tenderían más bien a «desencontrarse» con el movimiento obrero y las masas trabajadoras en América Latina. ¿Repulsa a lo «europeo»? ¿Rechazo al Marx eurocentrista? Más bien la respuesta deberá hallarse no en el lugar de nacimiento de Marx o del marxismo o en las insuficiencias o errores de alguna de sus opiniones sobre América Latina, sino en la historia de su heredero, el movimiento obrero europeo, y la forma como se relacionó con una América Latina que intentaba esbozar su propia traducción de las ideas socialistas y marxistas.

Socialismo europeo y socialismo sudamericano

En Europa, no sin dificultades, socialismo y marxismo tendieron a identificarse entre sí y con el movimiento obrero. La segunda internacional, que agrupaba a los herederos políticos de Marx, fue la expresión de este triple encuentro y, por algunos momentos, pareció abrir un promisorio sendero hacia la constitución de un movimiento socialista internacional -europeo, en realidad, en aquel entonces- capaz de convertirse en fuerza decisiva. Tres factores marcaron los años siguientes de manera hasta hoy día indeleble.

Primero, la Gran Guerra de 1914. La Internacional no sobrevivió la prueba que le impuso el fenómeno nacionalista y se bifurcó de allí en adelante, dando nacimiento a dos grandes familias, los socialdemócratas y los comunistas, y consagrando la división del movimiento obrero.

Segundo, el advenimiento del nazi-fascismo. La derrota del movimiento obrero europeo significó la destrucción de sus grandes partidos de masas y la entronización por dos decenios de dictaduras «especiales», que escribieron las páginas más negras y sangrientas de la historia contemporánea. La teoría marxista, al igual que los partidos que en ella se inspiraban, vio reducido su espacio a círculos académicos, la mayoría de expatriados, y vivió un largo período en que su elaboración estuvo disociada de la práctica política. Gramsci -en la soledad y silencio de la prisión- y los austro-marxistas -luego dramáticamente derrotados por el fascismo- serían las últimas expresiones de una reflexión teórica marxista elaborada por líderes políticos efectivos y no por pensadores asociados a la vida universitaria.

Tercero, el desarrollo del stalinismo en Rusia después de la muerte de Lenin. El régimen de Stalin extendería una oscura sombra sobre todo atisbo de reflexión socialista creativa, paradójicamente en el único territorio en el mundo donde se iniciaba la construcción del nuevo sistema social. El alcance de la censura teórica, mucha más extenso que los límites geográficos de la URSS, sería el resultado de la creciente identificación entre el Estado soviético y el movimiento comunista internacional, inspirado uniformemente en la sistematización que Stalin aprobó y denominó «marxismo-leninismo».

Tan sólo una nueva tragedia de dimensión universal, la Segunda Guerra Mundial, colocaría a los herederos de Marx en la misma trinchera y permitiría, un instante, avizorar posibilidades de reconstrucción de la unidad perdida. La Guerra Fría abriría, sin embargo, un nuevo período de contraposición en que todo esfuerzo reconstructor sería sacrificado por el atrapamiento de la socialdemocracia en la nueva lógica norteamericana y su anticomunismo y el congelamiento del movimiento comunista en las rígidas posiciones de Stalin y su legado. El movimiento socialista en Europa Occidental haría progresiva dejación de su definición marxista para conservar tan sólo la figura de su fundador como un referente más o menos lejano. En ese proceso el programa de 1959 del Partido Socialdemócrata Alemán marcaría un hito ineludible e iniciaría una tendencia que, con mayor o menor aceleración, ha subsistido hasta abarcar a la totalidad de los partidos europeo-occidentales de esa inspiración. En Europa Oriental, Marx, Engels y Lenin se convertirían en verdaderos íconos, serían embalsamados en fórmulas rígidas de aspiraciones definitivas y sospechosa vestidura dogmática.

La impronta europea estuvo presente con fuerza en el desarrollo de la idea y las fuerzas socialistas en América del Sur. Dejando de lado precursores lejanos, de la primera mitad del siglo XIX, como Esteban Echevarría en Argentina y Uruguay y Santiago Arcos Arlegui en Chile, el socialismo y el marxismo llegarían a Sudamérica básicamente a través de inmigrantes europeos y, fundamentalmente, a los países del río de la Plata(6). A fines de siglo ya había diversas organizaciones declaradamente socialistas, muchas veces en ardua disputa con las tendencias anarco-sindicalistas. Pero sólo a comienzos del siglo XX surgirían los modernos partidos de izquierda, básicamente en el cono sur del continente. La suerte que ellos habrían de correr después de la división europea de la Segunda Internacional sería diversa. El Partido Socialista Argentino, dirigido por una figura de alto nivel político y teórico como Juan B. Justo, sufriría la ruptura que dio lugar a la formación del Partido Comunista Argentino. El socialismo alcanzaría interesante significación hasta la década de los 40, para luego ceder terreno ante el empuje del «peronismo» y sufrir un continuado proceso de fraccionamiento. El Partido Socialista Uruguayo resolvería por aplastante mayoría asumir las posiciones internacionalistas de Lenin, mientras un pequeño grupo, encabezado por su líder principal, Emilio Frugoni, sostendría la existencia del Partido Socialista, que en las décadas siguientes emergería de nuevo

como uno de los componentes significativos del movimiento obrero y, en trabajos proceso interno, iría configurando un perfil autónomo y nacional distanciado de las dos grandes organizaciones internacionales. En Chile, el Partido Obrero Socialista, fundado en 1912 por Luis Emilio Recabarren, resolvería sin oposición interna aceptar las «veintiuna condiciones» planteadas por Lenin, cambiar su nombre y hacerse parte de la Tercera Internacional. Tan sólo en los años siguientes un sector importante rompería con el Partido sosteniendo posiciones antistalinistas, identificadas con la disidencia de Trotsky, y, finalmente, avanzada la década de los 30 confluiría mayoritariamente en el Partido Socialista de Chile. Este, por su parte, nacería como la convergencia de diversos grupos de trabajadores e intelectuales socialistas de variada tendencia, en 1933, sosteniendo posiciones críticas tanto respecto al Partido Comunista de Chile como a la Segunda y la Tercera Internacional. En Perú, en cambio, el eje central de debate sería diverso situándose inicialmente no en la adscripción a una u otra corriente europea, sino en la discusión entre lo «autóctono» -Haya de la Torre y el Apra- y lo «europeo» -Mariátegui-. Agudizada la disputa, Mariátegui fundaría en 1928 el Partido Socialista del Perú que, después de su muerte, se transformaría por decisión muy mayoritaria, en miembro de la Tercera Internacional y en Partido Comunista Peruano.

Pero el examen de hechos fundacionales o de pronunciamientos de congresos hacia una u otra adscripción permiten entrever procesos más profundos. Si bien en el caso de justo pareciera correcto encontrar una identidad más «europea», en los casos de Recabarren y Mariátegui el cuadro es manifiestamente diverso. Recabarren recibió la influencia europea por diversas vías -entre otras el propio justo-, pero muy especialmente a través del impacto que produjo en él la Revolución de Octubre(7). Ello no fue obstáculo para que expresara, aunque de manera no suficientemente precisa, una perspectiva que, anclada en el socialismo marxista, fuera capaz de percibir la intensidad y forma que en su país asumían diversos elementos de la identidad nacional y popular. Muerto Recabarren, la Conferencia del Partido Comunista de Chile de 1933 dejó, de manera desafortunada, constancia histórica del aserto anterior: «La ideología de Recabarren es la herencia que el partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro, pero sus concepciones sobre el patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido, etc., son, en el presente, una seria traba para cumplir nuestra misión»8. Mariátegui por su parte elaboró una perspectiva hoy reconocida como la más elevada expresión del análisis marxista aplicado a la compleja realidad de un país latinoamericano. Durante su estadía en Italia asistió al Congreso de Livorno del Partido Socialista Italiano, donde tuvo lugar la escisión encabezada por Bordiga, Gramsci y Togliatti que dio nacimiento al Partido Comunista de Italia. Conoció a Piero Gobetti y leyó en abundancia a Croce y Sorel. Cuando en 1928 fundó el Partido Socialista de Perú, hacía ya siete años que se había constituido la Internacional Comunista y conocía perfectamente las «veintiuna condiciones». Sólo después de su muerte se resolvió el conflicto planteado con la Comintern, y Eudocio Ravines, en 1930, logró «normalizar» el partido recién fundado y rebautizarlo como Partido Comunista de Perú. Las consecuencias de su acción serían mucho más que un simple cambio de nombres.

De esta manera es posible visualizar en el -surgimiento y desarrollo del socialismo sudamericano, si no corrientes orgánicas precisas, tres tendencias que no se corresponden necesariamente con formas institucionales políticas ya que en varios casos atraviesan o están presentes de manera embrionaria o contradictoria dentro de organizaciones en las que conviven con expresiones de signo diverso. Ninguna de ellas puede ser catalogada, en términos del parámetro de «lo europeo», de un modo rígido. Más bien el discriminante es la forma en que abordan «lo europeo», ya sea imitando, adaptando o criticando. Es diversa, por lo tanto, la manera cómo esas tendencias se relacionan con la realidad sudamericana y con los problemas de los respectivos países.

Una primera sería aquella que se identifica política y teóricamente con la Tercera Internacional, constituye en modelo a la Unión Soviética y se inscribe en forma disciplinada en los marcos del internacionalismo afín con los intereses del Estado soviético. Estaría ella representada por las ideas que inspiraron durante varias décadas a la mayor parte de los Partidos Comunistas sudamericanos. Una segunda sería aquella que tendió a reconocerse en la Segunda Internacional después de su división, expresando un rechazo a la Revolución de Octubre y constituyendo programas «socialistas moderados» para sus respectivas realidades. Manifestaciones organizadas de ella se encontrarán en las tres décadas siguientes en el socialismo argentino que siguió a Ghioldi y Repetto en el Congreso de Rosario de 1958, en la minoría del socialismo uruguayo después de la división de 1963, y en fugaces expresiones surgidas, inmediatamente después del término de la Segunda Guerra, en el socialismo chileno. Una tercera tendencia estaría constituida por formas autónomas de elaboración que, ancladas en diversas organizaciones políticas, representan un esfuerzo para aplicar creativamente los esquemas teóricos a las realidades nacionales. Tal es el caso del «mariateguismo», de Recabarren y su huella en los comunistas y socialistas chilenos, y de las elaboraciones del Partido Socialista de Chile cristalizadas básicamente en el Programa de 1947 elaborado por Eugenio González. La fortaleza de estas expresiones autónomas de elaboración teórica y creación política en Chile constituyen importante factor para explicar que en el caso chileno se haya, excepcionalmente, producido el encuentro entre marxismo, socialismo y movimiento obrero y popular que culminó en la tentativa allendista.

Las décadas posteriores a la Segunda Guerra ofrecen un variado panorama de cambios significativos. El paso de la «Guerra Fría» a la «distensión», la «desestalinización» soviética y su impacto en el movimiento comunista internacional, y la reconstrucción de diversos partidos socialdemócratas europeos hasta el punto de convertirlos en alternativas viables de gobierno en su países, generaron un cuadro más flexible, aun dentro del marco de la lógica «bloquista». En la década del 70 se expresaron con fuerza en el universo socialista europeo tendencias que recogen un sentido antiestatista o, como en el caso de los movimientos feminista, ecologista o por la paz, logran reunir a contingentes significativos en torno a ejes diversos de aquellos propios de los partidos políticos tradicionales. En el movimiento comunista ocurrieron cambios trascendentes. En primer lugar, la maduración progresiva de las posiciones autonomistas levantadas por Tito en la inmediata post guerra y reiteradas por Togliatti al promediar los 50. Más tarde, las elaboraciones surgidas en el comunismo europeo occidental expresadas en las tendencias denominadas «eurocomunistas». Casi ningún partido de la Europa Occidental permaneció impermeable a los nuevos planteamientos y aunque en los últimos años la crisis del «eurocomunismo» de los 70 es un hecho evidente, el impacto ideal de la tendencia conserva una vigorosa trascendencia. Por su parte el movimiento social demócrata experimentó un estímulo notable después de la elección de Brandt a la Presidencia de la Internacional Socialista en 1976. Uno de los aspectos quizá más relevantes de esta nueva energía ha sido la política de la Internacional en relación con las áreas no europeas y, entre ellas, frente a América Latina.

Esta última, por su parte, ha visto modificada sustancialmente su configuración política. La Revolución Cubana abrió una etapa nueva y diversa en la historia latinoamericana, generando por un veintenio una significativa influencia en las fuerzas socialistas del continente. Sin embargo, tanto los movimientos surgidos al calor de la experiencia cubana, caracterizados por la utilización de la lucha armada como forma principal de acción, como la tentativa no

armada con que culmina un largo ciclo de desarrollo de la izquierda chilena, fueron derrotados por la contraofensiva montada por el imperialismo luego de la victoria cubana. El golpe militar de 1964 en Brasil fue la respuesta inmediata y el desarrollo de las técnicas de contra-insurgencia y la conformación de los ejércitos como la expresión institucional más sólida de las fuerzas de la conservación, ha constituido una línea de acción de largo plazo. Han pasado más de veinte años hasta que Nicaragua ha abierto una nueva esperanza. El cono sur sufrió con más fuerza que ningún otro sector el proceso de deterioro democrático y militarización, mientras fue en el norte del continente donde resultó posible constituir centros de resistencia democrática frente a la ola autoritaria.

Los cambios anteriores impactan de manera diversa a las tres tendencias anteriormente esbozadas. Aquella comunista se ve favorecida por la identificación del proceso cubano con las posiciones del movimiento orientado por la Unión Soviética. Sin embargo, sufre con especial rigor, en algunos países, el embate de la militarización. La influencia «eurocomunista» comienza también a tener expresión en algunos países de América Latina. La tendencia socialdemócrata logra singular vigor, fruto de tres fenómenos de diverso carácter: la acción organizada de la socialdemocracia europea hacia el continente, el rol «socialdemócrata» que asumen varios importantes partidos de carácter populista y vocación nacional reformadora, y la centralidad que adquiere en el debate político e ideológico el concepto de democracia. Por su parte, la tendencia socialista autonomista es la más duramente golpeada. De larga presencia y desarrollo significativo en el Cono Sur, las dictaduras argentina y uruguaya y, muy especialmente, la derrota del socialismo chileno en 1973 y su posterior proceso de fraccionamiento, constituyen golpes muy duros en su contra, aunque no decisivos. En el último decenio parecieran consolidarse bases estables de esta tendencia en Venezuela, Colombia, Bolivia y Brasil. En el período reciente, el Partido Socialista Revolucionario tiene en Perú interesante desarrollo, mientras el retorno a la democracia abre nuevamente ricas posibilidades a los socialistas uruguayos y argentinos.

En el hecho, lo que la realidad de América del Sur exhibe hoy día es una presencia clara de dos grandes tendencias con sus expresiones europeas correspondientes, y una tercera, la que se ha denominado «socialismo autónomo», menos orgánica y sin un claro referente europeo. ¿Significa ello que las perspectivas socialistas en el subcontinente dependerán ya sea del fortalecimiento del bloque soviético y de la extensión progresiva de su influencia y capacidad de apoyo a movimientos más o menos identificados con él? ¿O que las perspectivas de avance real en el plano de la democracia y la socialización están asociadas a un vuelco gradual de las grandes fuerzas populistas que, vinculadas al socialismo europeo occidental, representarán realmente las demandas populares de contenido socialista?

Las reflexiones que siguen apuntan en una dirección diversa de las opciones anteriores, tanto como expresión de una necesidad impuesta por las condiciones históricas como en cuanto voluntad y esperanza.

El socialismo autónomo y Europa

El punto central es el siguiente: el avance al socialismo en América del Sur requiere de una fuerza socialista autónoma, capaz de sortear la lógica de los bloques internacionales y de encarnar demandas populares y nacionales cuya satisfacción

exige cambios de fondo en el modo de vida de nuestros pueblos. Dicha fuerza no es integralmente antagónica con otras expresiones progresistas representadas por el movimiento comunista o por las fuerzas socialdemocratizantes de origen populista, pero es claramente diversa en aspectos principales. Es una fuerza que debe necesariamente buscar una articulación con expresiones socialistas europeas con mucha mayor flexibilidad que en el pasado, considerando las modificaciones en curso en el espectro socialista mundial.

Las dos principales de los últimos años ya han sido anotadas: la redefinición socialdemócrata de 1976 y su proyección hacia América Latina, y las tendencias autonomistas y no alineadas del movimiento comunista. En ambos casos la disposición a la búsqueda de una articulación con fuerzas de orientación socialista en América Latina ha sido explícita. En el XV Congreso del Partido Comunista Italiano, Berlinguer expresó: «En la época actual el avance del socialismo en Europa occidental constituirá una importante contribución a la superación de la crisis de la distensión, al establecimiento de una relación orgánica de alianza del movimiento obrero con los pueblos de los países subdesarrollados y con las masas marginadas, a la realización del contenido nuevo que debe tener la estrategia de la paz. Esto frenará la decadencia de Europa, restituyéndola a una función de primer plano en el progreso de la civilización y en asegurar un desarrollo nuevo del socialismo como afirmación cabal de justicia, de democracia y de libertad»(9).

Por su parte, la Internacional Socialista y sus personeros han materializado una efectiva apertura hacia América Latina(10). El acercamiento ha significado una marcada proclividad a establecer relaciones con los partidos nacional reformadores de matriz populista, por razones diversas. Una de ellas fue y es el recelo de las tendencias socialistas autónomas frente al nuevo curso de la Internacional. Pero la más importante sin duda es la existencia de asimetrías entre ambas expresiones políticas. Vale la pena señalar las más evidentes.

Primero, mientras en Europa el curso histórico produjo un encuentro entre la masa trabajadora y las ideas socialistas expresadas por los herederos de Marx, dicho encuentro no se produjo en América del Sur, con la excepción chilena ya mencionada. Desde un punto de vista de clase y examinada la cuestión a nivel de masas, las organizaciones políticas de los trabajadores europeos encuentran su contraparte social mucho más en los partidos populistas que en los de definición socialista autónoma. Segundo, la apreciación sobre el marxismo, referente lejano en el caso europeo, parte esencial de la definición ideológica del socialismo sudamericano, es evidentemente diversa. Tercero, ambas tendencias han desarrollado una visión muy distinta de los bloques. Mientras en Europa la mayoría de los países se integraba a una alianza militar con los Estados Unidos que, por definición, concibe a la Unión Soviética como el enemigo principal, en América del Sur es Estados Unidos el adversario principal y la Unión Soviética es visualizada, en general, como una potencia en disposición de contribuir a las luchas de liberación. Hay una evidente valorización de su contradicción con los Estados Unidos, más allá de la posición, en general crítica, sobre los contenidos propios de su tipo de socialismo. Por último, ha existido una apreciación diversa frente al tema de la democracia. Mientras para las vertientes socialistas europeas la democracia, al menos la parlamentaria y representativa, ha sido posible en el curso de la expansión capitalista, para los sudamericanos la democracia, ni siquiera la parlamentaria y representativa, ha sido posible en el capitalismo dependiente. Mientras Europa parece confirmar que al menos una forma de democracia, con limitaciones pero valiosa, es compatible con el capitalismo como sistema social, Sudamérica pareciera insinuar a través de su historia reciente que capitalismo y democracia o son términos antitéticos o generan en la realidad del subcontinente regímenes de viabilidad condicionada o estabilidad incierta.

Estos hechos, que interpretados de manera cruda inducirían una visión pesimista, constituyen una serie de contradicciones que no son -y parecieran no tender a ser- necesariamente antagónicas. Europa es hoy conmovida, y muy especialmente sus partidos de orientación socialista, por sus compromisos «bloquistas». El movimiento por la paz ha adquirido en los últimos años una significación mayúscula. Crece cada día la convicción que la subsistencia y desarrollo de una Europa que se valga por sí misma frente a las dos superpotencias pasa por un fortalecimiento de sus relaciones con el Tercer Mundo(11). Por su parte las fuerzas socialistas de América del Sur han visto intensificada en los últimos años su conciencia democrática, duramente golpeadas por la pérdida de las libertades y derechos que, con todas sus limitaciones, ofrecía la democracia liberal. No es un paso en la dirección de un conformismo que renuncia a la aspiración de formas más avanzadas de democracia, sino una tendencia hacia recuperar para el movimiento popular y su lucha la defensa de libertades que, sin él, no habrían probablemente existido nunca y que en el socialismo no deberán desaparecer sino ampliarse(12). Sin embargo, para constituirse en real dialogante de fuerzas internacionales, el socialismo autónomo de América del Sur necesita dar pasos significativos hacia su fortalecimiento. Cerrar la brecha entre socialismo y masas trabajadoras es la tarea fundamental. Y ella constituye una faena enteramente propia que requiere una síntesis, diversa a las importadas, entre los instrumentos del marxismo crítico y no dogmático y la realidad de América del Sur y sus respectivos países. En la tarea de lograrla el antieuropeísmo arriesga convertirse en provincialismo aislacionista o en cobertura de versiones plagadas de esquemas de supuesta virtud universal. Por otra parte la traslación de modos de análisis y visiones europeas peca de una falta de realismo evidente. El camino habrá de hallarse en la huella que abrieron Mariátegui con su manera de teorizar y Allende con su obra política, hasta ahora inconclusa.

1. Pablo González Casanova. «Las experiencias de la liberación y el análisis marxista del mundo contemporáneo», mimeo., pág. 1. En el mismo sentido y del mismo autor «Penetration of the Metaphysics into European Marxism». Ambos trabajos fueron presentados al Seminario Internacional Pensamiento marxista, organizado en octubre de 1983 por Tribuna Internacional del Socialismo, en Cavtat, Yugoslavia.
2. Carlos Franco. «Haya y Mariátegui: América Latina, marxismo y desarrollo», en Pensamiento Iberoamericano 4, Madrid, 1983, pp. 189-209. También la «Presentación» del mismo autor al libro de José Aricó, Marx y América Latina, CEDEP, Lima, 1980.
3. En este sentido ver el trabajo, en polémica con los citados de Carlos Franco, de Osvaldo Fernández, «Marx y el marxismo latinoamericano», en Plural 3, Revista del Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam, 1984, pp. S-17.
4. José Carlos Mariátegui. Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, Ed. Critica, Barcelona, 1976, p. 10. La primera edición es de Biblioteca Amauta, Lima, 1928.
5. Rafael Roncagliolo. «El retorno a Mariátegui», Le Monde Diplomatique en Español, México, enero 1981, p. 22.
6. Ver Robert Paris, «Difusión y apropiación del marxismo en América Latina», Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, 36, junio de 1984, Amsterdam.
7. Este y otros aspectos de la obra y pensamiento de Recabarren son examinados en Alejandro Witker Velázquez, Los Trabajos y los Días de Recabarren, Casa de las Américas, La Habana, 1977.
8. Apoyando la resolución anterior el Buró Sudamericano de la Tercera Internacional (Comintern) expresó por escrito que atribula «gran importancia a la discusión iniciada por el PC chileno para su liberación del lastre ideológico de Recabarren que forma un obstáculo muy serio, ideológica, política y orgánicamente para la penetración en el PC del marxismo-leninismo, para su transformación en verdadero partido de combate del proletariado». Ambos textos aparecen citados en julio César Jobet, Recabarren, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1955, pp. 70 y 71.
9. Enrico Berlinguer, «Informe al XV Congreso Nacional del PCI». Los Comunistas Italianos 12, Boletín para el extranjero del PCI, enero-junio 1979, Roma.
10. Desde hace varios años la revista Socialist Affairs recoge esta nueva perspectiva. En ella es posible encontrar el significado más preciso de la acción de la Internacional y reconocer también los diversos matices con que es enfocada por los principales líderes europeos.
11. Para una reciente discusión del tema ver Oscar Weiss, El cambio en España y América Latina, Ed. Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1984.
12. En un seminario sobre «Democracia y Socialismo en el Sur de América», organizado por el Partido Socialista Revolucionario de Perú en abril de 1984, diversas fuerzas políticas de la corriente «socialista autónoma» abordaron éste y otros temas. Ver Nueva Sociedad 72, Caracas, 1984.

6. EL SOCIALISMO CHILENO

«Yo sé que ese camino y esa luz están en la unión revolucionaria de los trabajadores manuales e intelectuales: en el Partido Socialista.»
MARMADUKE GROVE

El Partido Socialista: razón y sentimiento

A fines del siglo XIX surgieron en Chile las primeras organizaciones -pequeñas, núcleos que dejaron apenas rastro en la historia- que reclamaban para su ideario y programas el calificativo de socialistas. En 1912, encabezando sectores escindidos del Partido Democrático, Luis Emilio Recabarren fundó en el norte del país -centro de la clase obrera del salitre- el Partido Obrero Socialista. Paralela e independientemente, en el extremo sur de Chile, en la provincia de Magallanes, surgió también una organización socialista.

El Partido Obrero Socialista (POS) puede ser considerado como la matriz de los dos grandes partidos de la izquierda chilena en el siglo XX, el Comunista y el Socialista. El POS estableció una continuidad explícita con el Partido Comunista de Chile, cambiando su nombre en 1922 para cumplir con las condiciones establecidas por la Comintern. Varios de sus más destacados dirigentes ingresaron posteriormente en las filas del Partido Socialista, entre otros Ramón Sepulveda Leal y Manuel Hidalgo, ambos ex Secretarios Generales comunistas, incorporados en 1936 junto a los miembros de la agrupación denominada Izquierda Comunista.

Además del legado proveniente del POS, el Partido Socialista es también heredero de la tradición anarquista y anarco-sindicalista, de vigorosa presencia en el movimiento obrero chileno a partir de las últimas décadas del siglo anterior, a la que habían estado ligados numerosos militantes y destacados líderes socialistas del período fundacional.

Formalmente, el Partido Socialista de Chile nació el 19 de abril de 1933 mediante la fusión de varios grupos de similar orientación. El «golpe» organizado el 4 de junio de 1932 que dio fugaz nacimiento a la llamada «República Socialista» -primer gobierno que en América invocó el socialismo como identidad- constituyó un antecedente de hecho inmediatamente anterior y de decisiva influencia en la creación formal del nuevo partido.

En los capítulos previos se han formulado diversas reflexiones sobre el socialismo chileno, motivadas tanto por el análisis del pensamiento y acción de su líder más destacado, Salvador Allende, como por el examen del período de gobierno de la Unidad Popular. El propósito de este capítulo es desarrollar algunas ideas en torno al Partido Socialista como objeto inmediato y principal del análisis.

La tarea presenta obstáculos casi imposibles de superar. Un examen de la visión de los propios socialistas sobre su Partido revela una permanente confusión entre deseo y realidad. Es poca la literatura que, desde un punto de vista socialista, intenta un análisis descomprometido de la historia partidaria. Y aquella que lo hace, si bien gana mucho a los ojos de un científico social o un académico y aporta ángulos efectivamente valiosos, pierde en gran medida la dimensión de la emotividad. Difícilmente un adherente al Partido Socialista podría negar la importancia que ésta ha tenido y tiene en la vida del Partido. Ello ocurre seguramente en toda organización política y, tal vez, en cualquiera que otorgue un sentido de pertenencia. Pero este fenómeno pareciera ser especialmente agudo en el caso del Partido Socialista de Chile, por razones que se intentará explicar más adelante.

Deseo y realidad, teoría y sentimiento, son combinaciones constantes en la visión del socialismo chileno que tenemos sus militantes. La fundación es precedida de debates razonados, de una convicción derivada de la experiencia de los principales dirigentes. Carlos Charlín, testigo presencial, relata las jornadas de intercambio de ideas entre Marmaduke Grove y Eugenio Matte Hurtado en la prisión de Isla de Pascua luego del fracaso de la República Socialista de 1932: «El tema que luego embargó la total atención de los prisioneros políticos en las tertulias nocturnas de la Isla de Pascua fue el problema de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que lo apoyara y colaborara en el Gobierno. Matte creía que Chile estaba maduro para que mediante la dialéctica marxista interpretara la realidad chilena y propusiera soluciones que dieran verdadero bienestar a los proletarios. Estuvo de acuerdo con Grove en que la masa obrera que seguía al Partido Comunista era abnegada, disciplinada y de una actividad encomiable, pero sus reacciones siempre estaban más subordinadas a la realidad internacional que a las necesidades nacionales. Un Partido Socialista chileno, con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna Internacional, estaba indicado para realizar la conquista del poder político, económico y social para la gran masa proletaria»(2).

Otro de los fundadores, Oscar Schnake, expresaba poco después del nacimiento del Partido: «Falta un instrumento político eficaz que resuma las esperanzas y la fe del pueblo. El pueblo necesita un partido que por su organización, por los hombres que lo dirijan y su voluntad de acción, sea garantía de su nuevo destino político. Es el Partido Socialista que nace como depositario de su unidad de propósitos y llamado a realizar su unidad de acción. Nace como una necesidad y por eso es recibido como el partido del pueblo...» «Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar el pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo hacia su liberación, por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas»(3).

Tres elementos a lo menos llaman la atención en la afortunada lírica de Schnake: la idea del surgimiento del Partido Socialista como «necesidad»; su toma de posiciones clara y directa frente a la realidad nacional» chilena, que se trata de «conocer», «interpretar» y «cambiar»; y la apelación emocional a lo popular, a la «sangre», los «gustos», los «afectos». El primer elemento ha sido repetidamente acogido por historiadores y analistas, chilenos y extranjeros. Años más tarde Eugenio González le dio la formulación siguiente: «El Partido Socialista emerge como un producto natural de las circunstancias económico-sociales, dentro de la continuidad orgánica de nuestra evolución democrática»(4). Una obra relativamente reciente, de ambición enciclopédica, realizada por la Fundación Internacional Lelio Basso en Italia, describe así el surgimiento del Partido Socialista en Chile: «En un momento de pérdida de fuerza del Partido Comunista de Chile, debido a la política de la Tercera Internacional, algunos exponentes del viejo Partido Obrero Socialista y de varios grupos de tendencia socialista a los que se habían plegado disidentes del Partido Comunista de Chile, constituyeron el 19 de abril de 1933 el Partido Socialista de Chile, para responder a la exigencia de un amplio movimiento de masas»(5).

Efectivamente, en los años siguientes a su fundación el Partido Socialista de Chile tuvo un crecimiento y desarrollo notables. Resulta interesante el juicio de los historiadores socialistas sobre esta etapa tan significativa: «El socialismo, pese a la falta de una línea teórica uniforme, era acogido por las masas y sectores intelectuales con verdadero entusiasmo. Sus consignas realistas auscultaban el sentir de los explotados, al interpretar acertadamente sus aspiraciones», expresa Chelén(6). Jobet, el más destacado historiador del socialismo chileno, describió a los participantes en el proceso de formación del Partido de la manera siguiente: «Eran una masa diversa, tumultuosa, e impaciente, aunque carecía de una formación ideológica seria, estaba decidida a la acción y a la lucha»(7).

El esfuerzo por aprehender en sus múltiples facetas el contenido de «lo nacional», planteado explícitamente en las conversaciones de la prisión entre Grove y Matte y en la formulación de Schnake, constituyó en los años siguientes una constante de la vida socialista. Con razón se ha señalado que «es la tradición del nacionalismo democrático y del movimiento obrero la que recoge el Partido Socialista» y que su nacimiento «es la culminación de un proceso histórico que tiene sus orígenes en el desarrollo social y político del siglo pasado. Por eso, reconoce como vertientes internas las luchas de la Sociedad por la Igualdad, de las sociedades mutualistas y de resistencia, de las mancomunales y de las organizaciones sindicales y políticas del movimiento obrero nacional» e.

Es difícil para las generaciones posteriores reconstruir intelectualmente el período histórico de la década de los treinta, en que surgió y se desarrolló el Partido Socialista. Resulta evidente de las crónicas de la época y de la historia escrita y oral que los primeros años del socialismo estuvieron marcados por una fuerte emotividad partidaria, elemento que ha permanecido presente hasta hoy. Este factor, cuya exacerbación ha lindado a veces con un fuerte sentimiento sectario, ha constituido un elemento indispensable para la difícil cohesión de un Partido que nace y vive constituyéndose a sí mismo en el referente único o, a lo menos, muy principal. El socialismo chileno ha rechazado siempre tutorías externas. Nació sosteniendo explícitamente una visión crítica sobre las dos internacionales existentes

en la época, la de tendencia social-demócrata y la de definición comunista, y precisando los límites de las visiones y aportes que cada una podía realizar para la empresa de transformar la realidad social chilena y latinoamericana. Nacionalista por definición, el socialismo chileno expresó su internacionalismo principalmente en una visión latinoamericanista de amplio desarrollo en los documentos partidarios. Hasta la etapa iniciada en 1973 hubo en el socialismo chileno una cierta cerrazón en su actitud internacional, en que el rechazo a direcciones orgánicas supranacionales tendió a extremar un tanto el aislamiento del Partido de las grandes corrientes mundiales del movimiento obrero. La vocación latinoamericana del Partido careció de una base orgánica similar en otros países del continente y no pudo, por lo tanto, tener un desarrollo mayor. Un analista extranjero expresaba en 1969: «El Partido Socialista de Chile es hoy todavía el único Partido Socialista latinoamericano que posee una sólida base de apoyo en la clase trabajadora»(9).

De esta manera, la identidad partidaria se fue constituyendo mediante la fijación de determinados elementos de la historia y el surgimiento de una suerte de «subcultura» socialista. Estos elementos que en momentos de reconstrucción como los actuales pueden llegar a ser obstáculos para el desarrollo del Partido si se les interpreta de manera chata y pequeña, deben ser entendidos, no obstante, como formas imprescindibles para crear factores de cohesión, valiosísimos para una organización en la que existieron siempre tendencias internas y que ha carecido de un referente externo legitimador.

La fuerza de la fe socialista, algo desdibujada en períodos siguientes, se aprecia claramente al leer documentos de la primera década. La voluntad de lucha de los socialistas era a toda prueba. El carisma de un Grove(10) que construyó su cartel político a fuerza de golpes de audacia (el «Avión Rojo», la «República Socialista»), la constitución de milicias socialistas uniformadas que se enfrentaron en las calles a las brigadas nazi-fascistas, la entrega heroica de sus militantes, especialmente los más jóvenes, marcaron a fuego la conciencia socialista de la primera época y sellaron de manera indeleble el «carácter» de la masa socialista. Rebelde y decidida, espontánea y emocional, hizo la historia de los primeros años de la vida del Partido a fuerza de sacrificio y entusiasmo, prólogo y ejemplo para la actuación de los socialistas en el trienio 1970-1973 y en el dramático período posterior. En los años iniciales militantes de Concepción escribieron la letra de la «Marsellesa Socialista» que a partir del Congreso de 1936, realizado en esa ciudad, se impuso como el himno partidario. En la misma época el parlamentario Ricardo Latcham diseñó el símbolo del Partido: «Como buen hijo del célebre etnólogo, ideó que el símbolo debiera ser el hacha de mando de los antiguos toquis mapuches sobre el continente americano de origen Ibero. Esta hacha de piedra se llamaba precisamente «toqui» y ella nos traía la emoción de las grandes victorias y de la resistencia invencible de las huestes aborígenes en aras de su independencia y libertad... Esta herramienta se extendía sobre el continente latinoamericano, no como emblema de hegemonía, sino como símbolo de comunidad de ideales, de raza, y de liberación antimperialista. Finalmente todo este emblema sobre un manto rojo, símbolo universal de los trabajadores de todas las latitudes»(11). Aquellos años vieron caer a los primeros mártires de la causa socialista. Un texto de la época -impresionante por su lirismo y su firmeza- publicado por la Federación juvenil Socialista, titulado «Siete muertes rojas», da cuenta de la lucha de los jóvenes contra el fascismo. El marinero Bastías en Concepción, el escritor Héctor Barreto en Santiago, Llanos en la Cisterna, el joven de dieciséis años Valenzuela, cayeron en la lucha callejera. Oria murió en Chillán cuando socorrió a las víctimas del terremoto de 1939. Martínez fue un joven socialista que partió a luchar en la Guerra Civil española donde perdió la vida(12).

Es imposible no asociar los vibrantes comienzos del socialismo chileno con aquellos dramáticos días de setiembre de 1973. Espíritu de sacrificio, rebeldía, decisión, dignidad, constituyen un capital de sentimientos del que nadie podrá apropiarlo. En el último decenio muchos de los recuerdos anteriores han vuelto a surgir año a año en las condiciones más difíciles o singulares. Todos los 19 de abril los socialistas, en los campos de concentración, en la ilegalidad, al calor del hogar o de los amigos, en la diáspora exiliada en más de treinta países y varios cientos de ciudades y pueblos en todas las latitudes, han conmemorado su aniversario y revivido el espíritu y fe socialistas.

Deseo y realidad en la historia socialista

El partido Socialista no tuvo un desarrollo ascendente ininterrumpido desde su fundación hasta 1973. Por el contrario, largos períodos -la mayor parte de los años cuarenta- se caracterizaron por la dispersión, la debilidad orgánica, política y electoral, y, a veces, por un peligroso desdibujarse de las imágenes partidarias fundacionales consolidadas en la década de los treinta. Con todo, el período de cuarenta años entre 1933 y 1973 puede legítimamente ser considerado como una sola gran etapa. El colapso institucional y moral de la democracia chilena, y su secuela de resquebrajamiento generalizado de las bases históricas de la vida del país que sigue al golpe militar de 1973, es un hito de magnitud tal que separa dos etapas de la vida de Chile y, en consecuencia, de la vida socialista. 1973 marca el inicio de un nuevo período de dispersión, reflexión crítica, disputas, pero también de reconstrucción. En la derrota y en la lucha se han ido y seguirán configurándose las necesarias bases para la reconstrucción socialista. Cuáles y cómo sean será determinante para el futuro del socialismo chileno y, sin exagerar, de Chile como país. Todo proyecto humano se funda en un diseño ideal, en un deseo sobre cómo las cosas «deben ser». La vida, mucho más compleja que las abstracciones, determina los grados en que ese «deber ser» o aspiración, se acerca a la realidad construida o se aleja de ella a veces de manera casi antagónica. En un período de reconstitución, como el que se vive hoy, surgen con más fuerza las posibilidades de aproximar lo concreto y vivo al «deber ser». Por eso estos años de reconstrucción son claves en su significado y es por eso que, una vez más, aunque resulte doloroso, es imprescindible aproximarse al pasado con un sentido de honestidad y franqueza, sin concesiones. Mientras la emocionalidad constituye pilar de la mantención y desarrollo de la fe en el socialismo, los análisis más objetivos que he mencionado antes aportan un ángulo indispensable. Hay que «sentir» al socialismo, pero no basta. Hay también que «conocerlo», analizarlo, rebuscar en su experiencia para hallar los puntos débiles y ser capaces de generar las tendencias a la superación. Sentimientos sin análisis conducen a un «chauvinismo» partidario estéril, suficiente para mantener el calor testimonial de una pequeña secta, absolutamente insuficiente para emprender la tarea superior de reconstruir un Gran Partido Socialista.

El propósito es complejísimo, entre otras razones porque el objeto de la reconstrucción es «un partido singular»(13). «¿Cuáles son -se pregunta Altamirano- estas características singulares, que explican el arraigo de nuestro Partido, y más aún, que le permiten resurgir con renovados bríos y con un nuevo mensaje de lucha y esperanza, a pesar de los durísimos golpes recibidos? Creemos que la respuesta a esta interrogante debe ser buscada en el origen mismo del Partido Socialista; en su capacidad siempre renovada para cambiar, para asimilar lo nuevo sin negar su esencia e identidad, para recrear sus profundos vínculos con la Nación y con el Pueblo»(14).

¿Deseo o realidad? En parte constatación de un hecho histórico. Pero el grado en que el socialismo chileno sea hoy capaz de esta operación de rescate de su identidad y al mismo tiempo de renovación de su propuesta política es un

capítulo aún abierto. ¿Primará un conservadurismo que reduzca sus posibilidades y su capacidad expansiva, que construya un muro sectario alrededor del Partido en los límites fijados estrictamente por lo que se reconoce como «histórico»? ¿Operará una apertura tal que el socialismo chileno se bifurque y dé surgimiento a un sector que en su pretendido sentido «renovador» funde una tendencia con escaso parentesco a la identidad original y primigenia del socialismo? ¿Será posible hacer del rescate y la renovación procesos que se equilibran y contrabalancean dialécticamente permitiendo enriquecer el ideario y la propuesta socialistas, firmemente asentados en sus activos históricos, y expandir grandemente su influencia en la sociedad?

Por fortuna, en última instancia aquello que ha primado como actitud metodológica y moral en la historia de los socialistas ha sido un sentido crítico sano en relación con el Partido. Sólo manipulaciones sectarias y de perspectiva limitada podrían hacer perder a la masa socialista esta ubicación autocrítica. Algunos escritores socialistas han sido descarnados en su análisis. Uno de ellos sostiene: «Acosado desde su nacimiento por la eterna tentación populista, conservó (el Partido Socialista) su inclinación por los líderes carismáticos y una ideología difusa y emocional que, en momentos cruciales, creó un estado de entusiasmo colectivo»(15). Otro, por su parte, ha caracterizado al Partido Socialista como «partido aluvional, incapaz orgánicamente de retener el caudal desencadenado por sus líderes...»(16). Los deseos del militante socialista eran, sin embargo, diversos. Los expresó, mejor que nadie Salvador Allende: «Así quiero al Partido, un Partido duro, acerado, flexible, combatiente, con centralismo democrático y auténtica conciencia revolucionaria»(17). El desafío está abierto.

Las formas de la vida interna partidaria han sido siempre objeto de fuerte autocrítica. «Los socialistas debemos aspirar a que nuestro Partido sea una gran fraternidad de revolucionarios» escribió Altamirano en 1978, pocos meses antes de la traumática división de 1979(18). Aspiración absolutamente legítima si se piensa que las disputas socialistas han tenido muchas veces un tono de riña en que prima más que el duro debate de ideas, la tendencia a la descalificación personal y el menosprecio por el adversario. Es doloroso reconocer que la vida política de muchas de las grandes figuras socialistas ha sido oscurecida por amargos momentos de enfrentamiento interno. Grove fue en un momento expulsado del Partido y murió en la soledad. Oscar Schnake, marginado por largo tiempo se reincorporó en el Congreso de Unidad de 1957, renunciando por anticipado a eventuales responsabilidades de dirección. La pena de expulsión fue aplicada a Ampuero en 1967, en dramática decisión que tuvo en los años siguientes profundas consecuencias. Aniceto Rodríguez vio rechazada su cuenta como Secretario General en el Congreso de La Serena, en 1971, después de haber dirigido la campaña presidencial de Allende. Este último, en los años siguientes a su disidencia previa a la elección de Ibañez en 1952 fue objeto de los más duros ataques por parte de los órganos periodísticos del Partido. Oscar Weiss sufrió larga sanción de expulsión, corregida solamente por el Congreso de 1971. La victoria popular de 1970 no fue incentivo suficiente para cicatrizar las heridas entre el Partido y la Unión Socialista Popular, nacida de la ruptura de 1967. Sólo dieciséis años más tarde, durante el proceso de desarrollo de la Convergencia Socialista y de los esfuerzos reunificadores realizados en 1983, esa división quedó definitivamente relegada al recuerdo.

Hay también pendiente un gran desafío en el estilo del quehacer político, en la forma de tratamiento de la diversidad interna. Es parte de un nuevo código moral imprescindible en el proceso de reconstitución del Partido Socialista.

El singular socialismo chileno

En 1956, cuando socialistas populares y socialistas de Chile estaban ya unidos en su común participación en el Frente de Acción Popular (FRAP), Raúl Ampuero, Secretario General del Partido Socialista Popular, dirigió una carta a Salvador Allende, Secretario General del Partido Socialista de Chile, en la que planteaba algunas de sus tribulaciones sobre la propuesta unidad de ambos partidos. Expresaba en uno de sus párrafos: «Una vez el Socialismo estuvo formalmente unido. Tuvo una sola directiva, una línea política común sancionada por los Congresos y hasta un uniforme que lo hacía presentarse ante el público como una fuerza monolítica. Teóricamente, con un régimen de democracia interna, no había por qué suponer que esa unidad se quebrantaría. Pero andando el tiempo, ese partido se hizo trizas. ¿Qué había pasado? ¿Porqué unos hombres solemnemente unidos por principios comunes tomaron diferentes caminos? ¿Qué razón hubo para que la democracia interna se demostrara incapaz de resolver las diferencias?... Quiero dar mi propia respuesta a las preguntas anteriores. De nada valen los reglamentos, no es posible el juego de las mayorías, no cabe la convivencia cuando falta una real identificación de aspiraciones y conductas, de concepciones y de estilo»(19).

Efectivamente, sólo una base común de ideas puede sostener una organización política. Es sobre ella que un mecanismo democrático de resolución de diferencias puede actuar eficazmente dentro de las cotas permisibles por esa identidad compartida. Y es sólo sobre ella que una fuerza política puede tensar al máximo sus potencialidades. Fue este conjunto de ideas comunes y su desarrollo en determinados períodos lo que elevó la categoría política del socialismo chileno. Un balance histórico, aunque siempre sujeto a interpretaciones, es quizá el punto de partida más aceptable para poder afirmar ciertos hechos claves. He aquí algunos:

- 1) En un continente como América Latina, sellado por un sino de sometimiento, dependencia y desidentificación cultural, el Partido Socialista de Chile ha sido el único, dentro de los movimientos socialistas, capaz de mantener y desarrollar una base significativa de masas.
- 2) El Partido Socialista llegó a ser la fuerza política que obtuvo el mayor apoyo popular registrado para un partido de definición marxista en el continente americano, expresado en elecciones democráticas, libres, informadas y con voto universal y secreto (abril de 1971). En el mundo actual tan sólo el Partido Comunista Italiano ha logrado, en condiciones similares, un apoyo superior.
- 3) El Partido Socialista compartió el liderazgo de un radical experimento de transformación social entre los años 1970 y 1973. En ningún otro caso en el mundo, en las condiciones de libertad y democracia descritas más arriba, una coalición política (la Unidad Popular) ha obtenido, para un programa tan radical como el que se proponía, un apoyo superior al 50 %. De dicho apoyo el Partido Socialista canalizó casi la mitad.
- 4) La voluntad transformadora del Partido Socialista ha sido indesmentida. Su verdadera «acta de nacimiento» -previa, curiosamente, a su fundación misma en 1933- fue la tentativa conocida como «República Socialista», materializada durante doce días en el agitado año 1932. Fue ésta la primera experiencia de gobierno -limitada y romántica, sin duda- que en América Latina se autodefinió como socialista. Su gestación, ejecución y posteriores efectos -la fundación del Partido, el principal- testimonian desde el inicio una voluntad de impulsar el cambio social en el país que volvería a expresarse, en otras condiciones y con mucha mayor vitalidad, en 1970.

5) El socialismo chileno mantuvo durante su historia una vocación esencialmente unitaria. Su participación en el Frente Popular, el aporte de sus dirigentes a la creación de la Central Unica de Trabajadores, su contribución a la fundación del FRAP y de la Unidad Popular, así lo testimonian. Más allá de su «patriotismo de partido», a veces un tanto exagerado, supo comprender, aún con severas limitaciones, que el concepto de «pueblo» era mucho más amplio que el de «clase» y que sólo una suma de fuerzas plurales podía proponerse, acumulando una gran potencialidad democrática, un proyecto histórico socialista en Chile.

6) Las relaciones entre Salvador Allende y su Partido son aún un capítulo abierto al análisis y la discusión. Más allá de ello, es un hecho indiscutible que fue el Partido Socialista el marco determinante en que Allende se fue desarrollando como líder y su sustento principal en el plano político y teórico. El socialismo chileno ha entregado al movimiento internacional de los trabajadores una figura de dimensión mundial, cuya acción, pensamiento y ejemplo poseen una trascendencia que sobrepasa con mucho las fronteras chilenas y latinoamericanas.

7) El Partido Socialista, desde su nacimiento, ha sostenido una visión autónoma y crítica frente a las grandes corrientes internacionales del movimiento de los trabajadores y a las experiencias de tránsito al socialismo impulsadas en diversas partes del mundo. A veces un tanto aislado internacionalmente, otras en actitud quizá provincial, la fuerza del socialismo chileno ha sido básicamente aquella que fue capaz de generar por sí mismo en las masas populares del país.

Son estos hechos los que otorgan valor especial al concepto de «socialismo histórico» hoy en uso en los debates internos y externos al Partido.

Las crisis socialistas

El listado de logros del Partido Socialista constituye una enumeración de los «puntos altos» de su historia. Bien pudiera argumentarse que tiene un contenido apologético: parece una cuidadosa selección de los mejores momentos de cincuenta y dos años de una vida accidentada. Aunque la objeción es real, es preciso considerar que los «puntos altos» tienen un valor indiscutible en la vida de una fuerza política, pues son índices de una potencialidad, señalan máximos posibles de alcanzar en un cuadro determinado de lucha social, e indican de manera inequívoca la existencia de una capacidad de irradiación y expansión. Para ser equitativos habría que decir que también registra «puntos bajos», mínimos en los que se hundió el socialismo chileno hasta casi extinguirse como fuerza significativa. Pero ellos no hicieron historia. No hay, por tanto, un intento apologético al destacar lo más positivo, sino la constatación de una energía potencial capaz de influir decisivamente, en ciertas condiciones, en la coyuntura histórica.

La vida cotidiana del socialismo ha sido plena de momentos críticos. Es llamativo que, a pesar de ello y por sobre sus errores y limitaciones, el socialismo chileno haya sido capaz de escribir páginas únicas en la historia de la lucha democrática y socialista. Con todo, es imprescindible recordar aquellos elementos que configuraron de manera casi permanente el perfil interno del Partido y su proyección hacia afuera. Se hará referencia tan sólo a tres: su dimensión real, su tendencia al fraccionamiento y sus difíciles mecanismos de legitimación.

Sólo una vez en su historia, en las elecciones municipales de 1971, el Partido Socialista superó el 20% de los votos en una contienda electoral (más de un 23%, sumada la votación de la Unión Socialista Popular). En 1973, en elecciones parlamentarias, bordeó el 20% y en 1941, durante el gobierno del Frente Popular, obtuvo alrededor de un 17% de los votos. En los tres casos el Partido participaba en el gobierno. Su historia registra un mínimo en las elecciones de 1946 cuando el candidato presidencial Bernardo Ibáñez obtuvo una cantidad ínfima de preferencias. Un examen de las cifras electorales de cuarenta años muestra una presencia más o menos estable de una fuerza socialista que fluctúa entre un 9% y un 15%. Pero durante largos años esa fuerza socialista sólo podía cuantificarse sumando orgánicas diferentes. La primera escisión significativa de la historia socialista ocurrió en 1937 cuando el diputado Ricardo Latcham con un grupo de militantes se retiró de las filas partidarias para apoyar la candidatura presidencial de Ibáñez. En 1939 la tendencia denominada «inconformista», contraria a la participación en el gobierno del Frente Popular, se escindió del Partido y formó el Partido Socialista de Trabajadores para, un lustro después, fundirse en el Partido Comunista. Pasarían muchos años, hasta 1957, para que se recreara un sólo Partido Socialista en el «Congreso de Unidad». Un decenio más tarde la ruptura entre Raúl Ampuero y la dirección partidaria daría origen a la Unión Socialista Popular. Es decir, de cincuenta y dos años de vida, el socialismo chileno ha vivido sólo catorce constituyendo una sola organización: los cuatro primeros, entre 1933 y 1937, y el decenio entre 1957 y 1967.

El examen circunstanciado de esta suerte de tendencia al fraccionamiento va más allá de los propósitos de estas líneas. Algunas divisiones estuvieron estrechamente asociadas a debates sobre el crítico problema de las alianzas y la colaboración de clases (la división de 1939 ya mencionada, la separación entre «socialistas de Chile» y «socialista populares» en 1948), otras expresaron razones más profundas relativas a la propia identidad del Partido (la pequeña pero trascendente escisión que dio lugar a la creación del MIR en 1964 o la división de 1979), otras, en fin, parecen haber sido el resultado de imperfecciones en el funcionamiento de la democracia interna y de agudas luchas de tendencias como la de 1967, en que razones políticas sustantivas no son, hasta hoy, claramente discernibles. El hecho incontestable es que, ya sea por su libertad de debate interno, siempre amplia y vivísima, ya sea por la carencia de un marco democrático capaz de procesar eficazmente las diferencias, o ya sea por la incompatibilidad entre la naturaleza del socialismo chileno y toda posición absoluta que aspire a erradicar definitivamente los matices legítimos de la vida partidaria, el Partido Socialista ha tenido una clara proclividad a la división.

Refugiarse en este hecho como consuelo para la difícil situación presente, sería un recurso ineficaz frente a la profundidad de la actual crisis. Si bien durante la mayor parte de su historia el socialismo chileno ha enfrentado procesos divisivos, nunca como hoy ellos han sido tan extensos y nunca como hoy hubo una carencia de mecanismos capaces de dirimir con claridad las diferencias. En este aspecto, y no obstante los valiosos esfuerzos que han realizado diversos sectores -algunos con generosidad y real espíritu unitario- estos años serán seguramente, en la historia socialista, los más conflictivos y difíciles. Durante cuarenta años de vida legal y participación en el proceso democrático, el Partido Socialista pudo siempre someter sus litigios a la voluntad libre de sus miembros y a la decisión popular. En la actualidad esos mecanismos habituales de legitimación partidaria son, por decir lo menos, imperfectos. A pesar de numerosos dirigentes y militantes muertos, desaparecidos o exiliados durante el último decenio, el Partido Socialista logró mantener una presencia permanente que ha sido especialmente activa en los últimos años. Impedidos sus miembros de organizar un debate auténticamente libre y privada la ciudadanía de la necesaria información y mecanismos de expresión democrática, el principal factor legitimante de posiciones políticas

y de direcciones partidarias existe sólo muy parcialmente. Un sustituto legitimador aceptable, como la presencia de ciertos «grupos dirigentes», está también seriamente dañado.

Los «grupos dirigentes»

El «grupo dirigente» constituye un fenómeno generacional, en que, a través del tiempo, surge en una organización política un liderazgo colectivo, constituido por personas que de una u otra manera son capaces de identificarse con las ideas y postulados básicos del partido, de transmitirlos permanentemente a su base y a su periferia, y de procesar las opiniones y criterios que ellas expresan para incorporarlos a la línea partidaria. El «grupo dirigente» no es una élite manipuladora y, en esa medida, es percibido como dirección legítima por los militantes.

En la historia socialista(20) es posible identificar, por su continuidad, grado de acuerdo en situaciones críticas y relación con la masa partidaria, dos embriones significativos de grupo dirigente.

El primero es el grupo fundacional, integrado por Eugenio Matte (fallecido a los pocos meses de la creación del Partido), Oscar Schnake (Secretario General en los Congresos de 1933, 1934, 1936, 1937 y 1938), Marmaduke Grove (Secretario General en los Congresos de 1939, 1941 y 1942), Arturo Bianchi, Carlos Alberto Martínez, Asdrúbal Pezoa, Luis Zuñiga, José Rodríguez, Eliodoro Domínguez, Manuel Mandujano y algunos otros, de presencia casi permanente en las direcciones del primer decenio. Durante él Allende ocupó cargos parlamentarios o ministeriales pero no tuvo una posición direccional decisiva en la estructura partidaria. La desintegración de este grupo inicial comenzó con la partida de Schnake al extranjero y culminó con las disputas con Grove que se concretaron en la constitución del Partido Socialista Auténtico en 1944, al que el propio Grove (Secretario General), Asdrúbal Pezoa y Domínguez dieron nacimiento sin éxito posterior. Allende era en aquel momento Secretario General del Partido Socialista de Chile. El sello fundacional no se esfumó en los decenios siguientes e importantes cuadros de la época primera continuaron o reaparecieron en las direcciones partidarias (Manuel Mandujano mantuvo la presencia más constante) pero serían ya nuevas generaciones las que ejercerían el mayor peso en la conducción socialista.

El segundo grupo identificable es el surgido en el Congreso de 1946 que se expresó desde 1948, tras la disputa con un sector pragmático, en el Partido Socialista Popular. Este núcleo de dirección cubrió un cuarto de siglo de vida partidaria, otorgando una fuerza de dirección colegiada al socialismo y, en cierta medida, logrando superar el peso excesivo de las personalidades o caudillos. Sus cuatro figuras más prominentes fueron Raúl Ampuero (Secretario General en 1946, 1950, 1952, 1955, 1961 y 1964), Eugenio González (Secretario General en 1948, a partir de 1953 no reapareció más en el Comité Central, dedicándose a partir de 1957 a la actividad académica), Salomón Corbalán (Secretario General en 1957 y 1959, fallecido prematuramente en 1966) y Aniceto Rodríguez (Secretario General en 1965 y 1967). A los cuatro mencionados se sumaron, de manera paralela o sucesiva, otros dirigentes, entre los que destacan por la continuidad de su presencia direccional, Mario Garay, Oscar Weiss, Clodomiro Almeyda, Alejandro Chelén, Emilio Muñoz, Tito Palestro, Juan Reyes y Carlos Altamirano. La relación de Salvador Allende con el grupo dirigente de la época fue particularísima: socialista popular, en 1951, con motivo del apoyo partidario a la candidatura presidencial de Ibáñez, se retiró con un reducido grupo de militantes y en los años siguientes reconstituyó el denominado Partido Socialista de Chile, del que llegó a ser Secretario General, conduciéndolo a la unificación con el Socialista Popular en 1957. A partir de esa fecha no integró jamás el Comité Central elegido en los Congresos, permaneciendo siempre en ejercicio de un cargo senatorial y siendo tres veces consecutivas candidato presidencial. La solidez del grupo dirigente de origen socialista popular fue puesta a prueba por el retiro de Allende en 1951, de impacto reducido en las filas del partido. Luego, en 1967, la escisión protagonizada por Ampuero, que captó a parte significativa de la fuerza parlamentaria, tuvo también poco éxito y fracasó en las elecciones de 1969. El curso del tiempo fue, con todo, desgastante. Eugenio González se marginó de la actividad política al promediar los años cincuenta y fue postulado, sin que él lo solicitara, a la Secretaría General en el Congreso de Unidad (1957), en que, por estrecho margen, se impuso Salomón Corbalán. La muerte de éste, uno de los más activos dirigentes socialistas, en un desafortunado accidente, privó al socialismo de uno de sus líderes más dinámicos. La marginación de Ampuero en 1967, no obstante su impacto cuantitativo reducido en la fuerza de masas del partido, tuvo consecuencias cualitativas importantes, en tanto pareciera marcar el comienzo del fin para el núcleo de dirección «socialista popular», incapaz de sostener su herencia teórica y política frente a los nuevos vientos que llegaron al Partido con la ola ideológica del «foquismo», de extendido impacto en América Latina. El Congreso de 1967 marcó, en Chillán, el comienzo de una etapa conflictiva en que acuerdos partidarios y acción práctica se disociaron como nunca antes: el socialismo se declaró una organización «leninista», no habiéndolo sido jamás en casi cuarenta años de vida ni siéndolo en ese instante; la vía «electoral» fue deshechada explícitamente, no obstante lo cual el partido y su dirección acogieron una nueva candidatura Allende de unidad de izquierda; las tesis de no colaboración de clases expresadas en la línea denominada de «Frente de Trabajadores» se hicieron extremas en la teoría, rechazando todo contacto con el Partido Radical, para poco tiempo después plegarse a la idea de la «Unidad Popular» inclusiva del radicalismo. El Congreso de 1971, siendo Allende ya Presidente y encabezando el Partido Socialista un extraordinario experimento de cambio social de trascendencia internacional, marcó un hito definitivo en la disolución del grupo «socialista popular». Los miembros del Comité Central elegidos en 1971 fueron en un 80% militantes que nunca antes habían ocupado posiciones similares de dirección. Sólo diez miembros del nuevo Comité Central habían sido tales anteriormente y de ellos sólo cuatro (Altamirano, Clodomiro Almeyda, Belarmino Elgueta y Adonis Sepúlveda) lo habían sido más de una vez. Aniceto Rodríguez fue excluido de la dirección partidaria y con él otros socialistas de la «vieja guardia».

El grupo dirigente «socialista popular» dio al socialismo chileno un perfil claro y definido durante veinticinco años. González y Ampuero fueron configurando en sus elaboraciones la singularidad social; sta, con acierto y precisión, y contribuyeron decisivamente al desarrollo de una «teoría del socialismo chileno». Corbalán y Rodríguez -y también Ampuero desde su muy importante posición en la orgánica partidaria- aportaron eficazmente a su difusión y a su traducción en líneas políticas concretas aplicables a la coyuntura. En torno al grupo dirigente el Partido Socialista regeneró una estructura orgánica nacional bastante sólida, recreó la mística perdida al promediar los cuarenta y estructuró una organización capaz de captar con eficacia más de un décimo de la votación popular, de disputar con los comunistas la primacía en el movimiento sindical y de sostener fuertes bases en otras esferas de la vida social, tales como la Universidad, el estudiantado y la masa campesina.

Pero fue una figura más bien marginal al funcionamiento del grupo dirigente, como lo prueba su ausencia del Comité Central desde el Congreso de 1957 en adelante, Salvador Allende, quien se constituyó, a través de un poderoso liderazgo popular, en uno de los principales relacionadores entre el Partido, en cuanto ente orgánico, y la masa

popular sin definida afiliación política. Fue, también, quien mejor llegó a expresar la vocación unitaria de los socialistas, materializando así su liderazgo sobre el conjunto de las fuerzas de izquierda. Allende asumió este rol durante los cincuenta; después de dos decenios de práctica política y de vida socialista en los que participó intensamente en el quehacer del Partido, haciendo de su posición parlamentaria, que mantuvo varios períodos siempre rotando en diversas circunscripciones electorales -a veces las más difíciles-, la plataforma básica de su acción pública. El Partido Socialista estuvo pronto a colocarse tras Allende y a apoyarlo en sus duras e históricas luchas presidenciales y, sin embargo, resulta evidente que existió siempre una tensión entre la dirección partidaria y el propio Allende. La más dramática expresión de ella fue la «derrota» de Allende, víctima de una mayoría abstencionista, en la designación de abanderado presidencial en el Comité Central socialista en 1969.

Derrota, división, reconstrucción

Después de setiembre de 1973 el socialismo chileno asumió de manera diferenciada el significado de su derrota, las tareas necesarias para la reconstitución de su fuerza y la exposición a experiencias y contactos internacionales que le han posibilitado una mejor comprensión de la realidad del mundo. La división de 1979, entre los sectores encabezados por Altamirano y Almeyda, respectivamente, selló la definitiva pulverización del grupo dirigente de origen «socialista popular»(21). A partir de allí y hasta hoy, la legitimidad socialista se ha tornado de difícil discernimiento. Mientras resulta admisible sostener, aún polémicamente, la reivindicación más o menos global del patrimonio político y teórico socialista, es un hecho objetivo indiscutible que ningún sector puede reivindicar la representación de la totalidad del activo humano socialista. Los intentos de recomposición, se enfrentan a problemas de fluidez para el debate, a la proliferación de conformaciones de típica estirpe «sectaria», casi en un sentido literal, y a la necesidad de responder al imperativo de acumular fuerza socialista y de satisfacer, al mismo tiempo, las demandas políticas del momento. Resulta curioso -y trágico- comprobar que ninguna de las conformaciones políticas, desde la derecha hasta la izquierda, renuncia a integrar el «factor socialista». Para la derecha asociada al gobierno se trata de alimentar la imagen de unos «socialistas democráticos» que deslegitime a los simples «socialistas» como antidemocráticos. El centro busca construir una imagen de alternativa que requiere necesariamente de un socialismo organizado, moderno, realista y moderado, capaz de pensar el futuro del país desde una perspectiva nacional de largo plazo. Desde la izquierda el socialismo es convocado por los comunistas a reconstituir un eje de clase que recomponga el «tercio» tradicional y tenga una presencia de tal magnitud en la lucha por la democracia que le permita imponer condiciones en el proceso de su restablecimiento.

El socialismo chileno yace hoy, casi descuartizado, entre la defensa de su utopía y los requerimientos del realismo, entre la búsqueda de una identidad renovada pero de sentido continuista y los intentos de reproducción de su vieja personalidad política.

No obstante los circunvalados senderos de reconstrucción y acumulación de fuerza, es innegable que, dos pasos adelante y uno atrás, se han registrado avances no desdeñables. La reunificación «posible» sigue siendo tarea válida, útil y aún pendiente. La lentitud de su avance induce a pensar, sin embargo, que sostener que una determinada reunificación del «socialismo histórico» es un prerequisite para el desarrollo de las respectivas alternativas de acumulación de fuerza, constituye, en el fondo, un argumento inmovilista.

Las disputas internas socialistas sólo podrán tener una solución, unitaria o divisiva, cuando las condiciones democráticas permitan la libre e igual expresión del pueblo socialista, hoy, en su conjunto, reprimido o exiliado. En la actualidad los procesos políticos están seriamente distorsionados por la naturaleza del régimen imperante. Es una prensa unilateral la que otorga espacio y audiencia, son autoridades impuestas al margen de la libertad del pueblo quienes discriminan para expulsar o no del país, encarcelar o reprimir, es una propaganda monopolizada la que distribuye los blasones de la «vocación democrática» o del «realismo» y la «moderación».

Sólo una política de principios, asentada en bases morales asumidas colectivamente, podrá evitar al socialismo chileno las indignidades a que se lo quiere someter. Hoy parece muy posible que nunca pueda lograrse una reunificación completa de las partes en que se ha separado el «socialismo histórico». Aún así, los momentos actuales y los desafíos venideros exigen una línea de conducta capaz de superar el fatigante quehacer de las luchas fraccionales. Para ello pudiera ser útil considerar tres principios mínimos: 1) El principio de la acción constructiva, por el cual cada segmento u organización podrá impulsar de manera preferente sus propias líneas de acumulación de fuerza socialista, respetables en cuanto apunten a los objetivos comunes del restablecimiento democrático y la reapertura de la lucha por el socialismo; 2) el principio de la secundariedad de los antagonismos, por el cual la energía habrá de canalizarse hacia la creación e impulso de acciones dirigidas a fortalecer los objetivos principales ya mencionados, evitando que las diferencias entre socialistas, por importantes que sean, ocupen el primer plano del quehacer político y sean manipuladas por los adversarios; y 3) el principio de la defensa del patrimonio común, por el cual se reconoce en la tarea de reivindicación histórica de la acción del Partido Socialista una función de responsabilidad colectiva de la que nadie puede excluirse o ser excluido.

Es posible que en una acción positiva y concreta, sustentada en estos principios mínimos, se expresen más fácilmente elementos comunes de pensamiento que alienten procesos de identificación real.

1. Ver Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile 1932-1952*, University of Illinois Press, Urbana, 1978, pp. 139-151, y Jackie Roddick, «The failure of populism in Chile: labour movement and politics before World War II», *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 31, diciembre de 1981, Amsterdam, pp. 61-89. Este último ensayo se basa en medida importante en la investigación de Peter De Shazo, *Urban Workers and Labour Unions in Chile 1902-1927*, tesis doctoral en la Universidad de Wisconsin, que no me fue posible tener a la vista. En investigaciones anteriores sobre el movimiento obrero chileno, como las de Jorge Barría, se menciona el componente anarquista pero sin hacer una evaluación más precisa de su significación en el surgimiento del socialismo chileno. El punto aparece mencionado también en Alan Angell, *Partidos Políticos y Movimiento Obrero en Chile*, ERA, México, 1974.

2. Carlos Charlín, *Del Avión Rojo a la República Socialista*, Quimantú, Santiago, 1972, p. 868.

3. Oscar Schnake, *Política Socialista*, Santiago, 1938. La cita corresponde a partes reproducidas en julio César Jobet y Alejandro Chelén compiladores, *Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile*, Quimantú, Santiago, 1972. pp. 14 y 15.

4. Eugenio González, *La Crisis Chilena*, pp. 3 y 4. Citado por Alejandro Chelén, *Trayectoria del Socialismo*, Astral, Buenos Aires, 1967, pp. 82 y 83.

5. Piero Gamacchio editor, *Le lotte in Africa, Asia, America Latina*, Mazota, Milano, 1981, p. 464. El texto citado es traducción del original italiano.
 6. Alejandro Chelén, op. cit., p. 85.
 7. Julio César Jobet, «Tres semblanzas de socialistas chilenos», Arauco, octubre de 1965. Citado por Hugo Zemelman y otros, «Crisis y vigencia del socialismo chileno», Cuadernos de Marcha, marzo-abril de 1980, México, p. 11.
 8. Belarmino Elgueta, «Identidad doctrinaria y continuidad histórica. Marco teórico-político del socialismo chileno», mimeo., México, 1980.
 9. Silas Serqueira, «Chile», en *Guide to the Political Parties of South America*, Penguin, London, 1973, p. 247. El texto citado es traducción del original inglés.
 10. Como la mayoría de las investigaciones escritas en el extranjero, y en otras lenguas, sobre el movimiento obrero chileno, permanece inédito el trabajo de Jack Ray Thomas, *Marmaduke Grove: a Political Biography*, tesis doctoral en Ohio State University, Columbus, 1962. Diversos antecedentes históricos sobre Grove pueden hallarse en Paul W. Drake, op. cit.
 11. Waldo Pereira, «Origen de los símbolos del PSCh», en *Boletín del Comité Central del PSCh* 34-45, abril-mayo de 1973. Reproducido en Alejandro Witker, *Historia Documental del Partido Socialista de Chile, 1933-1983*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, Chilpancingo, México, 1983, volumen II, p. 60.
 12. La juventud en el Frente del Pueblo, Dpto. de Publicaciones del PS, Santiago, 1939. Citado por Fernando Casanueva y Manuel Fernández Canque, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile*, Ed. Quimantú, Santiago, 1973, pp. 264 y 265.
 13. Carlos Altamirano. *Dialéctica de una derrota*, p. 16.
 14. Carlos Altamirano, «Discurso con motivo de la conmemoración del 45 aniversario del Partido Socialista de Chile», en *Una Propuesta Socialista para Chile*, México, 1978, p. 122.
 15. Benny Pollack y Hernán Rosenkrantz, «Political Strategies and Mobilization in Chile, 1963-1973», en *Mobilization and Socialist Politics in Chile*, Benny Pollack ed., Centre for Latin American Studies, The University of Liverpool, Liverpool, 1980, p. 9. El texto citado es traducción del inglés.
 16. Hugo Zemelman, «El movimiento popular chileno y el sistema de alianzas en la década de 1930», en Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno*, Ed. Quimantú, Santiago, 1972, p. 101.
 17. Salvador Allende, «Mensaje al Congreso Nacional del PS, La Serena, enero 1971», citado en Alejandro Witker, *Historia Documental del Partido Socialista de Chile*, op. cit., vol. II, p. 36.
 18. Carlos Altamirano, *El Pensamiento Socialista Chileno*, Dpto. de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, México, 1978, p. 38.
 19. Raúl Ampuero. *La Izquierda en Punto Muerto*, op. cit., pp. 64 y 65
 20. La historia socialista ha sido escrita sobre la base de los acontecimientos protagonizados por líderes y direcciones políticas, registrados en congresos, plenos y elecciones, o reflejada en las ideas impresas en los órganos partidarios de difusión o discursos parlamentarios. Siendo muy significativos los elementos anteriores, hay una gran ausencia de una recuperación histórica de la memoria de base, por una parte, y de las experiencias de la vida partidaria en provincias, por otra. Algunos esfuerzos por recuperar historia socialista han sido hechos por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende que dirige, en México, Alejandro Witker. Recientemente se ha constituido en Holanda un grupo de investigadores orientados a emprender tareas de reconstrucción de la memoria socialista a fin de contribuir a llenar el vacío señalado.
- Los datos históricos precisos que se mencionan en las páginas siguientes han sido obtenidos de la obra de Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, op. cit.
21. Escribí in extenso sobre la división de 1979 y sus causas y consecuencias. Una recopilación de parte de estos escritos puede hallarse en Jorge Arrate, *EL Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, Barcelona/ Rotterdam, 1983. Un arco de opiniones -entre ellas las de los principales protagonistas- sobre la división de 1979 fue recogido en el «dossier» preparado por Fernando Murillo, «La crisis del socialismo chileno», *Chile-América* 54-55, junio-julio de 1979, Roma, pp. 81-138.

Segunda Parte Un tiempo cruel y estéril

7. DOCE AÑOS DE GOBIERNO MILITAR: ELEMENTOS PARA UN BALANCE

«Chile aparece como un inmenso caballo muerto, tendido en las laderas de los Andes bajo un gran revuelo de cuervos».

VICENTE HUIDOBRO

Chile 1973-1985

Nunca en su historia Chile había sido dirigido durante más de un decenio por un mismo gobernante, nunca el ejercicio del gobierno había sido tan personalizado y nunca la autoridad había ejercido su «mandato» de manera tan despótica.

Economistas, sociólogos, juristas y politólogos han analizado extensamente y desde diversos ángulos y perspectivas esta desgraciada etapa de la historia del país(1). Una síntesis bastante esquemática de las tendencias y contradicciones básicas del período podría ser la siguiente.

El régimen establecido inmediatamente después del 11 de setiembre de 1973 se caracterizó en sus primeras fases más por sus definiciones negativas que afirmativas. La represión a las organizaciones políticas y sociales preexistentes fue drástica y extensa en su alcance. Las normas institucionales vigentes hasta entonces perdieron vigor y fueron sustituidas por un régimen de arbitrariedad. En el plano económico se buscó revertir los cambios radicales realizados por el gobierno del Presidente Allende, especialmente en materia de propiedad de la tierra, la industria y la banca. Se trataba, en síntesis, de negar de manera absoluta el pasado más reciente.

Con el correr del tiempo se fueron delineando en el interior del régimen procesos de consolidación de poder en las esferas política y económica. En la primera se estableció gradualmente la concentración del poder político en la persona del General Pinochet que, conservando el mando institucional sobre el Ejército, de primus ínter pares en la junta Militar cuatripartita, pasó a una primacía formal dentro de ella, luego a la jefatura del Estado y, finalmente, en

1980, a la Presidencia de la República. Este proceso de consolidación personal se asentó sobre dos bases principales. Una fue la reafirmación del predominio del Ejército sobre las otras ramas de las Fuerzas Armadas, la supresión de toda disidencia dentro de él y el sólido establecimiento del liderazgo indiscutido de Pinochet. La segunda, la concentración en manos del mismo Pinochet de los mecanismos represivos del Estado, mediante la creación de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) en 1974 y su sustitución en 1977 por la Central Nacional de Inteligencia (CNI) que quedó sujeta a su autoridad directa.

En el plano económico la fase negativa del régimen prohió la devolución de parte de la propiedad agraria a sus anteriores dueños, la recuperación por sus antiguos propietarios o la adquisición por otros nuevos de las industrias que habían sido estatizadas, la reprivatización del sistema bancario y financiero y el restablecimiento de relaciones cordiales con el gran capital transnacional, al convenirse el pago a las empresas cupríferas nacionalizadas durante el gobierno de la Unidad Popular, de los montos por ellas demandados. La burguesía chilena reconstituyó así, rápidamente, las bases materiales de su poder como clase.

Fue aproximadamente en 1975 cuando el régimen comenzó a asumir una posición afirmativa al irse delineando más claramente las bases ideológicas y los actores protagónicos de lo que constituiría su proyecto histórico. La dictadura perfiló, a partir de entonces, su carácter refundacional.

Desde el punto de vista de las Fuerzas Armadas, dicho perfil se asentó en los elementos básicos de la «doctrina de la seguridad nacional», inspiración común de varios de los regímenes militares imperantes en aquel entonces en América Latina. El régimen de Pinochet dejó de ser una suerte de paréntesis en la vida democrática de Chile y nadie pudo concebirlo ya como una especie de tiempo necesario para reconstituir las formas previas de convivencia, arraigadas en la tradición nacional, desequilibradas por la agudización del conflicto social durante el gobierno de la Unidad Popular. Adquirió aspiración histórica y proyección en el tiempo, y mostró nítidamente su pretensión de comprometer a las generaciones venideras. Al poder político de Pinochet se asoció entonces, constituyéndose en los años siguientes en su otro rasgo característico, la ideología económica ultraliberal sostenida por un núcleo tecnocrático formado en las Universidades Católicas de Chile y de Chicago e inspirado en las doctrinas de Milton Friedman y von Hayek. Este núcleo, no obstante su clara vinculación con los principales grupos financieros más que con sectores dedicados a la actividad productiva, desarrolló una cierta capacidad de arbitraje y concordancia respecto de las diversas franjas de la clase propietaria.

Superado el período de negación, caracterizado por la restauración de la propiedad y las finanzas privadas y el aplastamiento de las organizaciones populares, los años 1975 y 1976 se centraron en un esfuerzo por estabilizar la economía mediante el denominado «tratamiento de shock». Este esfuerzo estabilizador logró bajar las tasas de inflación de 369% en 1974 y 343% en 1975 a 192% en 1976. Sin embargo, entre 1974 y 1976 el desempleo creció de 9.7% a 18.7%; en 1975 el Producto Nacional Bruto disminuyó un 12.9% y la producción industrial cayó un 27%².

Los cuatro años transcurridos entre 1977 y 1980 fueron años de consolidación. Entre los hechos más significativos del período es preciso señalar la imposición del Plan Laboral en 1977, destinado a atomizar la potencialidad negociadora del movimiento sindical, la puesta en ejecución del retiro de Chile del Pacto Andino -resuelto en 1976- destinada a estimular el ingreso masivo de capital extranjero, y la aprobación de la nueva Constitución, en 1980, instrumento de consolidación formal del poder político de Pinochet a quien prolongó sus funciones hasta 1989 a lo menos. Esquemáticamente es posible asociar durante este período las ideas de «economía de libre mercado» al modelo económico, de «modernización» al modelo social y de «autoritarismo» al modelo político. Son las tres bases que proclamó el propio régimen como elementos más característicos del proyecto histórico que intentaba imponer.

El eje de la consolidación fue, sin duda, el modelo económico. Sus bases fundamentales eran la apertura de la economía chilena al exterior a fin de aprovechar sus ventajas comparativas y permitir el más fluido ingreso de recursos financieros externos, y la privatización al máximo de la actividad económica regida, en principio, exclusivamente por las leyes del mercado. Para este efecto se liberalizó la posibilidad de contratación de deudas en el exterior, proceso amparado por las condiciones extremadamente favorables de liquidez internacional, y se mejoraron aún más las garantías ofrecidas al inversionista foráneo. El proceso de «privatización» de la economía afectó no sólo a las empresas socializadas durante el período 1970-1973 sino también a unidades económicas correspondientes a sectores claves de la economía, tradicionalmente en manos del Estado. La reducción de las tarifas aduaneras continuó, disminuyéndose en 1980 la tarifa promedio a un 10.2%, una de las más bajas del mundo. El tipo de cambio fue fijado a 39 pesos por dólar americano a fin de mantener bajo control el proceso inflacionario y ofrecer bases estables de trabajo al empresariado. Durante el período crecieron significativamente los grupos financieros que, ejerciendo un dominio casi absoluto del sistema bancario y de otras instituciones de intermediación, pasaron a constituirse en los verdaderos rectores de la economía y en el dato estructural más característico del modelo en aplicación. El comercio exterior alcanzó niveles nunca antes conocidos al registrar un incremento espectacular de las denominadas «exportaciones no tradicionales» y del volumen de las importaciones. Se ofreció a la población -gran parte de la cual no podía adquirirlos- una variedad de productos, incluido todo tipo de suntuarios, casi tan grande como la de un país industrial europeo. El Producto Bruto creció a tasas más que aceptables para el promedio histórico chileno: 9.9% en 1977, 8.2% en 1978, 8.3% en 1979 y 6.5% en 1980. La tasa de inflación bajó ese mismo año a 31.2% anual. En 1980 las exportaciones no tradicionales se habían casi duplicado en relación con 1976, el ingreso neto de capitales era seis veces superior y las reservas brutas del país habían aumentado en más de tres veces. La tasa de desocupación que en 1976 alcanzaba 16.3% (21.8% si se incluían los trabajadores del Programa de Empleo Mínimo) descendió en 1980 a 10.6% (15.9% con Empleo Mínimo). Los sueldos y salarios reales que en 1976 alcanzaban en promedio sólo un 64.8% en relación a los de 1970 llegaron en 1980 a ser un 89.2% de los mismos.

Al mismo tiempo, los criterios eje en el modelo económico -la ganancia, la privatización, el mercado- fueron transferidos al dominio social. El modelo social que se intentó construir en el período de consolidación del régimen estuvo basado, fundamentalmente, en la aplicación de esos criterios a las diversas esferas de la vida de la sociedad. Comenzó ésta a ser orientada en la variedad de sus relaciones por los principios mercantiles. La transformación de los valores, acompañada del temor difundido a la persistente represión expresada a través de la acción directa de los aparatos especializados como a través del control casi absoluto de los medios de información y expresión, indujo cambios significativos en el modo de vida de los individuos, las familias y, en general, las instituciones y organizaciones sociales. La vida cotidiana se hizo distinta a la del pasado.

La dictadura lanzó, paralelamente a la plena aplicación de sus criterios económicos, las denominadas siete «modernizaciones». Ellas comprendían otros tantos ámbitos de la vida colectiva: las relaciones laborales, el sistema

de salud, la educación, los esquemas previsionales, la organización de la producción agrícola, la administración del Estado y la judicatura. El conjunto de estas «modernizaciones» perseguía tres objetivos bien precisos: generalizar los principios mercantiles a las diversas esferas de actividad, reducir sustancialmente la dimensión y el rol del Estado y circunscribir, atomizar y segmentar al máximo posible las demandas sociales.

En 1980, cuando se intentó formalizar el modelo institucional mediante plebiscito organizado discrecionalmente por el gobierno, se habían producido ya cambios significativos en el perfil del país. En el plano económico se constataba una pérdida de importancia relativa del sector productivo, especialmente industrial, y un incremento del sector de servicios; las finanzas predominaban definitivamente sobre la producción; el Estado había disminuido su dimensión y rol anteriores y la riqueza se había concentrado en unos pocos grupos financieros que eran indiscutiblemente los que controlaban el conjunto de la economía. En lo social, un alto nivel de desocupación se había hecho estructural, generando una capa significativa de individuos marginados del acceso a un mínimo de consumo básico y considerados, de acuerdo a la terminología del propio gobierno, en estado de «extrema pobreza». La clase obrera industrial y los núcleos clásicos del movimiento sindical habían disminuido su magnitud, el campesinado había sido desarticulado y las clases dominantes se hallaban recompuestas. La clase media había perdido referentes tradicionales, como el Estado, y la vida social sufría un proceso de atomización.

En ese cuadro, incentivado por los debates dentro de sus propias bases de apoyo, presionado por la crítica permanente y pública de la Iglesia Católica y deseoso de sortear el sistemático aislamiento y desprestigio internacional, Pinochet decidió formalizar un marco jurídico para su estructura de poder. El resultado fue la Constitución propuesta a plebiscito y «aprobada» en 1980.

La nueva ley fundamental contenía una doble regulación. Por una parte resolvía la necesidad del régimen de fijar un sendero para las diversas etapas de su institucionalización, determinando plazos para cada una. Por esta vía Pinochet intentó asegurar respetabilidad jurídica a su poder personal hasta 1989

y, eventualmente, hasta 1996, al mismo tiempo que las disposiciones constitucionales llamadas «transitorias» le garantizaban la necesaria discrecionalidad en el ejercicio del poder del Estado, particularmente el represivo. Por otra parte, la Constitución prefijó las bases de un modelo político estable, surgido de esta larga «transición», en que el autoritarismo es la idea eje, abriendo algunos reducidos espacios de práctica democrática en el marco de la denominada «democracia protegida» o «democracia restringida»(3).

A partir de 1981 los síntomas de crisis del régimen y de su proyecto histórico se hicieron recurrentes y adquirieron relieves precisos. Diversos factores explican este fenómeno. Por una parte, se difundió la conciencia colectiva sobre la falta de control social y excesiva autonomía del aparato represivo en que se asienta el régimen, que sobrepasaban con mucho los límites que sus propios adictos consideraban aceptables. Por otra parte, los debates inducidos por el deterioro de la situación económica abrieron las compuertas fijadas en 1980, empujando incluso a los partidarios del gobierno a poner en discusión las bases antes aceptadas. La presentación del Pliego Nacional por parte de la más activa organización sindical existente en ese momento, representó -al margen de sus resultados- un primer acto de oposición no expresada a través de instituciones eclesiales, en que se producía una globalización de las demandas sociales. En el plano internacional, Chile siguió siendo considerado un país donde, en función de su historia democrática previa, existía una conculcación inaudita de los derechos humanos y libertades públicas. En fin, la crisis económica creó un grave fenómeno de pérdida de confianza pública, puso definitivamente en cuestión el modelo elegido y obligó a la adopción de medidas que lo declararon, en la práctica, caduco. Aumentó el fermento social y se produjeron grietas profundas en el interior del bloque dominante, hasta entonces identificado con el régimen. Las cifras para 1982 fueron aún más impresionantes que aquellas que en 1975 retrataron el «tratamiento de shock». El Producto Nacional decreció un 14.1%, la producción industrial cayó en 22%, la desocupación alcanzó un 25% (30 o más por ciento si se considera el Empleo Mínimo). La devaluación del dólar, medida reiteradamente descartada por Pinochet y sus ministros, activó presiones inflacionarias, recreó un mercado de transacción paralela de divisas y colocó a los deudores privados en moneda extranjera en difícil situación.

Varios centenares de empresas quebraron. Los agricultores debieron reconocerse incapaces de financiar el pago de sus enormes deudas. El sistema bancario fue salvado de la debacle total por el Banco Central que se hizo cargo de todos sus créditos impagos. Algunos meses después, y ante la imposibilidad de controlar los efectos de la crisis, el gobierno debió cerrar dos bancos que eran los principales centros financieros de los dos más grandes conglomerados económicos, e intervenir otros cinco. La quiebra de diversas instituciones de intermediación financiera tuvo profundo impacto en sectores sociales medios de pequeños ahorrantes que, atraídos por las tasas de interés altísimas, habían depositado allí sus recursos. Los sectores comprometidos en la crisis clamaron la intervención estatal a fin de evitar el colapso, las tarifas aduaneras fueron reajustadas con el propósito de reducir las importaciones, se impusieron restricciones a la venta de moneda extranjera antes adquirible libremente. La deuda externa chilena ascendía en 1983 a 17 mil millones de dólares, comparados con los aproximadamente 4 mil existentes en 1973. El servicio de las amortizaciones y de los intereses comprometía ya el total de los ingresos de divisas del país.

Un personero de gobierno atribuyó a la crisis internacional «un tercio» de la responsabilidad por el colapso económico de Chile. Si fuera correcta dicha estimación faltarían dos tercios por explicar. El modelo económico que fue exaltado -incluso internacionalmente- como el gran éxito de Pinochet, aún considerando que generaba un alto «costo social» y la absoluta supresión de la libertad, fracasó de manera estrepitosa. Las tensiones que eran ya claras durante su gestación y puesta en práctica se expresaron con intensidad. Un desequilibrio en el sector externo que superó con creces las posibilidades de pago del país; un desmantelamiento gradual de capacidad productiva nacional asociada a una baja tasa de inversión que impedían e impiden, ni siquiera con medidas de orden proteccionista, recobrar niveles previos de producción; un grado de apertura tal de la economía chilena al exterior que obviamente extremó sus rasgos de vulnerabilidad y un nivel de desempleo crónico de difícil y prolongada recuperación, eran -y siguen siendo en 1985- los factores más evidentes de la descomposición económica del país.

En este cuadro los grupos dominantes se encontraron desorientados y sin una política clara, en la práctica reducidos al intento de sortear la crisis. Por su parte las fuerzas de oposición expresadas en diversas organizaciones e instancias, intensificaron su presencia, acción e iniciativa.

Entre mayo de 1983 y noviembre de 1984, la fuerza opositora exhibió más capacidad de movilización que nunca antes. No obstante, su unidad política fue insuficiente y los intentos de lograrla fracasaron (específicamente la iniciativa del «Pacto Constitucional»); el movimiento social no tenía aún el desarrollo ni la capacidad orgánica como para elevar aún más el impacto de su acción y las discrepancias sobre las formas de lucha y el rol de la violencia tendieron a alejar más entre sí a los integrantes del espectro opositor y a esterilizar los esfuerzos de quienes levantaban la consigna de la «oposición nacional única». El decreto de «Estado de Sitio» abrió un nuevo capítulo que

dejó al desnudo las insuficiencias de la oposición y, al mismo tiempo, las carencias del gobierno. La oposición no ha sido capaz de perfilar una alternativa común ni de provocar el desplazamiento de Pinochet. La dictadura carece de proyecto, y, hecho trizas el que tenía, se asienta desde el punto de vista de las ideas en puras negaciones y en el personalismo megalomaniaco de su principal dirigente, y desde el punto de vista de la fuerza, en la aún aparente integridad del mando vertical en el Ejército y en el predominio incontestado de éste sobre las otras ramas de las Fuerzas Armadas. Los débiles signos de recuperación económica habidos en 1984 tienden a esfumarse ante las realidades de 1985. La deuda externa chilena supera los 20.000 millones de dólares y el servicio de sus amortizaciones y el pago de intereses sobrepasan la estimación del valor de las exportaciones del país. La desocupación no muestra signos de un descenso significativo. Las estimaciones oficiales sobre el comportamiento del Producto son más bien sombrías.

Al escribir estas líneas Chile está siendo afectado por centenares de sismos de diversa intensidad que han sembrado la zona central del país de temor, sufrimiento y destrucción. Un gesto diabólico de la naturaleza que pareciera querer complementar la obra por la que la historia recordará a quienes nos han gobernado entre 1973 y 1985.

Cambios parciales y realidad global

¿Cuánto ha cambiado Chile en estos doce años? ¿Qué ha cambiado y en qué dirección? Juzgar el cambio durante su transcurso es una empresa atrevida. Sólo una perspectiva histórica permite disponer de un horizonte retrospectivo que dé posibilidades de identificar el cambio en su perfil e intensidad. Sin embargo, la acción política, con su desafiante mezcla de movimientos coyunturales y proyectos a futuro, exige ir identificando paso a paso los rasgos de la época. La política es en alto grado azarosa porque obliga a intuir y apreciar fenómenos profundos y de impacto largo en el momento en que están ocurriendo. Los márgenes de error de un político son, por tanto, mucho mayores que los de un historiador.

Una de las equivocaciones más clásicas es la que se refiere a la reversibilidad o irreversibilidad de los fenómenos de cambio. La izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular, sostuvo estar cambiando «irreversiblemente» la faz del país. Fenómenos tan drásticos y trascendentes desde el punto de vista social como las expropiaciones agrarias e industriales y el surgimiento del «área de propiedad social» eran considerados como cambios que no podían retrotraerse. Se trataba de actuar con tal profundidad y en tal extensión que se hiciera imposible, tanto desde el punto de vista de la conciencia nacional como de la materialidad de la ejecución, revertir lo realizado. Transcurridos doce años es posible apreciar cuán frágiles eran los cambios emprendidos.

Sólo la nacionalización de la Gran Minería del Cobre, que fuera aprobada unánimemente en el Congreso, resistió los embates de la refundación autoritaria y neoliberal. Y aún así, está vigente una política desnacionalizadora en relación con los nuevos yacimientos.

No parece excesivamente osado ni demasiado optimista sostener que, aunque doce años son cuatro veces más que tres, no hay irreversibilidad en los cambios introducidos por la dictadura. Pero los procesos históricos no están constituidos como un juego de diapositivas que se avanza o se retrotrae a voluntad. Aunque la irreversibilidad histórica sea un fenómeno de mucho más larga maduración, imposible de ocurrir en los períodos breves que examinamos, lo que acontece en una sociedad no puede ser borrado de su biografía por el puro deseo.

Es posible eliminar o poner fin a los efectos de determinadas acciones o impedir la continuación de ciertos procesos, pero no es posible retrotraer una situación a lo que era en el pasado. Es decir, reversibles -en este sentido- salvo en períodos muy largos, los cambios que ocurren son efectivamente tales y dejan una huella más o menos perceptible. Al mirar cada cambio observamos abstractamente una parcialidad del devenir social. En lo concreto cada cambio se interrelaciona con otros y conforma un todo, un conjunto distinto. Para construir bases de acción política es necesario tener una apreciación global y ser capaces de identificar algunos de los rasgos que son más característicos de una situación concreta. ¿Cuáles son ellos? Si a cada chileno se le hiciera esta pregunta seguramente habría respuestas variadas. Para intentar una se necesita ir más allá del examen de las estadísticas, por sí solas incapaces de describir lo que se podría denominar el estado de la conciencia nacional. Hay pues, una cierta dosis de subjetividad en un examen como el propuesto. La siguiente es una de las respuestas posibles.

Una herida abierta en el alma de la nación

Nunca antes en el presente siglo había sido tan radical y marcada la división entre chilenos. El actual régimen la ha convertido en viga maestra de su política, en elemento justificativo y legitimador de su propia existencia. Jamás un gobierno exhibió con tan brutal franqueza su propósito de representar sólo a una parte de la ciudadanía y de eliminar de la vida del país a la restante. Las bases institucionales del régimen autoritario consagran abiertamente este hecho sin siquiera el recurso a la hipocresía. Todos los chilenos que piensan de una determinada forma, contraria al contenido autoritario del sistema, tienen sus derechos cercenados. La expresión libre de ideas es privilegio de la minoría gobernante o de quienes le entregan su adhesión. Aquellos que no participan de este sector minoritario, o son perseguidos, ya que la doctrina oficial establece que su pensamiento debe ser «erradicado», o deben, por la fuerza, callar. Hay chilenos que pueden exponer sus ideas y chilenos que no pueden. Hay aquellos que pueden disponer de medios de comunicación social y aquellos que no. Los gobernantes han adquirido, de esta manera, el hábito de leer los periódicos matutinos y disfrutar de los elogios correspondientes sin que haya espacio alguno -o uno muy reducido- a la crítica, la fiscalización o el debate. Gobernar así es un mundo de halagos permanentes con dañinos efectos psicológicos para quien ejerce esta delicada misión: los funcionarios de buena fe presumen que la expresión de la minoría gobiernista es el reflejo del país y tranquilizan sus conciencias. Así, pues, hay chilenos y chilenos... La primera gran división es el resultado del totalitarismo de Estado: algunos chilenos pueden expresarse como son y como piensan, otros chilenos han sufrido una capitis diminutio en su rol social como personas y ciudadanos.

La administración de la economía ha inducido una segunda división de naturaleza dramática: hay chilenos que tienen acceso a un trabajo, hay chilenos que no pueden trabajar.

En doce años de dictadura la desocupación se ha hecho estructural, es decir, permanente. Se ha convertido en un dato de la sociedad chilena que podrá ser modificado sólo en un período prolongado de varios años. Las políticas dictatoriales han marginado de la vida económica y social «normal» a aproximadamente un cuarto de la población del país que sobrevive sin posibilidades de un trabajo estable y de medios de sustento que cubran las necesidades más básicas de alimentación, vestuario, habitación, educación y salud. Este fenómeno ha desarrollado, tanto en las ciudades como en el campo, una franja numerosa de subproletarios como nunca antes hubo en Chile. Ha motivado, además, un flujo migratorio de decenas de miles de chilenos que han debido abandonar su patria en busca de medios de vida en otras naciones, especialmente en Argentina.

Este flujo permanente durante doce años, pero creciente en los recién transcurridos, como resultado de la crisis económica que ha golpeado duramente al país, se ha sumado al exilio político, secuela de los hechos ocurridos en setiembre de 1973 y la represión que los siguió. Exilio político y exilio económico constituyen otro factor divisivo que llega al fondo de la unidad social básica, la familia.

A través del exilio político el régimen ha intentado cercenar una parte de la nación con la vana expectativa de erradicar lo que ella representa. Hasta hoy son varios miles lo que están impedidos de regresar a Chile, aunque no hay cargos en su contra, no han sido acusados ante ningún tribunal, no han sido juzgados ni sentenciados. La pena de extrañamiento, definida y establecida en la legislación chilena, ha sido aplicada por simple medida administrativa fundada en el mero arbitrio de los titulares del poder. Por otra parte, miles de exiliados se han establecido en varias decenas de países del mundo, han reconstituido parcialmente su vida familiar y social y, aún teniendo autorización para regresar al país, están imposibilitados de hacerlo porque no pueden crear en Chile condiciones materiales mínimas de vida. Mediante el exilio económico -una medida de fuerza, sin duda, en que la coerción está constituida por la miseria extrema que genera la falta de trabajo -el régimen ha pretendido aliviar la presión de los desocupados, evitar que su dramática situación haga aún menos presentables las estadísticas oficiales de cesantía y eliminar una de las formas de fermento social.

Sobran, pues, algunos millones de chilenos, a los que el régimen no quiere o no puede incorporar a la vida social y económica del país y que carecen de recursos eficaces para la defensa de sus derechos. Es éste también un hecho nuevo en la historia de Chile. Siempre hubo injusticias y su corrección requería -para el pensamiento de algunos- un cambio de sistema. Pero nunca hubo una tan grande indefensión frente a las injusticias porque nunca antes tuvo Chile una justicia tan injusta. La judicatura, en los doce años de gobierno autoritario, ha dado -con contadas excepciones- un pobre espectáculo de sometimiento y docilidad.

Los mecanismos de aguda división conducen a la marginalidad civil o «económica de partes significativas de la población. Muy probablemente un décimo de ella(4) no puede ejercer el derecho a vivir en su patria, a pesar de la magnitud de nuestro territorio y la abundancia de recursos naturales insuficientemente explotados. Un cuarto de la población, al menos, está socialmente marginada por carencia de trabajo. Tres cuartos de la población(5) quisieran ejercer la plenitud de sus derechos democráticos pero han sido despojados de su calidad de ciudadanos activos.

La nacionalidad está resentida, la idea de Chile como «una patria para todos» ha sido puesta entre paréntesis. Está profundamente herida la conciencia moral de nuestra nación.

La economía: debilidad y subordinación

Mucho se ha escrito sobre la economía chilena en la última década. Laboratorio experimental para la aplicación de las doctrinas económicas conocidas como «monetaristas», el curioso maridaje entre el neoliberalismo extremo de los economistas y el totalitarismo extremo de los «políticos» -si se permite la denominación- hizo del caso chileno un fenómeno que despertó singular interés en los círculos académicos, empresariales y gubernamentales de otras latitudes. En la época del llamado «boom» un curioso enfoque se repitió insistentemente en la prensa internacional de tendencia más bien conservadora y hasta en alguna con pretensiones progresistas: el costo social del modelo aplicado en Chile era altísimo, en verdad, pero el éxito en el plano estrictamente económico era notable. El primer punto ocupaba sólo algunas líneas de todo un reportaje obviamente más interesado en exaltar la estabilidad financiera lograda por los «Chicago boys» y en su pragmática adhesión a las «leyes del mercado», que en la vigencia de los derechos humanos o la existencia de posibilidades de trabajo para toda la población.

Los habitantes de Chile han constatado en carne propia la falsedad de esta perspectiva, los chilenos impedidos de vivir en su país han recibido por la prensa o la correspondencia las malas noticias, y los propagandistas del modelo que tenía un alto costo social pero un espectacular éxito económico han hecho mutis por el foro. El costo social del modelo, si por tal se entiende el dolor humano expresado en privaciones de derechos y oportunidades para la mayoría de la población chilena, ha sido igualado, si no superado, por lo que pudiera denominarse el «costo económico». Las cifras han sido repetidas hasta por los que no las quieren repetir. No es preciso recurrir a ellas una vez más. Baste con recordar lo siguiente: nunca antes, desde que existen estadísticas confiables en Chile, la tasa de desocupación había sido tan elevada; nunca antes la caída del Ingreso Nacional había sido tan grande como en 1975 y en 1982; nunca antes la concentración del ingreso había sido mayor; nunca antes el endeudamiento externo del país había alcanzado un nivel como el actual; y nunca antes el desmantelamiento de activos productivos había sido de tanta magnitud como en el período del General Pinochet. El crecimiento del sector exportador, de la fruticultura, la industria forestal y la pesca, que en otro cuadro habrían sido signos positivos, no logran componer un balance presentable. En doce años el país no ha crecido en sus disponibilidades materiales, y como la renta se ha redistribuido en favor de los sectores más poderosos, los grupos de menores ingresos y aquellos intermedios tiene hoy un nivel real de vida inferior al de hace quince años.

Orlando Letelier puso en evidencia, en un trabajo escrito pocas semanas antes de su asesinato, uno de los elementos principales que definían en 1976 la situación chilena: existía una contradicción de principio ya que para establecer la así llamada «libertad de elegir» en cuanto consumidor, era preciso suprimir la libertad de elegir en cuanto ciudadano ... (6). Sin embargo, con el correr del tiempo surgió una clara tendencia a admitir esta contradicción, frivoliándola o reduciéndola a una constatación meramente accidental. Revistas internacionales como el Time de Nueva York, el Financial Times o el Economist de Londres, se hicieron parte de esta tendencia y aceptaron el «costo social» como un hecho necesario para lograr la sanidad económica, iniciar el «despegue» -El Mercurio alcanzó a anunciarlo a todo lo ancho de su primera plana- y un camino de desarrollo autosostenido. Esta desafortunada toma de posiciones, que logró reclutar a una parte significativa de los economistas profesionales chilenos y de otros países, trae a la memoria una estupenda reflexión de Monseñor Helder Cámara: «¿Hasta cuándo los economistas permitirán que, en el nombre de la economía, se cometan injusticias e inhumanidades? ¿Hasta cuándo consentirán que, desde el campo limitado de las empresas hasta las relaciones de región a región, de país a país, de mundo a mundo, se acumulen atrocidades en nombre de la economía?» (7).

Lo anterior dice relación con el impacto internacional de lo político y lo económico (separación tan útil para los seguidores del pensamiento surgido en Chicago) en el caso chileno. Pocos pueblos han recibido en el último cuarto de siglo tanta atención internacional como Chile. La solidaridad internacional con la democracia chilena, en defensa de los derechos humanos y de la vigencia de los principios de libertad propios de un Estado de Derecho que merezca denominarse tal, ha sido gigantesca. El gobierno chileno ha denominado a este fenómeno «campana internacional contra Chile». Jamás ha habido tal cosa. Nunca antes Chile, su pueblo, sus costumbres, su música, su literatura, sus danzas, sus comidas, sus paisajes, su cine, en una palabra, su cultura, habían sido tan ampliamente conocidas en el mundo. Nunca antes despertaron mayor interés, acompañado las más de las veces por respeto y admiración. En

el exterior jamás ha habido una «campaña contra Chile». Lo que ha sido condenado reiteradas veces en las principales organizaciones internacionales y en la comunidad civilizada ha sido «el gobierno de Chile», que no es idéntico a Chile -¡afortunadamente! como entidad nacional y cultural. Efectivamente, el aislamiento político y diplomático del gobierno chileno ha sido mayúsculo. Hasta dictadores aberrantes se han permitido ofender a las máximas autoridades gubernamentales chilenas, como quedó en evidencia en el desafortunado incidente producido cuando el jefe del Estado proyectó una gira internacional a las Filipinas. Sin embargo, un sector de la comunidad internacional se exceptuó de esta generalizada actitud: el mundo financiero transnacional. Algunos años después del asesinato de Orlando Letelier y Ronnie Moffit en Washington, los cónyuges de ambos, Isabel Margarita Letelier y Michael Moffit, publicaron un estudio que constató este hecho(8). La tendencia continuó en los años siguientes, convirtiendo a Chile en el país de América Latina que, en relación a su población y a su capacidad económica, contó con mayores facilidades de acceso a los créditos internacionales. El Profesor Antonio Casesse, de la Universidad de Florencia, presentó un informe para la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas en el que configuró la violación por el gobierno chileno de los derechos económicos y sociales universalmente reconocidos(9). El intento de golpear la conciencia mundial vinculando lo económico y lo político en su indisoluble amalgama, tuvo poco eco en la comunidad internacional de banqueros. Chile fue acumulando así la más abultada deuda externa de su historia, la más alta en términos per capita de toda América Latina, aquella cuya amortización e intereses consume el más alto porcentaje de las disponibilidades de divisas, en comparación con todos los países del continente. El fenómeno tuvo, efectivamente, un carácter internacional. Fue la época del dinero fácil y de la excesiva liquidez y el conjunto del Tercer Mundo incurrió en un gran endeudamiento. Es efectivo que Chile no es el único caso de endeudamiento exagerado, pero como Chile no hay ningún otro similar.

Los que consideraron el «alto costo social» como un accidente, aplaudieron el «éxito económico» y luego aceptaron con pragmatismo la contradicción ética evidente entre los dos hechos y abrieron ampliamente sus arcas para hacer buenos negocios con este cliente poco democrático pero tan «eficiente», utilizan hoy todos los instrumentos a su alcance para recobrar de un deudor arruinado el capital que invirtieron y hasta el último centavo de los intereses devengados.

¡Cómo no recordar la frase de Huidobro! Sobre un inmenso caballo muerto revolotea, ansiosa, la bandada de cuervos...

Son más sólidas las ideas democráticas

A primera vista pudiera resultar paradójico que bajo la férula de un rígido gobierno autoritario proliferaran con más fuerza las ideas democráticas. Sin embargo, es así. El fracaso del régimen ha sido absoluto también en la lucha de ideas. La gravedad de este resultado es aún mayor si se considera que el régimen ha dispuesto durante doce años del más grande y monolítico equipamiento de prensa, radio y televisión que combinación política alguna haya ejercitado nunca en la historia del país.

Es este inmenso desequilibrio en el acceso a los medios de expresión pública, el que explica que, si bien el ideario democrático abarca mayor espacio en cuanto a los sectores e instituciones comprometidos y está más asentado en la esfera de los principios, sea evidente hoy día una manifestación más obvia y abierta del pensamiento de matriz autoritaria. Su incidencia principal se constata en tres instancias: la cúpula militar gobernante, las tendencias doctrinarias inspiradas en el integralismo católico o en el nacionalismo de derecha, y en pequeños sectores sin significación política nacional que desde posiciones de extrema izquierda permanecen adheridos a la idea - contradictoria, según se argumentará más adelante- de un socialismo dictatorial. De los tres es el sector militar, por su posición actual en el Estado y por su organización, aquel que representa efectivamente un desplazamiento en la dirección autoritaria y una peligrosa potencialidad de consolidación y eventual desarrollo. El segundo constituye un fenómeno ideológico históricamente circunscrito a grupos de la alta burguesía capitalista y el tercero es absolutamente ajeno a la tradición de una izquierda chilena que, en su práctica, más allá de algunos desafortunados desbordes retóricos ocurridos en el marco de un romanticismo revolucionario, exhibe una hoja de vida democrática capaz de compararse ventajosamente con la de las demás tendencias políticas chilenas.

Pero sería un error dejarse guiar por el espacio de difusión de ideas que se ha autoatribuido el régimen desestimando los indicios evidentes que resultan del quehacer civil. Uno de los más significativos ha sido el desarrollo de la temática de los derechos humanos y el compromiso concreto de personas e instituciones con su defensa permanente. La tarea en este importante frente de lucha ha sido gigantesca y ha sobrepasado los límites de Chile. Frente a la comunidad internacional todas las fuerzas democráticas chilenas -políticas, sindicales, culturales, sociales- han adquirido un compromiso que será imposible olvidar u omitir. Ha sido tanto lo que el movimiento democrático mundial ha hecho por la salvaguarda de los derechos humanos en Chile que el país ha adquirido una deuda imborrable y deberá, en su conjunto y a través de cada uno de sus componentes, ejercer con celo y sobre la base de criterios de principio una actitud igualmente solidaria y rigurosa, cuando la ocasión lo haga posible.

El tema mismo de la democracia ha sido objeto de análisis que se escatimaron en el pasado. Todas las fuerzas políticas opuestas al gobierno han concentrado su adhesión en los principios democráticos y han contribuido a la elaboración de alternativas institucionales que, superando imperfecciones pretéritas, permitan restablecer un sistema civilizado de convivencia. En la izquierda, y muy especialmente en el movimiento socialista, la reflexión sobre la vinculación teórica y práctica entre la democracia y el socialismo ha sido abundante, estimulada por la universalidad de un debate que aún sigue con pleno vigor su desarrollo. La conciencia de las fuerzas socialistas es hoy, sin duda alguna, más firme y sólidamente democrática que lo que fue en el pasado.

La importancia de la participación democrática ha replanteado la idea del carácter y funciones del partido político derivando en diversas investigaciones y propuestas sobre el desarrollo de los movimientos sociales y su relación con los partidos. Se extiende cada vez más una conciencia que éstos, grandes homogeneizadores de ideas y orientadores de acciones, no pueden aspirar a cubrir con su propia lógica y reglas de funcionamiento un conjunto de otras áreas de la vida social que no corresponden a lo estrictamente político. No pueden tampoco ser los intermediarios obligados de toda demanda formulada al Estado o a la sociedad. El período de gobierno militar, debido a la dura represión anti partidaria, generó una evidente debilidad de las organizaciones políticas, ilegales y semi clandestinas, para cumplir con sus roles según eran anteriormente concebidos. En términos comparativos, en los períodos más activos de demanda democrática, han sido los movimientos sindical, estudiantil, poblacional y cultural los protagonistas principales. Se agrega a la razón anterior la mayor facilidad con que es posible concebir y ejecutar acciones comunes de lucha en el seno de un movimiento que en el cuadro de relaciones formales, y a veces litúrgicas, de las cúpulas políticas. De esta manera, hoy se tiende a concebir a los grandes partidos de masas de una sociedad democrática como instancias más abiertas a la diversidad interna, menos monolíticas y centralizadas, capaces de soportar una

relación más flexible y no dominadora sobre diversos movimientos sociales. Aunque aún no adquiere un desarrollo todo lo amplio que debiera, el movimiento por los derechos de la mujer ha planteado también reivindicaciones que tienen, esencialmente, un contenido democrático: el problema de la igualdad de derechos y oportunidades de mujeres y hombres es, en primer lugar, un tema de la democracia que, en este caso, aspira a establecerse no sólo en los niveles globales de la sociedad sino también en la familia, núcleo básico de la organización social(10). La nostalgia por las formas democráticas perdidas y la reiteración de esta vocación hoy más sólida que antes da la impresión, a veces, que quienes la comparten, atribuyen una suerte de valor taumatúrgico a la democracia, que la conciben como una especie de panacea para erradicar los males de la sociedad. Si alguien así lo piensa está, ciertamente, equivocado. La democracia es una forma de vivir en común para enfrentar los múltiples y complejos problemas de esa convivencia y no es por sí misma la solución de todos ellos. Pero, aún considerando la realidad de sus limitaciones, ¿alguien podría negar que, después de doce años de gobierno militar, una gran mayoría de chilenos desea con más intensidad que nunca un régimen democrático en vez del autoritario?

1. Un análisis sistematizado de la dictadura chilena puede hallarse en El Proceso Político Chileno, de Manuel Antonio Garretón, FLACSO, Santiago, 1983. Un análisis también global, organizado en torno a la problemática económica se encuentra en Philip O'Brien en «The new Leviathan: the Chicago School and the Chilean regime 1973-1980», publicado en Bulletin, editado por el Institute for Development Studies, University of Sussex, vol. 13, número 1, diciembre de 1981.

Otras visiones globales de interés han sido presentadas en forma de «dossier» conteniendo varias contribuciones. La revista Amerique Latine, editada por el Centre de Recherche sur l'Amérique Latine et le Tiers Monde, de París, publicó en su número 6, 1981, el «dossier» Chili: un Projet de Revolution Capitaliste que contiene once contribuciones en su mayoría de científicos sociales residentes en Chile. En marzo de 1982 la revista Margen, editada en Chile, publicó los textos del seminario, organizado por el centro de estudios SUR, Para una Nueva Política con veintiséis trabajos y los debates correspondientes. En abril de 1983 la revista Chile-América, editada en Roma, publicó un «dossier» con los veinte trabajos presentados al Encuentro Chile en los 80 organizado en setiembre de 1982 por ASER-Chile y el Instituto para el Nuevo Chile. Uno de los más recientes análisis globales es el realizado por Ernesto Ottone en la segunda parte de Hegemonía y Crisis de Hegemonía en el Chile Contemporáneo (1970-1983), Ed.LAR, Madrid, 1984.

El Taller de Análisis Político, en Santiago, ha producido en los últimos años un «Informe mensual de coyuntura política», de difusión nacional e internacional.

2. Todas las cifras utilizadas en este capítulo corresponden a fuentes oficiales chilenas.

3. Un grupo de juristas extranjeros de alto nivel académico y científico produjo, invitados por el instituto para el Nuevo Chile, un libro sobre el tema: constitución de 1980: Comentarios de juristas Internacionales, Ed. Chile y Améri Santiago, 1984. Ver también «The institutionalization of repression. Chile: a case study» por Waldo Fortin y Cecilia Medina, Documento A-7, Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam, 1980, y de Cecilia Medina, «Chile: la nueva Constitución, democracia y derechos humanos», Cuadernos ESIN 18, Rotterdam. 1983.

4. No hay una estimación oficial sobre el número de chilenos que viven actualmente fuera de Chile. Fuentes extraoficiales han considerado adecuada la cifra de un millón de personas. La mayor concentración se encuentra en la República Argentina.

5. Esta cifra corresponde aproximadamente a: a) la suma de los resultados electorales anteriores a 1973 de todos los partidos políticos que hoy se manifiestan como opuestos al régimen; b) los resultados de algunas encuestas publicadas por revistas chilenas sobre el deseo de retornar a formas democráticas de convivencia; c) los resultados de elecciones estudiantiles y gremiales realizadas en los últimos años. No se han considerado los resultados del «plebiscito» constitucional de 1980 por las dudosas condiciones, constatadas por observadores internacionales, en que se realizó. Véase, por ejemplo, Prof. Peter van Dijk, Report on a visit to Chile from 9 to 13 September 1980 on the occasion of the plebiscito of 11 September 1980, Europa Institute, Rijksuniversiteit Utrecht, Utrecht, 1980.

6. Orlando Letelier, «Chile: economic 'freedom' and political repression», The Nation, USA, 28 de agosto de 1976.

7. Helder Cámara, La Rebelión de los Economistas, Ed. ZERO, Madrid, 1969.p.5.

8. Isabel Letelier y Michael Moffit, Human Rights, Economic Aid and Private Banks. the Case of Chile, Institute for Policy Studies, Issue Paper, Washington, 1978.

9. Ver Study on the impact of foreign economic aid and assistance on respect for human rights in Chile, E/CN4/sub. 2/412, vol. 4, 1978, y Report on human rights in Chile, A/34583 y E/CN 4 1362, enero de 1980.

10. El movimiento feminista chileno y los aportes teóricos de algunas de sus exponentes han tenido significativo impacto en el debate sobre la renovación del pensamiento socialista.

8. LAS FUERZAS ARMADAS: EL PROTAGONISMO MILITAR

«De aquí que la sujeción inquebrantable de las FFAA a las normas a que deben fidelidad, es la que inspira el respeto y la confianza del pueblo por ellas. Porque es la comunidad organizada la que las provee de las armas, en la confianza de que éstas son para garantizar la independencia nacional y defender la vigencia del sistema institucional y, en ningún caso para que amaguen con ellas los designios de la voluntad popular».

GENERAL CARLOS PRATS GONZÁLEZ

Izquierda y Fuerzas Armadas: un desencuentro

La presencia militar en los gobiernos latinoamericanos no constituye un fenómeno nuevo en la vida del continente. El «dictador» de estos países ha llegado a ser un arquetipo universalmente reconocido, personaje protagónico de varias creaciones literarias que han hecho de su imagen el objeto de una novelística punzante y condenatoria.

En la década de los 70 el fenómeno se agudizó y cambió cualitativamente, alcanzando una extensión territorial antes desconocida y sobrepasando lo que fue su área tradicional, para desarrollarse también en zonas que durante largos períodos estuvieron aparentemente exentas del flagelo de la militarización. Por otra parte, las dictaduras militares fueron adquiriendo una connotación brutal y sanguinaria como nunca antes se conoció, en la medida que se implantaron en países donde existían fuertes tradiciones democráticas y movimientos populares capaces de una resistencia efectiva o potencial.

El rol de los ejércitos en América Latina ha sido ampliamente estudiado. En Chile, especialmente en el último decenio, el tema ha recibido una especial atención(1). Uno de los aspectos abordados ha sido el examen autocrítico de la forma cómo la izquierda se relacionó, en el proceso de su desarrollo y crecimiento, con el universo de los institutos armados; en otras palabras, la política militar, explícita o implícita, que la izquierda chilena aplicó, los valores e «ideas-fuerza» que generó y difundió y su impacto entre los militares, y el acercamiento o distanciamiento, contradicción, indiferencia o convergencia que ellos provocaron dentro del mundo militar.

Un primer punto que es preciso tener presente se refiere a algunas características fundamentales de las organizaciones armadas en el caso de Chile. Primero, se trata de entidades que en los veinticinco años posteriores a la Segunda Guerra Mundial adquirieron crecientes compromisos de orden profesional e ideológico con sus equivalentes norteamericanas, que aplicaban una política de gobierno destinada a convertir a las Fuerzas Armadas chilenas en importante pieza en el esquema de defensa de los intereses estadounidenses(2). Este fenómeno, como es sabido, no es típicamente chileno, sino común a los demás países de la región. Segundo, el origen social de los cuadros de mando de las Fuerzas Armadas es predominantemente el sector medio. Tercero, son instituciones que constituyen el núcleo del poder coercitivo armado del Estado, que se rige internamente por normas, hábitos y ritos propios y exclusivos.

Ahora bien, si los hechos son como se ha señalado, es decir, si las Fuerzas Armadas chilenas llegaron a padecer una extrema dependencia de los Estados Unidos, si el origen social de su oficialidad tenía, en general, un sesgo desfavorable para la izquierda y si, por último, constituían esencialmente el poder armado de un Estado burgués, cabe formularse la legítima pregunta si, en tales condiciones, otra actitud que no fuera la del enfrentamiento violento con el propósito de derrotarlas militarmente -como algunos propiciaban- tenía un espacio o viabilidad elemental en el caso chileno. Los hechos, examinados superficialmente, parecieron dar la razón a quienes postulan una respuesta negativa. Pero en el análisis de ellos es preciso, por difícil que sea, no dejarse llevar por la impresión global o el resultado trágico que finalizó por imponerse, es decir, por el alineamiento de la mayoría de las Fuerzas Armadas contra el proyecto popular. Por el contrario, el fenómeno que resulta interesante, por contradecir la inferencia que tendería a hacerse de las características señaladas, es precisamente el surgimiento en su interior de sectores que, más allá de las contingencias del gobierno, mostraron una adhesión al principio de la profesionalización y de la constitucionalidad, y de otros que llegaron realmente a comprender el contenido del proyecto allendista, a adherir a él y a defenderlo. La presencia no despreciable en las filas de las Fuerzas Armadas chilenas de militares sensibles, en mayor o menor grado, al proceso de cambios y su necesidad, demuestra que existía un importante espacio para las fuerzas progresistas.

No se aprovecharon las potencialidades que de allí surgían. Si bien la izquierda, como movimiento de masas en desarrollo, tuvo la posibilidad de elaborar una política militar de largo plazo, coherente y activa, dicha posibilidad no fue utilizada exhaustivamente.

La izquierda como conjunto y cada uno de sus principales componentes generaron una conducta política frente a las Fuerzas Armadas que indujo, junto a otros factores, a una separación cultural entre ellas y el movimiento popular, a la constitución de dos mundos intelectuales que tenían escasa o ninguna intersección, en que el lenguaje, los hábitos, las perspectivas frente a problemas comunes, llegaron a ser casi antinómicos o, al menos, claramente diferentes(3.)

Los elementos de la antinomia

Un primer elemento básico que explica esta disociación fue la visión simplista que consideraba a las Fuerzas Armadas como identificadas con el esquema de dominación de clase, como el irredimible aparato represivo del sistema y, en consecuencia, como clara y definidamente enemigos. No siendo ésta una visión sustentada por los niveles dirigentes, infiltraba, sin embargo, a un sector importante de la base y a veces, en la práctica, los partidos de izquierda actuaron como si ella fuera válida, aún rechazándola explícitamente.

Siendo así, no cabía otra perspectiva coherente que plantearse la destrucción del aparato armado mediante la fuerza militar, paralela y contrapuesta a la existente, o promover como línea de acción principal un quiebre horizontal entre soldados, abrumadoramente de origen proletario y campesino, y oficiales. Esta última visión, sin embargo, subestimaba la solidez del verticalismo de la institución militar chilena pretendiendo reproducir en el interior del ejército los efectos de las divisiones sociales del país en su conjunto.

La consideración esquemática de las Fuerzas Armadas no carecía, sin embargo, de fundamentos de hecho que, aunque insuficientes para justificarla, producían un profundo impacto en las masas de trabajadores y jóvenes comprometidos en la actividad política durante las últimas tres décadas. En numerosos países de América Latina las Fuerzas Armadas exhibían una odiosa tradición de represión y dictadura, estaban marcadas por un sello antipopular y, durante largos períodos, habían sido garantes de la presencia todopoderosa de empresas imperialistas. Centroamérica y el Caribe eran ejemplos vivos de situaciones de este tipo, además de otros países sudamericanos. En el propio Chile la historia de la represión antiobrera estaba plena de acontecimientos en que las Fuerzas Armadas habían participado en violentas acciones contra campesinos y trabajadores, desde el asesinato de miles de mineros en Santa María de Iquique, a comienzos de siglo, hasta los sangrientos sucesos ocurridos en 1967 en el mineral de cobre El Salvador. En el terreno internacional, el triunfo de la Revolución Cubana, liderizada por un ejército popular capaz de derrotar al ejército batistiano, inspiraba perspectivas semejante en otras latitudes, pues parecía demostrar la posibilidad de acciones similares y destruía el mito de la invencibilidad de los ejércitos profesionales. La absorción mecánica y acrítica de esa experiencia, que con justa razón conmovió a todas las organizaciones revolucionarias del continente y a toda una generación de latinoamericanos, contribuyó en algunos sectores a reafirmar la tendencia al esquematismo frente a las Fuerzas Armadas.

En el seno del movimiento popular, para quienes estimaban como imprescindible y previo a todo intento de socialización culminar el desarrollo democrático-burgués del país, el problema de las Fuerzas Armadas no era percibido con la misma urgencia con que era considerado por aquellos que planteaban perspectivas socialistas inmediatas. Por otra parte, conspiraba severamente contra sus posibilidades de acción orgánica hacia las Fuerzas Armadas la situación en que, por ejemplo, se encontraba el Partido Comunista de Chile. (legalizado al inicio de la guerra fría y desarrollando actividad clandestina durante diez años, sólo recuperó su legalidad en 1957. El Partido Socialista era, en consecuencia, el que se encontraba en condiciones más favorables para desarrollar una política coherente. Entroncado en sus orígenes con la tradición progresista de las Fuerzas Armadas representada por el Comodoro del Aire Marmaduke Grove, fundador del Partido y principal dirigente de la denominada «República Socialista», impulsada con efímero éxito en 1932, el Partido Socialista mantuvo durante bastantes años vinculaciones aún no suficientemente documentadas con sectores militares, y en la elección presidencial de 1952 los «socialistas populares» concurren

a apoyar al caudillo populista de origen militar Carlos Ibáñez, democráticamente elegido Presidente de la República con una aplastante mayoría. Partido marxista, definitivamente latinoamericanista desde su fundación, no afiliado a ninguna corriente política internacional y por ello, en cierta medida, menos afectado por la odiosa propaganda dirigida a crear una falsa imagen no patriótica y nacional de los partidos de la izquierda, fue la organización política que en mejores condiciones pudo aspirar a una relación de recíproca sensibilidad con las Fuerzas Armadas(4). Los esfuerzos realizados, algunos de cuyos frutos pudieron percibirse durante el período de la Unidad Popular, fueron, sin embargo, insuficientes. En la década de los sesenta, los socialistas tendieron a aceptar un esquema de enfrentamiento frontal armado como camino para la conquista del poder. La óptica del Partido Socialista hacia las Fuerzas Armadas había variado y, sin duda, la de éstas hacia el Partido también.

Los treinta años previos a la Unidad Popular, el período más rico y activo para el desarrollo y configuración del movimiento popular chileno, fueron, no por pura coincidencia, años de avance democrático generador de cambios en las estructuras económicas y en los aparatos institucionales y de maduración de la presencia de la clase obrera organizada en la vida política nacional. Las Fuerzas Armadas permanecieron en gran medida al margen del empuje democratizador y tendieron a sustraer su problemática del debate público. Sus asuntos se convirtieron en un tema casi clandestino, desconocido para gran parte del pueblo e, incluso, para muchos de sus dirigentes y gobernantes. Más allá de la previsión de algunos o de los esfuerzos bastante solitarios de otros, los hechos fueron estableciendo una muralla divisoria entre los problemas de las Fuerzas Armadas y los asuntos de la nación en su conjunto.

Es en esta etapa cuando se desarrolla con más vigor la tesis de la neutralidad política de las Fuerzas Armadas y de su obediencia al poder civil. Curiosamente, a su estructuración y difusión concurren todos los sectores del país. La derecha porque, no obstante los impulsos del período, continuaba, en lo básico, con el control del Estado sin necesidad de ayuda militar directa. Las propias Fuerzas Armadas porque, so pretexto de su neutralidad, logran reafirmar su autonomía y evitar que su evolución y características fueran objeto de debate. La propia izquierda por razones diversas, pero concurrentes: unos porque creían que era tácticamente adecuado, otros porque la neutralidad parecía suficiente para no obstaculizar los objetivos que se planteaban; muchos, en fin, porque frente a una América Latina plagada de dictaduras militares creían que cultivar dicha tesis podía contribuir realmente a que Chile continuara siendo una isla de democracia, apta para que el movimiento popular acumulara mayor fuerza.

Un segundo elemento de contradicción entre la izquierda y las Fuerzas Armadas, residió en el contenido claramente diverso atribuido por cada una de estas entidades al nacionalismo. En la concepción de las Fuerzas Armadas ésta es su razón de ser. Los conceptos de Patria y Nación son interpretados de acuerdo a los esquemas militares. Para las Fuerzas Armadas esos conceptos se afirman principalmente en su propio rol, actual y pretérito, llegando a identificarse a sí mismas con los valores patrios. La independencia nacional es visualizada como el fruto de la victoria militar sobre las fuerzas metropolitanas. Las tradiciones del Ejército y de la Marina se entroncan con las del Padre de la Patria, Bernardo O'Higgins, fundador de ambas, y líder de la insurrección antiespañola en 1810. En buena medida, la constitución del Chile actual es considerada también como una obra en que las Fuerzas Armadas tuvieron un papel preponderante. Protagonistas en tres guerras durante el siglo XIX, contra la Confederación Perú-Boliviana en 1833, contra España en 1866 y contra Perú y Bolivia nuevamente en 1879, además de la sangrienta guerra civil de 1891, cultivan una tradición de real participación en eventos militares de los cuales han salido siempre triunfadoras(5). En un país de curiosa formación geográfica que necesita fundir en un efectivo sentimiento nacional a habitantes del extremo norte y del extremo sur, distantes varios miles de kilómetros el uno del otro y con escasa comunicación entre sí, y que posee una larga frontera con un Estado vecino considerado más poderoso y económicamente más fuerte -Argentina-, las Fuerzas Armadas encuentran su razón de ser en la custodia de las fronteras, en la defensa de la integridad territorial del país y en la preservación de ese sentimiento nacional. Este no es ciertamente un fenómeno único en América Latina, aunque en el caso de Chile la historia militar le entrega un aval indiscutible. De esta manera, el nacionalismo que se genera en las Fuerzas Armadas es, como se le ha denominado, un «nacionalismo fronterizo», es decir, una concepción que confirma a Chile en su existencia e integridad física en relación a sus vecinos y a la realidad continental.

La izquierda chilena, en cambio, se caracterizó por un nacionalismo de matriz antiimperialista. De manera que mientras la ideología militar presentaba a los países vecinos como los enemigos históricos y potenciales actuales, el movimiento popular identificaba al enemigo principal de Chile en el imperialismo norteamericano. La percepción de éste como enemigo pasó a ser, sin duda, tarea difícil para la oficialidad de las Fuerzas Armadas, en la medida que Chile se fue comprometiendo en tratados y pactos de asistencia mutua en el terreno militar y comenzó a recibir la mayor parte de su armamento de Estados Unidos. Las Fuerzas Armadas chilenas, en el marco de los acuerdos internacionales mencionados, realizaba operaciones y maniobras conjuntas con militares norteamericanos, recibía su asistencia y, con el correr del tiempo, preparación para un número creciente de oficiales. El control en el aprovisionamiento de armas mantenido por Estados Unidos durante un largo período le permitía alterar los equilibrios militares en nuestro continente. De esta manera, la colaboración que prestaba era considerada esencial por los militares en la medida en que influía decisivamente en su capacidad bélica frente a sus vecinos.

Las distintas concepciones del nacionalismo conllevaban una diversa apreciación sobre el internacionalismo. Mientras este concepto carecía casi de contenido para la ideología militar, hasta el punto de ser percibido prácticamente como contrapuesto a nacionalismo, para la izquierda chilena constituía una definición fundamental, especialmente para sus dos partidos principales, uno ortodoxo sostenedor de las posiciones del movimiento comunista internacional, el otro declaradamente latinoamericanista y con variadas relaciones internacionales especialmente con partidos obreros y movimientos de liberación.

De la distinta concepción de las nociones de nacionalismo e internacionalismo, surgía también una diversidad de enfoques sobre el problema de la seguridad nacional, luego elevado a la categoría de elemento básico de su opción continental por los dictadores militares latinoamericanos. Mientras las Fuerzas Armadas tendían a colocar en la base del concepto la potencialidad militar del país con respecto a sus vecinos, el movimiento popular lo concebía de manera diversa, acentuando los aspectos relativos a la adhesión del pueblo a su sistema de gobierno y de vida y a una estructura económica sana y soberana.

Un tercer elemento de contrapuesta consideración entre las Fuerzas Armadas y la izquierda chilena fue la interpretación de la historia de Chile. Mientras una concepción hacía énfasis en la importancia de la historia política y, especialmente, de la militar, y desarrollaba una sistemática conmemoración de combates y aniversarios de héroes, atribuyéndoles un rol decisivo en el desarrollo de Chile como nación, la izquierda tendía, en general, a acentuar los aspectos económicos y a resaltar las expresiones de la lucha de clases, la tradición de la clase trabajadora y de sus organizaciones. No es ocioso resaltar que los estudios históricos en Chile tuvieron una clara predominancia de

historiadores de ideología liberal o francamente conservadora, y que los aportes de intelectuales de formación marxista fueron, en general, reducidos o puntuales. Frente a episodios sin duda importantes de la historia chilena la izquierda careció de una interpretación global difundida que pudiera ser contrapuesta a la interpretación dominante. Ni la guerra de independencia, ni la consolidación republicana en la primera mitad del siglo XIX, ni la guerra del Pacífico en 1879, fueron temas abordados, salvo honrosas excepciones, por historiadores progresistas.

La izquierda careció no sólo de capacidad para escribir historia, sino también para apreciar históricamente los hechos. De esta manera, numerosos acontecimientos o personajes tendían a ser valorados de acuerdo a criterios esquemáticos, desconsiderando que hubo una extensa e importante época de nuestra vida como Estado independiente en que la clase trabajadora organizada, no obstante su permanente aporte como grupo social al desarrollo de la nación, no fue protagonista de primera línea del devenir del país y que hechos y personajes no pueden ser valorados o juzgados sino en el contexto histórico y cultural en el que actuaron. La época señalada coincide con los grandes acontecimientos militares constitutivos de la tradición y del orgullo nacionalista de las Fuerzas Armadas chilenas. El movimiento popular no consiguió aproximarse adecuadamente a esta realidad histórica, agregando así un nuevo factor de distanciamiento a su relación con las Fuerzas Armadas.

Entre 1970 y 1973: una difícil posibilidad

Los aspectos señalados tienen por objeto poner énfasis en algunas de las contradicciones fundamentales que, a nivel ideológico, separaban el mundo cultural de las Fuerzas Armadas del propio de la izquierda. Para sortearlas no se podía, ciertamente, abandonar posiciones de principio con el fin de proyectar una falsa identidad de perspectivas y propósitos. Ello no justifica, sin embargo, las omisiones en que se incurrió y la incapacidad para construir puentes en el terreno ideal que permitieran abrir brechas más amplias en la ideología de los militares y les facilitarían una percepción diferente de los problemas generales del país, de su propio rol y de la propia naturaleza del movimiento popular y sus partidos.

En este contexto, los errores en la política militar cometidos entre 1970 y 1973 -que ciertamente los hubo- fueron, primero, en gran parte fruto de las incapacidades del ayer y, segundo, operaron en condiciones tales que su comisión resultaba de mucha más gravedad porque el pasado próximo abonaba el desarrollo aún mayor de las contradicciones ya generadas entre Fuerzas Armadas y movimiento popular. La relectura de los numerosos discursos del Presidente Allende referidos a las Fuerzas Armadas revela que el gobierno de la Unidad Popular intentó superar los vacíos generados durante las décadas anteriores. En el hecho, parecía haber una plena conciencia de la necesidad de cubrir esos vacíos históricos con una política que permitiera a los militares visualizar nuevos horizontes profesionales, incorporarse realmente a la solución de los grandes problemas del país y participar con el resto de la nación en la construcción de una sociedad mejor. La lucha ideológica de la izquierda adquirió nuevo ritmo y aceleración y Allende, impulsado por las urgencias del proceso, fue construyendo una política hacia los institutos armados que en su contenido era ciertamente superior a la que el movimiento popular había sido capaz de desarrollar en el pasado. La reciente publicación en Chile del libro Testimonio de un Soldado(6) que contiene las impresionantes reflexiones del General Carlos Prats, permite apreciar en qué medida hubo un sector de las Fuerzas Armadas, que integraba y liderizaba el propio Prats, capaz de proyectarse intelectualmente en una superior comprensión del proceso social y político chileno. Revela, sin embargo, cuan fuerte era el peso de la formación militar, de la ideología cultivada por decenios y de los valores, algunos de los cuales se han mencionado en las líneas anteriores, que definían a nuestros aparatos armados. De esta manera, los intentos de la Unidad Popular por ganar a sectores militares entre 1970 y 1973, semejaron los compases de la obertura de una ópera interpretados en el último acto. Las carencias del pasado obligaban a la Unidad Popular a una política tremendamente restringida en sus márgenes de maniobra y que debía recorrer difíciles equilibrios impuestos por el camino elegido y por las debilidades no superadas. Más que un acento en la apertura de horizontes ideológicos nuevos, la compleja coyuntura exigía una severidad extrema en la utilización de las atribuciones constitucionales, y la asunción de los riesgos que ello implicaba, con el objeto de sustituir a parte importante de los mandos militares impregnados ya, desde el gobierno del Presidente Frei, de hábitos conspirativos(7). Schneider y Prats: una tradición por reivindicar

«Una vez que sus miembros tomen conciencia individual de la incuestionable necesidad patriótica de una estrecha identificación de los Institutos Armados con los intereses del pueblo, que son comunes a la gran mayoría nacional, y desplieguen en conjunto un sincero y supremo esfuerzo doctrinario verticalista para anteponer al egoísmo y a la pasión, la divisa del honor y del espíritu militar, el guerrero podrá pasar al reposo anímico y el sol de la convivencia cívica logrará disipar la espesa niebla que cubre el campamento»(8). Con estas palabras el General Carlos Prats González cerró su trabajo recientemente publicado en Chile, Testimonio de un Soldado. Ellas están preñadas de un sentido de futuro y, por lo tanto, subyace en su contenido el optimismo histórico de su autor. El libro que las contiene es notable no sólo por su valor testimonial y por los ángulos, seguramente polémicos y discutibles, que Prats aporta al conocimiento de las Fuerzas Armadas chilenas, sino también por lo que muestra y trasluce sobre la personalidad de quien lo escribe.

El Prats que surge de las páginas de Testimonio de un Soldado no es distinto del que compartió con el Presidente Allende episodios críticos del período 1970-1973. Pero la distancia de los años y el cristal de la remembranza, diverso pero igualmente rico que el de la vivencia, permiten decantar hoy día una impresión más acabada. Sin considerar los acuerdos o desacuerdos que el lector tenga con los análisis y apreciaciones de Carlos Prats, resulta indiscutible que se halla frente a un hombre de un elevado patriotismo, de singular ponderación y de condiciones morales de excepción. El generoso retrato que el mismo Prats ha legado de su valioso antecesor, el General René Schneider, permite identificar allí también virtudes similares. Es decir, los chilenos, de todos los colores políticos, pueden estar legítimamente orgullosos de los dos últimos Comandantes en jefe de su Ejército durante el período democrático. Fueron dos figuras capaces de elevarse a la altura de las circunstancias críticas que debieron vivir, comparables a pocas en la historia chilena. En esos momentos difíciles Schneider dio forma a la doctrina que lleva su nombre y que establece el principio básico de la subordinación de las instituciones militares a la voluntad democrática del pueblo. Prats, posteriormente, la desarrolló y legó, en el capítulo final de su libro póstumo, un conjunto de ideas sobre el futuro de las Fuerzas Armadas en un Chile democrático que constituye un pilar básico sobre el cual construir una nueva inserción de las organizaciones militares en una institucionalidad saneada.

Schneider y Prats murieron ambos asesinados en circunstancias igualmente dramáticas, hasta hoy no esclarecidas del todo. Hombres de honor y de principios, se formaron durante toda una vida en los valores e inspiraciones que entregaba a los suyos el Ejército de Chile. La herencia que dejaron a su institución y su país tendrá que ser reivindicada.

Seguridad nacional y política democrática

Las Fuerzas Armadas chilenas de hoy son significativamente diferentes a las de la inmediata post guerra. No sólo han transcurrido decenios de consolidación de su dependencia externa sino que el autoritarismo militar de los doce últimos años ha marcado un surco indeleble entre la historia ya escrita y la que está aún por escribirse. Los caminos que pudieron o debieron recorrerse ayer no son necesariamente los mismos que es preciso recorrer hoy día. Cualesquiera ellos sean, la autocritica de los partidos de la izquierda chilena frente a lo que fue su perspectiva militar debiera permitir la generación de elementos que contribuyan a diseñar una nueva política, basada en la superación de los esquematismos del pasado y en la demostración permanente de la identidad esencial entre los intereses de los trabajadores y los de la nación chilena en su conjunto. Encarar el problema en su real complejidad es un imperativo del momento actual. La cuestión militar fue y sigue siendo -más que nunca- un tópico prioritario. Sin abordarlo será incompleto y hasta carente de sentido cualquier planteamiento sobre perspectivas de recomposición de la sociedad chilena. Ciertamente diversos elementos dificultan un análisis realista del problema, no siendo el menos importante el golpe militar mismo y su secuela brutal. La identificación entre injusticia, persecución y arbitrariedad y el aparato militar es hoy un hecho objetivo en la realidad chilena. Como nunca antes la visión de los .socialistas y demás sectores democráticos constituye una radical contraposición, en los planos de lo ideal y de lo concreto, a la visión «oficial» que aparece inspirando al gobierno denominado «de las Fuerzas Armadas». Pero, precisamente por ello, es más urgente que el movimiento democrático explicita sus ideas en torno a los problemas de la defensa nacional, del ordenamiento de las Fuerzas Armadas y de los derechos democráticos de los militares. La cuestión militar debe ser un tema integrado en la globalidad de una política por la democracia sin descuidar, naturalmente, su propia especificidad. En ese marco general se requiere una doctrina, un programa y una política que reafirmen el rol preciso de las Fuerzas Armadas en lo que respecta a la seguridad integral de Chile (la integridad de su territorio y de su patrimonio, su plena autonomía interna, sus posibilidades de actuar con criterio independiente en el concierto internacional) y que, por otra parte, prevenga cualquier desviación de esta función que conduzca a los institutos armados a ejercer sus medios de fuerza para interferir, torcer o negar la expresión de la voluntad popular. Se trata pues, de elaborar los criterios que hagan compatible una defensa nacional eficiente con una real política democrática. Este objetivo obliga a superar la etapa de la pura denuncia o del diagnóstico, necesarios pero claramente insuficientes.

Varios de los regímenes dictatoriales latinoamericanos establecidos en los últimos dos decenios aparecen o aparecían inspirados en la denominada «doctrina de la Seguridad Nacional»⁹. El hecho resulta paradójico si se examinan algunos ejemplos recientes en que diversas dictaduras militares han evidenciado sin lugar a dudas su incapacidad para proteger adecuadamente la «seguridad nacional». Grecia es uno de los más ilustrativos, como demostraron los acontecimientos de Chipre que llevaron a la caída de la dictadura de Papadopoulos. Argentina y el episodio bélico de las Malvinas constituye un caso patético.

Por el contrario, la experiencia demuestra que la seguridad de un país está mucho mejor protegida cuando existe una fusión de objetivos entre su pueblo y sus Fuerzas Armadas, cuando los liga una común inspiración. Ello sólo es posible si las Fuerzas Armadas y el pueblo se sienten identificados a través de los mecanismos de una democracia profunda y real. El principio rector que oriente la posición del movimiento democrático chileno frente a la problemática de la defensa del país ha de ser que la seguridad de éste se fortalece con institutos armados democráticos, nacionales y populares, como parte de un Estado que es expresión de pluralismo, participación y cohesión del conjunto de la sociedad.

El carácter democrático de las Fuerzas Armadas debe expresarse en la apertura y eficacia de su sistema de reclutamiento de los cuadros de mando y tropa, en la formación que se les entregue en escuelas y academias, en el tipo de relaciones que se establezcan entre militares y civiles -entre el «mundo militar» y la sociedad en que está inserto-, y en los criterios que informen las actividades internas del propio aparato militar.

Su carácter nacional es definido por su adhesión exclusiva a objetivos de ese género y por una autonomía técnica y operativa que, sin implicar una absurda pretensión de aislamiento, esté basada en una diversificación tal de relaciones que, correspondiendo a las que defina en su dirección y grado el país para sí mismo, les permita sostener su propia independencia. La condición peculiar de las Fuerzas Armadas se enmarca, en consecuencia, en las características generales de la posición internacional de Chile, determinada en gran parte por su tradición histórica, la vocación pacífica de su pueblo y su condición objetiva en el concierto de naciones. Ella no puede ser otra que la posición de «no alineamiento», al margen de los bloques militares, brindando apoyo permanente a las iniciativas tendientes a consolidar una paz mundial sobre bases de justicia. En el contexto latinoamericano Chile es un país que no ha tenido ni tiene pretensiones de hegemonía, y que no aspira a constituirse en subdelegado imperialista que ejerza una vigilancia por encargo sobre otras naciones. La naturaleza nacional de las Fuerzas Armadas debe expresarse, pues, en su carácter defensivo, ajeno a toda aspiración agresiva o de expansión. Serán realmente nacionales aquellas Fuerzas Armadas que hagan suyo el concepto de «seguridad integral de la nación», es decir, que se conviertan en real garantía de la inviolabilidad de su territorio, de la plena soberanía sobre su patrimonio y especialmente sobre sus riquezas naturales, de la absoluta autonomía del país para definir sus asuntos internos rechazando toda interferencia foránea ilegítima, y en fin, de la independencia de criterio que el país requiere para expresar sus puntos de vista frente a los diversos problemas mundiales.

El carácter popular implica la sustentación y generación de las Fuerzas Armadas en el pueblo mismo, en todo el conjunto social del país, que se constituye en el responsable de la defensa nacional para cuyo efecto especializa más allá de la norma general a un grupo de sus ciudadanos en tareas militares profesionales. Para Fuerzas Armadas populares la seguridad integral del país es una tarea en la que participa toda la ciudadanía y que no constituye monopolio de ninguna institución.

La expresión práctica de los principios y criterios mencionados deberá manifestarse en un sinnúmero de áreas o campos específicos, en una gran cantidad de problemas o situaciones concretas. Un primer aspecto que un programa democrático para la seguridad integral del país debería definir, es el relativo a la relación entre la política y las Fuerzas Armadas. La base de Fuerzas Armadas democráticas, nacionales y populares no puede ser la despolitización de sus cuadros, proposición que, aparte de ser inviable, constituye la simple propagación de un mito. Por el contrario, los cuadros de las nuevas Fuerzas Armadas deben ser cuadros «politizados», no en el sentido político partidista, sino en cuanto deben estar habilitados para comprender a cabalidad la problemática social que los circunda y profundamente impregnados del espíritu y contenido democrático que inspire a todas las instituciones e instancias de un nuevo Estado. El militar no puede ser un técnico poseedor de una deformación profesional mayor que la del común de aquellos que se especializan, sino que debe convertirse en un verdadero intelectual capaz de insertar su especialidad en la amplia problemática nacional. Una condición para ello es que se reconozcan los

derechos democráticos de los militares en igualdad de condiciones con el resto de sus conciudadanos, entre ellos el de sufragio. Un segundo aspecto sobre el que es preciso avanzar se refiere a los intereses de grupo de los miembros de las Fuerzas Armadas. La expresión de intereses corporativos es un hecho inevitable en la vida social. La legitimidad de ellos deberá ser juzgada bajo un prisma colectivo, determinando cuales corresponden a las prioridades nacionales y cuales constituyen simplemente una aspiración desmedida teniendo en consideración la situación global del país y sus posibilidades. Es evidente, por lo tanto, la necesidad de diseñar fórmulas que permitan en una institucionalidad democrática la expresión de los intereses y aspiraciones de los militares profesionales. Países de alto grado de desarrollo y con estructuras políticas estables han ensayado formas de sindicalización. Ellas merecen atención y un estudio cuidadoso, pues corresponden a situaciones sociales muy diversas a la de Chile. Es preciso, sin embargo, crear una fórmula que permita canalizar democráticamente las aspiraciones del soldado, suboficial y oficial, para que ellas sean consideradas por las instancias administrativas, legislativas y ejecutivas correspondientes.

Una tercera área en que es necesario definir criterios básicos es la relativa al reclutamiento y formación del personal militar. La obligación militar genuina de todo ciudadano o ciudadana debe ser redefinida, tanto en sus aspectos cualitativos como cuantitativos. El criterio esencial en esta materia debería ser reconocer a todo individuo un deber en relación a la defensa y la seguridad del país y, al mismo tiempo, el derecho a participar en ella, de igual manera como aporta en su calidad ciudadana a los otros asuntos de interés público. En el pasado, la formación de los cuadros de las Fuerzas Armadas, quedó prácticamente circunscrita a las escuelas y academias militares. Es evidente que la profesión militar posee una especificidad tal como para hacer necesarias dichas instituciones. No obstante, el mundo de hoy requiere una redefinición del propio carácter del militar y de su rol en la sociedad. La guerra debe ser la excepción y la paz la regla general. Es preciso, por lo tanto, concebir un militar que no sea sólo un profesional preparado para dirigir prácticamente la defensa del país, sino también un profesional que ejercite una determinada función en los períodos de paz, función que debe ir más allá que la de simplemente prepararse para una actividad bélica que, en muchos casos, no llega realmente a producirse en el curso de toda su carrera. El militar en un Estado democrático y en Fuerzas Armadas democráticas, nacionales y populares, debe asumir el rol de un profesional, de un científico, de un educador. Para ejercer su actividad, su formación debe superar el marco de la pura especialización. Por otra parte, en lo que a ésta respecta, en el mundo moderno los avances de la tecnología militar han sido de tal magnitud que requieren un nivel elevadísimo de conocimientos científicos. De esta manera, un sistema mixto de formación, en parte en las academias militares y en parte en las Universidades, permitiría dar al militar una cultura más integral, un horizonte más amplio y menos deformador, y, a la vez, sacar provecho de las posibilidades de formación científica moderna cuyas costosas inversiones en equipo e infraestructura experimental no pueden, en un país con recursos económicos limitados, ser duplicadas.

Finalmente, las bases de la organización interna de la institución militar deben también ser redefinidas. Muchísimas de las normas en vigencia en las últimas décadas, tendieron a acentuar la separación del mundo militar del resto de la sociedad. Ellas obedecen, en su esencia, a las particularidades de la actividad de los institutos armados y a la necesidad de mantener formas de verticalismo y criterios de eficacia que no frustren en sus momentos más críticos el adecuado cumplimiento de su función. No obstante, el grado y el carácter con que ellas se aplican puede variar según cuales sean los criterios inspiradores de la organización de las Fuerzas Armadas. En general, el criterio orientador en esta materia debería ser reducir al mínimo las diferencias entre militares y civiles, en todo lo que sea compatible con la mantención de las normas que garanticen eficacia de funcionamiento.

El tema militar está planteado por los propios hechos como uno de los centrales para las perspectivas democráticas de Chile. Es una tarea que involucra a todos los chilenos el reconstituir una relación de respeto y confianza entre el pueblo y las Fuerzas Armadas. Para hacerlo es preciso que se clarifiquen y sancionen, según los procedimientos jurídicos de una democracia, aquellos actos violatorios de los derechos humanos básicos en los que haya tenido participación, en estos largos años, alguno de sus miembros. Es este un derecho legítimo no sólo de los ofendidos, sino también de todos aquellos uniformados que han mantenido una conducta profesional y no desean ver su nombre enlodado injustamente. Es preciso, además, un amplio debate nacional, con participación de las fuerzas sociales y políticas, y de sectores institucionales -entre ellos las propias Fuerzas Armadas- destinado a nutrir de nuevas ideas, capaces de lograr apoyo mayoritario, la compleja temática militar. Abordar estas cuestiones es no sólo necesario, sino inevitable.

1. Entre otros los siguientes trabajos han contribuido a este esfuerzo: Augusto Varas, Felipe Agüero y Fernando Bustamante, Chile, Democracia, Fuerzas Armadas, FLACSO, Santiago de Chile, 1980; Genaro Arriagada Herrera, El Pensamiento Político de los militares, CISEC, Santiago, s/f; Hugo Frühling, Carlos Portales y Augusto Varas, Estado y Fuerzas Armadas, Stichting Rechshulp Chili/ FLACSO, Santiago, 1982; y diversos trabajos académicos y periodísticos de Raúl Ampuero, Antonio Cavalla y José Antonio Viera Gallo.

2. Ver Carlos Prats González, Memorias. Testimonio de un Soldado, Pehuén, Santiago de Chile, 1985, especialmente pp. 560-572.

3. La traumática relación entre la Democracia Cristiana y las Fuerzas Armadas sugeriría un trasfondo común de oposición entre el mundo civil y el militar. Este es un hecho que parece evidente. El intento que se hace en este capítulo es identificar en la ideología de la izquierda elementos específicos de esa oposición. En cuanto a la Democracia Cristiana, algunas breves reflexiones se incluyen en el capítulo 12.

4. Ver Marcelo Schilling, «Los socialistas y los militares. Una tradición que proyectar», Convergencia 9, México, julio de 1983.

5. «La imagen fundamental y primera que de Chile se tiene es que constituye, dentro del Imperio Español en las Indias, una frontera de guerra, «una tierra de guerra»... Pues bien, en el siglo XIX la guerra pasa a ser también un factor histórico capital: cada generación, podemos decir, vive una guerra». Mario Góngora, Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX, Ediciones la Ciudad, Santiago, 1981, pp. 7-9.

El fenómeno, sin embargo, no se repite en el siglo XX cuando, paradójicamente, las Fuerzas Armadas se han organizado sobre bases profesionales modernas casi inexistentes durante el siglo XIX.

6. Carlos Prats González, op.cit.

7. En la obra de Carlos Prats ya citada surge con claridad la evidencia del deterioro de la línea profesional en las Fuerzas Armadas, mucho antes que se perfilara seriamente la posible victoria de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970. La agudización del fenómeno se produce con el motín liderizado por Viaux en 1969. El estudio de las relaciones entre la Democracia Cristiana y las Fuerzas Armadas constituye una clave indispensable para el análisis de los últimos veinte años de historia chilena.

8. Carlos Prats, op. cit., pp. 609-610.

9. Jorge Tapia Valdés, El Terrorismo de Estado (La doctrina de la seguridad nacional en el Cono Sur), Nueva Imagen/ Nueva Sociedad, México, 1980.

9. EL OTRO PROTAGONISMO: LA IGLESIA CATOLICA

«Reconciliar la justicia con la fuerza.

Justicia sin fuerza - impotencia. Fuerza sin justicia = tiranía..

Hoy vemos impotencia y tiranía. Luchemos porque en el mundo la fuerza sirva a la justicia; porque en la tierra siempre vivan la justicia y la libertad.»

ALBERTO HURTADO, S. J.

Los protagonistas diferentes

El General Augusto Pinochet y el Cardenal Raúl Silva Henríquez tendrán un importante espacio en la historia de Chile, aunque el signo con que se les considerará será diverso o, dicho más francamente, opuesto. Ambos han sido durante el difícil decenio posterior al pronunciamiento militar de 1973, los dirigentes más representativos de las dos instituciones que han desempeñado un rol principal en la vida chilena: las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica.

La historia registrará que, durante este desafortunado período, la espada y la cruz no se fundieron en una misma filosofía ni en una misma acción y que, por el contrario, se cruzaron, a veces con dureza. Hubo algo en común, sin embargo, entre el comportamiento institucional de ambas entidades, si bien es una coincidencia puramente formal: tanto las Fuerzas Armadas como la Iglesia Católica se desplazaron de las funciones que les habían sido tradicionales en la sociedad chilena. Las Fuerzas Armadas abandonaron su definición profesional y técnica para introducirse violentamente en el ámbito de la política, dejando de lado su obligación constitucional y distorsionando su propia razón de ser. La Iglesia Católica se convirtió en voz de los sin voz, en hogar de los sin casa, en refugio de los perseguidos, fueran ellos de su propia grey o no. La similitud es formal porque, en realidad, las Fuerzas Armadas extendieron la esfera de sus funciones de manera tal que utilizaron equivocadamente los instrumentos y el estatuto que la ciudadanía les había democráticamente encomendado y concedido, mientras la Iglesia profundizó sus relaciones con el pueblo a través de una extensión natural de su pastoral, impulsada por nuevas circunstancias sociales, jamás antes vividas por el país.

En lo esencial, la contraposición entre las dos instituciones puede medirse apreciando lo siguiente: el autoritarismo instalado en el poder después de 1973 intentó, como ha ocurrido en otras latitudes, justificar su acción invocando los principios cristianos y la defensa de los valores del cristianismo, pero es bien evidente que fracasó en su intento y que una de las grandes derrotas morales, culturales y políticas del gobierno del General Pinochet ha sido su imposibilidad de presentar sus acciones como «cristianas»...

Con todo, sería un error estimar a la iglesia Católica como el principal opositor del gobierno militar, en un sentido político tradicional. Elaborar esa línea de análisis desnaturalizaría el verdadero contenido de la acción eclesial que debe ser juzgada de acuerdo a sus propios padrones y no a los habitualmente utilizados para examinar el comportamiento de instituciones o agentes políticos o sociales. Un enfoque más riguroso, conduciría a estimar positivamente los importantes cambios ocurridos en la Iglesia en una dirección tal que resulta coincidente con los valores superiores que sustentan las corrientes políticas auténticamente libertarias y democráticas. No se trata, pues, de ninguna manera, de demandar de la Iglesia gestos o acciones que serían propios de partidos u otras organizaciones civiles. En el interior de la Iglesia están representadas todas las clases sociales existentes en el país, y su actuar concreto ha estado y estará siempre determinado por la coexistencia de dos lógicas diversas: la lógica institucional, que vela por la subsistencia de la Iglesia como entidad organizada, en el marco de determinadas condiciones sociales y políticas, y la lógica profética, que traduce en acción el mensaje fundacional que la iglesia representa.

Miradas así las cosas, dos han sido las contribuciones principales de la Iglesia durante el período autoritario, motivo, en innumerables ocasiones, de la ira gubernativa. La primera, un rol equilibrador y compensador, de contrabalance de una situación totalitaria en que se impide a la mayoría de la población el ejercicio de sus derechos elementales. De esta manera la Iglesia ha provisto defensa y protección, espacio y posibilidades, que el régimen ha negado a quienes no son sus adeptos. La segunda, su mensaje de reconciliación que, a veces, ha parecido débil o insuficiente, ingenuo o desmovilizador, a los opositores políticos. Pero, más allá de limitaciones puntuales, el mensaje de reconciliación es básicamente opuesto a la lógica impulsada por el gobierno militar, fundada en criterios bélicos y en las categorías de amigo y enemigo, vencedor y vencido, de conquista y de exterminio, propias de la ciencia de la guerra.

Se trata, pues, de dos personajes diferentes que no resulta fácil examinar utilizando los esquemas habituales del análisis político. El pasado testimonia, una vez más, con las tercas respuestas de la historia, que la izquierda en general, y los socialistas en particular, sabíamos poco de estos dos controvertidos protagonistas.

Cambios en la Iglesia Católica latinoamericana

Durante cuatro largos siglos, la Iglesia Católica fue en América Latina el sostén ideológico más sólido y permanente de la supremacía de los ricos sobre los desheredados y de los intereses externos sobre los propios de cada nación. Los progresos en el reconocimiento de principios de igualdad humana, en la ampliación de los derechos civiles y políticos y, en general, en el mejoramiento de la situación social de los desamparados surgieron y se impulsaron generalmente al margen o contra la voluntad expresa de la Iglesia en cuanto institución.

La función social del catolicismo durante el período colonial no presentó ambigüedades. La Iglesia estuvo permanentemente al servicio de los intereses temporales del Estado español. En los albores de la Independencia los papas Pío VII, en 1816, y León XII, en 1824, condenaron los movimientos liberadores latinoamericanos(1). Como reacción al período anterior el siglo XIX representó un avance del laicismo y el anticlericalismo, en el marco de la lucha entre las tendencias más conservadoras y la renovación y modernización impulsada por las corrientes liberales. Con todo, aunque a veces opuesta al Estado en virtud de diseños inconciliables(2), la Iglesia continuó siendo uno de los principales mecanismos legitimadores del inmovilismo social.

Los últimos decenios registran un cambio. El fenómeno es de gran trascendencia pues, más allá de su importante impacto inmediato, pudiera traer consigo consecuencias de muy largo alcance para el destino del continente. Es evidente que, en un proceso no lineal, sino contradictorio y complejo, se han ido generando fenómenos en el interior de la Iglesia cuyas proyecciones externas pudieran, en un plazo largo, resultar decisivas para las posibilidades de transformar profundamente nuestra realidad. De legitimadora del status, enclaustrada en la lógica estrictamente institucional, la iglesia tiende a convertirse en generadora de acciones, concretamente de una praxis de matriz

cristiana que compromete a organizaciones sociales, partidos políticos, grupos de base y simples individuos que asientan su razón de ser en la lógica profética que convive con la anterior. El «mundo cristiano» -para denominar de una manera global a todas estas expresiones- se interacciona con su Iglesia para dar una respuesta a los desafíos de la realidad. Al hacerlo, plantea al «mundo no cristiano» enraizado en las tradiciones históricas de lucha transformadora y libertaria -impulsada muchas veces contra la Iglesia y casi siempre sin la Iglesia- el desafío de comprender el nuevo fenómeno e integrarlo creativamente a su propio examen y a su propia acción.

La transformación de la Iglesia latinoamericana es, como se ha indicado, un fenómeno relativamente reciente(3). Desde el punto de vista del análisis político realizado desde fuera de la Iglesia, tres parecen ser sus características más sobresalientes. Una primera es que los fenómenos de cambio en la Iglesia tienen una dimensión universal que abarca -y conmueve- a la Iglesia en su conjunto y no sólo a partes o secciones de ella. Adquieren singularidades que los especifican y diferencian, según la realidad en que se concretan. La modernización de la Iglesia, oficializada en el Concilio Vaticano II, presenta por tanto características especiales en América Latina. Diversos hechos han condicionado e influido esta transformación. La población latinoamericana es abrumadoramente de fe católica e Iberoamérica es, en consecuencia, una de las principales bases del catolicismo. En América Latina, como se recordaba anteriormente, el rol legitimador del poder ejercitado durante siglos por la Iglesia la colocaba, en el proceso de agudización del conflicto social y de avance del movimiento de trabajadores organizados, en contradicción cada vez más evidente con las aspiraciones de su base popular. Es quizá por la fuerza de esta contradicción que el fenómeno de compromiso social de la Iglesia adquiere un relieve aún mayor, hasta el punto de generar movimientos que trascienden del continente a todo el universo de la Iglesia, y concepciones del mensaje cristiano y de su traducción práctica cuyo alcance va mucho más allá de los confines puramente latinoamericanos (la «Teología de la Liberación»). De esta manera, en el proceso universal de transformación de la Iglesia la singularidad latinoamericana adquiere, a su vez, un creciente universalismo y con ello una influencia mayor en el proceso de evolución del conjunto de la Iglesia. En este sentido, aquello que ocurra en la Iglesia en América Latina no es un puro hecho local sino, por el contrario, tiene una trascendencia internacional.

Un segundo aspecto que es preciso tener presente es el carácter contradictorio y no lineal de la transformación de la Iglesia. Ni el Concilio Vaticano II, ni las Conferencias de Medellín y Puebla, constituyen momentos que de por sí induzcan un cambio integral en una u otra dirección. Son en realidad momentos de un proceso que es parte, para algunos, de una nueva etapa que recién se inicia en la historia de la Iglesia. En dicho proceso la composición de tendencias en su interior se va permanentemente modificando mediante la confrontación de las ideas tradicionales con las más modernas y a través del influjo recíproco de la Iglesia como institución jerárquica con el «mundo cristiano», su base humana y social. Esa interacción ocurre en un marco donde numerosos factores externos a la realidad de la Iglesia ejercen influencia en su proceso interno, siendo el más importante las contradicciones de la realidad social y su cristalización política en el comportamiento y proyectos de los partidos o movimientos que luchan por el cambio. La creciente preocupación de los sectores doctrinariamente más conservadores de la Iglesia por la evolución de los cristianos latinoamericanos, acentuada bajo el papado de Juan Pablo II y la autoridad doctrinaria del Cardenal Ratzinger, es la expresión más vistosa de las diferencias internas mencionadas.

Un tercer aspecto se refiere a la naturaleza y significado de los nuevos contenidos que la propia evolución de la Iglesia hace germinar, en la realidad latinoamericana. La Iglesia no es un partido y, por lo tanto, su mensaje no puede ser interpretado, sin grave riesgo de error, de una manera politizada. Es evidente, sin embargo, que las mutaciones en el mensaje eclesial tienen una trascendencia política enorme en un continente con una base cultural católica indiscutible y en que el propio conflicto social ha sido un elemento condicionante de la evolución de la Iglesia. El puro enunciado de principios tales como «la defensa de los derechos humanos» o «la opción preferencial por los pobres» no es, por supuesto, suficiente y es preciso considerar que, como ocurre con muchísimos conceptos e ideas, ellos admiten definiciones diversas y aplicaciones hasta contrapuestas. En el caso de que se trata, hay que subrayar que dichos enunciados se inscriben en una tendencia, caracterizante del proceso de transformación de la Iglesia en cuanto institución.

El análisis de los comportamientos históricos de la Iglesia institucional, especialmente cuando la referencia inmediata es a sus trazos más gruesos, relega a un plano secundario el significado de las disidencias. Así, mientras en el período colonial la Iglesia institucional sirvió de instrumento al poder metropolitano para imponer una forma de esclavitud al indígena, fue en el seno de la propia Iglesia donde se expresaron destacadas opiniones favorables a salvaguardar derechos básicos de los pueblos nativos, como testimonian Fray Bartolomé de las Casas y, en Chile, Fray Luis de Valdivia. De la misma manera, cuando Roma y la jerarquía eclesial local se oponen a la Independencia de las nuevas naciones americanas, la causa independentista recluta destacados partidarios en el propio clero, como testimonio, en el caso chileno, Fray Camilo Henríquez. Podría argüirse, en consecuencia, que siempre se encontrará en el interior de la Iglesia un abanico de opiniones justificado quizá en la naturaleza que Houtart atribuye al cristianismo que «lleva en sí mismo las bases, a la vez de una utilización por el poder y por las élites, y de una protesta social que surge de las masas oprimidas»(4). De lo que se trata, sin embargo, es de desentrañar qué es lo que, en definitiva, tiende a predominar en un determinado momento histórico. Es aquí donde se sitúa el punto de ruptura en la evolución de la Iglesia latinoamericana en las últimas décadas que justifica la constatación de un cambio cualitativo. Como se ha dicho en relación con la Iglesia chilena, «lo específico... hoy día es que no son sólo minorías radicales las que se pronuncian por posiciones democráticas, como ocurrió en el pasado, sino que es la institución como tal la que las ha asumido. En cambio, las minorías disidentes, son aquellos sectores que persisten en apoyar a la dictadura»(5).

La Iglesia chilena y el autoritarismo

Es posible identificar un conjunto de tópicos que constituyen nudos de contradicción y antagonismo entre la Iglesia Católica y los gobiernos militares de la última década: la defensa de los derechos humanos violados, el modelo económico y sus consecuencias sociales, la política educacional y el esquema político permanente que los militares han, con diferencias nacionales, intentado imponer(6). En cada país o situación uno u otro de los tópicos anteriores ha adquirido una mayor relevancia. Es evidente, sin embargo, que el problema de los derechos humanos -mejor dicho su violación sistemática y abierta por los regímenes de «seguridad nacional»- ha sido, muy lejos, el más difundido y caracterizante. Un primer hecho que es preciso destacar es que no todas las Iglesias nacionales en América Latina han reaccionado con igual vigor y, menos aún, con uniformidad. La Iglesia chilena ha tendido a destacarse en esta materia por su comportamiento sistemático, la estabilidad de su mensaje y el grado de homogeneidad alcanzado para sostenerlo(7). Con razón un analista ha destacado este hecho y sus consecuencias: «Es cierto que en Chile no hay curas guerrilleros, ni obispos rojos, ni señalados teólogos de la revolución. Pero ello

no significa que de acuerdo a las tradiciones del país, y a las propias, no haya alcanzado (la Iglesia) también una expresión popular. Me atrevería a afirmar incluso que en comparación con otras experiencias, la inserción popular de la Iglesia chilena ha sido más lenta, pero quizá por eso mismo, más intensa»(8).

El mismo autor en el texto citado, que constituye un aporte sobre el tema de proveniencia no cristiana(9), examina este proceso de identificación entre la Iglesia y el pueblo en el caso chileno. «Las parroquias estaban llenas de personas desesperadas... No ocurrió entonces que la Iglesia hubiese decidido optar por los pobres; pues en verdad, no tenía otra alternativa porque los pobres habían ya realizado una opción por la Iglesia... La Iglesia fue convertida por los pobres... El mérito de la Iglesia debe ser encontrado en que no rehuyó a la nueva situación planteada y que por el contrario, se abrió al pueblo»(10). A este proceso estaría asociado un cierto redescubrimiento del «cristianismo popular» y de ciertas virtualidades cristianas del pueblo chileno, insuficientemente apreciadas antes hasta por la propia Iglesia.

La Iglesia pasa así a ser sujeto de una doble relación conflictiva, situada «entre el Estado y los movimientos sociales»(11) De acuerdo a esta línea de análisis «las particularidades del proceso histórico chileno han creado las condiciones para el establecimiento de un lazo privilegiado entre la Iglesia y el Estado, lazo orgánico al cual han sido subordinadas las relaciones entre la Iglesia y los movimientos sociales».

Por su parte, el movimiento obrero y popular se desarrolló en Chile en contradicción con la Iglesia y con las principales expresiones políticas del pensamiento cristiano (Partido Conservador primero, Partido Demócrata Cristiano, después). No estuvo así en condiciones de recoger plenamente el resultado de la polarización creciente que, en la década del 60 se produce paralelamente en la Iglesia y en la Democracia Cristiana, de modo que las expresiones institucionales cristianas surgidas de dicha polarización no resultaron en la constitución de un nuevo lazo orgánico entre cristianismo y movimiento popular, sino en una suerte de «convergencia limitada entre un sector minoritario del catolicismo chileno que vive un proceso de radicalización política y las expresiones orgánicas tradicionales del movimiento popular». La «reestructuración autoritaria del capitalismo» iniciada en Chile en 1973 abrió una fase en el rol de la Iglesia caracterizada por la consideración más positiva de diversas expresiones de «cristianismo popular». La fase se definió por el desarrollo de la pastoral de Solidaridad, el auge del movimiento de las comunidades de base y la revalorización de la religiosidad popular. No es posible dar por ahora «una respuesta categórica» a la pregunta de si «la emergencia y maduración del cristianismo popular durante el periodo de la reestructuración autoritaria ha creado las condiciones para una ruptura del lazo orgánico, históricamente dominante, entre Iglesia y Estado y su reemplazo por otro nuevo que (ligue) de modo privilegiado catolicismo y movimiento popular». En la «conservación de una relación orgánica entre cristianismo y movimiento popular, es éste último que aparece como el factor determinante». Sin embargo, sus actuales limitaciones (rigidez organizativa, esquematismo ideológico, insuficiencias del proyecto político) «no permiten pensar que, más allá de las convergencias objetivas frente a una situación de crisis, se avance efectivamente hacia la relación orgánica» planteada. El análisis recién sintetizado(12) termina, de esta manera, concibiendo el desarrollo de una relación orgánica amplia entre el movimiento obrero y popular y el mundo cristiano como un desafío en que el rol de la primera de las partes resultará «determinante».

Definiciones socialistas de valor permanente

La preocupación de las organizaciones políticas chilenas de izquierda por el rol de la Iglesia y los cristianos en el proceso de cambio social no es, naturalmente, nueva. El tipo y orientación de esa preocupación ha estado marcado por los rasgos de su desarrollo histórico y por la conformación de esas entidades políticas y el modo de concebir su quehacer. La izquierda chilena se originó parcialmente en las tendencias más radicalizadas de la antigua tradición liberal, y continuó, de alguna forma, siendo heredera de las visiones liberales de la historia nacional(13). Aunque nunca de un anticlericalismo militante, como fue en algunas épocas el Partido Radical, socialistas y comunistas recepcionaron un tipo de marxismo que postulaba una óptica de orden cerradamente clasista y un grado no despreciable de dogmatismo. El instrumental disponible no era, pues, especialmente apto para comprender la dialéctica interna de la Iglesia o penetrar en profundidad en las complejidades del fenómeno religioso en general(14). Los partidos se autodefinían como los principales organizadores de la energía social y se atribuían indiscutible capacidad para elaborar visiones globales. Las definiciones partidistas poseían un carácter rarcadamente ideológico y doctrinario. Ambos fenómenos, con matices significativos, pueden reconocerse en toda la gama de organizaciones políticas chilenas durante el presente siglo. Pero en el caso de las fuerzas de izquierda, ellos fueron especialmente marcados contribuyendo a la conformación de un movimiento obrero y popular perfilado y capaz de ofrecer, más allá de sus errores o aciertos, opciones de cambio social. Mas, al mismo tiempo, el «partidismo» de la política chilena (temporalmente desequilibrado por el «movimentismo» surgido en torno a la figura lideral de Carlos Ibáñez en 1952), impidió una aprehensión más rica de los fenómenos que no alcanzaban a asumir una forma definitivamente política o del papel de instituciones que aunque no politizadas ejercitaban una influencia de tal carácter.

Este fue el caso de la Iglesia y el mundo cristiano, frente a los cuales una a veces empeñosa reflexión de sectores de izquierda tuvo -y tiene aún hoy día- una impregnación de tipo puramente táctico y/u otra de tipo marcadamente ideológico. La primera se ha reflejado más claramente en la búsqueda de una interlocución con la Iglesia como puente hacia un entendimiento político con el Partido Demócrata Cristiano, ya sea durante el período 1970-1973, ya sea con el objeto de restaurar formas democráticas de convivencia en Chile en los años inmediatamente siguientes. En este sentido el conjunto temático, vasto y complejo, relativo al diálogo entre cristianos y marxistas ha tendido a hacerse funcional en torno al significado de perspectivas siempre inmediatas de un entendimiento en el que la Iglesia y el mundo cristiano se estiman representados en una entidad política determinada. La segunda ha tendido a concentrar la reflexión en la esfera de la ideología, buscando sintetizar, o al menos discutir, de una manera positiva la contraposición histórica entre la visión del mundo inspirada en Cristo y la visión del mundo inspirada en el materialismo de matriz marxista.

Ambas líneas de reflexión enfocan cuestiones justificadas y legítimas. El énfasis en el ángulo elegido, absorbe, sin embargo, aquello que pareciera realmente principal. Así, la necesaria incorporación de las variables «Iglesia» y «mundo cristiano» en el análisis político coyuntural, y el reconocimiento de la evidente relación de ambas con el Partido Demócrata Cristiano, ha llevado a absorber las cuestiones de valor estratégico o de largo plazo por aquellas de importancia inmediata. Del mismo modo, la necesaria discusión filosófica o doctrinal, cuando es elevada al lugar básico, amenaza con diluir -en tanto no esté resuelta- el debate apropiado sobre cómo marxistas y cristianos, cristianos y marxistas, pueden juntos proponerse no sólo filosofar, sino cambiar el mundo. Ambos tipos de reflexión se originan, en último término, en una determinada concepción del partido político que ha sido absolutamente

dominante hasta hoy en la izquierda chilena y que, entre otras características, atribuye al partido las funciones de centralizador del quehacer social y de proveedor de una cosmovisión para sus militantes capaz de entregar respuestas a las más variadas cuestiones de la vida material y espiritual. La mantención de este concepto de organización limita la capacidad política de encauzar el variado acontecer social en función transformadora común y, para los efectos de la construcción de un «lazo» difundido entre el mundo cristiano y el movimiento popular, parece incapaz de superar las condiciones heredadas del pasado.

Organizaciones políticas de izquierda de naturaleza filosófica «integrista» inducen necesariamente a que el «mundo cristiano» busque la generación de una propia institucionalidad política de corte similar, y viceversa.

Es ésta una opción legítima -aunque no necesariamente eficaz- para los cristianos tal como la opción del partido definido como cosmovisión continuará siendo una alternativa abierta para el marxista. Sin embargo, la enorme potencialidad transformadora de la tendencia convergente entre el movimiento popular -especialmente de su componente socialista- y el mundo cristiano hace posible un desarrollo en plenitud sólo si dicha convergencia es materializable hasta el interior mismo de la organización política⁽¹⁵⁾.

El tema no es absolutamente novedoso para medios políticos europeos donde, por citar sólo dos ejemplos, el socialismo francés ha desarrollado una práctica en la dirección señalada y donde el comunismo italiano ha generado una riquísima reflexión teórica y significativos avances concretos. En América Latina la experiencia nicaragüense y nuevas organizaciones políticas que surgen o resurgen en Brasil, han abierto caminos concretos orientados al mismo fin. Son experiencias, sin embargo, que no se desarrollan en un marco institucional de partidos históricos tan marcado y sólido, en el sentido de sus mecanismos de auto-conservación, como el chileno.

Un esfuerzo de superación de los límites del cuadro partidario chileno y de sus opciones requiere avanzar decisivamente al menos en tres cuestiones.

La primera, traspasar la etapa en la cual el marxista acogía la actividad política junto al cristiano en tanto éste era un «trabajador» o, para decirlo con rudeza, participaba políticamente junto a él porque era «trabajador» y a pesar de ser cristiano. Sería útil sustituir esta forma de relación por una que, como expresara Raúl Ampuero en un seminario de la Convergencia Socialista hace algunos años, esté basada en la existencia de generosos y honestos canales de colaboración de marxistas y cristianos en un riguroso pie de igualdad.

La segunda, redefinir claramente la naturaleza del Estado correspondiente a los proyectos históricos que los partidos proponen, como un Estado no totalizante, sin ideología propia, y, por tanto, pluralista y laico. Ello implica necesariamente para organizaciones políticas que se plantean el socialismo como objetivo, confrontarse críticamente con las experiencias del denominado «socialismo real» y el sistema del «partido-Estado».

La tercera, reelaborar una concepción de partido que atribuya un valor determinante al programa político por sobre las definiciones filosóficas, sin que ello signifique la renuncia a las matrices culturales o ideológicas que han sido históricamente la fuente de inspiración de la organización, o la vigencia del puro pragmatismo como norma de acción.

Si efectivamente es «determinante» la actitud del movimiento obrero y popular para la interpretación política que tengan los fenómenos de cambio registrados en la Iglesia y en el «mundo cristiano» en América Latina, un amplio debate sobre los puntos señalados resulta indispensable en el medio político y cultural chileno.

Los momentos no son entidades eternas, en la línea del tiempo. Son más bien concurrencias o divergencias de factores diversos que generan coyunturas a veces históricas, en el sentido de su singularidad y de la ocasión de cambio que ellas ofrecen. Por muy diversas razones, varias de las cuales se ha intentado presentar en estas páginas, se vive ahora una de esas encrucijadas. La oportunidad que representa no es indefinida ni necesariamente repetible en el futuro próximo.

1. François Houtart, «Religión y lucha de clases en América Latina», Centre Tricontinental, Documento A.L. 79/1, Ottignies-Louvain-La Neuve, 1979, p. 13.

2. El caso chileno bajo el gobierno de Santa María es ilustrativo.

3. Un análisis sintético pero exhaustivo puede hallarse en Jorge Osorio, «La Iglesia, los cristianos y el movimiento popular en América Latina», Servicio Paz y justicia, Santiago de Chile, mimeo., s/f. 4. François Houtart, op. cit., p. 23.

5. Fernando Mires, «Chile: la Iglesia y el Pueblo», mimeo., Oldenburg, 1983, p. 3.

6. Jaime Rojas y José Antonio Viera Gallo, «La doctrina de la seguridad nacional y la militarización de la política en la América Latina», Chile-América 31-32, mayo-junio de 1977, Roma, p. 52.

7. Los documentos «Chile país de hermanos» de abril de 1974 y «Evangelio y Paz», emitido en 1975 por la Conferencia Episcopal de Chile, pueden consi

8. Fernando Mires, op. cit., p. 14. Subrayado en el texto original.

9. La literatura generada desde la izquierda sobre la Iglesia y el fenómeno cristiano ha sido grande. Interesa destacar, sin embargo, como un fenómeno nuevo la escrita por personeros de las tendencias socialistas que no tienen origen cristiano. Aparte del trabajo citado de Fernando Mires, es útil tener presente «Movimiento popular, Iglesia y mundo cristiano», documento del Instituto para el Nuevo Chile escrito por Ricardo Nuñez, publicado en Chile-América 64-65, Roma, 1980, separata. A un nivel más global destacan los aportes de Raúl Ampuero en la documentación motivada por el surgimiento y desarrollo del Movimiento de Convergencia Socialista. Recientemente Plural ha recogido aportes de autores cristianos y no cristianos centrados en el tema «Cristianismo y política». Ver Plural 4, primer semestre 1985, Rotterdam.

10. Fernando Mires, op. cit., p. 20. Subrayado en el texto original.

11. Sergio Spoerer, «La Iglesia Católica chilena: entre el Estado y los movimientos sociales», Cuadernos ESIN 6, Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam s/f. Del mismo autor y sobre el tema pueden verse «Después de Puebla. Iglesia y movimiento popular en América Latina», Araucaria 6, Madrid, 1979, y «Cristianismo popular en América Latina», Araucaria 14, Madrid, 1981.

12. Sergio Spoerer, op. cit.

13. Fernando Mires, op. cit., p.1

14. Una importante contribución teórica reciente en la dirección de superar estas insuficiencias es el trabajo de Sergio Vuskovic Rojo, La Religión, opio del pueblo. Y protesta contra la miseria real, Pequeñas Ediciones INC, Rotterdam, s/f.

15. En el Partido Socialista de Chile siempre ha habido una franja de militantes y un importante sector de simpatizantes que se reconocen como cristianos. Quizá si por una compartida, aunque diversa, contradicción con la Iglesia Católica,

el socialismo tuvo históricamente una relación hasta ahora poco investigada con las Iglesias cristianas no católicas, algunas de ellas con significativa raigambre popular. Véase Humberto Lagos, «Los evangélicos chilenos, actores sociales contradictorios», Chile-América 86-87, Roma, 1983.

10. RESCATE Y RENOVACION: LA TAREA DE LOS SOCIALISTAS

«La historia, que es vida, es decir, emergencia constante de formas nuevas rehuye todo encuadramiento en rígidos sistemas. Para ser eficaces, las ideas políticas tienen que ceñirse al ritmo del devenir social; cuando así no sucede, dejan de ser factores dinámicos para convertirse en estériles dogmas, en fórmulas muertas, en mecánicas consignas».

EUGENIO GONZÁLEZ

La crisis de la izquierda

En abril de 1979 el Partido Socialista de Chile sufrió la más lacerante división de su medio siglo de vida, tanto por la profundidad de las cuestiones ideológicas y políticas que la motivaron como por la oportunidad de su ocurrencia, en pleno esfuerzo por reconstituir energías para contribuir con eficacia a la lucha democrática.

La ruptura socialista evidenció, con dramática claridad, el desarrollo en el interior de la izquierda chilena de una crisis que significaba cuestionar las bases fundamentales de sus veinticinco años de unidad en torno a un proyecto común. En setiembre de 1973 una violenta intervención militar, puso término a la inspiradora experiencia socialista chilena que Salvador Allende había intuido varias décadas antes y luego impulsado audazmente. Los grandes partidos de masas, Socialista y Comunista, y las otras organizaciones políticas integrantes de la Unidad Popular, sufrieron implacable persecución, e iniciaron un período de varios años, que aún se prolonga, en que se debatirían entre la lucha por la sobrevivencia y los afanes jamás cumplidos de una rápida recomposición política y orgánica sobre las mismas bases esenciales del pasado. En el plano de las ideas, el lustro posterior a la derrota de 1973 se centró en el debate sobre sus causas y sobre la caracterización del régimen militar establecido en el país, con el fin de superar errores, corregir perspectivas y adecuar las políticas de alianza y las formas de lucha a las nuevas condiciones. No fueron claramente percibidos, en aquel tiempo, el horizonte que inspiraba a los dirigentes de la dictadura, la profundidad de sus intenciones de transformación, y el grado en el cual pretendían incidir en el curso de la historia nacional. Fue tan sólo en los años posteriores cuando se percibió con claridad la ambición estratégica de las «modernizaciones» impulsadas por Pinochet, el carácter acabado de las ideas sobre organización política y «democracia» contenidas en la nueva Constitución vigente desde 1981, y el impacto profundo en la vida social y material de la filosofía que inspiraba a la conducción económica, hoy cuestionada por la evidencia de su fracaso. Semejante comprobación no pudo sino plantear aún con mayor dramatismo los temas del significado del 11 de setiembre de 1973 y de la reapertura de una opción de izquierda en la sociedad chilena. De este modo, mientras en su primer tiempo el énfasis de los análisis recayó en la consideración minuciosa de las equivocaciones, supuesta o realmente cometidas desde el gobierno entre 1970 y 1973 (política inadecuada hacia las capas medias, no desarrollo de una fuerza militar propia, errores en la relación con las Fuerzas Armadas, desequilibrios inducidos en el aparato productivo y financiero, ambigüedades en la política hacia Estados Unidos y los intereses transnacionales), en el tiempo siguiente comenzó a difundirse con mayor fuerza un intento de hacer una crítica a la izquierda con una perspectiva más larga, de introducirse en sus orígenes y características, en su desarrollo en el último cuarto de siglo, y en la forma cómo generó su proyecto y cómo lo llevó a la práctica(1).

Surge así al debate, explícita o implícitamente, un punto central: el intento socialista encabezado por Salvador Allende estuvo signado por una tensión no resuelta entre el carácter del proyecto y el de sus actores políticos, los partidos de izquierda. El proyecto fue -especialmente en el contexto latinoamericano profundamente impactado por el éxito de la Revolución cubana- una «herejía». Los rasgos de utopismo de su propuesta estratégica (identificación dialéctica entre democracia y socialismo) y, sobre todo, su adhesión básica a la lucha político-institucional como caracterización de la vía, representaron una suerte de anomalía en el cuadro continental. Los actores, los partidos de izquierda, eran, por el contrario, ortodoxos. La «herejía» sostenida por Allende y la «ortodoxia» de los partidos convivieron en el interior del proceso. Esta asincronía ha sido un elemento siempre presente en los esfuerzos reconstructores de la izquierda chilena realizados en los últimos años. Algunos sectores postulan que la tensión antedicha debe ser resuelta, como condición de una práctica política capaz de hacer avanzar las ideas de izquierda. La crisis socialista de 1979 fue, en el fondo, el resultado de una manera distinta de concebir la resolución de esta tensión. Algo similar puede sostenerse sobre los resquebrajamientos internos que, en grados mayores o menores y con expresiones diversas, afectaron a las otras fuerzas políticas y que configuraron un cuadro de crisis generalizada. Mientras una corriente del socialismo chileno buscó, después del golpe, resolver la asincronía descrita desarrollando las tendencias a la ortodoxia teórica en el interior del Partido y acorando su espíritu de lucha mediante la imposición del modelo leninista de partido, otra tendió a reivindicar elementos básicos del proyecto allendista en la perspectiva de hacerlos parte de una nueva propuesta de la que un partido renovado debería ser prefiguración. La primera corriente entronca con los desarrollos políticos y teóricos que adquieren significación en la década de los sesenta dentro del socialismo chileno y que culminan en su Congreso de 1967 con la apresurada consagración de la definición marxista-leninista. La segunda arranca su legitimidad histórica de la reivindicación de los rasgos fundacionales singulares del Partido, ratificados en su período de reconstrucción teórica y política a fines de los cuarenta, y el ideario que en torno a la problemática democracia-socialismo inspiró, en lo central, la tentativa allendista.

El debate sobre la «experiencia chilena» desemboca así, por senderos diferentes. Es una discusión que no se produce en el vacío ni limitada a los marcos de lo puramente nacional. Los años de dictadura van dejando huellas, determinadas por la experiencia de lucha de los núcleos sociales y políticos sobrevivientes del desastre de 1973. El mensaje de parte de la izquierda exiliada va gradualmente adquiriendo énfasis y tiende a converger en sus puntos centrales con la idea de renovación que surge, en nuevas generaciones, también en Chile(2). Coadyuvan a este proceso diversos fenómenos. Tres requieren al menos una breve mención. El autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo de un sector de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que implica pensar de nuevo el tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso oficial en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vida social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda. El proceso descrito, aunque es de

alcance general, es asumido en formas diversas por las distintas fuerzas o sectores políticos, según sus propias características o predisposiciones previas.

Por otra parte, la crisis orgánica, política y teórica de la izquierda chilena recoge también diversos elementos que surgen con gran fuerza en el curso del debate que se desarrolla en el conjunto del movimiento obrero mundial. Dos de los cimientos que sostenían, en el plano ideológico, el edificio unitario de la izquierda chilena pasan a ser objeto de viva discusión: el «socialismo real» y las diversas forjilaciones de la teoría marxista. Por lo que respecta al socialismo chileno, éste se autodefine desde su nacimiento como partido, y con particular persistencia, en una matriz teórica y política explícitamente antistalinista. En la postguerra solidariza con la experiencia autogestionaria yugoslava y en 1968 condena la intervención soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, se va desarrollando en su interior una tendencia, que alcanza su apogeo en los años posteriores a 1973, a limar y luego prácticamente a suprimir todo atisbo crítico en relación con el tipo de socialismo experimentado en Europa del Este. La división socialista de 1979 y la discusión subsecuente reabre debate sobre el tema en el conjunto de la izquierda. No se trata, es claro, de una particularidad más de la izquierda chilena: en el seno del propio movimiento comunista internacional han surgido ya radicales diferencias de apreciación sobre las insuficiencias y limitaciones del socialismo existente y el debate sobre ellas se ha hecho universal. A su vez las discusiones marxistas de la última década y sus consecuencias políticas conmueven también las adhesiones a esquemas teóricos consagrados.

Razón de ser y sendero de la reconstrucción

Se abre así, dolorosamente, un nuevo capítulo. Su elemento central habrá de ser la tarea de construir un marco eficaz para impulsar una política socialista. El desarrollo de esta tarea parte de tres constataciones.

La primera, la constatación que el socialismo como fuerza operante y el socialismo como idea posible, en dos palabras, una opción socialista, no existe de manera perfilada en el ámbito nacional. Orgánicamente el Partido Socialista se encuentra dividido y, aparte de los sectores principales, varios otros tienen una existencia más o menos grupuscular, producto de escisiones anteriores o posteriores a 1979. Buena parte de la masa socialista en Chile permanece inactiva y sólo una minoría desarrolla, en uno u otro grupo, vida política orgánica.

La segunda, consecuencia casi evidente de la anterior, es la constatación que para los socialistas la necesidad principal del momento, tanto en el plano de la elaboración política como en la lucha concreta por la democracia, es la construcción de una opción clara que se plantee retomar la tarea inconclusa que legó Salvador Allende a través de la canalización del potencial socialista presente en el pueblo chileno. Se trata de recrear un proyecto de lucha y construcción social que recoja el rico legado del pasado potenciándolo con todo aquello de innovador que en los últimos decenios han aportado las diversas experiencias socialistas, los debates teóricos y, en general, los avances y desarrollos de la cultura.

La tercera -imperativo de la esencia y razón de ser de la política- el convencimiento que dicha opción debe aspirar a constituirse en principal, a acumular una fuerza mayoritaria y a desarrollar una capacidad de convocatoria superior. La aceptación de las tres premisas señaladas induce necesariamente una política socialista que ha de desarrollarse en dos líneas básicas complementarias, capaces de enriquecerse una a la otra. Una, el esfuerzo por reunificar los sectores dispersos que se reconocen en la tradición histórica y principales contenidos doctrinarios del Partido Socialista de Chile. Este esfuerzo reunificador habrá de basarse en posiciones de principio y deberá desechar, por lo tanto, la reunificación per se como alternativa. La reunificación socialista debe ser viable y eficaz y no pura nostalgia convertida en acción política. La viabilidad y la eficacia del esfuerzo reunificador están principalmente determinadas por las coincidencias reales en los pilares que constituyeron el viejo ideario socialista: su comprensión dinámica y no dogmática del marxismo y su potencialidad revolucionaria, su búsqueda creativa de fórmulas políticas y sociales capaces de ensanchar la democracia en la construcción del socialismo, su énfasis en el rol protagónico del pueblo trabajador como personaje principal de la lucha, su autonomía internacional y su no sujeción a centros políticos e ideológicos, su latinoamericanismo, y su rechazo de los bloques político-militares como categorías rectoras de una política de cambio. De no existir una clara coincidencia en estos temas básicos, las tentativas de reunificación están destinadas a reproducir la pugna interna que caracterizó ciertos períodos de la historia socialista con estériles resultados. La otra línea, tan indispensable como la primera, es la construcción de una política de alianzas con sentido estratégico, es decir, la participación en un cuadro de fuerzas que, siendo diferentes, compartan lo esencial de una opción socialista común que, con perspectiva hegemónica, aspiren a construir. Esta tarea implica para el socialismo chileno la necesidad de activar un polo de fuerzas esencialmente diverso al existente en el pasado y, además, deslindar muy claramente posiciones de aquellos otros partidos o conglomerados políticos de la izquierda que levantan proyectos con aspectos básicamente diversos. Concretamente, se trata de reconocer la falencia actual del eje socialista-comunista que constituyó la fuerza dominante de la izquierda chilena en el último cuarto de siglo y de precisar con claridad las distancias entre la opción socialista que se reconstruye y aquella que sustenta históricamente hasta hoy el Partido Comunista y las fuerzas que se organizan en torno a él. Este propósito significa una radical reconversión de la naturaleza política de la izquierda que, antes organizada en torno al eje mencionado, transita eventualmente hacia una estructura caracterizada por la existencia en su interior de dos proyectos sociales concurrentes, en parte significativa coincidentes, pero que divergen en aspectos básicos.

Así, trabajosamente, surge y se perfila con creciente nitidez una nueva opción estratégica socialista en Chile, profundamente anclada en la historia y, al mismo tiempo, profundamente renovadora(3).

El socialismo chileno como potencialidad

Las dictaduras arrojan un manto de sombra sobre la vida de los pueblos con tradición de libertad. Quienes discrepan son estigmatizados, sistemáticamente perseguidos y excluidos de las diversas esferas de la vida social. La existencia misma de personas e ideas se hace incierta y se convierte crecientemente en incógnita sobre el destino de las grandes visiones políticas y sociales previamente desarrolladas en un medio democrático. ¿Subsisten y cómo las ideas del pasado? ¿Cómo se han modificado en la conciencia oculta y resistente de sus portadores? ¿Habrán de resurgir, cuando la oportunidad llegue, de la misma o de distinta manera, con mayor o menor fuerza?

El régimen chileno, desde su trágico inicio en setiembre de 1973, se ha esforzado por erradicar de manera permanente ciertas ideas de la vida nacional. El sufragio universal, la democracia, el marxismo, el leninismo, el comunismo, el socialismo, entre otros conceptos, han sido objeto de explícitas condenaciones. El control pertinaz de los medios de comunicación y de los mecanismos de difusión ideológica ha sido puesto al servicio del desprestigio del ideario democrático y socialista, en un intento, a veces con absurdas pretensiones de liderazgo internacional, de suprimir para siempre de la conciencia de los chilenos la aspiración a formas de vida social diversas del capitalismo.

Algún día habrá de escribirse la historia de nuestras ideas clandestinas. Es una historia aún en curso, demasiado reciente como para analizarla con objetividad. No obstante, es posible afirmar que lo que hoy vemos es sólo una

parte de un todo desfigurado y subterráneo que asoma muy parcialmente a la superficie. Años de prensa modesta y oculta, de libros circulados de un bolsillo a otro, de cartas censuradas, de voces que son puro susurro, de informes de viajeros que llegan desde o a la diáspora de un exilio anhelante de compartir vivencias, de impresiones que intentan aprehender una realidad sumergida, de círculos relativamente pequeños que se proponen custodiar y, cuando posible, expandir las ideas perseguidas, sin duda presentes en la memoria popular, pero cuya fuerza exacta se ignora.

No hay una respuesta cabal a la pregunta sobre cuál es hoy la condición de las ideas socialistas en la conciencia de los chilenos. Hay tan sólo deseos, bastantes intuiciones y algunos signos. El balance ponderado de ellos resulta optimista. Sin caer en la apología es posible sostener que el socialismo chileno ha tenido un historial de excepción en el período de la tiranía. Los socialistas exiliados han sabido mantener, aún en los más dramáticos momentos de disidencia interna, una vida activa y fructífera que ha contribuido a proyectar una imagen internacional hoy ya asentada. Pero, muy especialmente, el socialismo organizado en Chile, en sus diferentes manifestaciones, no ha cesado un solo instante de estar presente en las diversas expresiones de rebeldía popular. Todas sus tendencias o corrientes, hasta las más pequeñas, han tenido siempre una existencia, más débil o más pujante, pero siempre viva y audaz, durante los años de la dictadura. No ha habido un sólo día de este largo y brumoso período en que las banderas socialistas hayan sido abandonadas.

Este hecho objetivo e indesmentible está en la base de la afirmación formulada a menudo sobre la existencia de un «espacio» socialista en la sociedad chilena. Esta suerte de «área reservada» tendría como sustentos la vinculación histórica de las ideas y prácticas socialistas con diversas franjas de la clase trabajadora, la existencia de un perfil ideológico singular y propio, y el legado social de una lucha que, por sobre errores y aciertos, fue inalterablemente consecuente con los intereses populares y nacionales.

En todas o casi todas las sociedades modernas, pareciera existir un espacio para las ideas socialistas en sus diversos matices y expresiones. Entre otros, los casos de tres experiencias post dictatoriales de la Europa mediterránea parecerían confirmarlo sin duda: Portugal, Grecia y España. Desde este punto de vista la afirmación inicial no agregaría nada demasiado novedoso al análisis. El símil europeo, no obstante su utilidad para determinados aspectos, resulta, sin embargo, de discutible aplicación a la situación chilena. Situados, en cambio, en la realidad de las sociedades latinoamericanas, es posible constatar al menos varios rasgos singulares que le otorgan contornos propios al socialismo chileno. Ya examinados en páginas anteriores(4), será ahora útil recordar tres. Primero, se trata de un fenómeno político robusto y permanente en el tiempo. Más de cincuenta años de historia de Chile dan cuenta de una fuerza socialista de presencia bastante estable y actuación política relevante. Una aproximación cuantitativa, reflejada en los resultados electorales, puede hallarse en la tabla siguiente:

RESULTADOS ELECTORALES DEL SOCIALISMO CHILENO				
Año	Tipo	Total de	Votos	Porcentaje
	elección (a)	votantes	obtenidos	
1932 (b)	P	429.772	18.642	4,3%
1937	P	412.230	46.050	11,2°/o
1941	P	450.248	75.500	16,7%
1945	P	449.930	57.418	12,8%
1949	P	464.872	43.432	9,3%
1953	P	779.174	109.897	14,1%
1957	P	878.229	93.787	10,7%
1960	M	1.229.503	119.506	9,7°/o
1961	P	1.385.676	149.122	10,7%
1963	M	2.068.463	229.229	11,1%
1965	P	2.353.123	241.593	10,3%
1967	M	2.343.287	326.155	13,9%
1969 (c)	P	2.460.129	294.448 (PSCH)	12,2%
			51.904 (USOPO)	2,2%
			346.352 (total)	14,4%
1971 (d)	M	2.835.402	633.367 (PSCH)	22,3%
			29.527 (USOPO)	1,0%
			(total)	23,3%
1973	P	3.661.898	663.259 (PSCH)	18,4°/o
			10.889 (USOPO)	0,3%
			93.965 (MAPU)	2,6%
			37.767 (IC)	1,0%
			(total)	22,3°/o

Notas

(a) Parlamentarias: P. - Municipales: M.

(b) La cifra para 1932 constituye la suma de los votos obtenidos por las principales agrupaciones socialistas que concluirían en 1933 a la fundación del Partido Socialista de Chile.

(c) A partir de 1969 se entregan separadas las cifras de las diversas organizaciones socialistas hoy integrantes del Partido Socialista de Chile o participantes del proceso denominado de Convergencia Socialista y de Bloque Socialista

(d) En las elecciones de 1971 el MAPU no presentó candidatos y apoyó al Partido Socialista.

Fuentes

Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque, El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile, Ed. Quimantú, Santiago, 1973, p. 323. Las cifras de 1973 aparecen en Ercilla 1965, 14 al 20 de marzo de 1973.

Segundo, el socialismo chileno remontó permanentemente las fronteras de una acción testimonial o simplemente agitativa, para expresarse de modo sostenido como una fuerza política con vocación de gobierno. Un hecho incluso previo a su fundación, la llamada República Socialista de 1932, de fugaz existencia, fue antecedente inmediato a la creación orgánica del Partido. Posteriormente el socialismo chileno participó de manera estelar en la victoria y gobierno del Frente Popular y como Partido Socialista Popular se integró a la campaña presidencial y posteriormente

al gobierno de Ibáñez, aunque por un breve período. En 1970 uno de sus militantes fue elegido Presidente de la República.

Tercero, esta fuerza socialista de presencia sostenida y aspiración declaradamente dirigente, se ha caracterizado por proponer un programa de radical transformación de la vida social y cultural del país. La frustración sobre esta perspectiva permanente provocó la decepción socialista respecto a la experiencia de Frente Popular y, posteriormente, su formal distanciamiento del gobierno y políticas de Ibáñez. La propuesta nacional levantada en conjunto con las otras fuerzas de izquierda que constituyeron la Unidad Popular, concitó un apoyo excepcional para un programa de tan radical contenido. Es este un hecho revelador de una conciencia sobre la necesidad del cambio social que no puede desvanecerse fácilmente ni, en definitiva, someterse a la represión, por brutal que sea, o al discurso de los ideólogos de la seguridad nacional y el autoritarismo.

Pero la idea de «espacio», aunque apunta a destacar un fenómeno real, presenta también limitaciones, surgidas generalmente de una determinada forma de utilización que la hace discutible. Una primera es el sesgo estático de la expresión. Normalmente la propuesta que acompaña al concepto es la de organizarse adecuadamente para ocupar dicho espacio, dejando en segundo plano la problemática tanto o más interesante de su expansión. O, más claramente, se tiende a separar este proceso orgánico de ocupación del espacio, del otro consistente en ensanchar sus márgenes sociales y políticos, postulando etapas de reconstrucción demasiado estrechas para dar cuenta de una realidad compleja y variada en su dinámico desarrollo. Por otra parte, la idea de «espacio» pareciera suponer una suerte de garantía sobre su existencia. Se trataría de un activo cuyos márgenes pueden estrecharse o ensancharse levemente pero que tiene una realidad asegurada. Por el contrario, más bien pareciera que, para que lo esencial de la idea tuviera vigencia, sería preciso cumplir con ciertos requisitos sin los cuales el «espacio» puede incluso llegar a hacerse no significativo. O, en el mejor de los casos, dar cabida a contenidos distorsionados, ideológica o políticamente, que no respondan a una exigencia de continuidad con la herencia histórica del socialismo chileno.

No por un prurito de precisión semántica sino por las consecuencias para el análisis siguiente, es más adecuado utilizar el concepto de «potencialidad». Todos los hechos anteriormente señalados apuntan a que existe en Chile una «potencialidad» socialista de gran magnitud, que no tiene por qué someterse a los límites cuantitativos históricos, pero cuya realización está lejos de estar garantida.

La energía que los socialistas lograron acumular en el pasado, con todo lo valiosa e importante que fue, no resultó suficiente para la realización de sus postulados esenciales. Es necesario plantearse la reconstitución de una fuerza socialista que sea superior -más amplia, más sólida, más grande- a la que existió. Poner en práctica este postulado implica, sin embargo, un paso previo: debe concordarse en qué se quiere, para qué se lucha, qué se desea emprender. Una fuerza socialista para transformar Estado y Sociedad

La historia socialista pareciera demostrar que los procesos de división resultan ser mucho más fáciles que los de unidad. Felices los últimos, penosos los primeros, no pueden éstos, sin embargo, juzgarse livianamente, ya que no toda discrepancia divisoria merece ser condenada a priori. Las hay de aquellas que son indispensables para reiniciar una reconstrucción. Hay otras que están inspiradas por un proceso corrosivo y perverso en que cada disputa es interpretada como un momento de decantación que permite acerar más la fuerza de una orgánica: sólo permanecen en ella aquellos que piensan casi igual, que son, como alguien dijera, «los puros, los duros y los maduros». Toda discrepancia es convertida en herejía, toda disidencia constituye una «desviación» (de derecha o de izquierda). Estas distinciones deben tenerse presente al intentar la respuesta a la cuestión recién planteada: ¿qué se desea emprender?

Desde el punto de vista socialista hay varias perspectivas para responderla. La primera es una concepción profundamente impregnada de la idea del partido-vanguardia, destacamento relativamente pequeño cuyo esqueleto está constituido supuestamente por cuadros de alto nivel ideológico, y que concibe la potencialidad socialista como la zona de operaciones de un esfuerzo político que está centrado en la captura del aparato del Estado para construir uno nuevo e impulsar desde allí la transición al socialismo: Los elementos de centralización, verticalidad y, a veces, monolitismo, están estrechamente asociados a esta perspectiva. Es, por su naturaleza, una visión bastante explosiva en cuanto a la integridad de una fuerza política: el núcleo de vanguardia tenderá siempre a someter, si no a eliminar del quehacer político partidario, a todos aquellos que no forman parte de él, promoviendo así los gérmenes de escisiones y divisiones. Las grandes masas y movimientos son un elemento, pero no el principal, del proceso de lucha por la transformación política y social.

La segunda visualiza la potencialidad socialista como un soporte seguro para una fuerza política eventualmente significativa, incrustada en un marco institucional determinado al que no se plantea transformar en el plazo mediano. Se trata de ejercer

en su interior una influencia decisiva y asumir de esa manera una defensa honesta de los intereses y aspiraciones de los sectores más desposeídos. Esta visión puede asociarse con la imperante en diversos partidos socialistas o social demócratas europeos que, en virtud de sus propias condiciones nacionales e internacionales, no postulan un proceso de sustitución del capitalismo como objetivo posible de avizorar en la hora actual.

La tercera concibe la mencionada potencialidad como la plataforma reestructuradora de una fuerza política capaz de enarbolar una propuesta propia de transformación de la sociedad y el Estado, que tenga como protagonista e impulsor a una mayoría de la población. Esta visión, requiere como condición sine qua non una amplia integración de voluntad, vocación y esfuerzo socialistas en un marco que permita la existencia de diversidades -aunque no de irreconciliables antagonismos- y que ofrezca efectivas garantías de resolverlas mediante el juego legítimo de mayorías y minorías. Sólo esta última perspectiva puede desarrollar fuerza y no sólo conservarla, puede permitir que sobrevivan en la memoria histórica popular los signos de la identidad socialista, pero al mismo tiempo ser capaz de activar un proceso de lucha por una transformación radical de la vida de los chilenos. Se trata no sólo de ocupar un espacio prefijado o instrumentarlo a una visión y ejercicio político elitista, sino de proyectar una potencialidad en función de un desarrollo creciente de fuerza socialista(5).

Esta opción impone un conjunto de condiciones y desafíos de dimensión no despreciable. Al menos los siguientes parecen esenciales: la reconstrucción crítica de la práctica socialista del pasado; la resolución de la tensión entre la tradición y su rescate y la reconstitución renovada de una fuerza socialista; la traducción en una praxis política de las adquisiciones teóricas y experiencias vividas en el último decenio; y la elaboración de una política socialista que, enmarcada en sus grandes lineamientos de sentido estratégico, ofrezca solución a la problemática inmediata.

Las cuentas con el pasado

Cuando en 1969 Raúl Ampuero escribió La Izquierda en Punto Muerto, motivó el primer capítulo, dedicado a la historia del Partido Socialista, con una frase de Santayana: «Los que no recuerdan el pasado están condenados a

volverlo a vivir». La relación entre pasado y futuro, entre la historia y el porvenir, ha sido tema siempre presente en la reflexión de filósofos y políticos. Efectivamente, seres humanos y organizaciones de seres humanos, son una acumulación de experiencias ocurridas en el tiempo que configuran una determinada vivencia y constituyen una historia personal o colectiva. Son, también, aquello que pueden llegar a ser: potencialidades, impulsos latentes, proyecciones que habrán o no de realizarse. Y en la eventual concreción de ese proyecto implícito, posible aunque no necesariamente realizable, la forma en que cada ser humano o agrupación de seres humanos es capaz de detenerse un instante en el camino para analizar el pasado, resulta un factor decisivo en la progresión al porvenir. La reconstitución de una gran fuerza política socialista en Chile exige no esquivar el análisis de nuestro pasado dramático. Dramático en su más estricto sentido: emocionante, capaz de conmover, crítico y peligroso. Hay, efectivamente, dramatismo en la historia de los socialistas chilenos, en la acción de sus líderes históricos, en el comportamiento noble y sacrificado de sus héroes numerosos, en el momento estelar de su acción política, el trienio 1970-1973. Varios de los capítulos anteriores(6), han intentado una contribución a este análisis. En muy apretada síntesis el postulado principal que surge de allí es el siguiente: la reconstrucción y renovación socialista y, en general, de una fuerza que impulse un proyecto socialista de largo plazo, debe aspirar a que la propuesta política y su principal protagonista se relacionen a través de una dialéctica que otorgue coherencia a la acción y credibilidad a los postulados, y que acumule fuerza en una dirección principal clara.

Hay que hacer las cuentas con el pasado para no volverlo a vivir. El precio de no hacerlo es la derrota.

La síntesis entre tradición y renovación(7)

El rescate de una historia socialista rica en perspectivas originales es factor indispensable en la reconstitución orgánica del socialismo chileno. Pero la historia, siendo sabia importante para el quehacer de hoy, no es la única fuente de inspiración ni es por sí sola suficiente.

La síntesis entre tradición y renovación es un paso esencial. Es éste un proceso que tiende a veces a visualizarse de manera equivocada. Tal cosa ocurre cuando se cree posible localizar en determinadas expresiones del socialismo el total o casi el total de cada uno de los elementos de la síntesis, identificando la tradición con el denominado «tronco histórico» y la renovación con las expresiones socialistas surgidas alrededor del año 1970 y con la experiencia de lucha de los últimos diez años, especialmente la vivida por las generaciones más recientes. En el hecho, tradición y renovación son elementos que están, con mayor o menor fuerza, presentes en todas y cada una de las expresiones socialistas. El proceso necesario no constituye un esfuerzo de suma de lo «histórico», representado por un cierto contingente humano, y lo «renovado» que sería aportado por otro diverso. Constituye, en cambio, un empeño para que cada segmento del socialismo chileno actual rescate sus propias tradiciones y realice su propia renovación, en un sendero compartido de fusión de ideas y de experiencias de lucha concreta. En este sentido, la responsabilidad del segmento histórico del socialismo no puede limitarse a aportar su valiosa tradición, siempre presente en la memoria popular, sino, además, elementos de renovación. Es un objetivo perfectamente viable: muchas de las ideas consideradas hoy renovadoras están, cuando menos germinalmente, ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó el proyecto de Allende. Algo similar ocurre con la contribución de los grupos socialistas surgidos alrededor de 1970 (MAPU e Izquierda Cristiana). Muchas de sus motivaciones políticas primigenias, desdibujadas en el período inmediatamente siguiente a su surgimiento, renacen hoy día con fuerza. Hay también una recuperación del pasado que constituye una base sólida para la renovación. En cuanto al aporte del amplio contingente humano que se ha desarrollado en la última década al calor de la actividad de los movimientos sociales, especialmente en la base juvenil, poblacional, sindical y de mujeres, es imposible negar que, en su práctica, es heredero de un siglo de lucha del movimiento obrero y popular y, en este sentido, constituye un error suponerlo un segmento sin una tradición propia. Es más global, menos específica en su deslinde político, pero tan consistente como cualquier otra. La prolongación de esa tradición en los últimos diez años ha tenido la particularidad de desplegarse en condiciones que no son asimilables a las que enfrentó anteriormente el movimiento popular. Se trata de una práctica desarrollada en un momento de gran debilidad de las estructuras políticas partidarias y de gran fuerza del aparato estatal de represión. Este hecho otorga a dicha experiencia un sello particularísimo y un valor inconmensurable para los años venideros en la medida que ha estado marcada por una permanente demanda de democracia, participación y autonomía y por una sostenida reivindicación de los derechos de la persona humana.

En el plano de las ideas el núcleo central de la renovación es un nuevo planteo de la idea socialista. Esta tarea pasa por la construcción de un juicio autocrítico sólido sobre la concepción del socialismo elaborada en el pasado, por asumir el contenido antidogmático y democrático de los debates ocurridos a nivel internacional en el movimiento obrero, y por reafirmar una vía propia y original para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral de Chile, que rechace las deformaciones autoritarias y burócraticas que han caracterizado a la mayoría de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

Los riesgos que acompañan el esfuerzo de sintetizar tradición y renovación son obvios: si se identifica tradición con nostalgia se impondrá una visión reducida, estrecha y sectaria. Si la renovación asume títulos propios, sin anclarse firmemente en la herencia histórica socialista, la disociación de ambos momentos -reivindicación y enriquecimiento, rescate y superación- frustrará las posibilidades de un nuevo proyecto histórico socialista.

Pareciera ser que este aserto no forma aún parte de un sentido común compartido. Es preciso pensar de manera distinta al pasado y no transformar a éste en modelo. Reconstruir un Partido Socialista de Chile por la pura suma de sus componentes históricos para reproducir una organización similar a la que existió, siendo un propósito y una tarea nobilísimos, es una aspiración absolutamente insuficiente para los grandes desafíos que hay por delante. Repetir lo ya dicho se hace quizá necesario: Chile requiere una fuerza orgánica socialista, un gran Partido Socialista, más fuerte y sólido que el anterior.

Enriquecer la teoría para una nueva práctica

El último decenio, como ninguno antes, ha visto surgir una abundante literatura sobre temas teóricos en la izquierda chilena. Especialmente significativas han sido en este plano las inquietudes y reflexiones de aquellos que han querido impulsar un proceso denominado de «renovación», de naturaleza necesariamente difusa y discutible, que, sin embargo, ha tenido impacto destacado, especialmente en las generaciones que nacieron a la lucha política después de 1973(8). Por su parte, aquellos que se sienten más identificados con una cierta ortodoxia teórica marxista han reaccionado, a su vez, exponiendo sus puntos de vista.

No han faltado las voces que atribuyen este florecimiento del debate teórico a un prurito intelectualizante o al predominio de cuadros de formación intelectual en los embriones direccionales de los partidos ilegalizados por la

dictadura. La afirmación tiene algo de verdad, aunque con un contenido positivo. Durante largos años la izquierda, y especialmente la izquierda socialista, ha tenido alguna limitada expresión pública en Chile a través de intelectuales que han constituido -perseguidos en las Universidades dirigidas por Generales y Almirantes- el denominado «sistema académico informal». Las circunstancias fueron imponiendo una vinculación mucho más estrecha entre el intelectual, considerado antes como un ente básicamente académico, y la acción política en las peores condiciones de represión. La práctica política del período dictatorial hará un legado, entre otros, en esta materia, convirtiendo a numerosos «hombres de ideas» en «hombres de acción», haciéndolos «orgánicos» a un proyecto y a un partido,

La intensidad de las preocupaciones teóricas de la izquierda ha tenido, como ya se señaló, razones más amplias y han incidido en ella otros factores significativos. Uno, quizá el principal, es el hecho que los debates en curso no han sido un monopolio de los chilenos, sino que han constituido un fenómeno internacional de gran dimensión motivada por dos elementos centrales: la crisis del modelo derivado de las experiencias de los países del socialismo real, especialmente acentuada después de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 y más aún después de la constitución de un gobierno militar en Polonia en 1982. Y, segundo, el desmoronamiento del edificio teórico constituido sobre la base de la herencia establecida por Stalin y su codificación del marxismo-leninismo. La experiencia yugoslava, el desarrollo de los «eurocomunismos», algunas experiencias revolucionarias en el Tercer Mundo, han abierto nuevas perspectivas teóricas, antes negadas o suprimidas por el poderío incontestado del «marxismo-leninismo» oficial.

Para la izquierda chilena, siempre interesada en los temas ideológicos, estos fenómenos no podían pasar inadvertidos. Tradicionalmente los partidos políticos chilenos, desde el centro hasta la izquierda -algunos sectores de derecha también- proveyeron a sus adherentes de ciertas certezas teóricas e hicieron de la teoría un instrumento indispensable de análisis. Siendo mucho más marcada esta tradición en las fuerzas de definición marxista, partidos como el Demócrata Cristiano y el Radical no escaparon tampoco a esta constante. Los partidos chilenos pretendían constituir «cosmovisiones», en las cuales no sólo una práctica, a veces con carácter de «subcultura», era importante, sino también una teorización. Un dirigente radical de comienzos de los años 50 que enseñó filosofía en la Escuela de Derecho elaboró una frase decidora que quedó incorporada a una «Declaración de Principios» de su partido: «El radicalismo es una actitud ante la vida». Y lo eran, o lo pretendían ser, no sólo el radicalismo sino cada una de las fuerzas políticas chilenas.

No es extraño, en consecuencia, que la teoría se haya constituido en un factor importante en la naturaleza crítica y compleja del proceso impulsado por la Unidad Popular. Es por ello que los debates realizados y los que quedan aún por realizar no sólo son legítimos sino indispensables. En general, tras el discurso que condena los refinamientos teóricos, que achaca a una manía de «intelectuales» (en sentido peyorativo) el poner en duda y pretender elaborar visiones disidentes de las oficiales, que falsamente contraponen el valor de la acción a las sofisticaciones de la abstracción, se encubre una postura conservadora marcada por el temor a un resquebrajamiento de las certezas conseguidas. Trizarlas significa crear grietas y erosionar el instrumento teórico que, cuando dogmatizado, se utiliza en una clave orgánica para establecer disciplina vertical y legitimar excomuniones múltiples.

El debate teórico de los últimos años ha sido útil y con sentido político. No ha habido en él teorización vana y autosuficiente, ni utilización mañosa o agotadora de las citas de los clásicos del pensamiento socialista, tan abundante en la literatura del marxismo codificado. Ha sido realizada, además, en clave chilena y latinoamericana, eludiendo la tentación de las modas o la imitación de lo europeo por el sólo hecho de serlo(9).

De los temas teóricos debatidos, la relación entre democracia y socialismo es el eje necesario de un nuevo proyecto histórico. Se trata de una cuestión abierta que exige soluciones específicas, aunque en último término siempre provisorias, tanto cuando se quiere elaborar los grandes lineamientos de una propuesta de largo alcance, como cuando se trata de definir las bases de organización del instrumento político partidario.

La participación común de marxistas y cristianos en la praxis socialista plantea una diversidad de cuestiones teóricas, políticas y de organización. Las formas que ha de adquirir esta síntesis en el plano orgánico no están predeterminadas y deben adaptarse a los grados de elaboración alcanzados y a la disposición práctica de los participantes.

El carácter del partido, su relación con los movimientos sociales y las temáticas «nuevas», y con los actores que las expresen, constituye otra área que requiere respuestas renovadas. La experiencia de todos estos años de lucha por la democracia habrá de ser, en esta esfera, excepcionalmente importante(10).

Este rápido recuento no agota el listado de tópicos que ulteriores elaboraciones y una nueva práctica habrán de precisar. Tan sólo pretende identificar algunos de los aspectos principales que la reconstitución del socialismo chileno exige abordar en una perspectiva de largo plazo.

Pero el mundo de lo político no está dividido en regiones separadas: allá, lejano y convocante, el futuro atiborrado de utopías, y acá, inmediato y concreto, el presente con sus posibilidades limitadas y sus estrechas alternativas incapaces de ofrecer espacio vital a nuestros ideales superiores. No hay proyecto que pueda sostenerse sólo en sus grandes lineamientos, donde es más fácil la abstracción, sin traducirlos en una estrategia política que debe necesariamente confrontarse con otras diversas, impulsadas por otras fuerzas, y con las exigentes eventualidades de la coyuntura.

1. Esta línea de análisis, en la que se inscriben los capítulos 3 y 4, fue desarrollada, con diversos matices y desde diferentes ángulos, entre otros, en los trabajos siguientes: Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, «Una perspectiva para el análisis de los aspectos ideológicos y políticos del período 1970-1973 en Chile», FLACSO, Documento de Trabajo, Santiago, 1976; Jorge Arrate, «Apuntes para una autocrítica: la izquierda chilena y las Fuerzas Armadas», Chile-América 33-34, Roma, agosto-setiembre de 1977; diversos ensayos de Tomás Moulián, en Democracia y Socialismo en Chile, FLACSO, Santiago, 1983; Marcelo Schilling, «Hacia una crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile», Temas Socialistas 2, Eduardo Ortiz editor, VECTOR, Santiago, 1984; Ernesto Ottone, Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo, Ed. LAR, Madrid, 1984.

2. Entre muchos otros quisiera destacar a lo menos dos ejemplos: las actividades y líneas de trabajo del centro de investigación SUR, y la revista Kritika, que ha recogido sistemáticamente diversos aportes en torno a la renovación.

3. No es este el momento para analizar el desarrollo coyuntural de esta línea. En los últimos años se han generado diversas expresiones orgánicas de ella (Convergencia Socialista, Comité de Enlace Socialista, Comité Político de Unidad Socialista, Bloque Socialista). Más allá de sus características particulares todas ellas han significado un aporte a la línea de reconstrucción del socialismo chileno.

4. Especialmente en los capítulos 5 y 6

5. En esta línea ver los siguientes trabajos: Carlos Altamirano, «Ocho tesis para una definición del socialismo chileno», op. cit.; Armando Arancibia, Alvaro Briones, Francisco Fernández y Marcelo Schilling, «El socialismo por el

que luchamos», Pensamiento Socialista 29, julio-setiembre de 1983, Madrid, pp. 9-18; Freddy Cancino, «Apuntes para una caracterización renovada del partido». Pensamiento Socialista, mayo-octubre de 1985, Madrid, pp. 49-60.

6. Capítulos 1 al 6.

7. Este tema y los debates en torno a él en el período 1979-1983 fueron examinados en los trabajos publicados en mi libro *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*, Ed. del Instituto para el Nuevo Chile, Barcelona/Rotterdam, 1983.

8. El aporte más reciente a esta temática es el libro de Eugenio Tironi, *La Torre de Babel*, Ediciones SUR, Santiago de Chile, 1985, en el que recopila varios de sus ensayos. Ver también Carlos Ominami, «Notas sobre marxismo y socialismo, hoy día», *Plural* 3, Rotterdam, 1984.

9. En su libro *Democracia y Socialismo en Chile*, op. cit., Tomás Moulián ha reivindicado expresamente esta perspectiva.

10. El importante tema de la naturaleza del partido no tiene, en estas páginas, el tratamiento sistemático completo. Numerosas ideas sobre la materia pueden encontrarse, entre otros, en los trabajos indicados en la nota 5 en este mismo capítulo.

11. LOS ALIADOS DIFÍCILES

«Busca tu complementario, que marcha siempre contigo y suele ser tu contrario».

ANTONIO MACHADO

¿Hemos estado siempre en crisis?

Cuando Eugenio González terminó su período en el Senado y abandonó la política activa para volcarse de lleno a la actividad universitaria, pronunció un discurso pleno de significativas disquisiciones. En un cuadro de elevada reflexión sobre la democracia, la libertad, el humanismo y el socialismo, González expresó también su inquietud frente a los desafíos inmediatos de su época y planteó una tesis que releída hoy, veintiocho años después, no puede menos que despertar atención. Corría el año 1957, cuyo 2 de abril presenciara una multitudinaria protesta de estudiantes seguida luego de una de las más grandes asonadas espontáneas que registra nuestra historia social. Expresó González:

«Me asiste el convencimiento de que cuanto contribuya a clarificar las tendencias de las fuerzas políticas es saludable para la democracia, sobre todo en estos días inciertos. Densos problemas se plantean a quienes tienen responsabilidad en el destino colectivo. Las circunstancias políticas y económicas inducen a conjeturas sombrías. La depresión de la moral pública y privada ofrece manifestaciones inquietantes en los diversos círculos de la sociedad y -lo que es sobremano grave- aún en las altas jerarquías del Estado. Una atmósfera de incuria y desaliento parece embotar los espíritus y paralizar las voluntades. Un generalizado escepticismo da la tónica de la conciencia pública.»

«Vive Chile -mucho se ha repetido- una crisis de crecimiento. Están en crisis no sólo las instituciones de superficie, las jurídicas, y políticas, sino además, las estructuras básicas, las biológicas y morales de la existencia nacional. De ahí que ninguna acción aislada, producida en algún sector circunscrito de nuestra realidad, resulta de cabal eficacia, por altamente inspirada que ella sea. La situación en que estamos exige coordinación de propósitos, convergencia de esfuerzos y solidaridad de sacrificios de los que están en condiciones de influir en los órdenes decisivos de la sociedad, especialmente en los políticos y gremiales, donde se presentan los antagonismos de más inmediata repercusión en la opinión pública.»

«Estamos refiriéndonos a los partidos de avanzada social. De ellos depende, fundamentalmente, que nuestra democracia representativa -de la cual tanto nos enorgullecemos, a pesar de sus graves tergiversaciones- siga su curso regular, perfeccionando las instituciones libres y abriendo cauce a las transformaciones económico-sociales, o vaya a desembocar en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de derecho. Ya lo dijimos en otra oportunidad sin encontrar eco: es hora de superar las discrepancias superficiales, para buscar afinidades solidarias, de suspender recriminaciones estériles, para aunar esfuerzos constructivos. ¿No son los partidos de avanzada social, coincidentes en sus principios libertarios, en sus tendencias económicas, en sus métodos políticos? No representan en su conjunto la mayoría nacional? Porqué, entonces, no podrían encontrar las bases de una acción común en el Parlamento, ahora, y más tarde en el Gobierno?»(1).

Dos cuestiones planteadas en este texto requieren atención. La primera, el sentido de crisis y de incertidumbre social y política que detectaba el orador. La segunda, el remedio que proponía, concretamente, el acuerdo de los partidos de «avanzada social». Es difícil emitir un juicio sobre la posición reseñada, por lo elusiva que resulta la dimensión temporal en el ejercicio de la política y en su contenido profético, y por lo absolutamente minoritaria que demostró ser la opinión de Eugenio González. Los hechos posteriores tampoco entregan una respuesta unívoca: la sensación de crisis puede haber estado sobredimensionada por la conmoción social que vivía el país, las graves dificultades económicas y el deterioro moral de los últimos años de la administración de Ibáñez. En el hecho, no sobrevino de inmediato una crisis catastrófica del sistema institucional surgido en 1925 y su base de compromisos implícitos. Las fuerzas de «avanzada social» no se unieron y, por el contrario, se presentaron a las elecciones presidenciales de 1957 divididas en tres candidaturas: Allende, Frei y Bossay, en orden decreciente de resultados electorales. La suma de las tres -representativas de las fuerzas «de avanzada social»- alcanzaba a los dos tercios del electorado, no obstante lo cual Alessandri, con menos de un tercio de la votación, resultó triunfante en el recuento de votos y fue confirmado en el Congreso. Su gobierno -un esfuerzo de consolidación del poder de la derecha económica- mostró la viabilidad del sistema institucional, sometiénolo a la prueba de políticas extremas. En verdad, cuando Eugenio González pronunció su último discurso parlamentario faltaban aún quince años para que la «crisis» efectivamente sobreviniera. Resulta difícil decir si se trató de un análisis de coyuntura descaminado o de una dramática profecía que apenas rozó las conciencias de sus destinatarios.

Bien pudiera argumentarse que la idea de crisis tiene mucho de subjetivo y corresponde habitualmente a percepciones de protagonistas apasionados. La lectura de varias páginas de la historia chilena podría hacer pensar que la proclamación de la crisis es un recurso de los vencidos para llamar la atención o sostener su fe en las ideas derrotadas, tal como los sentimientos de decadencia nacional que inundan los libros de historia(2) constituirían más que nada la angustia de los desplazados por órdenes nuevos que se imponen a los anteriores y generan realidades diversas, a las que los viejos actores no se resignan. Los textos de los vencidos después de la Guerra Civil de 1891, la nostalgia de los historiadores de tendencia católico-hispanista que reniegan del siglo XX para ensalzar el XIX, el Huidobro de 1925 que, como se recordaba en páginas anteriores, veía en su «Balance Patriótico»(3) un Chile similar a «un inmenso caballo muerto» y convocaba a que «los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio», constituyen ejemplos ilustrativos. El argumento y los ejemplos no logran, sin embargo, suprimir la «tentación» de sostener hoy la naturaleza crítica del período que vivimos. Mirados los hechos con perspectiva, la Guerra Civil de 1891 representó una grave crisis nacional y, efectivamente, la segunda mitad de

la década de los 20, fue también un período de crisis. En ambos momentos tenía lugar la sustitución de una forma de Estado por una nueva y diversa. En 1891 hizo crisis la Constitución de 1833 y de la crisis surgió la República parlamentaria y oligárquica. En 1925 se consagró la bancarrota de ésta y nació lo que los sociólogos han denominado el «Estado de compromiso» que constituyó hasta 1973 el marco institucional para procesar los conflictos sociales. Pero la crisis iniciada en 1973 y aún en curso no sólo es tal, sino que es la más seria y disruptiva de nuestra historia. Varias razones podrían señalarse para sostener esta afirmación. Primero, la forma de Estado que los sectores gobernantes proponen como reemplazo al de «compromiso» es un Estado autoritario militar, excluyente como ninguno de los anteriores. Siempre el Estado chileno se ha basado en la consagración de privilegios y poderes de una minoría, pero nunca como hoy. Segundo, la crisis de 1891 generó una salida institucional capaz de sostenerse sobre la base de la inmensa riqueza salitrera y minera del país. El sistema institucional surgido de la Constitución de 1925 tuvo como correlato económico-social un proceso de modernización e industrialización sustitutiva que constituía un fenómeno común a todo el subcontinente latinoamericano. La tentativa de legitimar y reproducir una forma de Estado autoritario-militar ha debido enfrentar en Chile no sólo los avatares de una readecuación a nivel universal del capitalismo transnacional sino, además, los efectos de políticas económicas erradas, diseñadas para sostener intereses de grupos y definitivamente contrarias al interés del país. El Estado autoritario-militar no tiene correlato socio-económico viable en cuanto senda de progreso, aún con distribución desigual de sus frutos.

La crisis de Chile en 1985 es la más profunda y la más dolorosa de su historia.

Si para Eugenio González la convocatoria correspondiente a su percepción era obvia -la concordancia de los partidos de «avanzada social»- hoy lo es más todavía. Hay una relación directa y evidente, casi de sentido común, entre la gravedad del enfermo y la intensidad del medicamento. Hoy sólo una inaudita y desconocida concentración de voluntad patriótica y de concertación política puede proponer al país no sólo un importante cambio de gobierno de formas autoritarias a formas democráticas, sino un sendero de superación común y de recuperación nacional. No se trata de cualquier concordancia, ni de una alianza cualquiera. Se trata de un consenso para consolidar la democracia y convertirla en una forma de vida permanente.

Los años cincuenta y las actuales tendencias políticas

Los partidos políticos fueron protagonistas indiscutidos del período en que rigió la Constitución de 1925. No en vano la política chilena, aún siendo una actividad de élites durante el siglo anterior, tendió a expresarse en corrientes organizadas de ideas. La excepcionalidad de las formas de vida democrática de Chile, que han concitado la atención internacional, está estrechamente asociada a la temprana formación de un esquema comprensible de partidos cuyas definiciones ideológicas comenzaban, las más de las veces, en su propia denominación. Extraña ocurrencia en un continente en que las fuerzas políticas se bautizaban a sí mismas, en muchísimos casos, con el derivado del apellido de un líder, con una fecha de críptico sentido para quienes no estaban interiorizados al detalle de la historia nacional, o con una mezcla de apelativos constituida generalmente por una combinación de los términos «nacional», «popular», «independiente», «democrático» o «revolucionario»...

Hubo una etapa en que estos protagonistas indiscutidos del quehacer político enfrentaron una crisis generalizada. En la segunda mitad de los años cuarenta las corrientes políticas perdieron transparencia, sufrieron divisiones serias o fueron víctimas de la grave trizadura democrática que afectó al sistema durante el gobierno de Gabriel González Videla. Así el Partido Radical, eje de la política chilena durante la vigencia de la Constitución de 1925, sufrió una división (el Partido Radical Doctrinario), el Partido Socialista se fraccionó entre socialistas de Chile y socialistas populares y enfrentó separado la elección presidencial de 1952, las fuerzas políticas de matriz cristiana se multiplicaron desde el viejo tronco conservador para formar agrupaciones pequeñas de inspiración social-cristiana, y el Partido Comunista, victorioso participante del gobierno de González Videla y uno de los más numerosos de Occidente, fue ilegalizado en 1948. El triunfo abrumador de Ibáñez en las elecciones de 1952 marcó el punto más álgido de la pérdida de fuerza de los partidos históricos y su transitoria sustitución por diversas agrupaciones políticas, de tipo fraccional o caudillista, que lograron altas votaciones en las elecciones parlamentarias de 1953. Ibáñez había obtenido casi la mitad del total de los sufragios apoyado sólo por dos partidos relativamente pequeños, el Socialista Popular y el Agrario Laborista.

La eclosión ibañista fue superada en la década de los cincuenta en que diversos fenómenos consolidaron el protagonismo de los partidos y dieron lugar al nacimiento de las corrientes políticas que cubrirían, con pocas variaciones en el cuadro, el período restante hasta 1973(5). En el plano de la recomposición de partidos y corrientes, la década de los cincuenta fue testigo de la recuperación de sus derechos legales por el Partido Comunista (1957), de la unificación del Partido Socialista (1957), de la constitución de la izquierda en el Frente de Acción Popular (1956) -antecesor de la Unidad Popular- sellando la existencia de un eje socialista-comunista de entendimiento que se convertiría en una poderosa fuerza política y en protagonista principal de la experiencia de gobierno liderada por Allende. El Partido Radical volvió a ser uno sólo y enfrentó con singular dignidad su erradicación del aparato estatal hasta su ingreso en el gobierno de Alessandri a comienzos de los sesenta. Las fuerzas social cristianas dispersas (Falange, Partido Conservador Social Cristiano y desgajamientos del «ibañismo») se fusionaron en un sólo conglomerado político, el Partido Demócrata Cristiano (1957).

Pero la década de los cincuenta no registró solamente una recomposición del cuadro de partidos en un sentido concentrador. El sistema político fue afectado por dos hechos de singular trascendencia. El primero, la ampliación democrática de sus bases, impulsada por el denominado «Bloque de Saneamiento Democrático», integrado por las fuerzas parlamentarias de la izquierda y el centro, que logró llevar adelante, con el acuerdo de Ibáñez, reformas de las normas electorales tales como el establecimiento de la cédula única, de la proporcionalidad en la representación y de diversas medidas destinadas a prevenir y sancionar el cohecho, instrumento preferido de la derecha para ganar elecciones. En 1948 se había reconocido el derecho a voto a la mujer y el peso de su comportamiento político se había hecho sentir ya en la elección presidencial de 1952. Es decir, a fines de los cincuenta el escenario de actuación de los partidos se había perfeccionado de manera tal que, desde el punto de vista de la formalidad de las «reglas del juego» democrático, el sistema chileno constituía un ejemplo. El segundo hecho tuvo una naturaleza diversa, relacionada con el rol y características de cada fuerza política: la Democracia Cristiana ocupó gradualmente el espacio perdido por el radicalismo, que jamás logró recuperarse de la declinación iniciada con González Videla y consagrada bajo Ibáñez. Un partido más moderno, menos vinculado al clientelismo estatal y más ideologizado que un Partido Radical que había llegado a identificarse con el pragmatismo y la volubilidad de las líneas, pasó a ocupar el espacio central del cuadro político. El cambio no fue inocente y para apreciarlo basta un sólo hecho: durante el último gobierno radical, el de González Videla, todos los partidos políticos, desde conservadores hasta comunistas, con la sola excepción del Partido Socialista Popular, participaron en funciones ministeriales en los sucesivos gabinetes.

En el gobierno demócrata de Frei, entre 1964 y 1970, se dio el único caso en la historia de Chile de un gobierno prácticamente de partido único (una pequeña formación política que acompañó a la Democracia Cristiana no tenía ni significado ni audiencia nacional, ni tampoco tradición histórica), sin que se haya registrado un esfuerzo serio por ampliar su base(6).

La naturaleza de la política chilena se había modificado, en tanto las posibilidades de compromiso resultaban bastante más restringidas ante la vocación hegemónica demócrata que, a cambio de ofrecer al país un proyecto de futuro y no una suerte de administración de las cosas como en el último período radical, exigía para sí misma un rol estelar excluyente⁷. No era tan sólo la Democracia Cristiana la que había cambiado en esa dirección. El Partido Socialista, participante en los gobiernos de Frente Popular de Aguirre Cerda y Ríos, uno de cuyos sectores se había hecho parte de uno de los gabinetes de González Videla y que había ocupado importantes carteras ministeriales en el primer año del gobierno de Ibáñez, se había reconstituido hastiado de experiencias de gobierno que pasaron a considerarse como motivo de corrupción y actos de «colaboración de clases» que desperfilaban lo que el Partido Socialista aspiraba a ser: una fuerza revolucionaria por el socialismo, capaz de liderizar un proceso de sustitución del capitalismo. Los socialistas comenzaron a recorrer un curso de dos vías. Mientras algunos de sus más importantes dirigentes verbalizaron una desconfianza profunda en las posibilidades electorales y teorizaron las insuficiencias de la democracia representativa, en el hecho se consolidaba una leal alianza con el Partido Comunista para intentar la «vía pacífica». El precio que impusieron a sus aliados fue la renuncia a sus tentaciones «frente populistas», expresado en la intransigencia política socialista frente a la participación radical en una alianza de izquierda.

La derecha económica, con el fino -en la acepción de agudo, no de elegante- sentido político que la ha caracterizado, inició su propia recomposición. Acostumbrada a utilizar todos los artilugios para sobrevivir, habituada a defender intereses más que ideas, inició en la década de los cincuenta una operación transformista. Proclamó a un «independiente» como candidato presidencial, estableciendo una suerte de precedente para la «eutanasia» que montó tiempo después a poco de inaugurado el actual régimen militar. Triunfó en 1958 y en los años siguientes (1965) se fundió en una sola organización, el Partido Nacional, en el que adquirieron posiciones dominantes y, en definitiva, hegemónicas dirigentes del sector nacionalista corporativo. El liberalismo chileno, de rica tradición histórica, identificado con la democracia representativa, el espíritu creativo y audaz del auténtico empresario y el sentido digno de nacionalidad que encarnó Balmaceda, apagaría su presencia ante el peso combinado de corporatistas y fascistas. Desde el radicalismo, a partir de la participación decisiva de éste en el gobierno de Alessandri, la derecha recibiría un grupo de adherentes que se consignan aquí más por afán de completar que por ser significativos. Durante el régimen militar algunos de sus representantes han ocupado ayudantías o servido de ordenanzas en funciones la mayor parte de las veces inventadas. Dos o tres han desempeñado carteras ministeriales, claudicando abiertamente de sus principios, y, finalmente, han perdido en dignidad y prestigio. Los demás sólo han demostrado poseer una muy alta dimensión de servilismo.

De esta manera, en vez de concertarse, como propuso Eugenio González en 1957, las fuerzas de «avanzada social» se distanciaron entre sí. Es metodológicamente ilícito -dicen los historiadores- preguntarse qué habría pasado si se hubiera oído al ex Secretario General y Senador socialista, luego Rector de la Universidad de Chile. En verdad, para una o dos generaciones resulta imposible imaginarse Chile hacia atrás, sin el FRAP y las candidaturas de Allende, para unos, sin los avatares dolorosos del radicalismo, para otros, sin Frei como Presidente y los empeños y desengaños de la «Revolución en Libertad», para los de más allá. La dificultad es tan grande que el ejercicio, ni siquiera como eso, vale la pena. Preferible reservar el esfuerzo reflexivo para el futuro, porque el futuro sí que es lícito y necesario imaginarlo y resulta muy difícil hacerlo por los mismos rieles del pasado.

Los partidos de «avanzada social»

Dicho claramente, hay tres condiciones, en la esfera de lo político, para pensar el futuro e imaginar un Chile democrático y abierto al progreso. La primera, desterrar el concepto de que el eje socialista-comunista constituye la única expresión posible y eficaz para desarrollar una política de izquierda. La segunda, romper con la idea del alternatismo excluyente entre la Democracia Cristiana por una parte, y los socialistas y los comunistas por la otra. La tercera, una fuerza socialista poderosa.

No son condiciones fáciles de cumplir y, sin embargo, los desarrollos de los últimos doce años parecieran abrir algunas perspectivas optimistas. Sin embargo, existen obstáculos muy serios, algunos en la historia y sus rastros, otros en algunos problemas objetivos de la realidad social y económica de Chile. Desde ya, la propia naturaleza y situación actual de los protagonistas políticos plantea cuestiones que inciden incluso en su identidad y representatividad social. Este hecho pareciera ser particularmente agudo en relación con el socialismo que, durante el período autoritario, ha padecido un proceso dispersivo que termina por resultar fastidioso para sus eventuales aliados políticos y para su propia militancia de base. No obstante, se le requiere con insistencia, tanto por la Democracia Cristiana, como por el Partido Comunista, entidades que mantienen una organización relativamente sólida.

La explicación del grado desigual de presencia política organizada de estas distintas fuerzas no constituye un misterio imposible de penetrar. Muchas variables han de tener valor explicativo parcial. A manera de hipótesis vale la pena examinar al menos tres: la naturaleza de la organización, la relación con el Estado y la inserción internacional. En el primero de los planos señalados, el Partido Demócrata Cristiano se caracteriza porque surgió y luego se desarrolló sobre la base de un grupo direccional predominante, el Partido Comunista por fundarse en un tipo centralizado y verticalista de organización, y el Partido Socialista, que no posee ni lo uno ni lo otro, se destaca más bien por el predominio de liderazgos carismáticos, en un permanente trasfondo de ajuste ideológico.

Un «grupo dirigente» nace como una fracción o tendencia de una organización que logra en el curso del tiempo hegemonizar el proceso de conformación de una fuerza política, a la que se van integrando otras organizaciones, grupos o personas. El grupo dirigente es asimilable a lo que los politólogos denominan un «grupo ideológico» - opuesto a un «grupo de interés»- y es, al mismo tiempo, un «grupo de políticas», opuesto a conformaciones de orientación puramente pragmática⁸. La Revolución Rusa de 1917 es orientada por el grupo dirigente bolchevique, en el que Lenin asume el rol indiscutido de líder. Luego Stalin lo sustituye como elemento principal por una orgánica con un alto grado de burocratización, en la que establece su propia dictadura. La Revolución Cubana se funda en el grupo que realiza el desembarco del Granma, cuyos sobrevivientes constituyen la guerrilla del Movimiento 26 de julio. Sus principales dirigentes, hasta hoy, provienen de ese grupo que hegemoniza a las otras fuerzas que confluyen en el gradual proceso de constitución del Partido Comunista de Cuba. La Revolución Nicaragüense, caracterizada por un importante grado de «liderazgo colectivo», tiende a ser hegemonizada por el grupo dirigente «tercerista». El Partido Comunista Italiano se desarrolla a partir de los años veinte sobre la base de la hegemonía interna ganada por el grupo dirigente torinés del «Ordine Nuovo», integrado, entre otros, por Gramsci, Togliatti, Terracini, Tasca y

enriquecido por la incorporación, en los años iniciales, de Longo y Amendola. Un caso reciente que podría agregarse a los ejemplos anteriores es el del grupo «sevillano» que organiza al socialismo español en un solo partido, del que forman parte, entre otros, Felipe González y Alfonso Guerra. Un «grupo dirigente» llega a hegemonizar la vida de un partido y le da, por así decirlo, un alma estable, en un proceso que conlleva su propia desaparición como grupo, fracción o tendencia, para identificarse con la personalidad global del partido. Los «grupos dirigentes» parecen poseer, además, una gran longevidad. Llenan con su presencia una etapa o ciclo completo de la vida de una organización política y, cuando ésta llega al poder, de un país.

La Democracia Cristiana chilena se desarrolló como fuerza política sobre la base del grupo dirigente «falangista». Este surgió como fracción generacional -la «juventud»- del Partido Conservador, en los años treinta, y encontró inspiración ideológica en la Acción Católica. Constituido como Falange Nacional, casi dos decenios después, se fusionó en el Partido Demócrata Cristiano. El grupo direccional falangista continuó por veinte años más siendo el organizador ideológico y político del nuevo partido. Su figura más destacada fue Eduardo Frei, aunque su liderazgo bien podría considerarse una situación de «primero entre iguales» al ser tal en el seno de un grupo del que también formaban parte desde un inicio dirigentes del nivel de Radomiro Tomic, Bernardo Leighton, Rafael Agustín Gumucio, Tomás Reyes e Ignacio Palma, entre otros.

El Partido Comunista en cambio ha fundado su desarrollo en una organización de tipo leninista. Aquello que podría considerarse como el grupo dirigente inicial, integrado por Recabarren, Hidalgo, Sepúlveda Leal, Lafferte y otros, se disgregó en la disputa de fines de los años treinta que separó a los comunistas en «hidalguistas», próximos a las posiciones de Trotsky, y «laffertistas», identificados con las posturas de Stalin. El peso y solidez de su organización se sobrepone de lejos a cualquier atisbo que pudiera haber existido de conformaciones subpartidarias en su interior. Después de la división mencionada, el Partido Comunista sufre una sola ruptura seria, motivada por el movimiento denominado «reinosismo» durante el período de la persecución lanzada en su contra por González Videla(9). Con todo, dicha división no fue capaz de generar una forma competitiva de partido.

En el caso del Partido Socialista en que se han identificado dos embriones de grupo dirigente(10), el peso de la organización no alcanza a suplir las carencias de aquellos. El grupo fundacional se destruye en querellas intestinas después del primer decenio, especialmente en la refriega entre el líder carismático del período inicial, Marmaduke Grove, y el líder emergente que cubriría luego tres decenios de la vida partidaria, Salvador Allende. El grupo socialista popular alcanza a perfilarse como una fuerza rectora del socialismo chileno, pero no logra imponerse, después de la unificación de 1957, ni al peso del liderazgo de Allende ni al surgimiento de nuevos sectores que tienden a constituir un cuadro tendencial o fraccional múltiple. La división de 1967 señala la ruptura definitiva de las bases comunes del grupo socialista popular que queda allí irremisiblemente escindido.

La distinta naturaleza de los partidos otorga carácter también diverso a su forma de crecer. La Democracia Cristiana es un partido de crecimiento espectacular, que corresponde a la ocupación del espacio social del que se nutría de preferencia el Partido Radical. El Partido Comunista crece en un proceso de decantación. Se plantea como objetivo un crecimiento que pudiera denominarse «depurado», de modo que va consolidando sus ganancias con lentitud pero con seguridad. El Partido Socialista, más allá de una suerte de «piso» constituido por lo que en otra parte se ha identificado como un «espacio natural», crece aluvionalmente(11) y por tanto sus avances no tienen ni estabilidad ni son necesariamente integradores, en la medida en que los aluviones tienden a convertirse en cuerpos con identidad propia dentro del Partido.

Esta naturaleza aluvional del desarrollo socialista está asociada a otro de los factores señalados, la relación con el Estado. Los éxitos electorales del Partido Socialista coinciden con su participación gubernativa (Frente Popular, Ibáñez, Unidad Popular). El Estado constituye un soporte de las fuerzas políticas durante todo el período del, no en vano, denominado «Estado de compromiso». Hay mayor o menor «estatalidad»(12), que pudiera graduarse desde el Partido Radical en el primer lugar hasta las particularidades de la participación de los otros Partidos. El Partido Comunista es parte del gobierno de Frente Popular, aunque sin carteras ministeriales. Gobierna durante los dos primeros años de González Videla y durante la Unidad Popular. La Democracia Cristiana participa en el gobierno de González Videla, se muestra «disponible» durante el último período de Ibáñez y monopoliza el gobierno durante Frei. Pero el Estado provee sostén a las organizaciones políticas al margen de si ellas están o no en el gobierno. La importancia del Congreso y de la administración pública en la vida nacional fue evidente. Los principales dirigentes políticos, y por esta vía los partidos, tenían remuneraciones y garantías parlamentarias que redundaban en beneficio de su organización. Pero el Estado no sólo proveyó una base de apoyo a las grandes corrientes políticas progresistas, sino que también persiguió, excluyó o discriminó. El Partido Comunista sufrió persecución abierta durante el primer período de su existencia, un decenio entre 1948 y 1957 y luego después de 1973. El Partido Socialista y sus dirigentes fueron perseguidos y encarcelados durante la segunda presidencia de Arturo Alessandri, en los años 30, y sufrieron despiadada represión después de 1973. El radicalismo y la Democracia Cristiana sólo han conocido la represión del actual período, en el caso de esta última en grados evidentemente menores si se los compara con los aplicados a las fuerzas que integraron la Unidad Popular o al MIR.

El factor internacional es también altamente explicativo de las diversas situaciones de las tendencias políticas analizadas. Es posible sostener que en el caso de los Partidos Comunista y Demócrata Cristiano su propio surgimiento organizado tuvo relación con fenómenos de tipo internacional. El Partido Comunista fue «normalizado», después de la muerte de Recabarren, según los padrones del movimiento internacional con el que se identificó y que ha constituido, no sin importantes variaciones en su peso y significado cualitativo, un referente estable de la existencia comunista. La Democracia Cristiana se constituyó en un momento en que hubo una tendencia en América Latina a crear partidos equivalentes a las grandes formaciones políticas de definición cristiana de Europa, especialmente la italiana y la alemana(13). Con todo, es preciso señalar que una de las particularidades del sistema chileno de partidos es que ambas fuerzas tuvieron formas de existencia previas surgidas de la propia realidad y evolución nacional. La tendencia democristiana a identificarse con la Iglesia Católica, en un plano de no confesionalismo, ha constituido sin duda un elemento importante de su identidad. Después de la grave crisis de 1947 con la jerarquía eclesial, apegada entonces a la idea de sentirse representada políticamente en las fuerzas conservadoras, la Iglesia chilena tendió a desplazarse en una dirección positiva para la Democracia Cristiana. El Partido Socialista, en cambio, intentó mantener su perfil fundacional «autónomo» -a veces con un sentido casi aislacionista- y latinoamericanista. Dejó el campo libre al Partido Radical para que éste reivindicara- con justos títulos históricos y actuales- una identidad socialdemócrata y se integrara a la Internacional Socialista. La derrota de 1973 y el exilio de parte significativa de sus cuadros dirigentes superiores y medios expuso al socialismo a opciones internacionales que desdibujaron su imagen y que estuvieron en el centro de la división de 1979.

Así, el período dictatorial ha sido enfrentado de manera diferente. La Democracia Cristiana se replegó espectante después del 11 de Setiembre de 1973, sufrió luego formas comparativamente menores de represión, contó con la inspiración permanente de sus figuras históricas reconocidas sin contrapeso y recibió el apoyo internacional correspondiente a sus vínculos doctrinales(14). El Partido Comunista puso en juego la calidad de su organización como mecanismo de sobrevivencia frente a una represión sin tregua, intentó un repliegue ordenado para acumular nueva fuerza y contó con la solidaridad amplia y fraternal del movimiento comunista internacional(15). El Partido Socialista, perseguido con sin igual encono, se replegó en desorden dejando en el campo de batalla la vida de su principal líder y de varios de sus colaboradores más próximos y enfrentó por primera vez en su historia una etapa de absoluta oposición al Estado, sin organización fuerte, sin un grupo direccional hegemónico en su interior, y sin grandes apoyos internacionales que los propios socialistas estimaban, o lesivos a su tan preciada autonomía o distorsionadores de su singular personalidad política

El eje socialista-comunista

La manera más simple de imaginar el futuro es suponiéndolo igual al pasado. Las más de las veces, por no decir siempre, se trata de una receta equivocada. Así ocurre hoy día con la idea de reconstituir el eje socialista-comunista como motor de una política popular. Esta afirmación encontrará resistencias en los socialistas chilenos inscritos en una tradición clasista que en el plano político se expresó durante un cuarto de siglo en la «unidad socialista-comunista» y que sigue, hasta hoy día, constituyendo oficialmente la base del esquema de alianzas del Partido Comunista. La generación de los nacidos durante la Segunda Guerra Mundial y en los años inmediatos, se desarrolló políticamente en ese marco. A partir de la década de los años 50 el acuerdo entre ambas fuerzas fue característica de toda acción en el Parlamento, la lucha estudiantil, el frente campesino, el movimiento poblacional y el sindicalismo. Aunque a veces conflictiva, la unidad socialista-comunista, con muy pocas excepciones, primó siempre en última instancia. Las generaciones anteriores, especialmente la que encabezó la reconstrucción socialista a partir de 1947, vivió una realidad diferente. Aquella de los años previos al Frente Popular -los inmediatamente posteriores a la fundación socialista- recuerda momentos de viva confrontación entre las dos fuerzas. El desarrollo del eje socialista-comunista lo constituyó en atractivo polo de la política chilena, al que se fueron incorporando destacamentos más pequeños, provenientes de las sucesivas crisis del radicalismo o de las erosiones de la Democracia Cristiana. Sobre esa base Allende logró liderizar una fuerza que trascendía a la de los partidos integrantes y plantearse un sendero válido, aún contabilizando sus imperfecciones, para la transformación de Chile y la creación de nuevas bases de progreso y distribución equitativa del producto social. La década de los años 60 fue la más activa y brillante en el desarrollo de esta fuerza de izquierda y fue testigo no sólo de su crecimiento imponente sino también de su capacidad de enraizamiento cultural(16).

Habiendo sido una política fructífera para el pueblo chileno y sus capas trabajadoras, la «unidad de la izquierda» permitió, al mismo tiempo, compartir los avances entre las diversas fuerzas que la componían y, especialmente, entre sus dos principales partidos. Hoy la situación ha cambiado. Las diferencias doctrinarias, apagadas o disfrazadas muchas veces en el pasado, han tendido a hacerse mayores, especialmente cuando los socialistas buscan inspiración sostenida en sus motivaciones y fundamentaciones primigenias. Este rescate de sus definiciones históricas está estrechamente asociado a un proceso de reconstrucción en que la expresión purificada y no ambigua de las posiciones propias se convierte en necesidad vital. Claridad absoluta, ausencia de todo elemento de confusión, son necesidades de la acción socialista en la hora actual. En fin, el eje socialista-comunista fue capaz de constituir la columna vertebral política e ideológica de un vasto movimiento popular de naturaleza plural. Pero no logró hacer una contribución decisiva para sortear la trampa de los «tres tercios» que sumió a la política chilena en un cuadro abismal de rigideces e inflexibilidades. El eje socialista-comunista, desde el punto de vista de las necesidades tácticas del ejercicio político, sirvió para ciertos propósitos. No sirve para los de hoy ni es capaz de abrir a Chile un horizonte estratégico donde renazca la oportunidad del socialismo. No será posible el ambicioso proyecto de concertar a las fuerzas de «avanzada social» si el socialismo no se expresa por sí mismo y asume un rol primordial en el cumplimiento de este propósito, sin delegar a terceros la negociación en su nombre, ni aceptar anticipadamente un rol de socio subordinado en un esquema hegemónico preconcebido.

Sería difícil hoy día que socialistas y comunistas fueran capaces de convenir un proyecto estratégico común sin un arduo proceso de debate y discusión. La historia ha sido un tanto sesgada, quizá si por someter la interpretación a las necesidades de la política, en juzgar el carácter de la unidad socialista-comunista. En general se ha tendido a situar en el ámbito de lo internacional las principales diferencias entre los dos partidos. Más válido sería sostener que en ese ámbito o de esa forma tendían a expresarse diferencias entre ambas fuerzas que tenían significativa relevancia para la temática de la lucha por el socialismo en Chile(17). El rechazo socialista a las afiliaciones internacionales expresaba una profunda diferencia en cuanto a la idea de la autonomía de los procesos socialistas nacionales. La propia naturaleza de la lucha antifascista, durante la segunda Guerra Mundial, fue apreciada de forma diversa tanto antes como después del acuerdo soviético-nazi signado por Molotov y von Ribbentrop. En las primeras décadas de su convivencia, los acuerdos sobre la Guerra Civil Española y la posición común durante los últimos años de la Guerra Mundial no estuvieron exentos de apreciaciones diferentes. En la post guerra, las intervenciones soviéticas en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, han sido ocasiones de enfrentamiento ideológico. Imposible negar que la discusión no ha sido sólo una apreciación diversa sobre controvertidos asuntos internacionales, sino el resultado de perspectivas distintas sobre la autonomía, la independencia nacional, la democracia socialista y el principio de no intervención. La posición radicalmente opuesta que sostuvieron socialistas y comunistas chilenos frente a la excomuniación de Yugoslavia por la Unión Soviética, cuando el «titoísmo» se convirtió en el peor enemigo de Stalin, resumía en sí misma una idea distinta sobre la democracia socialista, la autogestión en la economía, el burocratismo y las vías nacionales al socialismo. Por iguales motivos las pretensiones originales y autonómicas de la naciente Revolución Cubana fueron apoyadas fervorosamente por los socialistas, mientras eran públicas ciertas reservas del Partido Comunista de Chile. Más tarde la «disidencia china» y la pugna subsiguiente fue apreciada con ópticas diferentes. El fracaso político del régimen comunista polaco y su recurso a la militarización y la represión de las organizaciones populares de masas, dieron lugar, ya más recientemente, a apreciaciones nuevamente divergentes sobre la democracia, la naturaleza del socialismo y la independencia nacional.

Pero, cabe la pregunta, ¿a qué insistir tanto sobre diferencias en un momento en que la unidad es indispensable? Precisamente se trata de construir concordancias a pesar de las diferencias, no por la vía de suprimir artificialmente estas últimas. La invocación unitaria a posponer diferencias en aras de la lucha común antidictatorial no puede ser coartada aceptable para que los socialistas no expongan y desarrollen sus propias posiciones. Para el socialismo chileno es ésta una necesidad de vida, precisamente porque el Partido Socialista no tiene otro referente central que

sí mismo, no acepta otra rectoría ideológica que la que fijen sus propios eventos orgánicos y no reconoce otras orientaciones que no sean las resultantes de sus acuerdos. La lucha común es necesaria, más aún, indispensable. Pero en el marco de una igualmente imprescindible afirmación de la personalidad propia de cada fuerza. En el Pleno de su Comité Central realizado por el Partido Comunista en 1977 uno de sus altos dirigentes formuló la siguiente apreciación sobre las relaciones de ambos partidos:

«El Partido Socialista de Chile es destacado por sus dirigentes como un partido socialista especial. Y fundamentalmente tienen razón. No se consolidó como partido socialdemócrata sino revolucionario y durante más de veinte años se mantiene en posiciones unitarias con el Partido Comunista. En esto tiene influencia, es claro, la actitud unitaria de nuestro propio Partido, pero es indispensable reconocer también el mérito del Partido Socialista.»

«El Partido Socialista es una realidad y su persistencia como partido está en correspondencia, precisamente, con realidades sociales. Para explicarse su carácter hay que tener en cuenta la heterogeneidad de la clase obrera, las experiencias diferentes que viven unos u otros de sus núcleos, los niveles distintos de conciencia de diferentes destacamentos. La clase obrera no se forma sólo de sus hijos sino también de la proletarianización de sectores de pequeña burguesía, sobre todo de campesinos, también de artesanos. Dado estos diferentes niveles de conciencia es normal que sectores de la clase obrera hagan su aprendizaje revolucionario sin llegar de inmediato a las posiciones comunistas. Se hace más fácil para muchos su acercamiento inicial a un partido como el Partido Socialista»(18). Aunque no constituye una posición oficial asumida por el Partido Comunista, un análisis de este carácter, proveniente de una personalidad partidaria e impreso en documentos de conocimiento público, debe, al menos, expresar una cierta sensibilidad efectivamente existente. Según ella el Partido Comunista sería una suerte de Partido terminal, al que se llegaría mediante procesos de maduración que tendrían lugar en otros partidos, el Socialista en este caso, organizaciones de tránsito hacia la perfecta y total conciencia de clase y asunción del marxismoleninismo científico, una especie de «escuelas de cuadros» del Partido Comunista. Una primera observación se refiere a la veracidad de este modelo en la práctica. Un análisis a primera vista tendería a indicar que no ha operado de la manera descrita. Un grupo importante de socialistas de nivel dirigente, que en 1940 constituyeron el Partido Socialista de Trabajadores sosteniendo posiciones izquierdizantes, se incorporó años más tarde al Partido Comunista. La integración, en 1936, de la Izquierda Comunista al Partido Socialista fue un movimiento de signo inverso. Más bien pareciera ser que entre ambas fuerzas ha habido una cierta fluidez que ha dado lugar a que numerosos militantes socialistas hayan sido alguna vez miembros de la juventud o el Partido Comunista, y que un número de socialistas hayan ingresado en las filas comunistas. Quizá si sólo en el decenio posterior al golpe militar de 1973 se han presentado signos de este proceso de «maduración» descrito en la cita anterior, con la cristalización de una tendencia francamente ortodoxa y alineada que fue la causante principal de la ruptura partidaria de 1979. Pero ni siquiera ese fenómeno tiene aún un resultado definitivo.

De esta manera, aparte de las necesidades naturales de toda fuerza política de expresar sus puntos de vista claramente, apreciaciones como la citada hacen aún más conveniente y necesario que los socialistas den a conocer siempre sus posiciones con la nitidez que corresponde a la realidad.

La contradictoria Democracia Cristiana

Un examen con ánimo autocrítico de la historia del último cuarto de siglo revela que en la forma como la izquierda, y especialmente los socialistas, consideraron a la Democracia Cristiana, hubo una sistemática tendencia a desconocer la real naturaleza de esta última. La identificación de lo «popular» con lo «obrero», la sinonimia entre la idea de pueblo y la idea de clase, impidieron reconocer como un hecho -grato o ingrato- el carácter popular del Partido Demócrata Cristiano. El análisis sociológico no podía negar el «pluriclismo» de la Democracia Cristiana, pero la visión política veía en su interior sólo una indiscutida preeminencia de los intereses de la burguesía. La «Revolución en Libertad» terminó siendo apoyada, con el beneplácito democristiano, por la derecha atemorizada por la amenaza socialista, y se hizo, naturalmente sospechosa. Con todo, después de veinte años, resultaría difícil sostener, como se hizo en la época, que la fuerza política que la impulsaba era pura y simplemente «la otra cara de la derecha». El programa de gobierno de Frei tenía, desde el punto de vista de la izquierda, debilidades y vacíos obvios para quienes postulaban el socialismo como opción para el país, pero definir una posición frente a él sobre la base de una oposición total parece hoy día una perspectiva estrecha y sectaria.

Allende tuvo razón cuando en 1965, poco después del triunfo de Frei, escribió: «La Democracia Cristiana ayuntó su destino electoral en Chile al antimarxismo»(19). Efectivamente, Frei triunfó en lo que algunos han considerado una suerte de «segunda vuelta» presidencial anticipada(20), después que una elección complementaria de Diputado reveló un importante crecimiento de la izquierda sembrando el desconcierto y la desesperanza en la candidatura de la derecha. Pero, una vez en el gobierno, impulsó un diseño de «tercera vía», apoyándose en los sectores empresariales y en amplias franjas populares, separado de la derecha y de la izquierda. La reforma agraria, el impulso a la sindicalización campesina, el desarrollo de las organizaciones de pobladores fueron, entre otras medidas, «componentes de un proyecto que atacaba la unidad de las clases dominantes»(21). Se ha tendido a explicar la soledad gubernativa de la Democracia Cristiana sobre la base de un supuesto «hegemonismo», una suerte de aspiración a obviar las alianzas constituyéndolas en su propio interior, un complejo de «partido único»(22). Sin perjuicio de la eventual validez de ciertos elementos de este análisis, es indiscutible que la ruptura post electoral de la Democracia Cristiana con la derecha constituyó una victoria de su ánima popular y progresista(23) por sobre la conservadora. En definitiva fue la vocación de la Democracia Cristiana por los cambios el elemento que, más allá de su voluntad, abrió camino al triunfo presidencial de la izquierda. Tras el gobierno de Frei la votación de Allende no tuvo un aumento espectacular (977.902 votos en 1954, 1.075.616 votos en 1970) y, en términos porcentuales, disminuyó (38,6% en 1964, 36,3% en 1970). Pero, si bien la experiencia democristiana de gobierno impidió que la izquierda continuara su crecimiento, consolidó, al mismo tiempo, un centro político definitivamente anti derechista y con una voluntad transformadora apreciable.

El capítulo de las relaciones entre la Democracia Cristiana y el gobierno del Presidente Allende está aún por escribirse con rigor. Algunos tienden a remarcar las oportunidades perdidas para el entendimiento. Se recuerda que en 1971 la Democracia Cristiana habló de «socialismo comunitario» en sus acuerdos internos y que ante la elección complementaria de un Diputado por Valparaíso, en el mismo año, el Presidente Allende insinuó el apoyo de la Unidad Popular a un candidato de la Democracia Cristiana, sin que su sugerencia fuera recogida ni por partidarios ni por adversarios. También se recuerda que en aquellos momentos en que hubo la posibilidad cierta de acuerdos trascendentales, por ejemplo sobre las áreas de la economía, maniobras internas en la Democracia Cristiana los frustraron. En definitiva, la derecha tomó su revancha del apoyo humillante que entregó en 1964, logrando someter a su liderazgo, antipopular y golpista, a la oposición demócratacristiana. El análisis predominante en el Partido

Demócrata Cristiano fue considerar el pronunciamiento militar de 1973 como un acto necesario, seguido luego de un período dictatorial que desvirtuó sus fines.

La visión de la irrupción militar como un hecho puramente transicional se mostró equivocada.

Un error más en las apreciaciones demócrata cristianas sobre las Fuerzas Armadas. El reciente libro del General Prats(24), hasta ahora el único testimonio y crónica de uno de los grandes protagonistas del período 1970-1973, deja dramática constancia de este desencuentro permanente entre la principal fuerza política chilena y las Fuerzas Armadas. Establece, también, la significación singular que tuvo para los años venideros la insubordinación de Viaux en 1969, en pleno gobierno demócratacristiano. Fue ese un capítulo que tendió, también, a enturbiar aún más las relaciones entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista. Se ha achacado a este último el haber demostrado insuficiente energía para condenar a los amotinados. Los socialistas estimaron en la época que el pronunciamiento del Regimiento Tacna constituía un movimiento esencialmente corporativo que no tenía aspiraciones al poder político y que no estaba orientado a subvertir el orden institucional democrático. Siendo el único partido chileno de avanzada con una sensibilidad particular por los problemas militares, los socialistas habían establecido relaciones legítimas con sectores castrenses, especialmente durante su participación en la campaña electoral y el gobierno del General Ibáñez. Por bastantes años uno de sus principales dirigentes, varias veces Secretario General, Raúl Ampuero, había sido activo y dedicado miembro de la Comisión de Defensa del Senado. No resulta extraña en ese marco la sensibilidad socialista, orientada en esa época a evitar una separación radical, inútil y peligrosa entre civiles y militares, y a buscar una integración más efectiva del mundo militar en la sociedad chilena. La justificación no repara, con todo, el error histórico de no haber sabido medir las consecuencias para la democracia que tendría la intentona de Viaux. Es a partir de ella que se desata un ininterrumpido ciclo conspirativo en el ámbito militar chileno(25). Después de la victoria de Allende la Democracia Cristiana no contribuyó a ponerle coto cuando propuso en la discusión de las llamadas «garantías constitucionales», virtualmente despojar a la autoridad presidencial de las facultades que le habían sido propias en el nombramiento de generales y almirantes. Atribuyó así, desde el inicio, un rol de custodio de la democracia a Fuerzas Armadas, una parte importante de las cuales, había atentado sólo un año antes, según la Democracia Cristiana, contra el funcionamiento democrático del Estado. Desde altos niveles de la Democracia Cristiana, en el período final del gobierno Allende, se haría repetitiva una convocatoria anti constitucional a las Fuerzas Armadas(26). La opacidad de las circunstancias políticas actuales no permite quizá conocer la dimensión exacta del juicio que la propia Democracia Cristiana sostiene sobre sí misma, sobre sus aciertos y errores, sobre los éxitos y fracasos del período en que gobernó, y sobre las relaciones con socialistas, comunistas y otras fuerzas de izquierda durante la Unidad Popular. El pasado de ninguno justifica la omisión de los propios errores estampados en la historia. No hubo en Chile sectores situados en un plano de despropósito y evaluaciones equivocadas y otros que puedan considerarse los portadores del sentido común, representantes de la ponderación y correctores ex post de lo que la historia no quiso que ocurriera. Pudiera ser que el mal hábito de los partidos chilenos y sus militantes que los impulsa a leer sólo sus propios documentos, fuera responsable de haber omitido la lectura de análisis que revelen cómo se ve a sí misma la Democracia Cristiana(27). A riesgo de errar, parece más certero atreverse a decir que su autocrítica global pública es algo largamente esperado(28).

El gobierno militar y su curso han colocado a los rivales de ayer en la misma barricada. Pero, por sobre todo, cualquier esfuerzo honesto por imaginarse un Chile viable como nación democrática, y no como factoría extranjera al mando de sus serenos, obliga a aproximar a aquellos que ayer se combatieron. La lucha común por los derechos humanos, la reafirmación común de una vocación democrática sólida, la disponibilidad expresada por el Partido Comunista para futuros entendimientos, la franqueza con que la Democracia Cristiana se ha propuesto discutirlos, han sido pasos, aún insuficientes, en una dirección de coincidencia. Más allá de sus resultados coyunturales, de sus costos y de sus riesgos, la participación socialista en la Alianza Democrática ha constituido, hasta ahora, el gesto más valioso y significativo en la dirección de superar patrióticamente las rigideces del pasado y de no hacer de la práctica política pura proyección del dolor de las heridas o de los efluvios del resentimiento.

1. Eugenio González, discurso parlamentario reproducido bajo el título «El socialismo, único fundamento de la democracia» en *Movilización Popular para la Democracia y el Socialismo*, Ediciones Socialismo, Santiago de Chile, 1984, p. 51-53.

2 Ver Cristián Gamuri, - La historia de Chile republicano. una decadencia? Alternativas. 5. junio 1984. Santiago de Chile, pp 106-155.

3. Vicente Huidobro, «Balance Patriótico», *Acción* 4, 8 de agosto de 1925, Santiago de Chile. Reproducido en Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*. Ediciones La Ciudad. Santiago de Chile, 1981, pp. 113-120.4. Ver capítulo 8.

5. Raúl Ampuero, «Militari e politici nella crisi cilena del '73-», en Ampuero, Calamai, Murillo Viaña y Sandri, *Cile: fra Dittadura e Democrazia*, Franco Angeli, Milano, 1985.

6. Bernardo Leighton ha expresado: «La falta de mayoría en el Senado debió habernos movido a buscar algún tipo de entendimiento político para llegar a tenerla. Pienso que debimos haber buscado el entendimiento claro con los radicales. 1?s evidente, miradas las cosas con distancia, que allí estuvo una de nuestras grandes equivocaciones. Puede argumentarse que ello era difícil, pero a la luz de la tragedia vivida por la democracia chilena, pienso que hubo allí una talla grave». En Otto Boye. «Hermano Bernardo», *Análisis*, Edición Especial, Santiago de Chile, 1982, p. 42.

7. Sobre el tema ver Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, «Procesos y bloques políticos en la crisis chilena 1970-1973». *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1977.

8. Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems*. Volume 1, Cambridge University Press, Cambridge, 1976, pp. 75-77.9. Hay muy poco material publicado sobre este episodio. Carmelo Furci en *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, Zed Press. London, 1984, pp. 43-52. realiza un intento valioso de análisis, pero con fuentes insuficientes.

10. Ver capítulo 7.

11. El término fue acuñado por Zemelman y otros, op.cit.

12. Para un análisis del concepto aplicado al Partido Socialista, ver Tomás Moulián, *Democracia y Socialismo en Chile*, op. cit., pp. 84-91.13. Franz Hinkelammert. «Socialdemocracia y Democracia Cristiana», *Nueva Sociedad*, mayo-junio 1981. Caracas, pp. 155-170. sede verse: «El Partido Demócrata Cristiano y la dictadura militar», *Documentos*, in Chile-America 4-5-6-7, Roma, 1975; Ricardo Yocelvezky, «La Democracia Cristiana chilena: trayectoria

de un proyecto», FLACSO, Cuadernos de Trabajo 9, 185, y Alex Fernández Jilberto, Dictadura militar y oposición política en Chile 173-1981. CEDLA. Amsterdam_ 1495

16. Ver Tomás Moulián, «Evolución histórica de la Izquierda chilena: la influencia del marxismo», en Democracia y socialismo en Chile, op. cit.

17. Un examen exhaustivo de estas discrepancias internacionales puede hallarse en los trabajos de Heraldo Muñuz, la política internacional del partido Socialista y las relaciones exteriores de Chile», en Temas Socialistas, Eduardo Ortiz editor, VECTOR, Santiago de Chile, 1983, pp. 9-48, y «La inserción internacional de los partidos de izquierda chilenos: un análisis en la perspectiva de la redemocratización», Alternativas 3, mayo-agosto 1984, pp. 41-87.

18. Intervención de Jorge Insunza en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, agosto de 1977, reproducida en las actas de dicho pleno, citado por José Miguel Insulza, «Reflexiones en torno a la división del Partido Socialista». Resistencia Chilena 20, julio de 1979, p. 13.19. Salvador Allende, Discursos, op. cit- p. 17.

20. Genaro Arriagada. «El Sistema político chileno (un exploración del futuro)». Estudios CIEPLAN 15, Santiago. diciembre de 1984.

21. Tomás Moulián, —Dictaduras hegemónicas y alternativas populares», en Francisco Rojas editor. Autoritarismo y Alternativas Populares en América Latina, Ediciones FLACSO. San José de Costa Rica. 1982, p. 164.

22. Ricardo Yocelzky, op. cit.

23. Ver un examen de este aspecto de la identidad demócratacristiana en Bosco Parra, «Algunas cuestiones sobre el método de trabajo político del Movimiento Popular. Apuntes para una discusión». Kritica 13, segunda época, Santiago, 1983, separata, p. 3.

24. Carlos Prats, op. cit.

25. Ibid.

26. Ibid.

27. Es preciso destacar, entre la literatura reciente, el interés de intelectuales de izquierda por estudiar la Democracia Cristiana. Más allá del juicio sobre lo correcto o no de sus apreciaciones, los trabajos citados de Yocelzky y Fernández Jilberto. constituyen aportes significativos a esta línea.

28. Es justo destacar el valor que, en este plano, tiene la intervención de Radomiro Tomic ante el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, publicada bajo el título «El PDC antes y después del 11 de Setiembre». En una de sus partes expresa que «la Democracia Cristiana no puede pedir para sí el papel de Poncio Pilato en el desastre institucional. La gravitación de lo que se hace o deja de hacer, cuando se controla el 40 % del Congreso Nacional: el 30 % del electorado nacional: 32 % de los trabajadores organizados en la Central Unica de Trabajadores: 40% del campesinado y de las organizaciones juveniles chilenas: diarios.radio y television. cinco de las ocho Universidades del pais... la gravitación. digo de una fuerza politico-social publicitaria de esta envergadura. tiene efectos decisivos por sus acciones o por sus omisiones». Citado por Alex Fernández Jilberto, op. cit . pp 279-280.

12. UNA ESTRATEGIA DE COINCIDENCIA Y DESAFIO

«Tal es mi intención, mi maquiavelismo será la franqueza, si mi franqueza me trae enemigos despreciables, también me dará, espero, amigos verdaderos».

SANTIAGO ARCOS

La capacidad para aliarse

Toda alianza política es una obra de arte inestable. La alianza-se hace, por definición, entre fuerzas distintas y, por lo tanto, en ciertos aspectos, contrapuestas. Construir una alianza requiere definir su objetivo -el problema o nudo de problemas que la motiva-, reconocer claramente las diferencias que tienen las partes que concurren y posponerlas o pasarlas a un segundo plano, y concordar un programa de acción que impulse los acuerdos. La vida de la alianza no está asegurada. Su inestabilidad deriva de las cambiantes circunstancias, tales como el paso de disparidades que se había estimado secundarias a la categoría de principales, o de la modificación de la perspectiva de los aliados que pueden llegar a descubrir que, en verdad, tenían visiones demasiado contrapuestas sobre los temas que se estimaban consensuales.

Las fuerzas que se ha denominado de «avanzada social» tuvieron en el pasado un diverso grado de vocación aliancista. El Partido Radical fue el más flexible, hasta el punto que uno de sus altos dirigentes, candidato a la Presidencia de la República en 1964, definió el rol del radicalismo en la política chilena como el de un «péndulo». En la época, un pragmatismo tan descarado causó incomodidad en las propias filas radicales. Los buscadores de sistemas políticos estables postularían, quizá, que esta flexibilidad pendular constituía un activo de la democracia. Con todo, incluso después de la experiencia de las dos últimas décadas, es difícil compartir esta visión que concibe al denominado «centro» como una fuerza necesariamente ecléctica, suficientemente voluble y políticamente desinhibida. En Chile, por el contrario, la posibilidad de un futuro desarrollo democrático radica en el encuentro coherente entre el «centro» y la «izquierda». Un «centro» de pretensión salomónica o, peor aún, uno asociado a la derecha, constituiría un riesgo para un sistema político que, en el caso chileno, está y estará, objetivamente, basado en un conjunto de graves problemas sociales, imposibles de resolver de inmediato.

Para la Democracia Cristiana no han sido simples sus definiciones aliancistas. El hecho fue poco ostensible mientras constituyó una fuerza política secundaria -la época de desarrollo de la Falange Nacional- pero ha estado siempre presente en el período posterior. Postuló sola a las elecciones presidenciales de 1958 y 1970, y en 1964 aceptó el apoyo de la derecha, pero sin admitir un acuerdo programático con ella. En 1973 se vio forzada por el liderazgo social derechista a suscribir un pacto para las elecciones parlamentarias. Empero, no integró alianzas cuando fue gobierno.

El Partido Comunista ha expresado siempre, con la sola excepción de los primeros años de su historia, una amplia y decidida vocación aliancista. Ella ha estado fundada en los contenidos de su doctrina y en la necesidad de legitimación de una bandera política que ha debido permanecer en la clandestinidad casi la mitad de su existencia. La alianza partidista es, en estos casos, no sólo un dispositivo de acumulación de fuerzas para el logro de ciertos objetivos, sino además un mecanismo para ser aceptado en el mundo político establecido.

El Partido Socialista inició en 1953, después de la fracasada experiencia gubernamental bajo Ibáñez, una etapa de aguda intransigencia aliancista, expresada en la política llamada de «Frente de Trabajadores» cuya interpretación predominante restringió las posibilidades de acuerdo a los marcos de la izquierda. El análisis de la historia política contemporánea ha identificado allí el inicio de una etapa, caracterizada por que «lo popular se construía por oposición a lo antagónico (las clases dominantes, la derecha), tanto como por oposición a lo semejante, aquello que funcionaba en los límites de su campo. Así, por las contradictorias relaciones tenidas con los partidos centristas y el ibañismo,

lo popular se definió (especialmente después de 1958) en oposición al reformismo y al populismo»(1). La interpretación más restrictiva de la línea mencionada representó -se ha dicho con razón- «la redición de una estrategia basada en el principio de clase contra clase', en contraposición a la cual sin embargo, surgió históricamente el Partido»(2). Hay, pareciera, unanimidad en considerar que la destrucción del sistema institucional en que actuaron las fuerzas políticas chilenas durante cuarenta años ha creado condiciones tales que hacen preciso modificar algunos de sus anteriores comportamientos. El proceso de reconstitución democrática requiere de un grado superior de concordancia. La etapa que habrá de seguirlo no necesita menos. Pero lo irrefutable de estas consideraciones no implica que necesariamente los deseos compartidos se hagan realidad, pues son muchos e importantes los obstáculos que será preciso superar.

Algo sobre las comparaciones internacionales

El tema de la transición del autoritarismo a la democracia ha sido y sigue siendo estudiado por los científicos sociales y los políticos latinoamericanos. El último lustro, por razones obvias, ha sido especialmente fecundo en este esfuerzo. Tanto en los trabajos académicos como en el debate entre y en el interior de los partidos se recurre a menudo a las comparaciones internacionales. En el caso de Chile la complejidad y sofisticación del sistema político anterior a 1973 inducen, a veces, a la búsqueda de experiencias útiles en la realidad europea, caracterizada por la existencia, a partir de la post guerra, de formas democrático-representativas avanzadas. Por otra parte, la proximidad geográfica y cultural, la común problemática social y económica, y la similar ubicación en el panorama internacional, invitan a las comparaciones con países de la propia América Latina.

La licitud y necesidad de estos ejercicios comparativos está fuera de duda(3). No obstante, la percepción de una cierta tendencia, inconsciente la mayor parte de las veces, a abusar de las semejanzas y a menospreciar las diferencias, hace necesaria una prevención sobre los riesgos. Especialmente cuando las comparaciones de Chile con otros casos se realizan siempre o casi siempre con procesos de una transición democrática en principio exitosa por, al menos, haberse efectuado o estar en curso de efectuarse. Pero hay también casos en que dicha transición no ha sido posible permaneciendo bloqueados los mecanismos que ponen en marcha su dinámica. En algunas experiencias ya finiquitadas hay un muy largo período previo en que la transición, no obstante haber sido la aspiración de las fuerzas y sectores sociales democráticos, simplemente no se puso en marcha como proceso político dinámico.

Induce al optimismo la espectacular transición a la democracia en España, después de la muerte de Franco. Pero induce a un cierto pesimismo constatar que sobrevino luego de cuarenta años de dictadura y sólo después de su fallecimiento. Tiene sin duda interés el análisis del último decenio, en que, en definitiva, culminó el proceso. Mas, lo tiene también el período anterior para explicarse por qué no ocurrió antes la transición. En este caso no es legítimo presumir que el estudio de los factores que la hicieron posible explican su tardanza en iniciarse por el simple expediente de interpretar a contrario sensu, es decir, constatar su inexistencia o insuficiencia. La historia no es el producto mecánico de determinados factores, más bien cada momento es una concurrencia factorial singular. Y en la mayor parte de esos momentos de las historias ajenas es factible encontrar algún elemento útil y clarificador, aunque en ninguno se hallará un modelo o una receta. De allí que la redemocratización de varios países de América Latina en los años recientes, siendo para Chile un fenómeno importante por su efecto como tal en la situación chilena, no constituye necesariamente una tendencia que lo incluya entre los beneficiados. Menos aún puede otorgarse este carácter al fenómeno de erradicación de las dictaduras en Europa, ocurrido en la década última. De la misma manera, la búsqueda de modelos reconstituyentes del sistema político en las experiencias mencionadas, sólo puede brindar aportes indicativos.

En la Europa Central la democracia se reconstituyó luego del término de una guerra de carácter mundial que alteró los equilibrios universales de fuerzas, repropuso tareas y modificó profundamente las realidades en que actuaban las grandes tendencias políticas. Surgió en la post guerra una nueva forma de Estado, el «Estado de bienestar» o «Estado social», vinculado a un período de auge del capitalismo que habilitaba márgenes suficientes para acuerdos sociales de largo alcance. En ese marco se lograron formas de «pactos democráticos» en los Países Bajos y otro tanto, con las particularidades de su situación geopolítica, en el caso de Austria, superando un pasado de tensiones. Ambas experiencias han sido recientemente analizadas con una perspectiva chilena(4). Claramente se trata de una búsqueda de indicaciones para la reformulación de un sistema político democrático y no para la conducción de la transición. Con el mismo propósito se han realizado discusiones sobre los casos francés, portugués e italiano. Las Constituciones francesa y portuguesa, con un régimen presidencial particular en que la Presidencia comparte poderes, en un cierto esquema de equilibrio, con la institución del Primer Ministro, tradicionalmente propia de un sistema parlamentario puro, presentan características de interés para la reconstrucción de una propuesta institucional. En el caso de Francia la «segunda vuelta» electoral y el establecimiento de «premios» para los partidos mayoritarios en las elecciones, a fin de constituir mayorías parlamentarias fuertes, son también instituciones dignas de estudio y consideración. En el caso de Italia, quizá si aquello que más llama la atención para el observador interesado en los parangones con Chile es un hecho más bien político que estrictamente jurídico: concretamente las formas que ha tomado a través del tiempo el entendimiento demócratacristiano-socialista, que dio nacimiento en la década de los sesenta al llamado «centro-izquierda» y, en la actualidad, al gobierno «pentapartítico» con Primer Ministro socialista, excluyendo, en ambos casos, al Partido Comunista y preservando la hegemonía democristianas.

Más que la Europa Central ha sido, pues, la Mediterránea el área geográfica que ha despertado el mayor interés, no tanto por las particularidades institucionales recién mencionadas, sino por el desplazamiento de las dictaduras por gobiernos democráticos en España, Portugal y Grecia. Por una parte el grado de similitud cultural con los dos primeros países y, por otro, el éxito político relativamente inmediato de González y Guerra, Soares y Papandreu, que ha constituido a sus partidos -el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Socialista Portugués y el Movimiento Socialista Panhelénico- en las fuerzas políticas mayoritarias y actualmente en ejercicio del poder, justifica la atención que suscitan estas experiencias. No con ánimo pesimista sino con espíritu de realismo, es preciso no olvidar que los tres países se hallan insertos en una realidad política y económica internacional absolutamente diversa a la chilena. Los tres han ingresado en los últimos años en la Comunidad Económica Europea, consagrando en definitiva su ligazón natural con la Europa Central poderosa y atractiva. En los tres se había ya gestado una modificación en sus estructuras económicas y en su cuadro de clases sociales que convertía el problema de la democratización y «europeización» en un anhelo de los propios sectores que habían sido cómplices de los regímenes autoritarios(6). Por último, y no por ello menos significativo, la dictadura española duró cuarenta años antes de gestar su propia transformación, y cuando lo hizo fue en un cuadro social y económico radicalmente distinto, en que España había vivido un importante auge económico y una extensión del consumo moderno que había beneficiado, si no a toda, a una parte importante de la población(7). En Portugal la dictadura se mantuvo poco menos y se desgastó, en su

periodo final, en una guerra colonial sin destino que hizo germinar un espíritu democrático en sectores significativos de sus Fuerzas Armadas. En Grecia, una aventura militar descalificó a Papadopoulos y su régimen en tal forma que le fue imposible seguir gobernando.

Los casos latinoamericanos, por más próximos, son aún mejor conocidos. Son también más recientes y es imposible hasta ahora predecir con algún grado de certeza la forma final en que cada proceso habrá de decantarse. Observados desde una perspectiva chilena es preciso constatar desde ya algunas diversidades, ya sea en la forma que adquirió la presencia militar en los respectivos gobiernos, en el carácter más o menos institucional o más o menos personalizado de la participación de las Fuerzas Armadas, en el grado y extensión de la represión y en la sustentación social de cada régimen. Argentina, Brasil, Nicaragua Uruguay, constituyen, cada uno, un caso específico y particular. Abundar en las diferencias entre cada situación y la chilena sería ocioso. A pesar de ello hay una disparidad que pareciera cardinal y que vale la pena repetir una vez más: el autoritarismo en Chile se hizo gobierno propinando, con decisivo apoyo exterior, una derrota política, apoyada en el aplastante uso de su poderío militar, a las fuerzas de la izquierda. En Chile, dichas fuerzas habían postulado y estuvieron próximas a realizar una transformación de sentido socialista que tenía un extraordinario apoyo de masas. Después de una experiencia tal y de su derrota completa, la tarea de recuperación democrática resulta muchísimo más compleja y difícil.

El examen de los casos y situaciones señaladas constituye, así, un aporte, aunque siempre parcial, al análisis de la problemática chilena. En Chile existe una asincronía entre la amplitud y estabilidad de la alianza social necesaria y las condiciones económicas objetivas del país. La existencia de una contraposición parcial de intereses entre los sectores medios con acceso a relativamente altos niveles de consumo moderno y los sectores sociales obreros, campesinos o marginales, continúa siendo, hoy con más dramatismo que ayer, uno de los datos objetivos del problema chileno. Es en esta área, la del grado de contraposición de intereses sociales, donde las experiencias europeas se muestran más limitadas para aportar a nuestra realidad y donde las experiencias latinoamericanas pueden ser más útiles. En cambio, es en el área de la política propiamente tal, de la esfera de la búsqueda y desarrollo de concertaciones entre fuerzas con representatividad social, donde muchos de los casos señalados, de Europa o América, ofrecen especial interés.

Porque la constatación de -la estrechez de los grados de maniobra en el plano de los intereses sociales materiales, constituyendo un hecho objetivo, está lejos de ser, en sí misma, una interpretación, una orientación política o un indicador del camino a seguir. Quedarse con el dato de las contradicciones materiales entre los eventuales partícipes de una alianza social y atribuirles un carácter irresoluble induce a una de dos opciones. La primera, conservadora, reducir el espacio democrático y el sistema político partidista estableciendo un régimen autoritario que zanje los conflictos de manera dictatorial y arbitraria. La segunda, izquierdista, elevar la contradicción a eje de una política cuyo propósito único e inmediato sea conquistar la dirección del Estado para impulsar desde allí la satisfacción de los intereses de los sectores desposeídos. La primera requiere el autoritarismo y la represión militar, la segunda una guerra popular. Las dos son respuestas que, aunque no equivalentes en su legitimidad moral, se enmarcan en una lógica bélica y minimizan los espacios de acción de la política.

Hay una tercera que, estimando un dato de importancia central las contradicciones materiales objetivas, no las considera fatalmente determinantes y se propone, precisamente a través de la política, concordar propuestas y acciones que se funden en una auténtica confrontación democrática.

Bases de un acuerdo de largo plazo

Es evidente que un sistema político está siempre estrechamente relacionado con un cierto perfil estructural de la sociedad. Las condiciones que impone una determinada estructura de la propiedad y de las clases sociales constituyen un marco que constriñe, que coloca cotas y límites, a la configuración del Estado. Pero es también innegable que, dentro de esos límites, las formas políticas pueden adquirir expresiones bastante variadas. Si no fuera así estaríamos simplemente condenados a renunciar a la política y a resignarnos a los efectos que la estructura irradie hacia los sectores sociales y sus representaciones. Frente a un economicismo extremo que pareciera ver todo determinado por la esfera de las relaciones materiales, que algunos analistas explican la mayor parte de las veces como expresiones de fenómenos universales que se superponen a la vida de las naciones pequeñas y relativamente atrasadas, se trata de reivindicar las posibilidades no despreciables de la política como expresión de voluntad colectiva.

En Chile, incluso en el Chile empobrecido, endeudado y en crisis que existe hoy día, ello es posible si las fuerzas que se ha denominado «de avanzada social» se imponen ese esfuerzo no de voluntarismo, sino de voluntad. Dos conceptos están en el centro de este empeño. El primero, la idea del acuerdo sobre valores fundamentales. El segundo, el consenso alrededor de la imperiosa necesidad de crecimiento económico y la distribución justa de sus frutos.

El concierto en torno a valores es hoy más posible que ayer. La descomposición moral que ha signado el período actual, la pragmática arbitrariedad de los gobernantes, el criterio del beneficio material que ha inspirado modelos de economía y sociedad vigentes en los últimos doce años, ha provocado, sin quererlo, convergencia hacia metas comunes entre quienes -organizaciones políticas de orientación cristiana, laica o marxista, iglesias y sindicatos- comparten una misma tradición solidaria y humanista, aún siendo diversa su fundamentación filosófica. Quizá si el tema de los derechos humanos sea el hilo conductor más evidente de esta comunidad de ideas y de acción. Derechos civiles y políticos, sociales y económicos, todos ellos flagrantemente violados durante los años crueles y estériles del autoritarismo, son un punto de encuentro fundamental de las fuerzas políticas y sociales democráticas. Es esta concordancia básica la que puede y debe inspirar la segunda: el impulso en común a un adelanto material que, orientado hacia un estilo de vida diverso al que ofrece como modelo la sociedad desarrollada contemporánea, con su consumismo desenfrenado y su tendencia al desperdicio y a la destrucción del entorno natural, permita ir atendiendo progresivamente las necesidades sociales más urgentes. Un crecimiento que no puede estar destinado a hacer más ricos a los ricos, ni tampoco a elevar a niveles incompatibles con la condición estructural del país las condiciones de vida de quienes han alcanzado ya un patrón aceptable de satisfacción material, sino a mejorar la condición de los sectores marginados, brutalmente explotados y condenados por la estrechez de las condiciones materiales a una vida sin horizontes ni perspectivas de desarrollo social o personal.

No es el propósito de estas páginas analizar a fondo estas dos cuestiones que han sido y están siendo sistemáticamente examinadas por los distintos actores sociales y políticos(9). La intención es reseñar cómo, si son aceptadas, ellas imponen a los protagonistas políticos y sociales una óptica de acción y relación diversa a la del pasado.

Un acuerdo de largo plazo para la consolidación de la democracia chilena implica aceptar al menos los tres conceptos siguientes como rectores de la acción política: la aspiración a una hegemonía compartida y no monopolizada; el énfasis en la búsqueda de coincidencias en un marco de antagonismo, sin sacrificar el valor y la realidad de las

diferencias; y una relación entre las fuerzas políticas concordantes en que cada una considera a las demás simultáneamente como receptoras y productoras de desafíos recíprocos. Este último elemento pareciera, a primera vista, contradictorio con los dos anteriores. En el pasado de la política chilena la coincidencia significaba «unidad», la «unidad» obligaba a resolver por «unanimitad», la «unanimitad» exigía de cada fuerza un comportamiento «no intervencionista» respecto de las otras. En ese contexto, una crítica era una agresión, un desafío político o ideológico, un ataque.

Un acuerdo de largo plazo, tan amplio como nunca ha existido en Chile, no puede sostenerse sobre las bases del pasado, ni puede significar el disfraz o la negación de los perfiles particulares. Un acuerdo no puede implicar la renuncia de ninguna fuerza al objetivo estratégico que la define.

Para que ello sea posible la política requiere de la máxima transparencia.

«Mi maquiavelismo será la franqueza», expresaba Santiago Arcos en carta a Francisco Bilbao, hace más de un siglo(10). La franqueza de los socialistas puede hacer una contribución importante a los propósitos planteados.

Una política socialista de responsabilidad nacional

Los fabricantes de estrategias conciben la fuerza propia y la ajena en una determinada ubicación que las relaciona en el tablero político constituyendo lo que un ajedrecista llamaría «posición». Pero es la práctica, viva y a veces inesperada, la que determina, en definitiva, el funcionamiento recíproco y global de las fuerzas políticas. El rol privilegiado de la práctica concreta de la política por sobre los ejercicios especulativos no implica necesariamente que sea preciso prescindir de estos últimos. Uno de estos ejercicios es siempre indispensable: toda fuerza que no sea un puro grupo pragmático y oportunista concibe, anticipadamente, un futuro para sí misma y un futuro para las demás, es decir, un cuadro posicional válido para un horizonte razonable. Sin esa prefiguración no habría referentes, ni principios, ni criterios para hacerse eficaz y honestamente parte de la continua e interminable coyuntura. Existe, pues, en este caso para los socialistas, y también para sus aliados o adversarios, la necesidad de concebirse a sí mismos y, así, concebir un futuro.

En el interior de los propios socialistas tres parecieran ser, en definitiva, las prefiguraciones que se expresan en tendencias actuales. La primera es concebirse de manera muy semejante a lo que fue el socialismo en el pasado. Como tal, reproducción apenas modificada del pretérito, es una opción llamativa para el sentido común reflejo. El pasado es real (o, más bien, lo fue) y es, por lo tanto, conocido. Se trata de un modelo que fue posible y que demostró un grado significativo de viabilidad. Es un modelo simple, probado, que fue mucho mejor que el presente oscuro y difuso, y que no requiere de especiales esfuerzos imaginativos. Su apelación es directa y tiene como basamento sólido el sentido de identidad común de los socialistas y la sensación vital de pertenencia, vigorizada en los últimos doce años por la natural y positiva reacción de reafirmación del humillado y perseguido.

Pero, se trata, en el fondo, de un puro formalismo. El pasado es, por definición, irreplicable -Marx sostuvo en frase abundantemente citada, completando a Hegel, que los grandes hechos históricos aparecen dos veces: una vez como tragedia y la otra como farsa- y no puede dar cuenta de los desarrollos sobrevinientes. Trozos del pasado, que efectivamente subsisten, son piezas que no calzan en el rompecabezas del porvenir. Los pasos hacia atrás son «pasos perdidos». Como en la novela de Carpentier que lleva ese nombre, los paisajes se hallan «trastornados», los puntos de referencia han sido «barridos» y los «informadores han mudado el semblante...»

Una segunda perspectiva explícita es la desarrollada en las primeras reflexiones de la dirección socialista clandestina vaciadas en un extenso documento en marzo de 1974. Su esencia es la reconstrucción del socialismo como un partido más centralizado y homogéneo y más próximo a la ortodoxia de origen leninista. Para esta visión «la historia del socialismo chileno ha sido desde el punto de vista teórico un permanente esfuerzo por desarrollar su pensamiento dentro de los parámetros indicados, enfatizándose en su primer período la lucha contra las influencias anarquistas y social-demócratas, y más recientemente, el combate contra los resabios del trotskismo y otras tendencias ultraizquierdistas, así como contra nuevas formas de expresión de ideas revisionistas que cuestionan aspectos fundamentales del marxismo-leninismo...»(11). El desarrollo partidario se concibe como un proceso de decantación permanente orientado a la conservación de un bastión de pureza doctrinaria basada, pareciera, en la existencia de una verdad absoluta en materia teórica y de un ideal absoluto en materia orgánica. La esencia de este planteamiento, y su significación, constituyeron el motivo central de la división socialista de 1979(12).

La tercera visión -en la que se inscriben las ideas expresadas en este libro- se plantea la reivindicación histórica del socialismo y su renovación, entendida como capacidad de percibir y canalizar nuevos fenómenos culturales y sociales. Concibe una fuerza socialista construida hacia el futuro, capaz de convertirse en eje de irradiación. Esta fuerza, a través de relaciones de concurrencia y de unidad con los sectores cristianos y laicos del centro político y con el área de definición comunista, debe aspirar a una participación igualitaria y a un rol conductor en la constitución de un movimiento nacional por los cambios, democrático, amplio y mayoritario. Para ello es preciso construir un partido que logre una adhesión cuantitativa y cualitativa superior a la obtenida en el pasado y que sea capaz de asumir un rol de unidad social y política para impulsar las transformaciones que garanticen en el país la democracia, la libertad, la justicia y la equidad social.

Esta visión no es compatible con la simple existencia de una fuerza política accesoria, ya sea que su accesoriad se exprese como la resurrección, en condiciones nuevas e inapropiadas, del esquema de «eje socialista-comunista», o como la de fuerza acompañante de un «centro-izquierda» de hegemonía democristiana. Se trata de construir, en una práctica política concebida como una lucha inagotable por ir ganando democráticamente espacios de hegemonía, un proyecto socialista diferenciado. El desarrollo de esta opción ofrece, como nunca antes, la posibilidad de recuperar permanentemente para el socialismo el valor de la libertad que algunos ideólogos de la derecha, en su mayoría marcada hoy por su complicidad con el régimen vigente, pretendieron alguna vez monopolizar. Esta línea de acción socialista no requiere sólo la propia renovación, sino que persigue también la renovación del conjunto del espectro político democrático, proceso que, en su devenir, podrá ir haciendo más factibles acuerdos más profundos de trascendencia nacional. Es éste, además, el curso que puede atraer hacia las filas de los que luchan por el socialismo a importantes masas populares que hasta hoy no se reconocen en postulados de ese carácter. Es, en consecuencia, el camino complejo y difícil, como todo aquello que encierra una aspiración trascendente, para profundizar la democracia y avanzar hacia el socialismo con perspectivas de éxito.

Se trata, en fin, de una estrategia de coincidencia y desafío. Coincidencia en las grandes tareas nacionales que son comunes. Desafío para precisar con algunos aliados potenciales la idea de autonomía del camino chileno, la relación con los bloques político-militares internacionales, el carácter del compromiso con la democracia, el rol y límites de la acción que se atribuye al Estado, la naturaleza del socialismo a que se aspira. Y con otros, las complementariedades

y contradicciones entre la idea de comunitarismo y la de socialismo, la naturaleza dinámica y abierta del sistema democrático, la lucha contra el militarismo, el autoritarismo y el imperialismo.

La expresión de una opción propia no es sinónimo de sectarismo o de inconsciencia sobre la necesidad de entendimientos con otras fuerzas. Por el contrario, está planteada como precondition para que sea sólido un gran acuerdo nacional logrado sobre la base de la transparencia de propósitos, coincidencias y diferencias de cada participante. Uno de los desafíos más difíciles de la política, quizá el que motiva que a veces se la califique como un arte, es ser capaces de perfilar la singularidad de una opción de largo plazo respondiendo simultáneamente a las exigencias de cada día. Se trata, para el socialismo chileno, de compatibilizar dos requerimientos: por una parte, mantener su propio perfil como real alternativa para dirigir la democracia chilena hacia el socialismo. Por otra, ejecutar su política con un ejemplar sentido de responsabilidad nacional. Ni los textos de teoría ni los avances de la computación podrán resolver el problema planteado. No hay fórmulas elaboradas para enfrentarlo. La responsabilidad, por otra parte, no es exclusiva, y dependerá de las disposiciones y actitudes de las otras fuerzas la forma específica con que se aplique una política como la reseñada. Dentro de este marco grueso, constitutivo de los límites de principio en que se mueve una fuerza socialista en las condiciones de Chile, la acción política requerirá una flexibilidad máxima y el rechazo a toda hipoteca apriorística que limite las opciones legítimas disponibles.

Complejos son los desafíos planteados al socialismo chileno. Para asegurar el porvenir no basta con no repetir los errores pretéritos. Es preciso enfrentar asuntos nuevos, desconocidos o imprevistos. Para esta tarea, la idea de reproducir el pasado purgándolo de sus faltas es una guía insuficiente. Hay que rescatar lo que permanece y renovar lo superado.

1. Tomás Moulián, «Dictaduras hegemónicas y alternativas populares», op. cit., p. 172.

2. Pío García, «El Partido Socialista: crisis y perspectivas», Cuadernos de Marcha 6, México, marzo-abril de 1980, p. 45. En el mismo trabajo García ubica los orígenes de la línea de «Frente de Trabajadores» en el surgimiento del denominado «inconformismo» dentro del Partido Socialista, en la época del Frente Popular. El «inconformismo» se escindió, constituyó el Partido Socialista de Trabajadores y se integró, pocos años después, al Partido Comunista. «A juicio de los 'inconformistas' la directiva del partido había olvidado 'que la sociedad está dividida en clases antagónicas e irreconciliables; que (el marxismo) propugna la transformación de la propiedad privada en colectiva' y la necesidad de 'una dictadura' transitoria de trabajadores organizados», según Fernando Casanueva y Manuel Fernández Canque, El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile, op. cit., p. 138.

3. Una útil revisión crítica de los diversos análisis sobre el autoritarismo europeo y latinoamericano puede hallarse en Enrique A. Baloyra, «La transición del autoritarismo a la democracia en el sur de Europa y en América Latina: problemas teóricos y bases de comparación», en Julián Santamaría compilador, Transición a la Democracia en el Sur de Europa y América Latina, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1982. Un intercambio entre chilenos y protagonistas de diversas experiencias europeas puede hallarse en Lelio Basso, Max Diamant, Eduard Groenveld, Alfonso Guerra, Daniel Meyer et. al., La Lucha del Pueblo Chileno y las Experiencias de Unidad Antifascista y Restauración Democrática en Europa, Institute for the New Chile, Rotterdam, 1979.

4. Alejandro Foxley, Para una Democracia Estable, CIEPLAN-Aconcagua, Santiago, 1985, pp. 54-57.

5. La historia política italiana presenta rasgos de interés especial para los socialistas chilenos, por las complejas e intrincadas etapas de las relaciones de los socialistas italianos con la Democracia Cristiana y el Partido Comunista. Serían muchos los argumentos para demostrar que no se trata de situaciones equivalentes o asimilables en alto grado. Desde el punto de vista chileno la sensibilidad socialista del extinto Lelio Basso, resulta de extraordinario interés. Buena parte del acontecer socialista italiano de post-guerra es analizado por Basso en la introducción de su obra póstuma, Socialismo e Rivoluzione. Feltrinelli, Milano, 1980.

6. Ver Nikos Poulantzas, Las Crisis de las Dictaduras, Siglo XXI, México, 1976.

7. Un aporte chileno sobre el tema es el estudio de Carlos Huneeus, «La transición a la democracia en España. Dimensiones de una política consociacional», en Julián Santamaría compilador, op. cit.

8. Sobre el tema ver Eugenio Tironi, op. cit., pp. 73-83.

9. Dos importantes contribuciones recientes son los trabajos de Oscar G. Garretón, Propuesta para un Nuevo Chile, Ed. La Fragua, Buenos Aires, 1985, y de Alejandro Foxley, Para una Democracia Estable, op. cit.

10. Santiago Arcos, Carta a Francisco Bilbao, enviada desde la cárcel de Santiago el 29 de octubre de 1862. En Alejandro Witker, Chile: Sociedad y Política. Antología. Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

11. Clodomiro Almeyda, «El marxismo en Chile (II)», Araucaria 16, Madrid, 1981, p. 38.

12. Ver el «dossier» de Fernando Murillo, «La crisis del socialismo chileno», Chile-América 54-55, Roma, junio de 1979.

13. LA DEMOCRACIA COMO ESPACIO Y LIMITE DE LA ACCION POLITICA

«Todo lo que el liberalismo de nuestros días ha hecho por los pobres se reduce sustancialmente a la instrucción y al sufragio; esto es, a ilustrarle para que conozca mejor sus miserias y a armarle para que pueda exigir por sí mismo el remedio de sus males. Sorprenderse del apareamiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades».

VALENTÍN LETELIER

La democracia indócil

En el Chile que transitaba entre el siglo XIX y el XX nadie captó como Valentín Letelier la contradictoria naturaleza de la evolución histórica de la democracia. Muchos decenios después de Letelier alguien ha señalado que el liberalismo entró en crisis porque amenazaba convertirse en democracia. En torno a esta contradicción esencial, que ha subsistido ya casi siglo y medio, propia de esa singular conjunción, se han expresado diversas líneas de pensamiento. Una rescata la perspectiva liberal asociada al capitalismo, fundada en la adhesión a las leyes del mercado, a costa del sacrificio de la otra concepción posible: «igual libertad efectiva de todos para usar y desarrollar sus capacidades»(1). Su resultado es un conjunto variado de visiones que van desde las modernas de la democracia neocorporativa hasta aquellas que postulan formas «restringidas», «limitadas» o, más claramente, «protegidas». Otra línea de pensamiento renuncia a toda ascendencia liberal para postular la identidad o fusión de la «democracia» con el «socialismo». Para esta tendencia, la forma más democrática de gobierno es la «dictadura del proletariado», en la medida que es una expresión política de relaciones de producción donde ha sido eliminada la apropiación privada del producto social(2). Una tercera forma de aproximación al problema consiste en plantearse de manera crítica la relación no simple -

como la historia lo ha probado con exceso a veces inquietante entre algo que se denomina «democracia» y algo que se denomina «socialismo». Es esta última la que inspira las reflexiones que siguen(3).

La «democracia» fue siempre, desde los griegos, un sistema de gobierno identificado con la plebe, los desheredados, los miembros de los escalones más bajos de la sociedad, los de abajo. Después de la Revolución de 1848 en Francia, que dio lugar al nacimiento de la llamada Segunda República, la clase burguesa allí triunfante sancionó la conjunción que hasta hoy algunos han pretendido inseparable, que dio lugar al concepto de «democracia liberal». El liberalismo, especialmente sus implicaciones económicas, era, en cambio, la doctrina burguesa mucho antes que lo fuera la doctrina democrática. La burguesía, motor del desarrollo capitalista, era liberal porque requería la libertad del mercado, y se hizo democrática para establecer reglas contra la nobleza y la oligarquía desplazadas, a fin de sancionar en la esfera política su poderío económico. De paso reconoció derechos políticos a las clases subordinadas que constituían ya un actor destacado de la lucha antimonárquica. Así, esquemáticamente expresado, se constituyó una contradicción infranqueable para la democracia liberal: la doctrina democrática, basada en la igualdad de todos los seres humanos y aspirante a hacer plena su libertad como personas, se convirtió en un diseño de gobierno para una sociedad no igualitaria, escindida en clases sociales. La representación histórica de este hecho contradictorio ha tenido formas y momentos diversos. En los países modernos de capitalismo desarrollado una determinada expresión de la democracia ha podido sostenerse varios decenios, y expandirse territorialmente en el último, por la fuerza de la alianza entre la clase trabajadora organizada y sectores de la burguesía, alianza que ha sido favorecida por coyunturas excepcionales generadas por dos grandes guerras que provocaron en todo el continente europeo amplias movilizaciones nacionales. En países como los latinoamericanos, la subsistencia de formas democráticas ha sido más bien rara: la clase gobernante allí constituye una minoría que se ha impuesto a las inmensas mayorías pobres y marginadas. La paradoja se hace, pues, viva en plenitud y, en definitiva, esa minoría se ha rendido, durante largos períodos, a la evidencia de su imposibilidad para gobernar de una manera democrática.

Es, sin embargo, un hecho histórico que el capitalismo y la democracia liberal se han desarrollado juntos. Así, el capitalismo es el único sistema que, hasta ahora, ha convivido con la democracia política. La convivencia ha sido transitoria y conflictiva. Son pocas las sociedades capitalistas que pueden denominarse democráticas(4) y resulta cada vez más evidente que la contradicción apuntada entre los dos conceptos, se agudiza en la medida en que el sostenimiento de la pretendida vocación democrática del capitalismo afecta las posibilidades de su propia reproducción. La competencia perfecta es un modelo abstracto y el capitalismo evoluciona efectivamente hacia la constitución de grandes conglomerados económicos, cuyas relaciones con el conjunto de la sociedad no se establecen ni a través de la libertad del mercado ni a través de la libertad electoral. El capitalista requiere conservar, como instrumento fundamental, el control sobre la producción. Pero, cuando compra en el mercado la fuerza de trabajo ofrecida por los trabajadores, no resuelve el problema de cómo convertirla en trabajo concreto. La cuestión de cómo administrar la producción -básico para la realización del beneficio- es, pues, un problema político de poder entre el capitalista y el trabajador que no admite, para la reproducción del sistema, una solución democrática. Por último, las propias condiciones políticas de la reproducción capitalista se han complicado: en el centro de la crisis del «Estado de bienestar» moderno está la constatación que, después de ciertos límites, la redistribución social genera el fenómeno de estagnación capitalistas.

Históricamente, la regla general ha sido que las clases trabajadoras luchan por la expansión de la democracia y las propietarias por su limitación o desaparición. No es extraño, entonces, que se califique a la democracia como «subversiva». La concepción democrática tiende, por definición, a subvertir la idea tradicional del poder como un flujo que opera desde arriba hacia abajo. Y, además, la democracia abre compuertas para que se hagan evidentes sus propias limitaciones o insuficiencias. Por eso Valentin Letelier, con su agudeza de espíritu, constataba hace ya noventa años que, «habitado a gozar de la popularidad a pulmones llenos, el liberalismo se ha sentido a la vez decepcionado y desorientado. Ingenuamente se había imaginado que para captarse a firme la voluntad del pueblo, le bastaba darle libertades, derecho a sufragio e instrucción; y para él ha sido motivo de dolorosa sorpresa la repentina esquividad de los obreros»(6).

Conceptos y tipos de democracia

En abstracto pueden distinguirse dos ideas o conceptos de democracia. Uno es la concepción de la democracia como «meramente un mecanismo para elegir y autorizar gobiernos o en alguna forma hacer leyes y tomar decisiones políticas», el otro la idea de democracia como una «calidad que impregna toda la vida y funcionamiento de una comunidad; como un conjunto de relaciones recíprocas entre la gente que compone una nación»(7). En una u otra familia es posible situar algunas de las varias definiciones de democracia. En la segunda caben definiciones como las siguientes: «socialización solidaria» o «participación general en el orden y el destino de la colectividad»(8); «forma de vivir en la que cada hombre es, de algún modo, soberano de su existencia»(9); «poder del pueblo»(10). En la primera se ubica la controvertida visión según la cual la democracia es «un conjunto de reglas que permiten la más amplia y segura participación de la mayor parte de los ciudadanos, sea en forma directa o indirecta, en las decisiones políticas, esto es en las decisiones que interesan a toda la colectividad». Estas «reglas del juego» son básicamente las que se refieren a la existencia de los derechos políticos, el peso igual de todas las opiniones, el voto libre, la existencia de alternativas reales, el principio de la mayoría numérica y el respeto a los derechos de la minoría. Desde esta perspectiva, un sistema puede denominarse democrático cuando es un «sistema de poder en que las decisiones colectivas, esto es las decisiones que interesan a toda la colectividad (grande o pequeña) son tomadas por todos los miembros que la componen»(11).

Es esta definición de democracia, que pudiera llamarse «técnica», la que se ha asociado en la práctica histórica con el liberalismo. Esa asociación presenta dos fases de un mismo problema, que es útil examinar por separado. La primera es el proceso por el cual la minoría que domina en la sociedad establece o admite que se establezca un orden político democrático. La segunda es, una vez establecido éste, cómo evitar que el acondicionamiento social, determinado por las fuerzas que las respectivas partes de la sociedad representan según su posición económica y en las relaciones recíprocas de clase, desvirtúe, distorsione, anule o pervierta la aplicación efectiva de las reglas del juego antes mencionadas.

Es el debate en torno a esta segunda cuestión el que plantea un conjunto de contraposiciones conceptuales bastante conocido pero no por ello menos complejo. Se trataría que la democracia no lo fuera sólo en el nombre sino que estuviera fundada en bases sólidas, que no fuera «nominal» sino «real». Que no se desvirtuara en las múltiples y a veces alucinantes mediaciones imprescindibles en una sociedad moderna, que no se finiquitara en ser «representativa» para preferenciar, cuando fuere posible y eficaz, el ser «directa» y, por lo tanto, más «participativa». La democracia -se sostiene- no debe agotarse en la pura esfera de lo «político» y debe penetrar en el ámbito de lo «social». No ser

puramente «formal», una suerte de disfraz igualitario construido para encubrir tremendas desigualdades y sostener su perpetuación, y ser, en cambio, «sustantiva». La gran alternativa ideal que se presenta, bajo diversas formas, en estas contraposiciones es entre una democracia que se considera ultimada en la concesión del sufragio, una democracia «liberal» y una democracia que penetra a fondo en las distintas esferas de la vida colectiva, no sólo en las políticas, y que se funda en la vigencia generalizada del principio de igualdad en la vida común, una democracia «socialista». Como es fácil percibir, no son dos modelos claramente delimitados o contrapuestos frontalmente, sino opciones genéricas en que el producto concreto dependerá de la forma específica en que se supere cada contraposición. En este esquema, claramente, la democracia «liberal» es una democracia no suficientemente madurada, en la medida en que permanece presa de su contradicción inicial no resuelta.

En este punto es preciso precaverse de la identificación fácil entre estos dos ideales de democracia y las dos familias de definiciones que se proponían anteriormente. Si se hiciera tal identificación, dos cuestiones fundamentales serían pasadas por alto en el análisis: la primera, si debido a sus insuficiencias, la democracia liberal con sus reglas del juego debiera ser descartada absolutamente y, por consiguiente, desestimada toda posibilidad de su transformación en una democracia socialista. La segunda, si ésta requiere o no un conjunto de normas básicas similares, o posiblemente iguales, a las que se aplican, incluso con nominalismo o como formalidad, en una democracia liberal.

Desde el punto de vista que aquí se ha ido configurando resulta evidente que los contenidos de la democracia socialista sobrepasan la pura definición de las reglas del juego de una democracia política. Por lo tanto, la idea de una democracia socialista cabe exclusivamente en la familia de conceptos de democracia que otorgan a ésta un contenido amplio, abarcador de toda la vida social, que la identifican con una cierta forma de vida en común. Y, por otra parte, la democracia liberal, asociada a su base capitalista y, por lo tanto, no igualitaria, pareciera no tener potencialidad suficiente como para asimilarse, en ninguna de sus formas, al concepto amplio y no puramente técnico de democracia. Lo que no queda resuelto es lo que pudiera llamarse el problema de la autosuperación o flexibilidad de la democracia liberal y el de su supervivencia en una democracia socialista.

¿Importan las reglas del juego?

Desde un punto de vista socialista dos son los reproches más tenaces que se han hecho a la democracia liberal: el ser representativa, es decir, establecer mecanismos intermedios -el Parlamento el esencial- entre las decisiones finales y sus titulares básicos, el pueblo, de una manera tal que la voluntad de esos titulares no resulta necesariamente expresada, sino que se agota en un mecanismo de delegación. La otra objeción es su formalismo. Esta última, especialmente, ha tendido a inducir la idea que, siendo formal, no tiene por tanto valor ni significado, es una pura apariencia.

A estas alturas de la experiencia histórica, incluida la de los chilenos, la idea anterior resulta prácticamente indefendible. Efectivamente las reglas del juego constituyen una formalidad en cuanto, como se ha señalado, configuran una hipótesis de igualdad que no existe en la vida real. De allí a que esa formalidad no tenga significado, media una tremenda distancia: la que hay entre que exista o no un recurso efectivo de habeas corpus, entre que se organicen o no elecciones libres con voto igual, secreto e informado, entre que se autorice o no la existencia de corrientes políticas organizadas, etc. Cuando la democracia formal deja de existir, el capitalismo no es sólo dominación económica y sujeción social de la mayoría sino que a ello se agrega la autocracia, con el consiguiente sello de despotismo y arbitrariedad. La dominación capitalista se hace más transparente y también más dura, y las reglas del juego pueden apreciarse, entonces, como una conquista que no es una condición del capitalismo sino una concesión del capitalismo a sus críticos u opositores. «No fue el capitalismo, sino más bien una incesante lucha contra el capitalismo la que le confirió a la democracia formal un valor universal»(12). Sin embargo, la concesión de la democracia formal, según algunos, estuvo basada en un supuesto clave: «el concepto de una democracia liberal llegó a ser posible sólo cuando los teóricos -primero unos pocos y luego la mayoría de los liberales- encontraron fundamento para creer que 'un hombre, un voto' no constituía peligro para la propiedad, o para la continuación de sociedades divididas en clases»(13).

¿Será, entonces, la lucha de las clases trabajadoras por la democracia formal una lucha de objetivo limitado que derrota por sí misma el logro de objetivos más ambiciosos? ¿Si la democracia formal es el límite máximo que admite el capitalismo para, al intentarse sobrepasarlo, convertirse en dictadura, tiene algún sentido para quienes aspiran a una transformación socialista invertir esfuerzo y energía en la democracia formal?

La experiencia histórica no es particularmente optimista, pues «nos ha demostrado hasta ahora que un sistema socialista surgido de una manera no democrática (esto es por la vía revolucionaria o por la conquista) no logra transformarse en un sistema político democrático, nos demuestra también que un sistema capitalista no se transforma en socialista democráticamente, esto es a través, del uso de todos los recursos de participación, de control y de libertad para disentir que permiten las reglas del juego democrático»(14). Precisamente la posibilidad de desmentir la experiencia histórica fue lo que dio real excepcionalidad al intento socialista que encabezó Allende.

El debate está lejos de estar resuelto. Los textos clásicos de Marx y Engels no contienen una indicación unívoca que pudiera, para quienes gustan de aceptar la consagración de las ideas por su apoyo en ellos, zanjar la compleja cuestión». La historia con su legado de experiencias plantea una contradicción difícil de resolver. La opción, en último término, habrá de depender del análisis concreto de la situación histórica y de la adhesión a ciertos criterios no sólo políticos, sino también éticos y culturales.

Quienes preconizan una revolución política del tipo de la revolución burguesa en Francia en 1789, para sustituir la democracia de los propietarios por una de proletarios, exhiben a su favor algunos éxitos logrados en la conquista del poder estatal, una significativa hoja de vida en términos de sus logros igualitarios, y una gran frustración en su capacidad de mantener vigentes las reglas del juego democrático con toda su carga de significados. Se hará alguna referencia más extensa a estas cuestiones en el capítulo siguiente.

Aquellos que han rechazado la necesidad o conveniencia de una revolución del tipo indicado no pueden exhibir la prueba del éxito, en el sentido que, aunque en ciertas instancias o esferas han logrado tensar al máximo los contenidos de la democracia liberal, no han conseguido un «desborde» de sus límites para poder afirmar con propiedad que han establecido una democracia socialista. Modernamente ha tenido importante desarrollo la línea que atribuye el fracaso de esta perspectiva no a la esencia de las cosas, sino a una deficiencia en el impulso al proceso de democratización. La acción de la familia socialdemócrata del movimiento obrero habría confiado en exceso en la evolución y poco en la lucha. La socialdemocracia sería, en el fondo, reo del delito de «democracia insuficiente» ya que, conformándose con plantear significativas exigencias al capitalismo no ha intentado efectivamente superar sus límites de clase.

Una democracia profunda y extendida

Una estrategia de profundización democrática ha sido planteada en diversas versiones¹⁶. Los rasgos comunes podrían sintetizarse como sigue.

Está en la base de la estrategia de profundización la crítica a la concepción de democracia como una pura técnica para autorizar gobiernos, es decir, como simplemente reglas del juego formalmente establecidas¹⁷. Es más, el propio conjunto de normas tradicionales no puede considerarse como estático y pudiera eventualmente ser extendido a otras áreas más allá de la estrictamente política. Se postula así una potencialidad expansiva de los fines de la democracia y se concibe ésta como un núcleo germinal de ideas que la práctica histórica habrá de enriquecer. El problema central es cómo la demanda democrática, en la realidad de hoy estrechamente asociada a una profunda insatisfacción con las condiciones materiales, sociales y culturales de los estilos vigentes de vida y desarrollo, se expresa también en demandas socialistas y cómo éstas se manifiestan democráticamente (19).

Dos son las líneas principales de acción que se postulan. La primera es la concepción ampliada del o los espacios de la democracia. La segunda la necesidad de generar mecanismos democráticos de base, embriones o núcleos de democracia directa, generadores de una mayor participación, para, en definitiva, por esta vía establecer un condicionamiento básico a los mecanismos insustituibles de la democracia representativa.

En el hecho, lo que comúnmente se denomina democracia, en cuanto mecanismo de adopción de decisiones, pareciera agotarse en la esfera política. Interpretada esta esfera en sentido estricto -y es esa la interpretación establecida- permanecen fuera de su alcance una serie de ámbitos de evidente trascendencia para la comunidad. Para comenzar con sólo tres: los mecanismos de acumulación económica que son determinados, en definitiva, por las grandes empresas; la administración pública que desarrolla modos propios y autónomos de funcionamiento, y los aparatos armados y policiales que se rigen por sus propias normas, jerárquicas por definición y, de manera creciente, cada vez más secretas. A ellos es posible agregar aún otros elementos o factores de indudable importancia. La gran empresa ha tendido en los más importantes países capitalistas a convertirse en transnacional y en los más débiles o pequeños a ser absorbida o subordinada por una que es transnacional. De esta manera, importantes mecanismos de decisión económica relativos a la inversión, al empleo, el cambio tecnológico y la inducción del consumo, no sólo propenden a escapar al control democrático por haber sido excluidos de él, sino ahora, porque el proceso de toma de decisiones escapa incluso a las fronteras del país. En el plano de la ideología, la educación y los medios de comunicación son generamente objeto de escaso control democrático y tienden a regirse, en muchos casos, por lógicas de mercado o simplemente empresariales. Los medios de comunicación privados responden a lógicas individuales o de los grupos propietarios. Los avances tecnológicos en materia de comunicaciones que permiten, crecientemente, una transmisión de ideas, palabras e imágenes con gran fluidez internacional, plantean un desafío gigantesco a las posibilidades de democratización en esta área. Y todo ello sin mencionar las demandas democráticas -de igualdad, pura y simple- que dicen relación con la situación relativa de la mujer con respecto al hombre, como individuos sociales y como miembros de una comunidad llamada familia. No es poco lo que se precisa democratizar...

En la estrategia en referencia, un primer paso es la multiplicación de los espacios de lucha de modo que la idea democrática adquiera una potencialidad superior capaz de conmovir -en el sentido de plantearle desafíos vitalizadores- a la sociedad en su conjunto.

La multiplicación de los espacios de democratización induce necesariamente una mayor participación, cuantitativa y cualitativa. No puede haber una opinión democrática sobre el sistema educacional sin los profesores, los padres y los estudiantes. No puede existir un criterio de control democrático de los medios de comunicación sin la opinión de los trabajadores que los producen, de quienes los crean, los periodistas, y de quienes los utilizan, sus usuarios. Mientras la idea radical de la sustitución de la democracia representativa por una forma de democracia directa (los consejos, los soviets) constituía la postulación fundamental de las teorías políticas socialistas, especialmente basadas en el análisis de Marx de la Comuna de París, la corriente moderna que postula la vinculación estrecha entre democracia y socialismo, plantea la imposibilidad de reemplazar los mecanismos representativos en un esquema democrático, pero, al mismo tiempo, la exigencia de combinarlos o condicionarlos con formas de democracia de base que funcionen efectivamente.

Los límites que asume esta posición, como riesgos aceptados, de su apuesta democrática, no son muchos pero son realmente tales. En verdad, es uno: el consenso de la mayoría⁽²⁰⁾. El desafío democrático es concebido como «una competencia general que puede desembocar en la integración político-cultural de una clase obrera definitivamente asimilada, o puede surgir como la propuesta de una candidatura general alternativa, política y cultural»⁽²¹⁾. La democracia y sus reglas del juego pasan a constituirse en un test para las clases sociales, pues «las constriñe a someter sus propios programas particulares a la prueba de una validez general»⁽²²⁾. Desde cualquier punto de vista que se los examine, constituyen límites serios, especialmente cuando los asume aquel sector de la sociedad que se encuentra marginado del excluyente y exclusivo derecho de propiedad que desequilibra, sin disimulo, las discutidas reglas del juego...

Es una ventaja grande la que conceden a sus adversarios los partidarios de esta formulación de la relación entre democracia y socialismo. Y, sin embargo, ¡cuánta renuencia para aceptar el desafío!

Violencia y democracia

La democracia es una forma no violenta de procesar los conflictos sociales y políticos.

Bajo este prisma la democracia aparece, una vez más, como una eventualidad compleja y excepcional. La historia es testigo del uso sostenido de la represión social como forma de resolución de los conflictos políticos. La guerra, brutal y destructiva por definición, ha fustigado la vida del hombre. Con fines demagógicos y puramente propagandísticos los autoritarismos modernos denuncian la violencia de sus opositores, generalmente asociándola a la idea socialista. Marx y sus continuadores son exorcizados por «promover la violencia» y «predicarla». Un hombre tan realista como Maquiavelo, autor del primer texto moderno de ciencia política, El Príncipe, reconocía la posibilidad de la represión en el ejercicio del gobierno y, es más, la recomendaba. Las modernas sociedades liberales tuvieron su acta de nacimiento formal en dos documentos que cristalizaron el resultado de dos sangrientas revoluciones: la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, producto de la guerra de independencia contra Inglaterra, y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, surgida de la Revolución Francesa. Marx no había nacido todavía...

Las breves reflexiones anteriores no pretenden justificar la violencia como método, su elevación a categorías morales inmerecidas ni su difusión en Chile como forma de lucha por la democracia. A veces la constatación histórica tiene una suerte inmerecida: sirve para confundir el presente y justificar cualquier futuro. Al fin y al cabo todo lo que ha pasado en el mundo es por definición historia y ha ocurrido de todo... La historia como justificativo legitimaría la

guerra y el genocidio, la traición y el engaño, la explotación de un ser humano por otro y la venta de uno por otro cual si fuera mercancía... De lo que se trata es de desarrollar una visión crítica de la historia, examinarla con mirada problemática, y lograr de ella una óptica. realista que contribuya a pensar caminos de superación humana.

La mayoría de los individuos consultados sobre el tema, responderían seguramente pronunciándose contra la violencia o la repudiarían como acción propia, en principio. El ser humano en su vida personal aprende a distinguir entre formas, tipos, grados y significados de la violencia propia y de aquella que se le aplica directamente. Resulta inolvidable aquel personaje de una novela de Graham Greene que esperaba que la agresión de que fuera víctima se realizara mediante un arma y no mediante el puño humano para no sentir la doble humillación causada por el dolor y por el hecho de constatar que él era provocado directamente por un semejante que utilizaba para ello su propio cuerpo, sin usar intermediación alguna.

Algo similar ocurre con la violencia social. Si democráticamente se quisiera resolver su uso o su erradicación el ser humano contemporáneo votaría mayoritariamente por suprimirla. Y, sin embargo, existe. Es importante no hacerla a toda equivalente, distinguir sus grados y ocasiones, discutir su legitimidad y su eficacia.

Es este un tema que han abordado todas las doctrinas filosóficas humanistas, y hasta las formulaciones más requirentes han dejado siempre un espacio a la excepción. Tal es el caso de pensadores y luchadores políticos como Santo Tomás, Ghandi y Maritain, por citar sólo algunos(23). De inmediato, el debate sobre el punto deriva a una discusión sobre si esas condiciones existen o no, debate diverso a si la violencia social es o no admisible.

La importante tendencia que postula la «no violencia» -importante también en el Chile de hoy- cumple un rol primordial al reafirmar la preferencia, en circunstancias equivalentes, por el método no violento frente al violento. Este aserto, en apariencia abstracto y genérico, tiene sin embargo, implicaciones importantes en ámbitos políticos en que la violencia propendió a ser consagrada como «la» forma de lucha por excelencia, la única revolucionaria y eficaz. Hasta hace no mucho, sectores de izquierda en Chile postulaban categorías para las formas de lucha y, dentro de ellas, consideraba la violencia como una forma «superior». No ha sido ésta la tradición predominante, pero minoritariamente existía. Más difundida es la convicción fanática que impulsa a los practicantes de la violencia de derecha cuya tradición terrorista ha asolado no sólo nuestro país y se ha enquistado en los aparatos estatales. En este cuadro la preferencia ética por la no violencia es una contribución valiosa. Pero de ella no puede inferirse una condenación moral indiscriminada que, además, coloca el tema de la violencia en un plano equivocado.

La adopción por el Partido Comunista de una línea que no descarta el uso de formas violentas de lucha para lograr el restablecimiento de la democracia en Chile ha abierto un debate ya amplio y, a veces, amargamente confuso. Los sostenedores de esta nueva postura tienden a centrar la discusión en la moralidad del uso de la violencia y en su legitimidad en las circunstancias actuales. Los críticos han sido proclives a utilizar el recurso de condenaciones genéricas al Partido Comunista, uno de cuyos motivos sería su postulación por la violencia. Se entiende bien porqué quienes defienden la nueva posición comunista se inclinan a fundarse en los dos aspectos señalados. Efectivamente, en las condiciones de Chile y después de doce años en que la sociedad en su conjunto -algunos sectores mucho más que otros- han sufrido la violencia aplicada desde el gobierno, no cabe una condenación moral a quienes postulen la utilización de formas violentas para erradicar la causa evidente de la que ya existe. Desde el punto de vista de la legitimidad, no es difícil argüir que se trata de una violencia efectivamente «defensiva» o «de respuesta» y que constituye una réplica menos que proporcional, hasta ahora, a las que la motiva.

En cuanto a quienes condenan esta línea, algunos de ellos hacen del tópico uno más de un conjunto de objeciones que levantan para descalificar al Partido Comunista como aliado eventual en el período actual y en el post autoritario. El examen de la historia política de los últimos años arroja muy serias sospechas de incoherencia en la posición mencionada. Por una parte, no se utilizó igual vigor para condenar la violencia ejercida por los actuales gobernantes cuando se hicieron del poder y en el período siguiente. Por el contrario, muchos de estos mismos críticos justificaron públicamente los hechos de violencia -el más vistoso, entre muchos otros, el deceso del Presidente constitucional de la República en un bombardeo aéreo y un asalto con tanques e infantería al palacio de La Moneda- sosteniendo su inevitabilidad para obviar así daños mayores al país. Por la otra, la actitud de condenación al Partido Comunista y la suerte de ciudadanía de segunda clase que se le reserva -se postula reconocer sus derechos democráticos, pero no se le considera apto para ejercer funciones parciales de gobierno- es una repetición de una posición sostenida reiteradamente antes que el Partido Comunista anunciara, en setiembre de 1980, su decisión de utilizar formas armadas de lucha.

El tema de la violencia opositora no puede resolverse ni al puro nivel de la discusión filosófica ni ser utilizada como complemento para reafirmar ideas preconcebidas. Es demasiado serio como para eso.

Son dos los planos en que la postulación comunista parece ser dramáticamente errada y peligrosa: el de su eficacia y el de sus consecuencias futuras(24). En cuanto al primero, el sólo hecho que surja, como ocurre a veces, incertidumbre o confusión sobre quienes son los autores de determinados actos de violencia, si el gobierno o la oposición, debería ser suficiente para arrojar una sombra de duda sobre la real eficacia y el verdadero beneficiario de esa política. Pero, más importante aún, tal método está alejado de las tradiciones de lucha' de masas del pueblo chileno y su utilización tiende a retraer la movilización social generalizada. Las formas superiores de lucha en la situación chilena son las que tienen la capacidad de aglutinar al mayor número de personas y de abrir para cada una un espacio de participación, según su propia circunstancia, decisión y posibilidad. Son superiores, en la coyuntura chilena, aquellas formas de lucha más democráticas, en cuanto mayoritarias y participativas.

En lo que se refiere a sus consecuencias futuras, sería imposible predecirlas con precisión. Pero hay la obligación de expresar responsablemente las que se preveen. La violencia es una espiral y experiencias muy próximas demuestran que cuando se desarrolla, no respeta límites, ni humanos, ni sociales, ni morales. Corroe a una sociedad y la coloca bajo el asedio del terror. Esta vez no del terror del Estado autoritario y opresivo, sino de un terror compartido, curiosamente, por quienes lo combaten practicándolo y por quienes son su fuente de origen. Si la violencia se prolonga y organiza, la política se convierte en guerra y los principios políticos son sustituidos por los criterios militares de ambos bandos. Cualquiera sea el que triunfe, la huella de sangre que resta tras ellos es indeleble y la democracia, por la que se luchaba, se hace aún más problemática.

Hay un sólo hecho positivo en la situación planteada que, siendo un pobre consuelo, es preciso mencionar porque los caprichos de la historia pudieran hacerlo relevante quizá en el futuro. Para apreciarlo, sin embargo, se requiere primero una puntualización, por así decir, metodológica: los partidos políticos son instituciones nacionales, en el sentido que no representan sólo a las clases o grupos sociales, a los intereses o aspiraciones que los movilizan y organizan y dan vida. Esas clases y grupos, esos intereses y aspiraciones, son también parte de un país, de una nación, de una conciencia colectiva por conflictiva que ella sea y por graves que sean sus contradicciones internas.

Así ocurre mientras esas contradicciones son procesables de manera democrática, es decir, mientras los actores de ellas han resuelto someterse a reglas preestablecidas, desafiarse mutuamente y acatar los resultados. Desde esta óptica, la polémica circunstancia actual en torno al tema de la violencia en la lucha por la democracia y los debates producidos, permiten apreciar mejor el significado y dimensión de la tradición comunista chilena como pilar indispensable de ese edificio nacional. La raigambre popular del Partido Comunista es un hecho innegable. En los decenios últimos entre uno de diez chilenos a uno de seis chilenos se reconocieron en el Partido Comunista, y la democracia chilena, con todas sus limitaciones y defectos, tuvo en el Partido Comunista un sostén indiscutible. Quienes objetan en su historia su adhesión fiel al movimiento comunista internacional y su aprobación a formas y métodos no democráticos en otras latitudes, apuntan a un hecho real, a elementos contradictorios de su identidad. Todos los partidos los tienen y lo que importa, desde un punto de vista nacional, no es simplemente exhibirlos sino contribuir a que los superen. Siempre ha pesado sobre el Partido Comunista esta suerte de hipoteca internacional. Por una parte ha valorizado su peso político, por una supuesta extensión de su representación. Por la otra lo ha situado en una posición marginal de legitimidad política, transformándolo en un socio interesante para apoyar o para sostener a otros, para prestar su fuerza a terceros. Lo que no es posible negar es que en su actuación pública el Partido Comunista exhibe una práctica democrática intachable que constituye uno de sus grandes capitales. No es una casualidad, sino un producto de su propia forma de nacer y de crecer. Su fundador, Luis Emilio Recabarren, escribió una vez: «La violencia aplasta pero no convence y el vencido espera la ocasión para vengarse» (25). La tesis de la combinación de formas de lucha violentas con la movilización social de masas es incorrecta. La primera afecta negativamente a la segunda, cataliza la atmósfera en un sentido diverso al requerido para que la acción de masas dé todos sus frutos, polariza la sociedad en bandos pequeños que, en definitiva, imponen sobre una mayoría aterrorizada la ley de la fuerza de las armas. La opción, pues, es inevitable para organizaciones y personas. Se trata de una responsabilidad de las que, con razón y no por pura retórica, se denominan históricas.

La violencia contra la democracia

Si la violencia con el fin declarado de reestablecer la democracia no siempre puede justificarse, la violencia para subvertir la democracia no tiene base alguna de legitimidad. Sin embargo, el ejercicio de la violencia contra la democracia ha sido un recurso permanente de los sectores privilegiados, cuando se han sentido frustrados respecto a sus expectativas o han sentido la sospecha ya sea de una amenaza directa, ya sea de la simple posibilidad de una futura amenaza a sus derechos como propietarios.

La historia de América Latina abunda en ejemplos que avalan esta conclusión. Con la sola excepción del abatimiento de la democracia en Chile en setiembre de 1973, los innumerables golpes de estado habidos en América Latina han sido siempre el resultado de una confrontación entre alternativas políticas que no ponían en cuestión el régimen capitalista, pero que sí contraponían una visión autocrática a una democrática. El recurso a la violencia ha sido siempre el arma preferida de la ultra derecha latinoamericana. Y es preciso hacer notar que la democracia de la que se trata en la mayor parte de la historia del continente y en la mayoría de los países, fue una democracia limitada que difícilmente podría pasar la prueba de los requisitos mínimos establecidos en las ya tantas veces mencionadas reglas del juego.

Han sido sus limitaciones, que la han convertido muchas veces en una farsa, las que han motivado una convocatoria de izquierda a abatir por la fuerza el Estado y a renunciar al camino democrático. Nadie podría negar la legitimidad de esta convocatoria en muchísimos casos, entre ellos en las dos revoluciones triunfantes en la segunda mitad del presente siglo, la cubana y la nicaragüense. No existía en ambos países ni siquiera una farsa democrática. En otros casos, en que las condiciones políticas y socioeconómicas eran diversas, la experiencia comprobó trágicamente lo inconducente de una violencia de signo revolucionario. Brasil, Argentina y Uruguay en los decenios últimos constituyen suficiente testimonio.

El movimiento socialista puede temer con razón de las insuficiencias y rigideces de la democracia y, muy especialmente, de su fragilidad frente al embate de las minorías privilegiadas. Nada puede temer de su vigencia y, menos aún, de su extensión y profundización. La democracia política, con sus reglas mínimas, se basa en una igualdad supuesta que, en el régimen capitalista, se demuestra palmariamente irreal en el plano de la economía y la sociedad. El condicionamiento que esta desigualdad impone en el plano político constituye una desventaja indudable para quienes postulen utilizar los mecanismos de la democracia para ir superando sucesivamente los límites anti igualitarios en que ella pretende ser establecida. Sin embargo, las clases privilegiadas aceptan con dificultad esa democracia «mínima», a pesar de ser las beneficiadas por la ventaja estructural. Así, la democracia es un desafío de los pobres a los ricos, un reto a los propietarios y no a los proletarios.

Estos últimos conceden básicamente dos ventajas que pudieran denominarse «posicional» y «arbitral». La primera está determinada por la colocación relativa de las fuerzas en el tablero. Se parte de una situación en que las reglas del juego se aplican por igual a rivales que son diferentes, ya que unos -los dominados- están negativamente condicionados por la operación de los mecanismos económicos y sociales que, en cambio, favorecen a los dominantes. La partida se juega siempre, desde la primera movida, en una situación de desigualdad de las partes.

La ventaja «arbitral» está constituida por la infinitamente mayor posibilidad de los dominantes de poner término a la partida por el simple expediente de volcar el tablero y anular toda regla, cuando su curso, no obstante la primera ventaja, no les es favorable. Cuando esto ocurre la experiencia histórica indica que, a veces, se reconstituye el marco anterior, pero ahora con una disposición material y una ventaja posicional aún superior a la previa en favor de los dominantes.

Estas ventajas son de la esencia de la situación y para otros «juegos» o formas de enfrentamiento entre las partes es posible imaginar también un conjunto de desventajas para los dominados. La vía armada, por ejemplo, implica la necesidad de remontar una superioridad militar a veces avasalladora por parte de los sectores dominantes. De esta manera, los argumentos contra la estrategia de profundización democrática son, a menudo, válidos también para otros tipos de diseño. Por ejemplo, se sostiene que los sectores dominantes no permitirán nunca que la profundización culmine y los despoje de su sitial privilegiado y que, por tanto, en cuanto avizoren la posibilidad de que ello acontezca recurrirán al ejercicio de su ventaja arbitral. Es evidente que igual argumento vale para cualquier estrategia en una situación definida por las mismas características básicas. Si se supone por principio que concurren dos condiciones, una, la perfecta capacidad de análisis y previsión de los dominantes y, dos, la absoluta fluidez para que puedan ejercer sus ventajas de la esencia de la situación, no hay forma alguna de modificar ésta.

Se trata de, en un proceso complejísimo, minimizar la ventaja posicional del adversario y constituir situaciones en las que le sea imposible o de alto costo intentar el uso de la ventaja arbitral. Lograr estos objetivos implica

confrontaciones permanentes y rupturas que constituyen alteraciones a la estructura de la situación y que, en la vida social, no siempre son inocentes y a veces pueden generar violencia.

No es posible sostener la estrategia de profundización como propuesta de valor universal. En determinadas coyunturas históricas en que rigen ciertas mínimas condiciones democráticas, es ese el terreno en que podrá batirse con más éxito el movimiento socialista, aún en desventaja y aún corriendo los riesgos comprobados que representa la fragilidad de los regímenes democráticos, especialmente frente a la intervención foránea y a las tendencias autoritarias y militaristas. Es una opción que aunque no asegura el éxito -ninguna posee esa maravillosa condición de perspectivas superiores para el horizonte socialista al librarlo de los condicionamientos que en él induce la violencia, y preserva y desarrolla, al mismo tiempo, las tradiciones de convivencia civilizada que, arrasadas una y mil veces en la historia humana, sobreviven sin embargo en la conciencia de los hombres como una aspiración de las más caras.

Algunas reflexiones sobre la democracia en Chile

Cada generación tiene su propia experiencia y su especial óptica para entender los momentos y cualidades de la historia chilena. Aquella de los nacidos durante el curso de la última Guerra Mundial, despertó a la actividad política en la segunda mitad de la década de los cincuenta. A partir de entonces y hasta 1973, le correspondió vivir el período más dinámico y expansivo de la democracia chilena. Un doble y contradictorio sentimiento embargaba su visión. Por una parte, un cierto orgullo por un Chile que era islote en un mar de dictaduras que inundaba el continente, y en el que partidos y sindicatos, organizaciones estudiantiles, campesinas y poblacionales, practicaban internamente formas de democracia y confluían a un escenario nacional con reglas del juego político cada vez más perfeccionadas. Por la otra, un cierto desprecio por una democracia insuficiente que hacía a todos iguales en el momento del voto, pero era incapaz de hacerlos iguales en otras instancias y esferas de su vida.

De una u otra manera, ambos sentimientos tenían un fundamento profundo que sólo la trágica historia reciente ha permitido descubrir con alguna claridad.

Cuando la situación se ha revertido y Chile constituye un islote de dictadura en un continente en que, trabajosamente, la democracia pareciera querer establecerse por doquier, un recóndito sentimiento de vergüenza ayuda a comprender el orgullo secreto por el modo civilizado de vida de los chilenos que sentían los jóvenes hace veinticinco años. Cada país adquiere mediante su experiencia un cierto sentido de la democracia que configura una demanda. La de Chile hoy día proviene precisamente de sus ancianas tradiciones de civilidad. Las definiciones de los teóricos resultan innecesarias o hasta incómodas. Democracia era cuando no había tortura o si la había se producía un escándalo nacional. Democracia era cuando el derecho a huelga era reconocido y practicado y, si pretendía violársele, trabajadores y partidos organizados se movilizaban. Democracia era cuando las vidas cobradas por una represión -a veces admitida por los gobiernos, pero nunca justificada- se pagaba -a bajo precio, ciertamente- con la renuncia de los gabinetes, las acusaciones parlamentarias, la investigación relativamente imparcial de los jueces, y la protesta callejera masiva y responsable. Democracia era cuando no había «desaparecidos»...

Y, sin embargo, era una democracia sólo «representativa», en muchos aspectos «formal», reducida casi siempre al ámbito estrictamente «político». La discriminación de sexos que excluía a la mujer del derecho a sufragio, se mantuvo en Chile más allá que en otros países latinoamericanos. La exclusión de los analfabetos terminó sólo en 1970. El cohecho constituyó una práctica centenaria contra la cual fue preciso poner en marcha un conjunto complejísimo de regulaciones sobre dónde, cuándo y cómo votar. No sólo, pues, la democracia pecaba de formalismo, sino que incluso desde ese punto de vista podía ser objeto de legítimas críticas²⁶. Era, precisamente, por su formalismo y por las imperfecciones de ese formalismo, una democracia que demostró ser demasiado frágil para las tareas que la historia le impuso realizar.

El difícil progreso de la democracia chilena fue a parejas con el avance social de los trabajadores. Nunca éstos contabilizaron tantos logros sociales y materiales como durante la vigencia de la democracia, nunca han estado tan despojados de derechos y sufrido tanto retroceso en sus niveles de vida como bajo el autoritarismo. Existió en Chile una conciencia nacional democrática, por sobre la constatación de sus limitaciones, en las capas mayoritarias de la sociedad chilena. Los proyectos transformadores levantados por la Democracia Cristiana y la izquierda se nutrieron ambos de esta tradición democrática del pueblo.

No obstante, era esta una tradición que convivía con fuertes núcleos de autoritarismo, más fuertes de lo que se imaginó en la época. Al mismo tiempo era una tradición problemática, trabada por las limitaciones de quienes aspiraban a sintetizarla en proyectos globales. El radicalismo fue capaz durante su experiencia de gobierno de enlazar el desarrollo democrático con importantes pasos en la modernización de la estructura económica del país, al menos de la asociada al desarrollo industrial, pero no fue capaz de elaborar un proyecto que trascendiera estos límites y diera respuesta a otras demandas que surgían con fuerza. La Democracia Cristiana, intentando superar esta limitación, se planteó un proyecto más profundo de cambio social que generó fenómenos de superación de la democracia formal establecida y alentó aspiraciones de más alcance. No fue nunca capaz de resolver la relación entre democracia y transformación social, al comprender imperfectamente que la dinámica de la segunda traería aparejado un conjunto de demandas que pesarían directamente sobre la primera. La izquierda, que tanto hizo en su historia por el desarrollo democrático, no superó una visión funcional de la democracia, concebida como un instrumento que, en las particulares circunstancias de Chile, podía ser eficaz para la conquista del poder político. No pudo realizar la indispensable tarea consolidadora de ir afirmando los espacios ganados y alcanzar otros nuevos. Para hacerlo era indispensable colocar detrás de cada objetivo una voluntad nacional mayoritaria.

Hay, pues, una tradición democrática común que cada corriente política adquirió y expresó a su propia manera y que fue capaz de derrotar, y lo ha sido hasta hoy, las tendencias antidemocráticas existentes en embrión en todas ellas. Es una tradición que tiene imperfecciones a cuya superación cada uno puede y debe contribuir, para convertirla en patrimonio nacional común. Esta tradición no es monopolio de los partidos. Muchas páginas podrían escribirse, por ejemplo, sobre el aporte del movimiento sindical al desarrollo democrático⁽²⁷⁾. La vocación democrática llegó a imbuir al conjunto de las instituciones de la vida chilena, incluso las Fuerzas Armadas. No en vano Prats escribió: «La nueva `democracia chilena` debe construirla una sociedad humanista, cuya potencialidad reside en la colaboración solidaria entre la mayoría de los miembros de la comunidad a través de mecanismos legales que posibiliten una gran movilización nacional, afianzadora de las libertades democráticas y neutralizadora de la violencia»⁽²⁸⁾.

Los socialistas chilenos poseen también su propia tradición. Eugenio González y Salvador Allende son dos de sus grandes exponentes. Es preciso, una vez más, reivindicarla y ser postulantes a ocupar el primer lugar en la lucha y defensa de los principios democráticos que, en el pensamiento de los nombrados, están en estrecha relación con la idea del socialismo. No es este elemento una pura expresión de deseo en el mundo tal cual hoy existe. La democracia ha vuelto a ser, en las condiciones actuales, aspiración de los desposeídos y de los más numerosos. Es una real

- posibilidad que, tal como el último siglo presenció la conjunción del liberalismo con la democracia, el que viene sea testigo de la conjunción de la democracia con el socialismo.
1. C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford University Press, Oxford, 1977, p. 1.
 2. En esta perspectiva ver Orel Viciani, «La democracia y el proceso revolucionario», *Revista Internacional Praga*, mayo de 1984, pp. 74-78. Una visión crítica sobre la relación entre el leninismo y la democracia puede hallarse en Waldo Fortin, «El difícil camino de la democracia», *Plural 1*, Rotterdam, abril-junio de 1983, pp. 7-18.
 3. Sin perjuicio de otras referencias que se señalan más adelante, ellas deben mucho a los trabajos de C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, op. cit., y *Democratic Theory. Essays in Retrieval*, Oxford University Press, Oxford, 1973, y a los, no siempre coincidentes con los anteriores, de Norberto Bobbio, *Quale Socialismo. Discussione di un'Alternativa*, Einaudi, Torino, 1976, e *Il Futuro della Democrazia. Una Difesa delle Regole del Gioco*, Einaudi, Torino, 1984.
 4. Góran Therborn, «The rule of capital and the rise of democracy», *New Left Review* 103, London, May-June 1977, y «The travail of Latin American democracy», *New Left Review* 113-114, London, January-April 1979. Ver también de Samuel Bowles y Herbert Gintis, «Le poing invisible», *Le Monde Diplomatique*, París, 12 de julio de 1978.5. Samuel Bowles y Herbert Gintis, op. cit.
 6. Valentín Letelier, «Los pobres», *La Ley* 433, Santiago, 1 de enero de 1986. Reproducido en Alejandro Witker, Chile: Sociedad y Política, op. cit.
 7. C.B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, p. 5.
 8. Max Adler, citado por Umberto Cerroni, *Teoría Política y Socialismo*, Ediciones Era, México, 1976, p. 75.
 9. Aldo Zanardo, «Nuestra idea del socialismo y la democracia», en Manuel Azcárate, Christine Bucí-Glucksmann, Francis Cohen et. al., *Vías Democráticas al Socialismo*, Editorial Ayuso, Madrid, 1980, p. 49.
 10. Agnes Heller, «Le passé, le présent et le futur de la démocratie», en Agnes Heller y Ferenc Feher, *Marxisme et Démocratie. Au-delà du «socialisme réel»*, Maspero, París, 1981, p. 221.
 11. Norberto Bobbio, *Quale Socialismo?*, pp. 42 y 72.
 12. Agnes Heller, op. cit., p. 224.
 13. C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, p. 10.
 14. Norberto Bobbio, *Quale Socialismo?*, p. 18.
 15. Las formulaciones de Marx y Engels sobre el tema han sido extensamente analizadas y desde ángulos muy diversos. Una apreciación crítica de sus limitaciones puede hallarse en las obras citadas de Bobbio. Un intento de interpretación que abre espacio a una teoría política de la democracia y el socialismo se encuentra en Umberto Cerroni, op. cit. Un sugerente análisis de los postulados democráticos de Marx y, en especial, de una de las «reglas del juego», la del principio de mayoría, ha sido intentado por Monty Johnstone, «Marxism and respect for the will of the majority», ponencia presentada a la Mesa Redonda Internacional El marxismo hoy: situaciones, problemas y perspectivas, realizada en Cavtat, Yugoslavia, octubre de 1982.
 16. Con las serias limitaciones ya examinadas en capítulos anteriores la «vía chilena al socialismo» constituía una estrategia de profundización democrática. En el período más reciente hay en el pensamiento político de la izquierda un intento de replantear la idea de la profundización. Entre otros, ver Carlos Altamirano, *Ocho Tesis para una Definición del Socialismo Chileno*, París, mimeo, 1981; Jaime Gazmuri, *Conversando en Voz Alta*, Editores Contemporáneos, Santiago, 1983; Tomás Moulián, *Democracia y Socialismo en Chile*, op. cit., y Oscar G. Garretón, *Propuesta para un Nuevo Chile*, op. cit. La estrategia de profundización ha tenido una extensa elaboración en el marxismo europeo. Aunque no exclusivamente, ha sido el italiano, entroncado a la tradición gramsciana, perfilado en la acción política por las contribuciones de Togliatti y Berlinguer, y apoyado en la elaboración teórica de sus intelectuales, aquel que con mayor persistencia ha planteado esta línea que constituye su política oficial. En la izquierda española destacan las contribuciones de Fernando Claudín, entre ellas *Eurocomunismo y Socialismo, Siglo XXI*, Madrid, 1977.
 17. Es preciso puntualizar que el propio Bobbio, que en el área de pensamiento socialista ha sido el principal sostenedor de la tesis de la democracia como conjunto de reglas del juego, señala como valores permanentes representados por éstas la tolerancia, la no violencia y la fraternidad. *Il Futuro della Democrazia*, op. cit., pp. 27-28.
 18. Nicola Badaloni, «Una transizione democratica al socialismo», *Rinascita*, Roma, 12 de febrero de 1982, pp. 29-30.
 19. Enzo Faletto, «Socialismo y democracia», *Cuadernos de Marcha* 15, México, setiembre-octubre de 1981, p. 49.
 20. Un análisis de este límite se examina en Norbert Lechner, *La Conflictiva y Nunca Acabada Construcción del Orden Deseado*, FLACSO, Santiago, 1984.
 21. Umberto Cerroni, «La democrazia como problema della società di massa», *Rinascita*, Roma, 12 de febrero de 1982, p. 18.
 22. *Ibidem*.
 23. Otto Boye, *La No Violencia Activa. Camino para Conquistar la Democracia*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1984.
 24. Un debate epistolar reciente ha sido significativo tanto por su franqueza como por centrarse en los aspectos medulares. Ver carta de Ricardo Lagos al Partido Comunista, 21 de diciembre de 1984; carta de Gabriel Valdés al Partido Comunista, Santiago, 10 de abril de 1985; y respuesta del Partido Comunista a Gabriel Valdés, Santiago, mayo de 1985.
 25. Luis Emilio Recabarren. «La revolución y la violencia, otros medios», en *Obras*, Casa de las Américas, La Habana, 1976, p.291.
 26. Un análisis de la democracia chilena desde el punto de vista de sus limitaciones podrá hallarse en Góran Therborn, «The travail of Latin American democracy», op. cit.
 27. Han tratado el tema recientemente: Guillermo Campero y José A. Valenzuela, *El Movimiento Sindical Chileno en el Capitalismo Autoritario (1973-1981)*, ILET, Santiago, 1981; Patricio Frías, *Le Mouvement Syndical Chilien sous le Régime Militaire (1973-1983)*, Ediciones de la Universidad Católica de Lovaina, Lovaina, 1983; Agustín Muñoz, *Visión de los Sindicatos Chilenos*, Ediciones del Comité Sindical Chile, Barcelona, 1985; y Manuel Barrera, Helia Henríquez y Teresita Salame, *Sindicatos y Estado en el Chile actual*, UNSRID/GES, Ginebra, 1985.
 28. Carlos Prats, op. cit., p. 557.

14 LA ESPERANZA SOCIALISTA

«Nuestra revolución es, pues, la gran fuerza le cultura que desaloja lo grosero y miserable le las costumbres humanas».

Luis EMILIO RECABARREN

«Y aquí está a nuestro entender, la fuente primordial de la vitalidad del socialismo: en que es todavía una esperanza de superación humana. Si él no fuera otra cosa que la racionalización, en términos políticos y económicos de los impulsos utilitarios y materialistas de las masas urbanas, carecería de verdadera Rrandeza, de virtud creadora».

EUGENIO GONZÁLEZ

«Pocas veces los hombres necesitaron tanto como ahora de fe en sí mismos y en su capacidad de rehacer el mundo, de renovar la vida».

SALLVADOR ALLENDE

Un siglo de lucha socialista

Los fundamentos de la idea socialista son tan antiguos cuanto es la conciencia sobre la injusticia o sobre los límites y obstáculos a la libertad humana. El socialismo como expresión política elaborada sobre bases racionales es, en cambio, una idea moderna. Esbozada primero por los pensadores llamados «utópicos», adquirió fuerza en las clases trabajadoras y en núcleos intelectuales sólo a partir de mediados del siglo pasado. Su desarrollo organizado se asocia estrechamente a las ideas de Carlos Marx, quien concibió el socialismo como una posibilidad fundada en la contradictoria naturaleza del propio régimen capitalista, no realizada aún pero realizable. Sus análisis llevaron a Marx a sostener que los propios antagonismos internos del sistema envolvían la posibilidad de desarrollo de uno diverso que lo reemplazaría: el socialismo. El socialismo era, por tanto, no sólo un ideal de emancipación sino una presencia potencial en la vida concreta de los hombres. El enfoque de Marx cerraba la brecha entre la aspiración y la realidad, y apuntaba al descubrimiento de las formas y procesos cómo podría el socialismo establecerse como nuevo sistema mundial.

Marx y Engels concibieron siempre el socialismo como un régimen económico-social fundado en la colectivización de los medios de producción, y como una sociedad de emancipación humana, de democracia y libertad, en la que las formas de opresión hasta entonces conocidas eran sustituidas por el autogobierno consciente de los hombres. El desarrollo del socialismo sería un proceso universal, que se iniciaría en los países de mayor desarrollo capitalista, y que se extendería rápidamente en un período histórico breve.

En los primeros ciento cincuenta años de vida de la moderna idea socialista estas previsiones no han tenido lugar como Marx y Engels suponían. La idea socialista se ha encarnado en formas sociales más complejas y más limitadas y ha sido asumida por sus portadores de maneras diversas, generalmente aduciendo, no sin parte de razón, que las limitaciones de lo real y el inesperado comportamiento de la historia la impulsaban por senderos más ásperos, en condiciones generalmente opuestas a las esperadas, y trabándose siempre en duras luchas para conseguir su reproducción y extensión.

Varias revoluciones populares conmovieron al mundo europeo en la segunda mitad del siglo XIX. La de 1848 en Francia obtuvo como concesión el sufragio universal masculino elevando de 200.000 a 9.000.000 la cantidad de «ciudadanos». Pero fue la experiencia de «La Comuna» de París en 1871 -la más sangrienta del tumultuoso período-aquella que, según las atentas observaciones de Marx y Engels, constituyó un primer intento de formación de un gobierno que prefigurara la superestructura política del socialismo. A fines de siglo, el espectacular desarrollo de la fuerza electoral y de masas del Partido Social Demócrata Alemán impulsó a Engels a concebir esperanzas de un tránsito al socialismo por una vía no violenta. Igual expectativa repetiría en los años treinta del siglo actual Otto Bauer, destacado exponente de la corriente austro-marxista. Pero poco tiempo después, en cuatro días de sangrienta guerra civil, el fascismo derrotaría con un alto precio en vidas a las fuerzas del socialismo austriaco. Fue en Rusia, que no era parte del «capitalismo desarrollado», país esencialmente agrario y con una clase obrera combativa pero numéricamente pequeña, donde Lenin y los bolcheviques lograron, en la dramática coyuntura histórica constituida por la Primera Guerra Mundial, conformar el primer gobierno obrero que resistió el embate de las enormes fuerzas internas y externas que, concertadamente, se le opusieron. Aunque el socialismo parecía establecerse en el «eslabón más débil» de la cadena capitalista europea, contradiciendo la predicción de Marx, los revolucionarios de la época siguieron sustentando la idea del efecto expansivo del nuevo régimen social. Se esperaba que, de inmediato, la revolución se extendiera a Europa y, muy especialmente, a Alemania. La historia, una vez más, operó de manera diversa. La revolución húngara sucumbió a sus enemigos, el movimiento de los consejos de fábrica en el norte de Italia fue derrotado y en Alemania los levantamientos de 1919 y 1923 fracasaron también, cobrando la vida de Rosa Luxemburgo y Karl Liebnicht. El movimiento socialista se había, por entonces, dividido por toda una época en las ramas comunista y socialdemócrata que, compartiendo un ancestro teórico e ideal común, divergieron muy seriamente en torno a la interpretación del marxismo, a los métodos revolucionarios y a la propia consideración de un fenómeno social y político ascendente que, a poco andar, conquistó importantes centros de poder en Alemania e Italia: el fascismo. El socialismo pareció surgir, pues, en una formación social que no tenía las características que Marx y Engels habían concebido y se constituyó, bajo la dictatorial conducción de Stalin, en una experiencia limitada a «un solo país». De allí en adelante la suerte del socialismo en la Europa capitalista quedó asociada a la expansión del Estado soviético. La victoria en la Segunda Guerra Mundial dio la oportunidad para su extensión a los países de Europa Oriental, impuesto por la fuerza del triunfante Ejército Rojo, forma de desarrollo nunca considerada por la teoría marxista. El conflictivo sistema social allí surgido dio lugar, en el tiempo, a diversos intentos de reforma. Un levantamiento espontáneo, en el que se vio una oportunidad para ella sacudió a Hungría en 1957, siendo derrotado. En 1968 Aleksander Dubcek encabezó en Checoslovaquia una experiencia de reforma «desde arriba» -la conocida «primavera de Praga»- que, a poco andar, fue acallada por las divisiones blindadas de la Unión Soviética y de los países del Tratado de Varsovia. En nuestros días, Polonia es conmovida por demandas de reforma, de signos muy diversos, pero representativas de sentimientos mayoritarios. Sólo Yugoslavia escapó a la suerte común, estableciendo, sobre la base de la fuerza acumulada en su tenaz lucha antifascista y de la visión histórica de Tito y sus otros líderes, una forma singular de socialismo distanciada del modelo soviético o del de los países de Europa Oriental. A partir de la Guerra, el socialismo se ha extendido en el mundo asiático, africano y latinoamericano. La variedad de experiencias ha sido enorme. El decurso de la historia de una misma nación como China, así lo demuestra. Rota su subordinación al modelo soviético, China se constituyó, bajo la conducción de Mao, en un gigante encerrado en sí mismo que perseguía un socialismo de tipo singular, para, en años recientes, sobre la base de una inspiración diversa, personificada en Deng Xiaoping, abrirse a Occidente e iniciar una modificación radical de sus perspectivas. En la misma Asia, Corea buscó un camino también autónomo, Vietnam se batió en una de las guerras más dramáticas del siglo para derrotar al imperialismo y abrir camino al socialismo y Cambodia convirtió su «socialismo» en infierno humano bajo

la égida de Pol Pot. Asia vivió también un fenómeno que sorprendió a los teóricos, consistente en el estallido de diversas confrontaciones militares entre Estados de definición socialista. En América Latina se desarrollaron movimientos caracterizados por su autonomía y singularidad: La Revolución Cubana y la Revolución Sandinista. Mientras la primera evolucionó, en el tiempo, hacia un régimen más próximo al soviético, de partido único identificado al Estado, la segunda ha pretendido impulsar, incluso en el difícil período del cerco militar y económico tendido por Estados Unidos, una experiencia pluripartidista. En Chile, entre 1970 y 1973, el socialismo no armado sucumbió ante la violencia de la derecha que cooptó en definitiva a las Fuerzas Armadas.

En su intrincado devenir el movimiento socialista se ha ido adaptando al realismo de los hechos. La socialdemocracia se reconstruyó, después de la Guerra, firmemente inserta en los Estados capitalistas de Europa Occidental, se distanció gradualmente de sus ancestros marxistas, concilió con bastante éxito a trabajadores y propietarios, y se hizo partícipe de la evolución neo-corporativa del sistema democrático europeo basado crecientemente en la negociación y el consenso entre los grandes protagonistas sociales, empresariado y sindicatos. El socialismo pasó a ser una suerte de impulso ideal y de referente histórico, pero no una tarea para cumplir en el período inmediato. El gran logro obtenido fue el «Estado social» o «Estado de bienestar», que garantizó hasta hace pocos años, una parte significativa del ingreso nacional -y durante largos períodos creciente- a las capas trabajadoras. En países que hace cuarenta años estaban destrozados y en que la guerra había dejado no sólo su terrible huella de destrucción material, sino también los traumas de la incerteza, la inseguridad y la miseria moral, el «Estado de bienestar» representó un logro gigantesco que lo constituye, sin exagerar, en el producto más notable del desarrollo capitalista en el plano social. La extensión de los servicios de educación y salud, el sistema previsional que cubre los riesgos de desempleo, invalidez, enfermedad y vejez, las diversas medidas redistributivas a través de tipos variados de gasto social, la universalización del derecho a la vivienda, y una cierta forma de igualitarismo con que se han generalizado los beneficios materiales del auge capitalista, no son poco en cuatro décadas. Sin duda -si es que el modelo pudiera ser imitado- resultaría atractivo para las masas empobrecidas del mundo subdesarrollado.

Pero el sistema fue construido sobre la base de una colosal revolución científico-técnica que permitió incrementos desconocidos anteriormente en la productividad del trabajo, y de un proceso de integración subordinada de las economías de los países subdesarrollados a la economía mundial liderizada por los Estados Unidos, Europa y Japón. De este modo, el desarrollo capitalista espectacular de la post guerra logró concentrar los beneficios de la técnica y del sistema internacional de intercambio en las economías más avanzadas, mientras lo que podría denominarse el «Sur» de nuestro planeta, recibió frutos limitados -a su vez socialmente concentrados en pequeños grupos- generando una brecha entre los niveles de vida de ambos hemisferios que ha tendido a ensancharse. Pero, más grave aún para el propio sistema, sus contradicciones internas expresadas básicamente en las limitaciones a la remuneración del capital, resultado de la fuerza de las demandas sociales masivas cada vez más amplias y crecientes, han planteado en los últimos años la crisis del «Estado social» y la necesidad de los grandes países capitalistas de reconvertir sus economías y buscar un nuevo patrón organizativo para la economía mundial. El desempleo estructural ha alcanzado niveles alarmantes, impactando brutalmente a las generaciones más jóvenes que no divisan una clara perspectiva de vida y desarrollo personal. En otros planos, la carrera armamentista y la amenaza del holocausto nuclear, por una parte, y el carácter autodestructivo de un cierto tipo de civilización que pareciera auspiciar un colapso ecológico, han hecho surgir nuevos problemas y nuevas demandas que el sistema no pareciera estar en condiciones de resolver positivamente.

Por su parte, el movimiento comunista exhibe a la Revolución de Octubre como el gran hecho histórico anticapitalista del siglo XX. El Estado que nació de ella, la Unión Soviética, disputa hoy día el liderazgo como primera potencia militar del mundo y ejerce una decisiva influencia en el curso de la historia de la humanidad. Sus logros materiales han sido espectaculares tanto en el desarrollo científico y tecnológico, como en el plano de la producción material y de la extensión de los servicios sociales a toda la población sobre la base de pautas generales igualitarias. En el plano político moral representó un bastión antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, y al precio de la vida de 20.000.000 de sus ciudadanos, contribuyó de manera decisiva a la derrota nazi. Como factor antiimperialista ha jugado un importante rol de sostén a los movimientos anticoloniales y de liberación, y a la lucha del movimiento comunista en diversas regiones del mundo. Desde el punto de vista social, es un sistema que ha erradicado la miseria y el desempleo, y en que la prostitución y la drogadicción -lacras que azolan al mundo capitalista desarrollado- se manifiestan de manera circunscrita. Logros tan significativos se construyeron, sin embargo, sobre la base de un régimen conocido hoy como «stalinista» que, mientras vivió su creador, significó arbitrariedad, persecución, temor, en una palabra, terror de Estado. Desde la muerte de Lenin hasta hoy, el sistema ha establecido una casta burocrática, cuyo rol preponderante en la sociedad es responsable del surgimiento de una maraña de privilegios que atentan contra la igualdad proclamada; del formalismo de las libertades reconocidas en los instrumentos jurídicos; y del peso incontrarrestado de la administración estatal por sobre formas de autogestión social. Se ha constituido así uno de los Estados más fuertes del mundo, que en vez de reducirse en camino a su sustitución por formas de sociedad autorregulada -como preveía Marx- se ha transformado en moderno Leviatán(1). El régimen político se caracteriza por la identificación del partido con el Estado, partido que es único y no tiene rivales, que se autoproclama como vanguardia, pero no admite mecanismos que lo legitimen a través de expresiones de la voluntad popular. La burocracia partidaria ha hecho de la ideología un dogma, y los instrumentos de análisis marxista, despojados de todo sentido crítico y creativo, han tendido a convertirse en categorías útiles para la justificación del sistema, pero inútiles para su superación. Esta concepción general ha sido exportada como supuesta norma universal a otros regímenes que se invocan socialistas. Se ha identificado el proceso mundial de avance al socialismo con los intereses y fortalecimiento de la Unión Soviética y, en su versión más extrema y peligrosa, se tiende a concebir la revolución socialista mundial como una extensión del enfrentamiento de dos campos o bloques.

Sería absurdo desconocer la influencia que tuvieron en estas deformaciones las circunstancias en que debió desarrollarse el Estado Soviético(2). Cercado implacablemente durante varios años por la agresión política y militar de las potencias capitalistas, debió enfrentar, una vez controlada esa amenaza, la agresión nazi. Es bien evidente que el desarrollo del capitalismo y sus tendencias militaristas han condicionado el surgimiento de las formas nacientes de socialismo o, como algunos las denominan, «los socialismos tempranos»(3). Nada de ello justifica, sin embargo, que ciertas «enfermedades» padecidas por el sistema no se reconozcan como tales y, por el contrario, se las recomiende como virtudes de valor general. Ha pesado sobre el movimiento comunista la falta de una actitud y de instrumentos críticos de análisis adecuados para examinar estas nuevas realidades(4).

Resulta también evidente que las insuficiencias muy serias del «socialismo realizado» o «realmente existente» - como lo denominan sus sostenedores queriendo significar que es aquel efectivamente posible dadas las condiciones

históricas- han minado la fuerza de la idea socialista en el Occidente desarrollado y también, aunque en medida menor, en vastas regiones del llamado Tercer Mundo. Hay un hecho paradójico que confirma esta afirmación. La propaganda de los grandes aparatos ideológicos del capitalismo insiste en sostener que, efectivamente, ese es «el» socialismo. Curiosamente coincide allí con la pretensión -y también con la propaganda- del campo soviético. En cambio, se ha hecho creciente la apreciación de teóricos marxistas y socialistas y del movimiento socialista en el mundo occidental, en el sentido de poner en duda el carácter propiamente socialista de dichos regímenes.

No es este el sitio para internarse en esa polémica. Baste señalar que una gran variedad de interpretaciones coinciden en considerar que los regímenes surgidos al calor de la onda expansiva de la Revolución de Octubre, carecen de ciertos elementos básicos de la definición socialista. Para algunos se trataría de formas peculiares de un «capitalismo de Estado» (Bettelheim), para otros de «Estados obreros burocráticamente degenerados» (Mandel). Otros prefieren describirlos como un régimen social que ha sucedido al capitalismo, que no es de transición y que, por tanto, desmiente la pretensión de un cierto fatalismo interpretativo que sostenía la ineluctabilidad del socialismo luego de superado el capitalismo. Paramio habla de «formaciones sociales postrevolucionarias», Sánchez Vásquez de «formación social específica postcapitalista, con su peculiar base económica y superestructura, que bloquea hoy por hoy el tránsito al socialismo», Agnes Heller y Ferenc Feher de «sistema de dictadura sobre las necesidades», otros de «sociedades postrevolucionarias»(5). Una corriente de significativa repercusión política se orienta a considerar dichos regímenes como un «socialismo deformado», «burocrático» o «estatista». En esta corriente se inscriben los teóricos yugoslavos ya citados(6), los partidos de tendencia eurocomunista, especialmente el italiano(7), y algunos teóricos como Adam Schaff(8).

La novena década del siglo veinte encuentra al movimiento socialista enfrentado a las cuestiones derivadas de su propia heterogeneidad, a serios problemas teóricos no resueltos y a desafíos prácticos planteados por la realidad de un capitalismo que ha resistido con vigor los embates de sus crisis, y que abalga hoy día sobre una ofensiva de sello conservador frente a la cual en Europa no se halla una respuesta apropiada por una socialdemocracia en proceso autocrítico(9), un movimiento comunista, predominantemente de orientación «eurocomunista», en crisis de políticas y los emergentes movimientos sociales por la paz, ecologista y feminista que, sin embargo, no logran por su estrechez temática y diferenciaciones internas generar una respuesta global. En Asia la «apertura» china abre un capítulo lleno de interrogantes sobre el futuro de la más poblada nación de la tierra, que tiende a desprenderse de sus certezas de decenios, cultivadas bajo la tuición del marxismo en versión maoísta, y que se ignora aún por qué serán sustituidas. Países africanos buscan en una idea del socialismo adecuada a sus particulares condiciones históricas, un apoyo para la consolidación de la unidad nacional que supere el tribalismo y abra un camino de desarrollo. En América Latina, apagada la esperanza chilena en 1973, Cuba y Nicaragua resisten la ofensiva de Reagan, mientras un renacer de formas democráticas de gobierno justifica una visión optimista, a pesar de las enormes tribulaciones a que es sometida la democracia latinoamericana por la banca internacional y sus organismos supranacionales como el Fondo Monetario.

En el campo del Este, la idea vigente de socialismo se conmueve ante los fenómenos de la disidencia y, especialmente, de los sucesos polacos, mientras la Unión Soviética continúa con su conflictiva intervención en Afganistán y debe hacer frente a la carrera armamentista nuclear, peso enorme para su economía y para las perspectivas de mejoramiento de los niveles de vida de su población.

La idea socialista sigue siendo en el siglo veinte, a pesar de sus vicisitudes, motor importante del cambio universal. Sin embargo, el nacionalismo y la religiosidad, las más de las veces sobrecargados de formas de fanatismo, aparecen como muy serios competidores en la gestación de las transformaciones políticas y culturales del mundo contemporáneo. Señas de identidad

El siglo XX, a menos que ocurrieran en los próximos quince años fenómenos sociales sorprendentes, contrarios a toda previsión, no pasará a la historia de la humanidad como el siglo de realización del socialismo. Pero pasará a la historia como aquél en que, trabajosamente, de manera a veces deformada, acosado por desviaciones y padeciendo, otras veces, dramáticos fracasos, el socialismo se ha constituido en alternativa posible para la sociedad humana. En más de la mitad del planeta la propiedad privada de los medios de producción se ha extinguido y la clase propietaria ha dejado de existir. En los países del denominado «socialismo real», más allá de fenómenos burocráticos bien evidentes y de sus muy negativas consecuencias, grandes masas humanas han sido educadas en una cultura igualitaria, donde existe un respeto por el trabajo y el trabajador en cuanto tal, que es absolutamente desconocido en países de capitalismo atrasado como los de América Latina. Es precisamente la conciencia general de igualitarismo la que se rebela, a veces, para resistir o denunciar la dominación burocrática, y no, en la mayor parte de los casos, el deseo de reestablecer viejas formas de explotación y opresión de clase. Efectivamente, hasta ahora, a nivel mundial, se continúa reproduciendo aún, no obstante los cambios en la base material, el conjunto básico de valores propios de la civilización burguesa. Pero su solidez es cada día más discutible, y se multiplican las expresiones sociales, culturales y religiosas, que, con una cierta variedad de motivaciones esenciales, objetan dicha cultura y preanuncian el surgimiento de formas distintas de reproducción de la vida social. En los países de capitalismo avanzado la clase trabajadora ha impuesto también, en buena medida, valores igualitarios y ha obtenido un nivel excepcional de reconocimiento a los derechos del trabajo. En el Tercer Mundo ha sido la revolución anticolonial el hecho dominante del siglo XX, pero en las demandas de contenido nacional, popular y liberador de pueblos enteros, la simiente de una aspiración socialista no es difícil de encontrar, si bien en formas a veces ingenuas, demasiado simples, acaso puramente intuitivas.

Son muchos los problemas aún por resolver para los teóricos y los impulsores del socialismo. Entre otros, aparte de los ya mencionados, las cuestiones cruciales que plantea la revolución científico-técnica que tiende a modificar los patrones de organización social y el rol y naturaleza del trabajo humano en el proceso productivo abriendo perspectivas impensadas para el diseño del futuro. Si la humanidad ha de sobrevivir a la amenaza de destrucción nuclear, el próximo período reserva crecientes posibilidades al desarrollo del socialismo. Pero se trata de una potencialidad y no constituye una fatalidad histórica. Entre capitalismo y socialismo no hay un nexo ineluctable, «lo que si hay es un nexo racional entre la realidad de aquel y la posibilidad de éste»(10). En la concreción de esta posibilidad la idea socialista tiene que luchar por afirmarse como una superior opción emancipadora y como una alternativa factible. Para ello es indispensable sostener la integridad de la idea socialista según la concibieron sus modernos fundadores, es decir, los dos elementos centrales del ideal socialista: su postulación de un cambio en las relaciones sociales de producción capitalistas basadas en la propiedad y su postulación sobre la extensión de los derechos de libertad que permitan a las sociedades y a sus integrantes su autogobierno efectivo. El socialismo es concebido así como «la creación de la vida social en comunidad de bienes y en libre heterogeneidad de intenciones».

En el mundo de hoy el atractivo y fuerza de la idea socialista no reside en sus experiencias iniciales -más bien imperfectas, como se ha señalado- sino en su postulación integral de emancipación material y espiritual del hombre. Las críticas al socialismo se enfilan tanto hacia sostener que no tiene efectivamente fuerza emancipadora, como, especialmente, a plantear que constituye una idea imposible, una «utopía», y que, por tanto, no puede llegar a realizarse. Sostener la concepción fundacional del socialismo moderno pareciera bastar para dar cuenta de la primera: si por definición el socialismo expande la libertad y suprime la fuente esencial de la alienación humana, es, por tanto, un hecho emancipador. Pero es bien evidente que una salida tan simple frente a la primera crítica, complica las cosas con la segunda, ya que, mientras más tienda la defensa a encerrarse en la propia definición del socialismo, más difícil resulta la realización práctica de este ideal que se constituye en «utópico», en el sentido de imposible, de fuera de la realidad. Por otra parte, mientras mayor es el realismo para sostener la idea socialista, más pragmática deviene su realización, hasta el peligroso punto en que efectivamente el realismo erosiona el ideal despojándolo de su naturaleza primitiva. El análisis queda, pues, prisionero de la conclusión que el socialismo así definido es un ideal imposible.

Los críticos principales adoptan el socialismo real como «el» socialismo. De parte anarquista se logra, con esta identificación, encontrar base histórica para el temor de Bakunin sobre el peligro de hipertrofia del Estado al admitir Marx su necesidad aún como mero fenómeno transicional. De parte liberal el socialismo real es exhibido como prueba de la imposibilidad del socialismo definido, como se ha hecho, integralmente. El liberalismo niega la viabilidad de un sistema que lo supere, fundándose, especialmente, en una concepción que atribuye al ser humano en general las características propias del ser humano del capitalismo(12).

Pero este ha sido un tema que tiene antecedentes en los debates chilenos. Remitirse a ellos y examinarlos es, por tanto, apropiado.

Socialismo y democracia en la tradición chilena: Eugenio González

El análisis crítico de la relación entre democracia y socialismo -sobre la base de la constatación de sus contradicciones e identificaciones reales- constituyó una constante del movimiento socialista chileno. Se remonta a Recabarren, se expresa en la fuerza e influencia de las ideas anarquistas, se encarna en el proyecto y acción política de Salvador Allende(13), y tiene su máximo exponente teórico en Eugenio González(14) cuya tradición intelectual se ha mantenido viva a través del tiempo(15). Se ha argumentado en páginas anteriores que es una tradición no sólo teórica sino que se manifestó en la práctica del movimiento de los trabajadores chilenos, especialmente en el de signo socialista, durante todo el siglo actual, no sin dificultades y ambigüedades, a veces de consecuencias decisivas, pero, en lo esencial, con un carácter predominante(16). Se ha planteado en otra parte la necesidad del rescate y la renovación(17) de esta tradición, en función de su valor histórico excepcional y del surco que ha abierto en la conciencia popular, y, por otro lado, de los vacíos que hoy es posible detectar en ella, ya sea por su desarrollo insuficiente, ya sea por las mutaciones sociales y culturales del mundo y del país en los últimos decenios.

El documento básico en que consta el esfuerzo analítico del socialismo chileno en esta materia es la «Fundamentación teórica del programa de 1947 del Partido Socialista», preparada por Eugenio González(18). Este ensayo fue escrito en uno de los momentos más difíciles de la vida del socialismo chileno, cuando su crisis política amenazaba con prácticamente extinguirlo, y en él se plantean con una anticipación notable varios de los temas centrales que han llegado a ser, en la última década, el centro del debate internacional sobre la llamada «crisis del marxismo», los «socialismos reales» y la vinculación entre democracia y socialismo. La «Fundamentación» constituye, además, una visión «contra la corriente» y no, como pudiera creerse, algún tipo de repetición o reflejo extranjero en el ideario político chileno. La guerra había recién terminado y las dos grandes tendencias del movimiento obrero internacional, comunismo y socialdemocracia, se inscribían ambas en el lado de los vencedores. Stalin no sólo no había sido aún denunciado por su propio partido -el hecho ocurriría diez años más tarde- sino que recogía el prestigio de ser uno de los artífices de la victoria antifascista. Los Estados Unidos y sus aliados europeo-occidentales ostentaban el símbolo de la democracia, después de abatir el horror moral del nazismo y su poderío político y militar. La «Fundamentación» tiene, pues, mucho de visión original(19) y es un típico esfuerzo reconstructor y profético, y no el resultado de procesos consagrados.

Su lectura, y su análisis cuarenta años después, permiten ejemplificar prácticamente el sentido de un «rescate» y la necesidad de una «renovación». Seis aspectos pudieran destacarse como grandes aciertos que le dieron estabilidad histórica a la teoría del socialismo chileno: la visión humanista del socialismo («el socialismo es, en su esencia, humanismo»), la dimensión ética de la práctica política socialista («ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo nieguen»), la utilización creativa del instrumental teórico marxista («la doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica...»), el rol clave de la dimensión latinoamericana en una política socialista («no estamos en condiciones -ningún país lo está- de poner en obra iniciativas de gran trascendencia que se sustraigan a toda conexión con los demás procesos económicos y políticos que se desenvuelven en América Latina») el tema de la vinculación entre democracia y socialismo, y la formulación de una «tercera vía» al socialismo.

Eugenio González afirma terminantemente la continuidad histórica entre las conquistas democráticas y el desarrollo del socialismo. «Nuestro Partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos -y no para destruirlos- todos los valores de la herencia cultural...». «Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes». «El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano».

Mientras sostiene la vinculación entre democracia y socialismo a través del superior desarrollo en éste de la integridad de las conquistas obtenidas o potencialmente obtenibles en aquélla, no vacila en señalar las limitaciones de la «democracia liberal». «Junto con socializarse los medios de producción, será reemplazada la pseudodemocracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica que responda a la división real del trabajo colectivo». «La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista». El desplazamiento de la minoría capitalista de sus posiciones de poder político «será necesariamente la culminación de un proceso orgánico, que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista». «La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él

representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines». «Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario». Años después agregaba Eugenio González en un discurso en el Senado: «De ahí que hoy no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún: sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. No se trata, por cierto, de la democracia estáticamente concebida, en pugna con el proceso histórico, sino de una democracia viva, que se vaya modificando orgánicamente, de acuerdo con las mudables circunstancias de la existencia colectiva»(20). «He aquí el primer deber del socialismo en América Latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, por implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo cuando haya sido abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el progreso social»(21).

Su posición frente al Estado y, especialmente, frente al Estado totalitario, es clara y sin vacilaciones. «El socialismo no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado». «El Partido Socialista rechaza, por lo tanto, como esencialmente contraria al socialismo, la concepción totalitaria del Estado que implica una regimentación coercitiva de las conciencias individuales. El régimen por cuya implantación lucha ha de fundamentar la democracia política en la seguridad económica». «Ninguno de los grandes pensadores socialistas ha concebido la absorción de la sociedad por el Estado, sino, a la inversa, la extinción del Estado -por lo menos en su forma coercitiva, policial y burocrática-, en una sociedad sin clases económicas»(22). «Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y los valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista»(23). «Dentro del régimen soviético se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista». «En resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo».

Sólo una vía socialista autónoma y diferente a las conocidas puede satisfacer las exigencias de socialización y libertad que se plantean conjuntamente. Esa vía deberá crear sus propios mecanismos de planificación. «Ni la planificación capitalista, ni la planificación soviética, responden al imperativo histórico». «Estamos ahora en un período de grandes mutaciones históricas... Los poderes imperialistas triunfantes en la segunda Guerra Mundial se aprestan para nuevas empresas bélicas en las que habrá de resolverse, a favor de alguno de ellos, el inestable equilibrio político existente, o se dislocará por completo la civilización bajo el incalculable efecto destructivo de las armas científicas. Por encima de las formas políticas en que se desenvuelve la acción de los Estados, tres son las fuerzas principales que se manifiestan en la realidad internacional...: el alto capitalismo financiero, que en conformidad al principio de libre empresa, procura mantener en pie la quebrantada estructura del régimen burgués; el comunismo soviético, que sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso; y el socialismo revolucionario, que aspira a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero».

Si fuera posible sintetizar adecuadamente la línea de pensamiento reseñada, quizá algo como lo siguiente pudiera hacerlo: el socialismo aspira a realizar en su integridad las conquistas de la democracia que el capitalismo concede sólo parcialmente. Para hacerlo, sin perjuicio de que será, en definitiva, la resistencia de las minorías privilegiadas y las condiciones específicas de cada situación histórica las que determinen el camino, la democracia liberal contiene potencialidades para su transformación en socialista. A diferencia de lo que se afirma por algunos, en la democracia socialista no es el predominio del Estado lo que prima sino, por el contrario, el de las formas de autogobierno de los individuos organizados. Por ello, en definitiva, la experiencia soviética no ha podido realizar un auténtico socialismo. Sólo una vía diversa a la opción capitalista y la opción comunista puede ofrecer un camino de liberación humana. El planteamiento de Eugenio González, que hizo suyo el Partido Socialista en su Conferencia de Programa de 1947, no resuelve -y si hoy no es posible hacerlo menos aún lo era ayerlos múltiples problemas que representa una estrategia democrática hacia el socialismo. Pero configura, en lo básico, un pensamiento excepcionalmente moderno cuando se lo examina a cuarenta años de distancia. Constituye una formulación explícitamente distanciada por su autor del conformismo y del dogmatismo: «El socialismo tiene que adecuar su política a las situaciones concretas, procurando aprovechar las posibilidades que ellas ofrezcan para el logro de sus objetivos históricos. La permanente subordinación de los medios a los fines le impedirá caer en el burocratismo pasivo de la socialdemocracia y en la desviación nacionalista del comunismo soviético, los dos peligros que amenazan al movimiento revolucionario de la clase trabajadora en su espíritu y en su sentido».

Un estudio mucho más profundo de la historia de las ideas debiera explorar a fondo la formación del pensamiento socialista chileno. Es una tarea por hacer. Pero, aún sin esa investigación más precisa, se puede legítimamente sostener que en la formulación examinada se sintetizan diversos elementos del pensamiento socialista contemporáneo. Las ideas libertarias de Rosa Luxemburgo y de los anarquistas, la valoración de las posibilidades de la transformación de la democracia del Marx de Amsterdam, del Engels de fines del siglo XIX y de los austro-marxistas, el antiburocratismo de Trotsky, la autonomía analítica del marxismo de Mariátegui, el latinoamericanismo de Bolívar, Bilbao, Martí, Arosemena, Rodó, Ingenieros, Haya de la Torre, tan diversos por tantos conceptos entre ellos mismos pero representativos de una común vocación. Y, por otro lado, de manera aún poco desarrollada, la «Fundamentación» prefiguró problemas y vías de solución que se plantearían en las décadas siguientes en la obra de Gramsci que comenzaría a publicarse recién en 1948, en la teoría y práctica de Tito y Kardelj, en la reflexión política de un vasto movimiento socialista de izquierda que sigue, hasta hoy, constituyendo esa fuerza que intenta romper el cerco tendido en torno a la democracia que le impide hacer realidad su potencialidad socialista.

Los temas de la renovación

La «Fundamentación» fue escrita y adoptada por el Partido Socialista cuando la experiencia autogestionaria yugoslava aún no existía, cuando la Revolución Cubana no había aún demostrado el vigor de una interpelación nacional-popular, cuando el empeño nicaragüense por preservar y desarrollar formas de democracia política -a pesar de la agresión externa- ni se avizoraba todavía. El movimiento comunista internacional era monolítico y no poseía la heterogeneidad que lo caracteriza ahora, y la izquierda socialista a nivel mundial estaba prácticamente reducida a núcleos ideológicos. Ser «socialista autónomo» era una empresa carente de apoyos estatales y de vinculaciones internacionales organizadas. En ese momento dos cuestiones centrales aparecieron reivindicadas, entre varias otras. La primera era el anclaje de la idea socialista en su identidad integral: propiedad colectiva de los medios de

producción social y sociedad de democracia y emancipación. La segunda, la afirmación de un derecho a la democracia para todo el continente latinoamericano. Es usual enfrentarse a un argumento que reduce esta posibilidad sólo a los países con un alto nivel de desarrollo, mientras, explícita o implícitamente, se sostiene que el resto debe pagar como precio del progreso material y la distribución justa la renuncia al autogobierno. La reivindicación democrática de 1947 constituye, por ello, una idea profundamente actual.

Sin embargo, leída hoy, la «Fundamentación» no aborda, o lo hace de manera insuficiente, diversos tópicos que, cuatro décadas después, conmueven la conciencia humana o representan fenómenos esencialmente nuevos en su intensidad. No constituye éste un demérito salvo, quizá, para los que creen que la teoría socialista es un museo de ideas, inmutables y válidas por siempre, o capaces de englobar las alternativas del futuro en cada una de sus formulaciones.

Un primer tópico que es mencionado de manera marginal es el de la paz y la guerra. Aunque la «Fundamentación» atisba la posibilidad del colapso de «la civilización bajo el incalculable efecto destructivo de las armas científicas», el carácter que éstas tenían en la época no llegaba ni con mucho a configurar un cuadro parecido al actual, aún cuando hacía dos años el lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki había puesto término a la guerra en el Pacífico y abría un nuevo capítulo en la historia contemporánea. Hoy, cuarenta años después, la amenaza de holocausto nuclear pesa sobre el género humano. Por primera vez, debido a sus avances en la investigación científica, los habitantes del planeta pueden destruirse a sí mismos. El mundo está más dividido que lo que nunca estuvo, pero es, al mismo tiempo, más interdependiente de lo que nunca fue. Paradojalmente, los dos sistemas que se combaten deben por fuerza decidir en conjunto sobre el destino de la vida humana. Por una parte, este hecho plantea una extrema exigencia de realismo en la conducción de las relaciones internacionales. Por la otra, demanda a aquellos países y fuerzas que, por su dimensión o atraso material, tienen poco peso en las decisiones mundiales, diseñar una política activa que prevenga el enfrentamiento entre bloques y que contribuya a la reducción de su poderío(24). El socialismo como opción del futuro no puede hoy discutirse sin asociarlo al tema de la paz.

La «Fundamentación» tiene como pieza clave el rechazo a las formas de dominación allí identificadas: la de una clase sobre las demás y la de una casta burocrática sobre la mayoría de los ciudadanos. Hay otras dos formas de dominación que no fueron señaladas y que tienen en el mundo actual una importancia innegable: la de una raza sobre otra u otras, y la del hombre sobre la mujer. El racismo conmueve a sociedades tan importantes para el destino universal como la norteamericana, está presente en las sociedades europeas, y constituye motivo central de lucha popular, en estos mismos días, en países de África. Diversas minorías raciales son objeto de persecución en todos los rincones del mundo y, en nuestro propio país, la minoría mapuche no ha recibido el reconocimiento de los derechos que le corresponde. La mujer, por otra parte, continúa siendo víctima de discriminación y subordinación a través del mundo, no obstante los notables logros de su lucha que han representado cambios sociales significativos en el último siglo y que continúan en curso.

La «Fundamentación», por otra parte, no se adentra en el tema de la relación entre el hombre y la naturaleza. Para el mundo actual la cuestión ha adquirido una dimensión que rebasa con mucho el interés filosófico. No sólo el holocausto nuclear es una posibilidad real, sino también el desastre ecológico provocado por un tipo de civilización depredadora, destructiva de los recursos no renovables y arrasadora del entorno natural. La reivindicación de la idea socialista hoy día no puede prescindir de un concepto diverso de desarrollo que implique construcción de elementos prefiguradores de formas futuras de civilización diversas a las actuales.

El texto de 1947 no escapó a una suerte de sino que ha perseguido históricamente a los análisis socialistas de la situación mundial: siempre se advierte la crisis del capitalismo y se prevé un período de cambios sociales radicales. El pensamiento socialista ha sido en este plano consistente heredero de las apreciaciones que el propio Marx y Engels tenían ya al promediar el siglo XIX. En el tiempo, la constatación a sido muchas veces justificada, pues las crisis cíclicas del capitalismo, algunas tan graves como la de 1929 o la larga crisis actual, han legitimado la afirmación. En general, sin embargo, se ha tendido a menospreciar la capacidad del propio capitalismo para su recuperación. En este caso, sobrevino a la Segunda Guerra Mundial un período de auge bastante sostenido, aunque siempre sujeto a fluctuaciones cíclicas, que significó una revolución científicotecnológica de alcances tan profundos como los tuvo la anterior conocida históricamente como Revolución Industrial; el surgimiento en Europa del «Estado social», algunos de cuyos contenidos también llegaron a desarrollarse en Estados Unidos, y un impresionante crecimiento militar del capitalismo. Sin perjuicio de ello la revolución anticolonial en el mundo dominado y el desarrollo de revoluciones socialistas en el continente asiático, han representado, como sostenía la «Fundamentación», aunque de manera un tanto vaga, «un período de revolución social». El capitalismo intenta superar su crisis actualdescargando el peso de su recomposición internacional en los trabajadores de los países desarrollados y en el conjunto de naciones de la denominada «periferia». Ninguno de estos tópicos, que en 1947 eran imposibles de prever, puede escapar hoy día al diseño de una estrategia de avance al socialismo. La brecha entre el hemisferio norte y el sur tiende a agrandarse, tanto en términos tecnológicos como materiales. La computación y los microprocesadores inducen una nueva y dramática forma de expropiación de los trabajadores: su única mercancía disponible para ofrecer en el mercado, la fuerza de trabajo, disminuye considerablemente de valor. Medios de transporte más perfeccionados y muchísimo más veloces y una revolución de las comunicaciones tienden a hacer el mundo más «pequeño» y, al mismo tiempo, lo dejan liberado a un riesgo mucho mayor de uniformidad, de desidentificación cultural de las distintas unidades y de concentración del control de la información.

La «Fundamentación» no contiene una apreciación sobre el significado del fenómeno religioso, de tan grande incidencia en hechos recientes como la revolución iraní y su influencia en el Islam, y la lucha fratricida en Líbano. Pero, centralmente, aquello que en este plano requiere un análisis y consideración más profunda es la evolución de la Iglesia Católica y, muy especialmente, sus desarrollos en América Latina. Entre 1947 y hoy día el cristianismo ha sido fundamento convocante, para vastos sectores latinoamericanos, a participar en la lucha por modificar la sociedad en una dirección socialista. Siempre presente, aún en embrión, en las demandas nacionalistas o en las olas de populismo que caracterizaron décadas de la vida de las naciones latinoamericanas, la idea socialista se hace viva ahora en expresiones cristianas de masas, fenómeno de la máxima importancia tanto por agregar fuerza significativa como también por su capacidad de incidir en el tipo y carácter del socialismo que pudiera establecerse en América Latina.

El propio marco teórico de la «Fundamentación» podría enriquecerse con los avances en la investigación sobre categorías tales como el Estado o la democracia, y con los análisis sobre las formaciones sociales capitalista y socialista realizados con posterioridad a su escritura. Este, junto a los mencionados, son desafíos más que suficientes para alistar esfuerzo renovador en el movimiento socialista.

Un futuro posible

El pensamiento socialista identifica a sus potenciales portadores entre aquellos que están oprimidos por las necesidades materiales o que son discriminados, perseguidos o tratados injustamente por la sociedad. Es decir, entre los insatisfechos, ya sea porque no tienen condiciones mínimas de vida digna, ya sea porque su ser no puede desplegarse en toda su expresión al sentirse aherrojado por la organización social. Pero no es sólo este germen de rebeldía el que lo identifica. También es de la esencia de su identidad el que sus problemas no se resuelvan por una reversión de las circunstancias, que les haga posible satisfacerse en vez de otros o sometiendo a otros. Los protagonistas de la lucha por el socialismo -clases explotadas, masas oprimidas, grupos subordinados- luchan por liberarse a sí mismos liberando al conjunto de los seres humanos.

Aparte del temor a los cambios -el peso siempre desfavorable de las cosas que son, frente a las que pudieran ser pero aún no son- nadie podría, en abstracto, levantar otra objeción a la idea socialista así formulada. El argumento que se esgrime, como ya se señaló, es que el socialismo sería imposible. Por esta razón quienes luchan por él deben «desutopizarlo» a cada instante y en cada coyuntura, en todos los momentos y períodos. Marx y Engels lo intentaron, penetrando en el análisis del sistema capitalista y su desarrollo, y lograron atraer hacia el socialismo a grandes masas humanas de todos los rincones de la tierra.

Un primer paso es asumir que un modelo ideal de socialismo es un concepto límite⁽²⁵⁾ y no constituye un alcanzable y eterno paraíso, sino una visión a la que un proceso social puede ir aproximándose, generalmente a través de una combinación de cambios internos en la forma de vida existente, que son difíciles de apreciar en el instante como es difícil para el ojo humano detectar en un segundo el crecimiento de una planta, y de rupturas de esa forma de vida que representan por sí mismas transformaciones que son inmediatamente evidentes. Un segundo paso es concebir la lucha por el socialismo en un momento y en un lugar concreto, es decir, en un punto de la historia, y no como una abstracción teórica fuera del espacio y del tiempo.

En este sentido, luchar por lo «imposible» -el límite al que se trata de aproximarse tanto cuanto se pueda- tiene legitimidad. Sin embargo, para el diseño y la práctica de la política es preciso tener también la capacidad de reconocer el espacio de lo ahora posible. Esta es una tarea escabrosa, como lo confirma la historia interminable de los maximalistas, castigados tantas veces por lo peor de lo posible, y la de los pragmáticos impenitentes a los que la misma historia condena por haber desaprovechado lo mejor de lo posible. Tensar al máximo los grados de permisividad que ofrece el mundo real es un acto que -para garantizar éxito- requeriría de aproximaciones sucesivas, del método científico de prueba y error. Por desgracia para los políticos y reformadores sociales este útil método tiene, en su campo, un alto costo en dolor humano: el sufrimiento concreto de los que son derrotados por la audacia excesiva de la empresa en que participaron y la frustración o, peor aún, el gris conformismo que genera la cautela exagerada. Pareciera que en la política no existe otro camino responsable que enfrentar los hechos con riguroso realismo pero, al mismo tiempo, en el marco de un amplio y sólido horizonte ideal.

Se ha dicho que el socialismo debe ser concebido como un proceso y se ha visto en páginas anteriores cuán accidentado ha sido su primer siglo y medio de vida. Quizá sea útil concluir reconociendo que no hay procesos que en sus intentos iniciales cristalicen de inmediato en formas parecidas a los modelos ideales, y ello sirva para cuidarse de aplicar condenas apresuradas. Podrá ser útil también para no justificar todo vicio o error con este pretexto, porque si así se hiciera, se renunciaría a eficaces posibilidades de impulsar el curso de los hechos por caminos más próximos al ideal propuesto como límite. Llegará un día en que, tal cual hoy las formas sociales basadas en la esclavitud o la servidumbre son consideradas aberrantes, aquellas fundadas en la apropiación privada del producto social se considerarán impropias del desarrollo de los valores humanos. La idea socialista se habrá hecho culturalmente dominante. Ese día está lejano aún. No se trata de esperararlo en la confianza de que llegará, sino de apresurar su vigencia.

En cuanto al espacio y al tiempo, este libro se ha situado en el Chile de hoy. Es un país pequeño, geográficamente occidental y culturalmente cristiano. De allí no se deriva, como pretenden los ideólogos conservadores, que no pueda por ello ser socialista. La autonomía de Chile está enraizada en la excepcional fortaleza de su naciente institucionalidad, en el nacionalismo visionario de algunos de sus líderes tempranos, en el espíritu aguerrido de sus habitantes y en una existencia sustantivamente insular. Su desarrollo como nación estuvo marcado por una confrontación permanente entre el entreguismo y la incuria de una minoría y el espíritu nacional y orgulloso de sus hombres de trabajo. Esta confrontación no ha sido resuelta y la opción socialista es su más fecunda posibilidad. Alcanzarla requerirá una enorme concentración de voluntades y de fuerza social, muy superior a la actualmente disponible. Por eso es necesario comprender que a fines de este siglo «el socialismo puede presentarse no sólo como el desenlace de las luchas trabadas entre las clases principales del modo de producción capitalista sino también como un método de construcción de naciones modernas y poderosas. Como tal, como método de edificación nacional, puede resultar comprensible no sólo para las clases y capas integrantes del movimiento popular, sino para todos los individuos, cualquiera sea su pertenencia o clase, interesados en promover la independencia y la dignidad de su país⁽²⁶⁾.

Pero, decir Chile es, necesariamente, decir América Latina. Democracia y socialismo, para respirar y subsistir, necesitan de espacios mayores que los que proponen la mayoría de los países del continente considerados individualmente. Por eso es preciso vitalizar un nuevo internacionalismo latinoamericano que relance con más fuerza las viejas ideas siempre vivas. Por su situación geopolítica -tan desfavorable si se consideran los países de manera aislada- por su comunidad de historia, lengua y cultura, por la propia multiplicidad y pluralidad de lo real, América Latina puede ser un aspirante a combinar democracia y socialismo de una manera inédita hasta ahora. Distinto sería el mundo con una América Latina no alineada, democrática y socialista por la voluntad de los más. Quizá sea su «segunda oportunidad sobre la tierra» que han demandado para ella los constructores de fábulas.

El socialismo, organización de un modo concreto de realización de la plena democracia... Orden de la diferenciación justa... Independencia y dignidad... ¿Será ello posible o se trata de una pura fantasía? Parece indispensable recordar la recomendación de Gramsci: «pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad». La actuación propia es, pues, determinante. Por ello la crítica a nosotros mismos debe estar siempre en el centro del análisis y debe ser, a veces, incluso mordaz. No se trata de ignorar los obstáculos objetivos, la naturaleza a veces perversa de los adversarios, las culpas y responsabilidades de los demás. Pero la reflexión debe servir para aclarar qué podemos hacer y cómo podemos hacerlo, asumiendo la magnitud real de las dificultades. Es el único sendero desde el que puede brotar una acción efectivamente rectificadora y constructiva y no una autojustificación, un conformismo desmoralizador o, simplemente, un sueño irrealizable.

Transitando por caminos pedregosos con una cartografía aún elemental, entre dudas y certezas, desencantos y fascinaciones, polémicas y coincidencias, reflexiones y batallas, acosada por los que le temen y exigida por lo que la sustentan, sobrevive -hasta en las horas más oscuras- la idea socialista. Su fuerza está en ser una esperanza. Y un futuro posible.

1. Para un análisis más detallado ver Adolfo Sánchez Vázquez, «Ideal socialista y socialismo real», En Teoría 7, julio-setiembre de 1981, Madrid, pp. 59-77.
2. Ver Jean Ellenstein, *Histoire du Phénomène Stalinien*, Grasset et Fasquelle, París 1975.
3. El término es utilizado especialmente por los teóricos marxistas yugoslavos. La línea crítica por ellos desarrollada puede examinarse especialmente en la revista *Socialism in the World International Journal of Marxist and Socialist Thought*, editada en Belgrado desde hace un decenio, en la que se recogen, además, otros puntos de vista. También en la revista *Cuestiones actuales del socialismo y Política Internacional*, publicadas en Belgrado.
4. Aleksandar Grlickov, «El socialismo en el umbral del siglo XXI», ponencia presentada en la Mesa Redonda Internacional del mismo nombre, Cavtat, Yugoslavia, octubre de 1985, mimeo., pp. 3-7.
5. Adolfo Sánchez Vázquez, op. cit.; Ferenc Feher, «La dictature sur les besoins», en Agnes Heller y Ferenc Feher op. cit.; Fernando Claudín, «Conversación con Agnes Heller», *Leviatán* 18, II época, invierno 1984, Madrid, pp. 71-86; Ludolfo Paramio, «Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo», En Teoría 8/9, octubre de 1981 - marzo de 1982, Madrid, pp. 137-183. Dice Paramio: «... estas formaciones sociales han recorrido -o están recorriendo- una vía atípica de industrialización a consecuencia del bloqueo de lo que podríamos considerar la vía normal de modernización y, simultáneamente, de la incapacidad del Estado prerevolucionario para mantener la dominación de las clases subalternas frente a una situación -generalmente bélica- de fuerte presión exterior. En la medida en que constituyen regímenes modernizadores, industrializadores, pueden ser considerados históricamente progresivos. Más aún, algunos de sus rasgos -planificación económica, eliminación de la gran propiedad patrimonial- suponen sin duda un avance histórico respecto a las sociedades capitalistas que conocemos. Pero en el plano político la ausencia de democracia impide hablar en ningún sentido de socialismo...», p. 146.
6. Aleksandar Grlickov, op. cit.; Milos Nikolić, «The basic result of the development of contemporary marxism», ponencia presentada a la Mesa Redonda Internacional El marxismo hoy día: situaciones, controversias, perspectivas, Cavtat, Yugoslavia, octubre de 1982; Pedrag Vranicki, *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, Cavtat, Yugoslavia, octubre de 1985.
7. Ver Pietro Valenza editor, *1 Paesi Socialisti nell'Analisi dei Comunisti Italiani*, Newton Compton, Roma, 1978, y Santiago Carrillo 'Eurocomunismo' y Estado, *Crítica*, Barcelona, 1977. En la década de los 80 las posiciones no han mudado sustantivamente en torno a este punto, más bien acentuándose un distanciamiento, especialmente en el caso italiano después del golpe militar en Polonia, de las posiciones y criterios soviéticos.
8. Adam Schaff, «Problemas de análisis del 'socialismo real' y «Problemas de análisis del 'socialismo real' (II)», en Azcárate, Buci-Glucksmann, Cohen et. al., op. cit., pp. 127-140 y 147-154. Una perspectiva de las diversas posiciones reseñadas se encuentra en el volumen *Potere e Opposizione nelle Societá Postrivoluzionarie, una discussione nella sinistra*, II Manifesto, Quaderno 8, Roma, 1978.
9. Tal parece ser el caso especialmente en la socialdemocracia sueca. También en la alemana, actualmente en proceso de discusión de un nuevo programa que sustituya al conocido como «Programa de Bad Godesberg», aprobado en esa ciudad en 1959 y que constituyó la orientación básica del Partido Social Demócrata Alemán durante el último cuarto de siglo.
10. Adolfo Sánchez Vázquez, «En el umbral del siglo XXI: reexamen de la idea de socialismo», ponencia presentada en la Mesa Redonda Internacional, *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, Cavtat, Yugoslavia, octubre de 1985, p. 12.
11. Salvador Giner, «El porvenir del socialismo», *Leviatán* 7, primavera de 1982, Madrid, p. 72.12. Para un examen circunstanciado de los argumentos de los críticos, ver Adolfo Sánchez Vázquez. «En el umbral del siglo XXI: reexamen de la idea de socialismo», op. cit.
13. Ver capítulos 1, 2, 3 y 4.
14. Los tres documentos básicos escritos por Eugenio González que aquí se utilizan son los siguientes: «Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista», 1947; «El socialismo frente al liberalismo», 1953, ambos reproducidos en Julio César Jobet y Alejandro Chelén, *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*, op. cit.; y «El socialismo, único fundamento de la democracia», 1957, reproducido en *Movilización popular para la democracia y el socialismo*, op. cit. Las citas en el texto correspondientes al primero de los tres documentos no llevan referencia a fin de simplificar. Cuando provienen de alguno de los otros dos se procede a indicarlo.
15. Julio César Jobet, prolífico historiador y notable divulgador de las ideas socialistas, contribuyó decisivamente a esta tradición. Entre sus libros hay que destacar por la referencia a los temas aquí discutidos, *Los Fundamentos del Marxismo* (1939), *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos* (1955) y *Socialismo, libertad y comunismo* (1958). Entre sus muchas contribuciones a la revista *Arauco* destacan «El socialismo científico y la libertad» y «Teoría, programa y política del Partido Socialista de Chile», ambos reproducidos en Jobet y Chelén, op. cit.
16. Diversos intelectuales han mantenido viva la tradición sobre el examen crítico de la temática democracia-socialismo. En la última década han sido especialmente fecundos por la cantidad y profundidad de sus aportes, Tomás Moulián con los ensayos contenidos en su *Democracia y Socialismo en Chile* y Enzo Faletto con, por ejemplo, «Estilos alternativos de desarrollo y opciones políticas», *Cuadernos de Marcha*, 14, segunda época, julio-agosto de 1981, México; «Socialismo y democracia», *Cuadernos de Marcha* 15, segunda época, setiembre-octubre de 1981, México; «Comentario a la propuesta del Dr. Prebisch», *Nueva Sociedad* 55, julio-agosto de 1981, Caracas. Más recientemente destacan las contribuciones de Sergio Spoerer, «Chile, democracia y socialismo: exigencias de una opción estratégica», y Waldo Fortin, «El difícil camino de la democracia», ambas en *Plural* 1, abril-junio de 1983, Rotterdam. Una visión más clásica, siempre en el área socialista, ha sido propuesta por Belarmino Elgueta, «Nueva Torre de Babel (socialismo-Estado-democracia)», en Raúl Iriarte editor, *Los Desafíos del Socialismo Autónomo*, op. cit.
16. Ver capítulos 3, 4, 5 y 6.
17. Ver capítulo 10 y Jorge Arrate, *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*, op. cit.
18. Para una apreciación más completa de la personalidad de Eugenio González, ver Eugenio González, *Maestro del Socialismo Chileno*, publicado por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero «Salvador Allende», México, 1981. De los ensayos allí contenidos examina aspectos de su pensamiento político Alejandro Witker, «Eugenio González Rojas: las huellas de una vida ilustre», pp. 165-194.
19. Algunos intérpretes de la historia socialista atribuyen al Partido Socialista una cierta tendencia a «modas» ideológicas. Por ejemplo. Carmelo Furci, op. cit. y Paul W. Drake, op. cit. En ambos casos constituye una omisión de proporciones la no consideración del Programa de 1947 y de las teorizaciones en torno a él y a la reconstrucción socialista que realiza en la época el grupo nucleado en torno a Raúl Ampuero y Eugenio González. El interés

socialista, por ejemplo, por la experiencia yugoslava, de contenido antiburocrático y autogestionario, desarrollada a partir de aproximadamente 1950, es posterior, y corresponde claramente a los planteamientos contenidos en la «Fundamentación». Oscar Waiss escribió Amanecer en Belgrado cuando la «Fundamentación» tenía ya nueve años de vida.

20. Eugenio González, «El socialismo, único fundamento de la democracia», 49.

21. Ibid., p. 50.

22. Eugenio González, «El socialismo frente al liberalismo», p. 105.

23. Ibid., 106.

24. Como valioso antecedente para el tratamiento de este tema debe tenerse presente la carta dirigida por Raúl Ampuero Díaz, Secretario General del Partido Socialista de Chile, a Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista, en 1962, en respuesta a la que le enviara éste. Ambas han sido reproducidas en Iobet y Chelén, op. cit.

25. Un presentación del punto en Norbert Lechner, op. cit.

26. Bosco Parra, op. cit.